



EL PORVENIR DEL HOMBRE

Pedro Félix Vicuña



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA

GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA VARGAS
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL

XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO LÓPEZ
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR

MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS

ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL

IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA

GESTIÓN ADMINISTRATIVA

MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA

PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

VICUÑA, PEDRO FÉLIX 1805-1874

321.8 EL PORVENIR DEL HOMBRE / PEDRO FÉLIX VICUÑA. –SANTIAGO DE CHILE: BIBLIOTECA
V647 NACIONAL: PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE: CÁMARA CHILENA DE LA
CONSTRUCCIÓN, 2010.

XXX, 234 pp.: IL.; RETR. 28 CM.

PORTADA ADICIONAL: EL PORVENIR DEL HOMBRE, O, RELACIÓN ÍNTIMA ENTRE LA JUSTA
APRECIACIÓN DEL TRABAJO Y LA DEMOCRACIA / POR PEDRO FÉLIX VICUÑA. VALPARAÍSO:
IMPR. DEL COMERCIO, 1858.

INCLUYE BIBLIOGRAFÍAS.

DEMOCRACIA – ASPECTOS SOCIALES 2. HISTORIA SOCIAL

I. BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE II. PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

III. CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN.

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2010
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N°
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306- (TOMO XXXVII)

IMAGEN DE LA PORTADA

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO XXXVII DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN MARZO DE 2010

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

PEDRO FÉLIX VICUÑA

EL PORVENIR
DEL
HOMBRE

O RELACIÓN ÍNTIMA ENTRE
LA JUSTA APRECIACIÓN
DEL TRABAJO Y LA DEMOCRACIA



SANTIAGO DE CHILE
2007



Pedro Félix Vicuña

¿POR QUÉ LA JUSTA APRECIACIÓN
DEL TRABAJO ES LA VERDADERA DEMOCRACIA?
EL PORVENIR DEL HOMBRE
DE PEDRO FÉLIX VICUÑA

Dany Jaimovich

INTRODUCCIÓN

“A vosotros que vais a ser los agentes
y depositarios de los principios de nuestra gran revolución,
dedico el fruto de una época de aislamiento y persecución,
que me trajo mi amor a la libertad”.

Con esta dedicatoria a la juventud chilena comienza la edición original de *El porvenir del hombre*. Pedro Félix Vicuña escribe estas líneas después de dos décadas de fracasada lucha política que lo llevaron a la clandestinidad y el destierro. Después de la más dramática de sus derrotas, y viendo que sus ideales no se materializarían prontamente, decidió hacer uso de su enciclopédico conocimiento y refinado estilo de escritura para perpetuar su complejo ideario ético, político y económico. Es así como el encono de la derrota le sirvió de combustible para inflamar la rebeldía que quedó plasmada en una serie de manuscritos que darán origen a su obra.

La ambición intelectual del autor es titánica. Buscaba la fundación de una nueva ciencia, que debía sintetizar lo mejor de los conocimientos humanos en diferentes disciplinas para la elaboración de las políticas que evitasen una inminente y sangrienta revolución que amenazaba los fundamentos de la civilización.

¿Cómo es posible que este casi desconocido autor del aislado Chile recién independiente se haya propuesto tamaña empresa? Pedro Félix Vicuña es una figura intelectual descolante que ha permanecido prácticamente olvidada, debido probablemente a sus constantes infortunios políticos y a la brillante figura de su hijo Benjamín Vicuña Mackenna. Si bien su misión parece desmedida, no es sólo una loca aventura juvenil sino que representa el cenit de un pensador que entendió

como pocos lo más avanzado del conocimiento universal de la época desde la más recóndita de las tierras del Nuevo Mundo.

El porvenir del hombre es una obra magistral, con un estilo, contundencia y originalidad pocas veces visto en la historia del país. En un Chile que daba sus primeros pasos, buscando su identidad y sentando las bases de su institucionalidad, Pedro Félix Vicuña definió un modelo de desarrollo político y económico que buscaba adaptar a la realidad nacional algunas de las más complejas ideas de las ciencias humanas.

Su clamor no era únicamente en búsqueda del bienestar nacional sino que un llamado a las naciones latinoamericanas y a la civilización entera para reivindicar al hombre y su trabajo en busca de establecer una verdadera democracia. Este grito potente no fue escuchado y se ahogó en la incomprensión y el olvido. Después de ciento cincuenta años, esta primera reedición hace honor a un libro que debiese ganar un espacio mucho más importante dentro de historia de Chile.

LOS PRIMEROS AÑOS DE PEDRO FÉLIX VICUÑA AGUIRRE

Nació el 21 de febrero de 1805, en el seno de una familia que representativa de la nueva clase criolla, deseosa de buscar la emancipación de una España que veían opresora de sus ideales¹. Sus progenitores fueron Francisco Ramón Vicuña, descendiente de una familia de probable origen vasco que llegó a fines del siglo XVII a Chile, y Mariana Aguirre, quien trajo al mundo otros catorce hijos, de los cuales ocho murieron en la niñez². El padre era un hombre de vasta sabiduría, iniciado en los estudios de la Filosofía y del Latín y, por sobre todo, un ardoroso luchador de la independencia nacional, actitud que muchas veces le llevó a poner en riesgo los intereses propios y de su familia. Un hombre de negocios, que tuvo como una de sus empresas principales la fabricación de fusiles, y que participó activamente en el primer gobierno autónomo de Chile, llegando a ser diputado del primer congreso nacional.

Los inicios turbulentos de la república marcaron tempranamente lo que fue el sino de Pedro Félix Vicuña durante toda su vida: la persecución y ostracismo político, el destierro y la clandestinidad. Las diferencias de su padre con los hermanos Carrera implicaron la huida de toda la familia desde la capital, a finales de 1811, para asilarse en la hacienda del abuelo paterno ubicada en el pueblo de Catapilco (en las cercanías de La Ligua). El retorno de los representantes de la autoridad

¹ Sus numerosas publicaciones en diversos periódicos, sus notables epístolas y las memorias de su célebre hijo Benjamín proveen amplio material para el estudio de la vida de Pedro Félix Vicuña. Sin embargo, la más valiosa fuente primaria, particularmente de sus primeros años, son sus notas autobiográficas que recién fueron publicadas por primera vez en 1943 bajo el nombre de "Memorias íntimas de don Pedro Félix Vicuña Aguirre" por Luis Valencia Avaria tras recuperar los manuscritos de sus descendientes. En 1949, Enrique Becerra Soto escribió una detallada biografía llamada *Pedro Félix Vicuña (su vida pública y privada)*.

² Benjamín Vicuña Mackenna, *Del origen de los Vicuña en Chile*.

española al poder, después de la derrota sufrida por los patriotas en Rancagua en 1814, no trajo mejor fortuna para los Vicuña, puesto que el jefe de familia se vio obligado a vivir en la más completa clandestinidad debido a una orden de destierro a la isla Juan Fernández. El resto de la familia pudo volver a Santiago, donde Mariana Aguirre encomendó la educación de sus hijos Pedro e Ignacio al instructor Benlo Mujica, un conocido de su padre, gran gramático y conocedor del latín, además de un apasionado defensor de las ideas republicanas, que sin duda influyó directamente en la formación de los primeros ideales políticos de su aventajado discípulo.

Desesperado con el obligado alejamiento de su familia, Francisco Ramón Vicuña tomó la decisión de vivir como clandestino en su propio domicilio, a pesar de ser perseguido por el cuerpo de los Talaveras. En esas condiciones estaba cuando llegaron las noticias de los éxitos obtenidos en Chacabuco y Maipú, que no pudieron ser más felices para esta sufrida familia. Sin embargo, el júbilo iba a ser momentáneo, si bien los Vicuña apoyaron en sus inicios al gobierno de Bernardo O'Higgins, posteriormente comenzaron un alejamiento definitivo

“tan luego como percibió estas tendencias, en que se percibía más que las cualidades del general O'Higgins, el funesto influjo del general San Martín”³.

Uno de los primeros actos que realizó el nuevo gobierno independiente fue la reapertura del Instituto Nacional, al cual ingresó Pedro Félix para poder normalizar definitivamente sus estudios. Por esos días su padre llevaba a cabo felices negocios en las costas peruanas, acompañando los triunfos de la Expedición Libertadora, los que trajeron una prosperidad sin precedentes para los Vicuña. Es más, en la figura del general Ramón Freire por fin encontraron la encarnación de su ideario político y se comprometieron fielmente con su gobierno iniciado a finales de 1823. Fue así como Francisco Ramón Vicuña llegó a ejercer los ministerios de Gobierno y Relaciones (también a cargo de la marina nacional) y Hacienda, detentando, incluso, el mando de la nación por períodos breves. Relata en sus memorias Pedro Félix que estando su padre a cargo de las relaciones exteriores, y por ausencia del subsecretario, se le encargó a él la traducción de ciertos escritos provenientes de otras latitudes. Ante la buena labor realizada, el mismísimo Director Supremo le ofreció desempeñarse como subsecretario de la cartera, teniendo tan sólo veinte años. Pero rechazó la propuesta, simplemente para ir a trabajar en un almacén,

“aprendiendo como el último dependiente los rudimentos del comercio, al que me pensaba consagrar”⁴.

Pedro Félix se trasladó a Valparaíso para participar en los negocios de un familiar. Logró acumular un pequeño capital con el que adquirió la primera imprenta

³ Valencia, *op. cit.*, p. 25.

⁴ *Op. cit.*, p. 32.

del puerto, iniciando así una de sus principales vocaciones, el periodismo. Publicó *El Telégrafo Mercantil y Político*, con dos ediciones por semana, que comenzaron el 3 de octubre de 1826 y llegaron a un total de ochenta y nueve números. Se trataba de un boletín de dos páginas, en que se publicaban noticias internacionales y de política nacional. Luego debió vender la imprenta para dedicarse a sus otros negocios; los nuevos propietarios pusieron énfasis en las informaciones comerciales y financieras, convirtiendo esta pequeña publicación en *El Mercurio de Valparaíso*⁵. En esa misma época (exactamente el 13 de septiembre de 1826) contrajo matrimonio con su prima hermana Carmen Mackenna Vicuña, su eterna compañera con la que tendrían trece hijos, entre ellos el célebre historiador y hombre público Benjamín Vicuña Mackenna.

Para iniciar su nueva vida familiar, y tras la escasa receptividad de sus ideas políticas en el puerto, Pedro Félix regresó a Santiago, donde ocupó algunos cargos públicos, además de seguir con sus publicaciones que le sirvieron de instrumento para comenzar lo que sería una de las más grandes campañas de su vida, el criticar a la facción de los estanqueros que ya amenazaban con tomar el poder. A comienzos de 1828, editó un panfleto titulado “Algunas observaciones sobre la revolución del coronel Campino”, en que relata el intento de este militar por tomar el poder, y en cuyas motivaciones sospechaba la participación quienes posteriormente gobernarán por treinta años, a los que califica de

“almas débiles que se cansan en la carrera, señal de que jamás las impulsó un noble y grandioso pensamiento, y concluyen queriendo dominar o prostituyéndose servilmente si otro más fuerte les tiende una mano protectora. Tales eran Benavente, Gandarillas, Portales y otros”⁶.

En agosto de 1829 fue electo diputado por la ciudad de Quillota, el mismo año se le nombró elector de Presidente, oportunidad en que ratificó su apoyo al general Francisco Antonio Pinto, y se integró a una comisión encargada de formar un banco de la república. En sus memorias recuerda que prefiere guardar silencio durante las discusiones sobre el banco nacional, escuchando pacientemente las disertaciones de eminencias como José Joaquín de Mora o José Antonio Rodríguez Aldea. En los años posteriores, este será el tema de las más grandes preocupacio-

⁵ *El Mercurio de Valparaíso* apareció por primera vez el 12 de septiembre de 1827. En algún momento estuvo en duda la verdadera paternidad de Pedro F. Vicuña con respecto al periódico porteño, la que se atribuía a un norteamericano, de apellido Wells, junto a Ignacio Silva. En realidad, el primero fue su socio y el segundo su subalterno, produciéndose la confusión por el hecho de no participar Pedro Félix Vicuña en el nombre oficial de la sociedad original. Al respecto, en una carta enviada al periódico poco antes de morir señalaba: “... Yo fui el fundador de este diario y di la mitad de los fondos sin interés alguno para establecerlo. En mi juventud yo redacté los primeros números y lo bauticé con el nombre que lleva”, en “La situación de la república y la crisis ministerial”.

⁶ La mayor parte de estos panfletos parecen haber sido adquiridos por los mismos estanqueros, para hacerlos desaparecer. Incluso el mismo Pedro Félix dice haber buscado por largo tiempo sin encontrar ninguno. Valencia, *op. cit.*, p. 46.

nes de Pedro Félix Vicuña, quien debe haber lamentado fuertemente el fracaso de la misión encomendada a tan notable grupo.



Familia Vicuña Mackenna

PERSECUCIÓN Y OSTRACISMO

Difíciles años estos que la historiografía nacional muchas veces califica, injustamente, como de “anarquía política”. Ante algunos problemas de salud, y en medio de dudas sobre su persona, dejó el general Pinto el poder en manos del presidente del Congreso, nada menos que Francisco Ramón Vicuña, que ocupó la presidencia de la nación entre el julio y octubre de 1829. Pedro Félix realizó todos los esfuerzos posibles por ayudar a su padre y a la facción liberal, pero la presión revolucionaria de los pelucones era insostenible. Finalmente los liberales debieron renunciar al poder, y los Vicuña huyeron buscando refugio en la provincia de Coquimbo, de la cual un tío era gobernador, pero no pudieron evitar que tanto él como su padre fueran capturados⁷.

El 17 de abril de 1830, en la batalla de Lircay, los conservadores tomaron definitivamente el poder, que mantendrían por más de tres décadas, durante las cuales Pedro Félix Vicuña fue un ferviente opositor. Imposibilitados ya de poder participar activamente en política, la familia Vicuña se retiró al campo, a realizar algunos exito-

⁷ En sus *Memorias íntimas...*, Pedro F. Vicuña narra con gran detalle las batallas e intrigas que llevan a la victoria a los ejércitos de Manuel Bulnes y José J. Prieto, además de épicos relatos de su huida hacia Coquimbo y captura final.

sos negocios. Sin embargo, la pluma de Pedro Felix no se detuvo ante las injusticias que observaba en el régimen que impuesto por Portales. En 1834 publicó *Teoría de un sistema administrativo y económico para la república de Chile*, folleto de treinta y cuatro páginas en que, basado en los pensamientos de Cicerón, señaló su postura con respecto a la moral de la nación, que ha de ser fijada por la leyes; alababa la Constitución Liberal de 1828, por sobre la recientemente impuesta, y analizaba el sistema de hacienda pública, principalmente los impuestos que ésta cobraba, proponiendo la supresión del estanco del tabaco, de los gravámenes a las exportaciones de metales, de los recargos por propiedad territorial y de los diezmos de la agricultura.

Con motivo de la reelección del general Prieto en 1836 publicó la revista *Paz perpetua a los chilenos*, por la cual fue perseguido por el gobierno. Ese mismo año, a propósito de una expedición fallida comandada por el general Freire, que pretendía recuperar el poder, se declaró la guerra a Perú, alegando que este país había ayudado en su organización. Pedro F. Vicuña criticó la versión oficial, señalando que la causa de este enfrentamiento era la ambición del ministro Diego Portales, quien buscaba ampliar sus poderes para contrarrestar la oposición de otros partidos y la de sus propias filas⁸. La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana lo llevó a redactar el texto *Único asilo de las repúblicas hispano-americanas (en un congreso general para todas ellas)*, en que muestra un gran espíritu americanista, instando a las recién emancipadas naciones a no gastar el tiempo en rencillas entre ellas y a organizar un congreso común que dirigiera sus intereses, en su opinión, la única forma de evitar el intervencionismo europeo y norteamericano.

Justamente será el militar que consoló la victoria chilena en Yungay uno de los que sufrió con mayor intensidad los escarmientos de Vicuña. En 1840 publicó *El Elector Chileno*, en que criticaba la candidatura presidencial del general Bulnes y apoyaba la del general Francisco Antonio Pinto. A pesar de la abrumadora victoria del candidato oficial, y de perder la representación de la provincia de Valparaíso como diputado, Pedro Félix Vicuña tuvo la satisfacción de ver llegar a dos hermanos al Congreso.

Sin perder su costumbre de inspirado detractor del régimen conservador, publicó entre 1842 y 1843 el periódico *El Observador*, escapando por el momento inmune de la drástica censura del gobierno. En ese último año editó también *Su familia a la memoria del Sr. Arzobispo don Manuel Vicuña*, a raíz del fallecimiento de su tío, quien fuera el primero en ocupar el cargo de arzobispo de Santiago. En estos escritos manifiesta su posición religiosa, como un ferviente católico, pero muy crítico del estado actual de la Iglesia, que considera como poco activa en las labores sociales, y del deterioro de la figura papal, por su constante intervención en los asuntos políticos. En estos escritos también, y hablando como un verdadero inquisidor, execra las teorías de Jean-Jacques Rousseau y François-Marie Arouet Voltaire, por ser

“libros inmorales y corrompidos, los mismos que habían preparado la sangrienta revolución de Francia, y formado una sociedad de ateos”.

⁸ Valencia, *op. cit.*, p. 90.

En 1844 publicó en *El Mercurio de Valparaíso*, diario que fue su más importante tribuna por largo tiempo, una serie de cartas apoyando la idea de la Sociedad de Agricultura de crear un banco nacional, en total fueron diecinueve epístolas que se recopilaron al año siguiente para editar *Cartas sobre bancos*, primer escrito en que Pedro Félix enuncia los principios de lo que será su más anhelado proyecto, el establecimiento del crédito público.

ACTIVISMO OPOSITOR

Ya hastiado con lo que consideraba un abusivo gobierno por parte de Manuel Bulnes, se abocó a organizar la oposición. En 1845 participó junto con Manuel Bilbao y José Victorino Lastarria en la creación de un club opositor denominado la Sociedad Demócrata, y en su versión más popular, la Sociedad Caupolicán. Al año siguiente, en vísperas de una segura reelección del presidente Bulnes, organizó un partido de oposición junto con el coronel Pedro Godoy y postuló, fallidamente, a una senaduría por Valparaíso, alegando la intervención fraudulenta del oficialismo en su contra. Las tímidas manifestaciones en contra de los resultados electorales desataron una desmesurada respuesta por parte de las autoridades, que declararon estado de sitio. Pedro Félix Vicuña fue encarcelando y al constante opositor se le aplicó un castigo ejemplar, el destierro. El 8 de mayo de 1846 partió con rumbo a Lima, Perú.

Inmediatamente comenzó a realizar todos los esfuerzos necesarios para volver al país, en especial al recibir las cartas de su compungida esposa, la que lo instaba a renunciar a sus aspiraciones políticas. Recién llegado a Perú expresó sus descargos en *Vindicación de los principios e ideas que han servido en Chile de apoyo a la oposición en las elecciones populares de 1846*, atacando crudamente a figuras como el presidente Bulnes, Manuel Montt, ministro del Interior que no permitía su retorno, Domingo Faustino Sarmiento, a quien acusa de “huir de la dictadura en su patria para venir a actuar de servidor de los dictadores de la nuestra” y Andrés Bello “cuya sola autoridad bastó para otorgar el voto a los milicianos”. En la ciudad del Rímac tuvo la posibilidad de reunirse con algunos intelectuales y con Rosa O’Higgins, además de apreciar algunas técnicas innovadoras en el cultivo de vides que esperaba introducir en Chile.

Tras varios intentos fallidos, sólo pudo retornar al país cuando Manuel Montt se alejó del ministerio, a fines de octubre de 1846. Mostrando sus dotes de agudo observador editó a su regreso las memorias de su corto, pero intenso exilio bajo el nombre de *Ocho meses de destierro o cartas sobre el Perú*, en las que describe sus percepciones de esta república, señalando lo beneficioso que resulta que los autores románticos y clásicos no sean conocidos por aquellas tierras, criticando a los “afrancesados que solo sueñan con París, confundiendo la imaginación artística con el caos cerebral”.

Si bien por un tiempo pudo mantener su promesa de alejarse de la política, su ánimo volvió a agitarse ante las elecciones presidenciales de 1850. Entonces refundó el periódico *La Reforma*, apoyando la candidatura de Ramón Errázuriz en oposición ferviente al candidato oficial, su ya conocido antagonista Manuel Montt, contra el cual ya había intentado presentar una acusación constitucional por los

vejámenes que éste le hizo sufrir durante su ministerio. Habiendo renunciado Ramón Errázuriz, *La Reforma* pasó a ser instrumento de propaganda para el que sería proclamado único candidato por parte de los opositores, el general José María de la Cruz. Acusado del levantamiento de un batallón en Valparaíso, Pedro Félix Vicuña se vio obligado a huir para no ser apresado, lo que esta vez hizo oculto en un buque mercante inglés con rumbo a Concepción.

Llegando a tierras penquista, comenzó a publicar periódicos de apoyo a la candidatura del general De la Cruz, los que llegaron a ser importantes instigadores de los brotes revolucionarios que surgirían tanto en los lindes del Biobío como en La Serena, entre aquellos que buscaban una mayor autonomía regional, ahora unidos con la minoría pipirola, intentando terminar con la supremacía conservadora.

Pedro F. Vicuña fue nombrado intendente de Concepción y posteriormente secretario general de Campaña del Ejército Restaurador capitaneado por el general De la Cruz, el que tuvo paupérrimos resultados, coronados en la derrota en Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851. Además de sufrir por las desfavorables cláusulas que el tratado de Purapel tuvo para sus causas, Pedro Félix Vicuña enfrentó una acusación constitucional por malversación de fondos públicos durante su administración en la intendencia de Concepción de la cual, finalmente, fue absuelto.

Es en este agitado período en que, nuevamente forzado a la clandestinidad, se volcó con pasión a la elaboración sistemática de su pensamiento en un serie de manuscritos que terminaron siendo la base de su obra culmine, *El porvenir del hombre o Relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia*, publicada finalmente en 1858.

PRÓSPEROS ÚLTIMOS AÑOS

Una vez finalizados los eventos de la fallida revolución de 1851, Pedro Félix abandonó por largo tiempo su vida política y retornó a su perfil más campestre y hogareño, dedicado a la escritura y los negocios, destacando entre estos una empresa minera en Purutún, Quillota. Sin embargo, no dejó de ser un atento observador de la realidad nacional, manteniendo activa su pluma, en particular para criticar a la nueva figura intelectual del oficialismo.

En 1855 llegó al país, contratado por el gobierno de Montt, el economista francés Jean Gustave Courcelle-Seneuil, con la misión de establecer un curso de Economía Política en la Universidad de Chile y de apoyar la gestión económica del gobierno. Este académico llegó a ser la personificación de todos los males que Pedro Félix Vicuña deseaba combatir, no tan solo por su relación con el régimen conservador, sino que por sus postulados económicos, que a la postre se instalaron como los fundamentos de la nueva política económica nacional⁹. Jean G. Cource-

⁹ Para más detalles respecto a la influencia de este economista francés y su polémica con Pedro F. Vicuña véase Leonardo Fuentealba, *Courcelle-Seneuil en Chile, errores de liberalismo económico* y Andrea Flores y Dany Jaimovich, *Cosechando antes de la siembra*.

lle-Seneuil adhería radicalmente a la corriente liberal, proponiendo una extrema libertad de competencia en diversos aspectos tales como el comercio internacional, la emisión de dinero y las políticas para guiar la solución de la crisis económica que afectaba al país a partir de 1856.

Mientras el francés exponía sus ideas en diversos medios oficialistas, Vicuña utilizaba como tribuna *El Mercurio de Valparaíso* para manifestar su posición, destacándose la serie de artículos escritos en 1861 para oponerse al establecimiento de bancos privados de libre emisión de papel moneda y defender la instauración de un único banco público, que al año siguiente se publicaron bajo el título de *Apelación al crédito público por la creación de un banco nacional*.

A pesar de los sucesivos reveses políticos, el espíritu público de Pedro Félix Vicuña nunca claudicó, y este tesón sería premiado en sus últimos años, logrando finalmente ser elegido diputado por La Serena en 1864 y reelecto en 1867, ahora por la provincia de Ovalle e, incluso, llegando en 1871 al Senado. Este experimentado político se transformó así en “un hombre público macizo y firme que sorprende a los viejos y entusiasma a la juventud”¹⁰. Un político admirado por sus correligionarios y respetado por sus adversarios, que luchó por consolidar el cambio de poderes que se estaba llevando a cabo en la época. De los proyectos que presentó ante el congreso, se destacan aquéllos en que busca crear un banco y un tribunal de minería y, su máximo anhelo, la creación de un banco nacional¹¹. Sin embargo, sus mociones en general fueron desatendidas. Pero al menos un triunfo político pudo anotarse al ser aprobada una moción suya para eliminar la prisión por deudas, que consideraba uno de los mayores vejámenes que se cometían contra los ciudadanos y principal arma de los usureros.

Sus funciones como senador se vieron afectadas por múltiples enfermedades, que finalmente lo llevaron a la muerte, falleciendo el 24 de mayo de 1874, a los sesenta y nueve años de edad.

ANTECEDENTES Y ESTILO DE LA OBRA

La edición original de *El porvenir del hombre* comienza con una introducción fechada el 3 de enero de 1858 y consta de veinte capítulos escritos en doscientas sesenta y seis páginas. Solo la introducción y el capítulo xx sobre la Confederación de Estados Hispano-Americanos fueron agregados para la edición impresa, pues el contenido de los escritos originales elaborados en los turbulentos días seguidos a la fallida Revolución de 1851 fue mantenido intacto, salvo la inclusión de algunas notas explicativas. Al respecto el autor señala en la introducción al texto:

“Hace cuatro años que concluí este escrito... Podría haberle agregado algo más, e ilustrado con nuevos datos las cuestiones que encierra; pero sería quitarle cierta

¹⁰ Enrique Becerra Soto, *Pedro Félix Vicuña: (su vida pública y privada)*, p. 36.

¹¹ Pedro Félix Vicuña, *Moción sobre el establecimiento de un Banco Nacional presentada a la cámara de diputados por don Pedro Félix Vicuña*.

originalidad que debe tener, haciendo correcciones en épocas de calma, a un escrito que salía de mi pluma en los momentos de una revolución que terminaba, y en la que yo había tenido parte considerable. Mis ideas tenían sin duda el colorido del sentimiento que me dominaba, pero su expresión era solo la de mis más puras convicciones”¹².

El hecho de que Pedro Félix Vicuña sea el progenitor de una de las figuras intelectuales de mayor peso de la historia de Chile no es sólo anecdótico. La sabiduría acumulada en el seno de la familia Vicuña-Aguirre-Mackenna se gestó en generaciones. En *El porvenir del hombre* vemos un uso del lenguaje y estilo para exponer conceptos y acontecimientos que difícilmente tuvo igual en los primeros años del Chile independiente. Se hace referencia constante a las ideas económicas y políticas de punta en Europa y Estados Unidos, se utilizan ejemplos provenientes de diversas épocas de la historia universal y las escrituras judeocristianas, y se describen los más recientes acontecimientos que marcaban el destino de Occidente a mediados del siglo XIX.

Particularmente notable es el conocimiento que Pedro F. Vicuña tenía del desarrollo de la Economía Política en sus tiempos, siéndole cercanas tanto las teorías de los fisiócratas como las de quienes posteriormente utilizaron sus principios para establecer la economía liberal clásica como Adam Smith, Say y Bastiat e, incluso, las aún recientes y pesimistas profecías de Thomas Malthus.

Las penosas condiciones de escritura implicaron que el autor tuviese acceso limitado a textos de referencia, señalando él mismo que tan sólo contaba con una docena de libros a la mano, entre los que él destaca el diccionario John Ramsay McCulloch, de donde provienen todos los datos estadísticos internacionales provistos a lo largo del texto. Sin embargo, es notable su trabajo en cuanto a comparar los sistemas económicos extranjeros –principalmente de Inglaterra y Estados Unidos– con el nacional, siempre con cifras recientes y cuidadosos detalles.

Pero su estilo no es sólo elegante y erudito sino que, también, muchas veces irónico, particularmente para tratar aspectos como la pretendida superioridad de la raza anglosajona. En una nota posterior al capítulo XVI, incluso, se excusaba por su excesiva animosidad:

“Quizá hay alguna pasión contra los ingleses en la pintura de su raza, pero me hallaba oculto y perseguido, y estaba muy reciente el rapto del vapor Arauco por las fuerzas inglesas, de lo que dependió el resultado de la campaña de 1851 que tanta sangre costó a la República. Por lo demás el carácter individual de aquella nación es para mí muy respetable y he tenido ocasión de conocer y admirar las virtudes privadas de muchos de ellos”¹³.

También abandona a veces el modo académico para caer en un tono cercano a la arrogancia, generalmente concluyendo la exposición de sus ideas con sen-

¹² Véase infra, p. 18.

¹³ Ídem., p. 171.

tencias como: “los números dan demostraciones matemáticas, que nadie podría disputarme”¹⁴.

A las cuidadosas elucubraciones intelectuales de Pedro F. Vicuña se unen numerosas referencias anecdóticas a sus experiencias personales como empresario, político y ciudadano. Es así como algunos pasajes del libro están dedicados a relatar las condiciones de las clases menos aventajadas, particularmente del inquilinaje, y a describir la organización de la producción en la actividad agrícola nacional. También se hace hincapié en el abuso de los prestamistas y las penurias que causan a los deudores que terminan en la cárcel. Por ejemplo, relata su visita a un presidio nacional, y como más de la mitad de los prisioneros eran hombres de trabajo que habían caído por deudas, siendo tratados como los más bajos criminales.

El libro entero se anuncia como la primera parte de la exposición de las principales ideas del autor respecto a cómo alcanzar una democracia universal:

“Ahora solo me ha ocupado su condición material...; en el segundo volumen la unidad política, moral y religiosa de nuestra especie terminarán la tarea”¹⁵.

Es así como el segundo volumen, que nunca llegó a publicarse, buscaría dar a conocer otra parte de sus manuscritos, en que se trata sobre la cuestión religiosa y el establecimiento del clero como un quinto poder del Estado, siendo el cuarto el crédito público, materia que ocupa el grueso de *El porvenir del hombre*.

EPÍTOME DE LA OBRA

El libro comienza prediciendo que “una revolución universal va sin duda a efectuarse en el orden moral de nuestras sociedades”, provocada por la desigualdad social y el abuso de la propiedad, precipitada por los *falsos principios* de la economía política. Esta revolución sería inevitable y amenazaría ser aterradoramente sangrienta.

La idea de la “inminente revolución” está inspirada por los acontecimientos de 1848 en París, que darían inicio a la Segunda República. En este movimiento veía reflejado cómo el descontento de las clases populares con la aristocracia predominante llevaba al alzamiento y la insurrección. Para él éste sería el inicio de una serie de actos similares que pronto se diseminarían no sólo en Europa sino, también, en América Latina, promovidos por las injusticias sociales y el soporte intelectual del comunismo.

Pedro Félix Vicuña se planteaba un ambicioso objetivo con *El porvenir del hombre*. Este libro pretendía sentar los fundamentos de una nueva disciplina que reuniera los más altos desarrollos de la humanidad, la que generaría las bases para que los cambios que promovía la revolución se realizaran en forma pacífica. Esta nueva ciencia debía fusionar los principios de la moralidad, la política y la religión,

¹⁴ Véase infra, p. 13.

¹⁵ Ídem, p. 18.

poniendo los hallazgos de la economía política al servicio de la doctrina cristiana y de la instauración de una verdadera democracia.

En este sentido, señala que el socialismo y el comunismo son una respuesta equivocada para afrontar los problemas que aquejan a la sociedad. A lo largo de su obra advierte del peligro que implican los postulados comunistas, catalogándolos como ideas

“que desnudan al hombre de su libertad, lo someten a una acción mecánica del poder político y le arrebatan sus más dulces sensaciones, su independencia, su familia, su hogar”¹⁶.

Esta animadversión con las ideas comunistas estaba probablemente basada en el temor a que se repitieran en Chile cruentas revueltas populares como las ocurridas en el viejo continente, pero también debido a que los fundamentos cristianos y moralistas del humanismo de Vicuña no se condecían con las propuestas más extremas del socialismo utópico.

Los principios librecambistas que gobernaban la economía política también eran vistos como parte

“del caos de nuestra sociabilidad, por proteger los intereses de la minoría propietaria: En medio de la competencia, que destruía no sólo la importancia verdadera del trabajo, sino también la dignidad humana, sólo el capital y la propiedad se organizaron, y la legislación solo se ocupó de protegerlos. La ciencia económica aun vino a rodearlos de principios que debía dejar atrás la legislación misma”¹⁷.

Intuía que el desarrollo de la ciencia económica estaba recién comenzando, y que por tanto faltaba aun mucho camino por recorrer como para poder erigir principios reales.

Reconociendo en la injusta repartición de la propiedad el origen de los males de la sociedad, Pedro F. Vicuña señala que ésta no debía ser abolida, sino que redistribuida para así respetar a la única fuente de generación de las riquezas: el trabajo. De este modo, el autor se basa en el principio rector de la economía clásica, el trabajo como única fuente generadora de valor, para exaltar la importancia del hombre y generar las bases de la justicia social.

Pero la reforma de la propiedad sería sólo el primer paso hacia la justa apreciación del trabajo, pues era necesario generar las condiciones para el desarrollo de la industria que permitiera a todos los hombres efectuar una labor productiva. Esto sería imposible si las actividades productivas continuaban sometidas a *la tiranía del capital*, para lo cual existe una sola solución: la creación de un banco nacional y el establecimiento del crédito público. Esta propuesta es central en los contenidos del libro y la exposición de sus fundamentos ocupa gran parte de sus páginas, ponien-

¹⁶ Véase infra, p. 60.

¹⁷ Ídem., p. 209.

do el tema en perspectiva histórica y explicando los aciertos y errores cometidos por las naciones que ya los habían establecido.

Para Pedro Félix Vicuña el crédito público era un instrumento casi místico para el progreso económico, pero insuficiente si no se protegen los intereses del trabajo nacional ante la competencia impuesta por naciones más avanzadas. Por eso propone la instauración de un sistema de comercio externo proteccionista, que permitiera el desarrollo de la incipiente industria nacional, pero protegiendo a los consumidores de los más altos precios que este sistema implica.

Complementarias a estas ideas de autarquismo comercial son sus esperanzas en los progresos de la estadística y la naciente contabilidad fiscal, que le llevaron a trazar esbozos de un sistema centralmente planificado:

“Por medio de sus investigaciones, cada nación sabrá cuánto necesita de cada una de las producciones y manufacturas conocidas y repartirá el trabajo de tal manera, que desterrando el ocio y produciendo todos, la abundancia reine en todas partes”¹⁸.

De esta forma, el comercio internacional no sería necesario, pues el perfecto conocimiento de la demanda interna llevaría a repartir los oficios de manera capaz de satisfacerla.



Pedro Félix Vicuña y su hijo Benjamín Vicuña Mackenna.

En numerosas ocasiones señala que, si bien muchas de sus ideas no han sido puestas en práctica aún, Estados Unidos sería el caso más cercano por su democra-

¹⁸ Véase *infra*, p. 210.

cia y uso del crédito público. Sin embargo, critica fuertemente las ambiciones imperialistas de ese país, instando a las naciones de la América española a unirse en una confederación que asegurase el orden cívico interno y evitase las intenciones expansionistas del Norte. Demostrando la importancia que otorgaba a esta materia, el capítulo XX, único agregado a los escritos originales, versa sobre la necesidad de una unión latinoamericana, motivado por las invasiones del filibustero William Walker en Centroamérica y las pretensiones estadounidenses en Panamá.

Siendo *El porvenir del hombre* una obra llena de ideas y propuestas, hemos identificado tres ejes principales en torno a los cuales giran los planteamientos de su autor: la instauración del crédito público, una reforma a la propiedad y la implementación de un sistema económico proteccionista.

CRÉDITO PÚBLICO

En tiempos en que pocos se atrevían a intentar descifrar los arcanos del dinero-mercancía, Pedro F. Vicuña buscó un sustituto para éste, que más que ser una política monetaria se erigiría en la más importante de las instituciones del país, incluso, de la humanidad; base de todo progreso y de la cual se habrían valido las naciones más desarrolladas para alcanzar sus actuales estadios; arma para eliminar la usura que afectaba a toda la nación, que devolvería al trabajo su condición predominante e impulsaría la industria y la moralidad. Este prodigio era el crédito público.

A pesar de que es sobre esta materia que versan la mayor parte de sus obras, no son demasiado claras las fuentes y los autores en que se basó Pedro Félix Vicuña para sus postulados. En Chile otros autores ya se habían referido al crédito público, notablemente fray Camilo Henríquez, y un contemporáneo de Vicuña, el argentino, largamente radicado en Chile, Mariano Fraguero¹⁹. En algunas ocasiones cita al francés Albin-Joseph-Ulpien Hennem y su obra *Crédito público*, al que Vicuña califica como de *muy conocido entre todos*. Sin embargo, él mismo se jacta de la originalidad de su propuesta, mencionando que

“lo que no alcanzó Tocqueville y Chevalier, lo he creído demostrado yo con esta sola verdad que resolverá aun muchos problemas de nuestra sociabilidad”²⁰.

Si en Chile, señala Vicuña, no se ha podido establecer el crédito público, es debido a que atenta contra los intereses de los usureros, tanto nacionales como extranjeros, puesto que ya no podrán llevar a cabo sus lucrativos negocios. A esto se suma el poco entendimiento y el temor por parte de las autoridades dominantes. Define al interés usurero como aquel que sobrepasa el valor de los productos

¹⁹ Las ideas del “fraile de la Buena Muerte” sobre el crédito público fueron publicadas en una serie de artículos en *El Mercurio Chileno* entre 1822 y 1823. Un análisis de estos escritos pueden encontrarse en Flores y Jaimovich, *op. cit.*

²⁰ Véase infra, p. 14..

de la industria y de la tierra. A lo largo de todos sus escritos suele concederle una rentabilidad fija del 5% promedio a todo negocio legal, señalando que es éste el de *las naciones civilizadas*, lo que contrasta con el interés al que se endeudaban los chilenos, un 12% o, incluso, mayor.

El crédito público sería el instrumento que eliminaría la parte ilegítima en los préstamos, a través de la creación de un banco nacional que asegurase el crédito que habría de financiar la industria naciente a una tasa de interés fija (5%), reservándose para esto la emisión exclusiva de billetes. Este banco debería organizarse de manera tal que fuera un beneficio para toda la sociedad, otorgando un porcentaje de los préstamos al desarrollo de la agricultura y otro para el de la industria, siendo los primeros a más largo plazo, para respetar los ciclos de tal actividad. Otro porcentaje iría a financiar al gobierno, convirtiendo a largo plazo los beneficios de las operaciones del Banco Nacional en el principal ingreso del erario público.

Esta propuesta nace de la comparación del rudimentario sistema monetario de Chile a mediados del siglo XIX, basado principalmente en dinero metálico, con el de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, que habían implementado sistemas basados en la emisión de billetes (dinero fiduciario)²¹. La institución que propone buscaba aprovechar la eventual facultad del Banco Nacional de ser el exclusivo emisor en beneficio del progreso del país. Sin embargo, buscaba evitar los errores cometidos en otras naciones, en que los beneficios del crédito público eran solo captados por el gobierno de turno: (la creación del Banco Nacional)

“no puede hacerse sin poner en práctica la fábula de León, que enamorado de una joven hermosa pretendía casarse, lo que ella resistía, hasta no cortarle sus uñas y desarmarlo”²².

Es así como propone asegurar constitucionalmente que el gobierno no tenga influencia por sobre las decisiones del Banco, proponiendo elevar el crédito público a la categoría de un cuarto poder del Estado. Sin duda, una idea atrevida para su época que sólo en el Chile de fines del siglo XX tuvo existencia a través del Banco Central autónomo.

Pero Pedro F. Vicuña no veía la instauración del crédito público sólo como una propuesta abstracta sino que ofrece detalles precisos de cómo debía ser implementado. Un punto de trascendental importancia era determinar la forma de financiamiento de este Banco, el capital que debía poseer, y cuánto podría emitir. El autor dedica un capítulo entero a estos cálculos, determinando la cantidad a emitir en veinticinco millones de pesos de la época y señalando que la economía nacional tenía espacio para cuadruplicar el capital inicial, ya que las emisiones aumentarían en cuatro veces la actividad productiva, por lo que debía contarse con un respaldo

²¹ Una excelente descripción del sistema monetario en los primeros años de independencia puede ser encontrado en el clásico libro de Guillermo Subercaseaux *El sistema monetario y la organización bancaria de Chile*.

²² Véase infra, pp. 148-149.

de alrededor de seis millones de pesos en oro. También entrega detalles respecto a cómo se debiera conformarse el directorio del Banco Nacional y el procedimiento para elegir a sus miembros.

La visión de Vicuña es que

“el oro y la plata, cuando la ciencia económica esté más adelantada, serán reemplazados por el crédito público como moneda y agente de los cambios”²³,

intuyendo así la caída del dinero-mercancía y su reemplazo por el dinero fiduciario. También creía que, paulatinamente, todas las naciones comenzarían a establecer sus propios bancos nacionales y descubrirían el fenómeno del crédito público.

PROTECCIONISMO ECONÓMICO

Pedro Félix Vicuña fue un ferviente defensor del proteccionismo económico. El capítulo XVIII de *El porvenir del hombre* está enteramente dedicado a este tópico, en el cual señala:

“Abrir en todos sus ramos una entrada al comercio extranjero, es cerrarnos la puerta para no llegar jamás a ser fabricantes, es proteger una competencia al trabajo de nuestra población, pagando con un excesivo recargo la industria de los demás pueblos”²⁴.

Para proteger la industria nacional recomendó cobrar fuertes aranceles a las importaciones.

Si bien la tendencia proteccionista es una postura de larga data, los argumentos que la fundamentan han variado radicalmente a través del tiempo. Hasta antes del siglo XIX la base teórica predominante por largo tiempo fueron el mercantilismo y sus variantes. Promovía el superávit de la balanza comercial para acumular metales preciosos, evitando las importaciones y promoviendo las exportaciones. Si bien las tendencias neomercantilistas, muy influyentes en los intelectuales de la independencia chilena, añadieron una arista más moderna a esta teoría, promoviendo el desarrollo de la industria y la capacidad financiera, los fundamentos de la protección seguían ligados a la doctrina mercantilista original²⁵. Pedro F. Vicuña fustigó esta antigua escuela:

“El sistema prohibitivo, objeto de tantas disensiones de los economistas, falso en cuanto a considerar la plata y oro como la balanza de comercio, es efectivo como una protección al trabajo e industria interior de todo país”²⁶.

²³ Véase infra, p. 155

²⁴ Ídem, p. 202.

²⁵ Una descripción de la evolución de esta postura en Chile en el siglo XIX, puede encontrarse en Rafael Sagredo Baeza y Sergio Villalobos R., *El proteccionismo económico en Chile, siglo XIX*.

²⁶ Véase infra, p. 161.

Sus planteamientos eran avanzados para la época, y se basaban en el denominado argumento de la “industria infante”, propuesto originalmente a fines del siglo XVIII por Alexander Hamilton, de cuyas ideas parece haber estado al tanto. El fundamento principal es que la protección es necesaria para que las industrias nacientes puedan experimentar y adaptarse a las condiciones locales sin ser sometidas a la competencia de las más desarrolladas industrias extranjeras:

“andando el tiempo y conquistando nuestras libertades, las fábricas se aclimatarán entre nosotros; todas nuestras producciones recibirán entonces hasta el último de sus beneficios”²⁷.

Sin embargo, señalaba que el período protector no debe ser permanente y que cuando todas las naciones alcancen un determinado grado de desarrollo y logren potenciar al máximo las industrias que mejor se adapten a sus características, sería deseable el libre comercio.

Tal como con el resto de sus postulados, esta actitud proteccionista no es sólo una definición técnica sino que involucra valores morales. El trabajo y, por lo tanto, el hombre, es la base de toda sociedad y su protección debe estar por sobre todas las cosas. La exposición a la competencia externa es un impedimento para la realización de las capacidades de los habitantes del país y algo que se debe evitar a toda costa.

Pese a su convicción, no olvidaba ciertas desventajas del sistema proteccionista, particularmente al hecho de que los precios finales pagados por los consumidores serían mayores, debido a la inexistencia de una oferta de productos extranjeros más baratos que los locales. Para evitar esto, propuso que durante el período de protección se fijen los precios máximos que podrían cobrar los fabricantes nacionales, que de ser superados implicaría el término de la protección para ese producto particular, permitiendo la libre entrada de mercancía extranjera, reduciendo así su precio.

REFORMA A LA PROPIEDAD

Con el afán de impedir que la supuestamente inevitable revolución se torne sangrienta, hecho que parece difícil “cuando se hallan dos ejércitos listos para la batalla, el uno provisto del oro y el otro de la miseria”, Pedro Félix Vicuña fija como prioridad central una redistribución de la propiedad de la tierra.

Para fundar esta verdadera reforma agraria desarrolla fundamentos teóricos:

“la renta actual de la tierra consta de dos partes, la legal, justa e invariable, cual es la propiedad por sí misma, y el capital anticipadamente invertido en ella, y la otra la que nace de la explotación del trabajo ajeno, producto muy distinto del que la tierra tiene por sí misma”²⁸.

²⁷ Véase infra, p. 200.

²⁸ Ídem., p. 91

Como consecuencia, parte de la propiedad actual debe mantenerse, pero se ha de eliminar el exceso en su posesión, marcada por aquella porción que permite al dueño apoderarse de la riqueza generada por los trabajadores, al fijar salarios que no recompensan el aporte del trabajo a la creación de valor.

La propuesta de reforma agraria se basa en tres acciones:

- i) fijar un precio máximo al arriendo que los propietarios cobran a sus inquilinos, que no exceda el de la rentabilidad de la tierra (fijada por Vicuña en 5%);
- ii) otorgar estos arriendos por largo plazo;
- iii) fijar la propiedad de la tierra a los límites que el propietario puede explotar por sí mismo, obligando el resto a ser vendido o arrendado a largo plazo.

Dado la natural resistencia que tendrían los actuales propietarios a estos cambios, llama a que los trabajadores intenten asociarse,

“reclamando una reforma, de esta clase, con retirarse al monte Sacro como el pueblo Romano y amenazando a los propietarios de abandonar sus haciendas”²⁹.

Pedro F. Vicuña hace un temprano llamado a la sindicalización, la que estima muy ventajosa para defender los derechos del trabajador. Sin embargo, a pesar de destacar algunos casos exitosos como el *gremio de los cargadores* de Valparaíso, dudaba que este tipo de asociaciones pudieran hacerse efectivas, pues las condiciones de su época no lo permitían³⁰.

Como medida de última instancia para efectuar la reforma, se manifiesta dispuesto a que el Estado pueda tener la atribución de intervenir en la propiedad privada en casos extremos, expropiando terrenos para repartirlos entre los inquilinos y pagándole a los que se vean despojados de su propiedad el valor de ésta.

Pedro Félix Vicuña no es el primero en proponer una reforma de la propiedad de las tierras. En 1826 José Miguel Infante ya había presentado al Congreso una moción en este sentido y un agitado contemporáneo de Vicuña, Santiago Arcos, propuso una reforma total de la propiedad.

LA OBRA DE PEDRO FÉLIX VICUÑA EN LA ACTUALIDAD

El porvenir del hombre o relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia es una obra que ha permanecido prácticamente olvidada durante ciento cincuenta años. Si bien algunos escritos de Pedro Félix Vicuña han sido considerados como

²⁹ Véase infra, p. 91

³⁰ Esta opinión seguramente está relacionada a la fallida experiencia de Pedro Félix Vicuña en tempranos intentos de asociación popular como la Sociedad Caupolicán. Más detalles al respecto pueden encontrarse en Sergio Grez T., *De la regeneración del pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*.

parte importante de las ideas que formaron el país, tal como la serie de artículos contra Jean G. Courcelle-Seneuil o las “Cartas sobre bancos” de 1845, la obra culmine de este autor es escasamente recordada por la historiografía nacional.

El infortunio político de Prdro F. Vicuña, unido a su críptica escritura, en que se mezclan erudición, cientifismo y moralidad, llevó a que pocos pudieran llegar a tener acceso y, mucho menos, a comprender, esta obra. Con esta primera reedición, *El porvenir del hombre* será puesto nuevamente a disposición de los jóvenes chilenos, aquéllos a los que el autor dedica su libro y a los que pide continuar la obra comenzada por las primeras dos generaciones de fundadores de la patria. A las venideras generaciones les pedía:

“Cambiemos la caridad, hoy necesaria de nuestra sociabilidad, por los derechos del pobre; la una envilece a la mayoría de nuestra especie, los otros la ennoblecen y elevan.

Establezcamos la democracia de modo que la propiedad sea su primera base, pero que ella no sea por esto un poder político, que pueda contrariar los triunfos de la libertad”³¹.

Esta reedición puede ser considerada quizá una segunda reivindicación de Pedro Félix Vicuña. La primera la constituye, sin duda, la obra efectuada por su hijo, el célebre Benjamín Vicuña Mackenna, quien combinó las enseñanzas de su padre con las lecciones de sus viajes para cambiar el rostro de Santiago como ciudad y aportar definitivamente a la formación de la historia y cultura nacional.

¿Por qué vale la pena leer *El porvenir del hombre* después de un siglo y medio de su publicación?

Primero, este libro merece ser leído porque la pasión con que está escrito, la sabiduría que refleja y su refinado estilo lo transforman en un placer para quienes disfrutan de la buena literatura.

Si bien son muchos los errores técnicos de la obra, tales como no reconocer la relación entre la inflación, la tasa de interés y la cantidad de dinero circulante, son las sorprendentes intuiciones que Vicuña ocupa para sustituir la ignorancia de la incipiente ciencia económica en su época las que deben ser estudiadas. Su propuesta de un banco nacional como único emisor de dinero para controlar las excesivas tasas de interés de los usureros tiene bastante que ver con la función de los modernos bancos centrales. Más aún, la absoluta autonomía de este Banco Nacional con respecto al gobierno de turno propuesta por Vicuña, es hoy en día una necesidad cada vez más aceptada como base de una correcta política monetaria, pero aún punto de debate entre académicos y políticos.

El porvenir del hombre tiene una originalidad asombrosa, y debe ser analizado para comprender cómo los primeros intelectuales se imaginaban al naciente Chile. Si cabe alguna duda de cuán creativos eran los escritos de Pedro Félix Vicuña, bástese decir que su argumentación teórica comparte las bases de una de las obras

³¹ Véase infra, p. 3.

esenciales de los últimos dos siglos, que se escribía en forma paralela sin que él se enterase. Su idea de que la propiedad y el capital explotaban a los trabajadores al fijar salarios que no retribuyen la parte de valor que el trabajo contribuye a la producción, es también el fundamento del concepto de plusvalía que Karl Marx utilizó como centro de sus teorías para fundar el comunismo científico³². Es así como Vicuña escribió:

“el trabajo ha sido explotado por el capital, que le ha señalado el salario, no según su valor e importancia, sino según su interés”³³.

Irónico, por lo menos, resulta que un concepto fundamental para el comunismo moderno haya sido simultáneamente esgrimido por este acérrimo detractor de aquella ideología.

Si bien las propuestas de *El porvenir del hombre* no fueron escuchadas en su época y tuvieron poca influencia directa en las definiciones políticas y económicas que forjaron Chile, la gran forma en que Pedro F. Vicuña nos muestra las más avanzadas ideas presentes en el país a mediados del siglo XIX, particularmente entre aquéllos que estaban en el bando opositor a los que escribían la historia oficial, lo transforma en un documento invaluable para comprender los destinos que tomó la nación posteriormente, que debemos comprender para poder construir una imagen completa de lo que ha sido Chile en sus doscientos años de existencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Becerra Soto, Enrique, *Pedro Félix Vicuña: (su vida pública y privada)*, memoria para optar al título de profesor de Historia y Geografía, Santiago, 1949.
- Engels, Friedrich y Karl Marx, *Manifest Der Kommunistischen Partei* (Manifiesto del Partido Comunista), Londres, J.E. Burghard Publisher, 1848.
- Flores, Andrea y Dany Jaimovich, *Cosechando antes de la siembra: Fisonomía del pensamiento económico en los primeros años del Chile independiente*, seminario para optar al título de ingeniero comercial, mención Economía, Santiago, Universidad de Chile, 2002.
- Fragueiro, Mariano, *Organizacion del crédito*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1850.
- Fuentealba, Leonardo. *Courcelle-Seneuil en Chile: errores del liberalismo económico*, tesis facultad de Ciencias Históricas, Santiago, Universidad de Chile, 1945.

³² Es casi imposible que haya tenido la oportunidad de conocer las teorías que Karl Marx elaboraba en paralelo a las suyas. La obra marxista culmine, *El capital*, tuvo recién su primera edición en 1867. Pese a que *El manifiesto del partido Comunista* salió a circulación en 1848, difícilmente Pedro F. Vicuña tuvo acceso a ésta u otras obras del autor.

³³ Véase infra, p. 54.

- Grez T., Sergio. *De la regeneración del pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores, 2007.
- Hennet, Albin-Joseph-Ulpien, *M. le Chevalier. Theorie du credit public*, Paris, Testu, 1816.
- Henríquez, Camilo, “Definición del crédito”, en *El Mercurio de Chile*, N° 12, Santiago, 1822.
- Henríquez, Camilo, “Del crédito particular”, en *El Mercurio de Chile*, N° 12, Santiago, 1822.
- Henríquez, Camilo, “Condiciones necesarias para adquirir y conservar el crédito”, en *El Mercurio de Chile*, N° 13, Santiago, 5 de octubre de 1822.
- Marx, Karl. *Das Kapital: Kritik der politischen Ökonomie* (El capital: crítica de la economía política), Hamburgo, Otto Meissner, 1867, vol. I.
- M’Culloch, John Ramsay, *A dictionary, practical, theoretical, and historical, of commerce and commercial navigation*, London, Longman, Green, Longman, and Roberts Editors, 1839, Versión original de 1832.
- Sagredo, Rafael y Sergio Villalobos, *El proteccionismo económico en Chile siglo XIX*, Santiago, Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, 1987.
- Subercaseaux, Guillermo, *El sistema monetario y la organización bancaria de Chile*, Santiago, Imprenta Universo, 1920.
- Valencia Avaria, Luis, “Memorias íntimas de don Pedro Félix Vicuña Aguirre”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 24, Santiago, 1943
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Teoría de un sistema administrativo y económico para la República de Chile*, Santiago, Imprenta de la Independencia, 1834.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Paz perpetua a los chilenos*, Santiago, Imprenta de la Independencia, 1836-1840.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Único asilo de las repúblicas hispano-americanas (en un congreso general para todas ellas)*, escrito originalmente en 1837, y posteriormente publicado en la “Colección de ensayos y documentos relativos a la Unión y Confederación de los pueblos Hispano-Americanos”, Santiago, Imprenta Chilena, 1862.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Su familia a la memoria del sr. arzobispo don Manuel Vicuña*, Santiago, 1843.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Cartas sobre bancos: recopiladas de las que ha insertado el Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1845.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *La vindicación de los principios e ideas que han servido en Chile de apoyo a la oposición en las elecciones populares de 1846*, Lima, Imprenta del Comercio, 20 de mayo de 1846.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Ocho meses de destierro o cartas sobre el Perú*, Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, 1847.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *El porvenir del hombre o relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia*, edición original, Valparaíso, Imprenta del Comercio, 1858.
- Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Apelación al crédito público por la creación de un banco nacional*, Valparaíso, Imprenta Tornero, 1862.

Vicuña Aguirre, Pedro Félix, *Moción sobre el establecimiento de un banco nacional presentada a la Cámara de Diputados por don Pedro Félix Vicuña*, Santiago, Congreso Nacional, junio 11 de 1864.

Vicuña Aguirre, Pedro Félix, “La situación de la república y la crisis ministerial”, en *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 16 de julio al 3 de agosto de 1870.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Del origen de los Vicuña en Chile*, Santiago, G.E. Miranda, 1902.

EL
PORVENIR DEL HOMBRE

o

RELACIÓN ÍNTIMA
ENTRE LA JUSTA APRECIACIÓN DEL TRABAJO
Y LA DEMOCRACIA.

Por Pedro Félix Vicuña.



VALPARAÍSO:
IMPRESA DEL COMERCIO, NÚM. 40, CALLE DE LA ADUANA.

—
1858.

A LA JUVENTUD CHILENA

A vosotros que vais a ser los agentes y depositarios de los principios de nuestra gran revolución dedico el fruto de una época de aislamiento y persecución, que me atrajo mi amor a la libertad.

En medio siglo de revoluciones una generación luchó por la independencia, otra por establecer la libertad, en cuyo número me cuento, después de treinta años de combates; ahora sois vosotros los llamados a dar estabilidad a la obra de estas generaciones que ya desaparecen.

Sondeando el futuro de nuestra sociabilidad he bosquejado las reformas que contiene este libro. He dicho la verdad, tal cual la concibo; la he apoyado en el derecho y en la ciencia, deduciéndola de la misma religión, como de la fuente más pura.

Cambiamos la caridad, hoy necesidad de nuestra sociabilidad, por los derechos del pobre; la una envilece a la mayoría de nuestra especie, los otros la ennoblecen y elevan. Hagamos por que el que hoy toca nuestras puertas para descubrirnos su dolor y miseria tenga los elementos para trabajar y producir sin los recargos de que hoy es víctima.

Establezcamos la democracia de modo que la propiedad sea su primera base, pero que ella no sea por esto un poder político, que pueda reaccionar a los triunfos de la libertad.

Estudiemos el crédito público en todas sus fases, él es el alma de la regeneración y felicidad de nuestra especie; él va a cambiar nuestra sociabilidad: mis ideas os indican las revoluciones que él debe producir y consumir.

No precipitemos nada; todas las reformas es preciso que se ilustren y maduren y que la sola opinión las fije.

Valparaíso, enero 3 de 1858.

PEDRO FÉLIX VICUÑA

LA DEMOCRACIA LA CONSTITUYE LA EXACTA APRECIACIÓN DEL TRABAJO

INTRODUCCIÓN

La triste perspectiva de todos los pueblos civilizados, su relajación, sus vicios, su egoísmo, su inmoralidad, y la impotencia del sentimiento religioso, para contener este desbordamiento, son un signo seguro de una disolución social, a la que caminamos aceleradamente. El pensamiento, y lo que el hombre llama su razón, combatida por opuestas paradojas, la idea de la virtud y del honor envilecida, ante el materialismo de la propia conveniencia; y el vicio y el crimen engrandecido y festejado, si nace de la opulencia y del poder, nos ha lanzado en un torbellino en que el individualismo, concentrándose cada vez más, concluirá infaliblemente con la actual sociabilidad humana, que sólo puede restablecerse por la armonía de todos los asociados, garantizada por derechos aceptados y reconocidos.

Este malestar, este desorden social, no es una declamación; todo hombre de sentido común lo penetra y lo comprende. Las doctrinas reformistas, y las teorías y utopías que hoy plagan la tierra no son más que la expresión de esta triste condición, que agobia a nuestra especie. La economía política, ensanchando el sendero disolvente de nuestras relaciones, y desnivelando a nombre de la ciencia la igualdad social, sobre que podía reposar el mundo, ha apresurado más el desenlace de estas cuestiones; y donde la humanidad creyó hallar su grandeza, su prosperidad, y riqueza, no encontró más que el germen de la más grande revolución que pudiera sobrevenirle.

No está muy lejano el tiempo en que las clases medias levantaron contra la nobleza el grito de igualdad y lanzaron contra los privilegios sangrientos anatemas. Estas mismas clases, allanados los estorbos de su elevación, y llegando al colmo de sus aspiraciones, han procurado por todos los medios a su alcance poner un dique a esa misma igualdad, que ellos generalizaron y sostuvieron con tanto valor como heroísmo.

Pero hay ciertas verdades y principios que, halagando nuestras inclinaciones y explicando los arcanos del orden social, fecundizan sin esfuerzo todo lo que to-

can: tal es la igualdad humana, cuyos triunfos y recuerdos no pueden olvidarse por la sola voluntad de los mismos que de ella hicieron una escala para elevarse a la posición en que hoy se hallan. La igualdad quedó siempre vibrando en el oído del pueblo, cuyo brazo se armó a nombre de ella. En los combates la igualdad era la bandera, en los momentos del triunfo se embriagaba al pueblo con ella y éste se dormía a la sombra de sus laureles, para despertar encadenado. Elevadas estas clases medias al poder y la riqueza por los esfuerzos populares, se unieron a las viejas aristocracias y a los reyes, para contener a los mismos que ellos habían conmovido e impulsado. Pero la misma distancia había de estas clases a la antigua nobleza que al pueblo, con el que llegaron a confundirse, cuando su brazo iba a decidir la victoria. La falta de ilustración de las masas populares constituía la única diferencia; pero en este siglo caminamos más aprisa, y el pueblo, si por su condición, su miseria, y su trabajo forzado, no ha podido alcanzarla, tal como las otras clases, tiene ideas si no exactas y lógicas sobre sus derechos, al menos son las que inspiran sus necesidades. Sus tribunos no necesitan más ciencia para conducirlo, y ellos tienen la bastante para llevarlo a la revolución y la victoria. La educación generalizada año por año eleva a estos jefes naturales del pueblo, que heridos del orgullo y pretensiones de la aristocracia, que los desdeña, llevan a la lucha iniciada, a más de sus pretensiones, la pasión y el resentimiento. Donde hay derechos y fuerza hay resistencia, hay excitaciones, y al fin revoluciones y combates. El pueblo y la aristocracia han comenzado ya esta lucha, en que, o retrogradamos a la barbarie o se hace oír y respetar el derecho, que no es más que la justicia y la razón combatiendo pasiones e intereses privados.

El que ha llegado a la fortuna y al poder, aunque haya nacido del pueblo mismo, al momento cambia de bandera para aumentar su fortuna. La usura es su móvil más activo; para aumentar su poder se une al despotismo, y para hacer borrar la idea de su origen y sus antiguas relaciones, el que así se eleva es el ardiente aristócrata, y el más pronto en aceptar todos los recursos extremos que puedan sostener su posición. Esta dominación de la riqueza, contemporánea de la libertad absoluta, que la economía política otorgó a la usura y a la propiedad, ha excitado las aspiraciones de otras clases, bien más numerosas, que sin ser aristocracia ni pueblo, son quizás más ilustradas, más activas y más inteligentes que las demás. Éstos son los tribunos y jefes naturales del pueblo, que en la prensa y en las asociaciones llevan la palabra; su número es considerable en todos los pueblos cultos. Su acción es pública y privada; el socialismo y el comunismo son su grito de guerra, y también su punto de contacto y unidad. La falange revolucionaria bien puede ser, a los ojos de la aristocracia, de Ilotas, pero sus jefes son Espartanos. La difusión de las luces ha criado al pueblo estos capitanes, que en tiempos de paz preparan en el misterio las armas para el combate; sostienen las esperanzas del pueblo, lo animan en sus reveses, y le señalan la comunidad de intereses como el galardón de su valor y constancia. Si la aristocracia actual calcula de otro modo, muy errada va en sus conceptos; es seguro que sus intereses y voluntad no regirán por mucho tiempo al mundo.

Los recuerdos de las ideas y combates con que las clases medias se elevaron sobre la antigua nobleza, y han apagado su brillo, están, como lo he dicho, muy

recientes para que el pueblo los pueda olvidar. Si para subir su grito fue la libertad e igualdad, estos mismos derechos invoca hoy el pueblo, y para animar sus esperanzas y excitar su valor añade el comunismo, que debe espantar a la riqueza. En la revolución francesa, a nombre de la igualdad se confiscaban los bienes de los nobles y del clero, y se repartían entre los más activos promotores de aquel movimiento; el comunismo es una revolución que obrando del mismo modo será aún más funesta, desde que los despojos de la victoria los tomará el más fuerte, y no habrá autoridad que haga la repartición. Pero sea lo que sea, el pueblo tiene ahora las mismas tentaciones que sus antiguos tribunos, y quiere subir tan alto como ellos. No sería imposible que sus actuales directores quisieran hacer otro tanto y, una vez elevados, unirse a la aristocracia para contener al pueblo; pero su número ahora es excesivo, la actual nobleza no tiene con qué ocuparlos a todos, ni cómo darles una posición que la proteja de su defección. Habrá traidores, la corrupción del siglo lo deja comprender; y se ve que gobiernos y aristocracias, apenas reciben un carácter elevado y peligroso, lo acarician y lo atraen, lo llenan de honores y riquezas; pero para un traidor se levantan día por día miles de jóvenes llenos de ambición y de esperanzas, llenos de valor e inteligencia.

Esta revolución ha seguido constantemente su marcha y ensayando una de sus fases más desconocidas, ha descubierto el origen del cáncer que destruía nuestra sociabilidad, poniéndola en la agitación convulsiva en que hoy la vemos. El abuso de la propiedad de un lado, y del otro el comunismo, son los dos campeones de esta revolución en que caminamos. El abuso ha encadenado al trabajo y ha hecho siervo al productor por medio de la competencia. Asilado el propietario del poder, dueño del capital y de la tierra, su voluntad y su interés han sido una ley para el resto de la sociedad, lo que ha levantado tan altas barreras entre el pobre y el rico, que parecen ineficaces todos los esfuerzos de la razón y del convencimiento para poderlos acercar. Esta barrera que el abuso aristocrático trabaja por eternizar, el pobre intenta destruirla por el comunismo, aún más terrible que aquellos abusos; que no han dejado por otra parte de enriquecer la ciencia económica con los más brillantes descubrimientos, y abierto a las ciencias morales los arcanos de nuestra verdadera sociabilidad, para estudiar nuestras relaciones y curar las dolencias que la afligen.

El abuso de la propiedad y del capital ha extraído del pueblo sus últimos jugos, hasta conducirlo al pauperismo, última condición de la degradación humana; él ha conservado por su organización el principio feudal, que sostiene la jerarquía social y política. A falta de barones feudales y principios la aristocracia defiende la legitimidad del poder, como emanación de Dios, y ha establecido reglas y sistemas políticos que sólo han podido producir la anarquía en las relaciones sociales, al punto que la mayoría de la humanidad no sabe a qué atenerse en la confusión de las ideas que debían servir de base a nuestra organización. Los mayores absurdos sostenidos con dogmatismo desconcertaban las inteligencias mejor organizadas, los hechos erigidos en principios apagaban los acentos de la conciencia, y los doctrinarios a quienes sólo impulsaba la ambición del poder y el oro, derribados por subsiguientes revoluciones, tuvieron que convencerse

que había en la humanidad un movimiento lógico que, detenido a veces, se desborda como los ríos cuyo cauce no es proporcionado al caudal de sus aguas. La carencia absoluta de toda regla era la base de estos sistemas, en que se fiaba todo a la casualidad y al saber de los que gobernaban: lo que hoy se sostenía como un principio, a poco andar debía desprenderse como una utopía; la única regla era la conveniencia, y en una perpetua oscilación, todo debía preparar nuevas revoluciones. Nosotros, serviles imitadores de lo que pasaba en Europa, hemos seguido esta desastrosa política, que solo ha preparado un triste porvenir, como los acontecimientos lo harán ver.

Llegada la humanidad a tan triste condición, y auxiliado el poder de la propiedad y del capital con las falsas deducciones de la economía política, naturalmente había de excitarse un movimiento reaccionario de iguales o más gigantescas proporciones, para restablecer el equilibrio o sobreponerse. El comunismo ha sido una invención superior a toda la fuerza y organización de la riqueza; el pensamiento es colosal, quizás el efecto lógico de las necesidades del pueblo; pero es al mismo tiempo bárbaro y destructor, marcha de frente a despedazarlo todo, para reorganizarlo de nuevo. ¡Despedazarlo todo!, ¿y lo que el hombre ha creado en tantos siglos es por casualidad inútil?; los grandes descubrimientos y sus extraordinarios progresos en las ciencias, en las artes, en la política y en la moral, ¿pueden ser nulos para nuestra regeneración y felicidad? No hay que dudarlo: el comunismo es el hijo legítimo del abuso de la propiedad y del capital; es una consecuencia de la miseria y del hambre mirando el banquete de los ricos; es la excitación que produce el espectáculo de la hartura, la prodigalidad, el lujo, el orgullo y la insolencia en aquellas almas independientes, que no se someten al yugo de la ignorancia e incapacidad, que conocen sus derechos, y que no ven otro recurso para aniquilar el privilegio y desterrarlo de la tierra, que la ruina de la organización que existe. Sin duda que desapareciendo el abuso de la riqueza el comunismo quedaba en el mismo acto anulado, y esta voz, hoy tan espantosa, luego sería olvidada y considerada como un delirio de la fiebre que produce la miseria.

Llegar a este resultado es mi pensamiento, creo haber llegado a resolver algunas de las más importantes cuestiones sociales; pero, ¿quién sabe si mis ideas a los ojos de los demás no son sino utopías? Una verdad, no obstante, aparece incontestable, y es que se acerca una nueva ciencia compuesta de los diseminados elementos que constituyen todas las demás. La política, la moral, la legislación, la economía, la religión, todos los principios en ellas reconocidos, todos van a formar no un misterioso conjunto sino una sola ciencia, sencilla en su aplicación y al alcance de toda la humanidad. Si este escrito tuviera la fortuna de servir de base a esta bienhechora ciencia, que con gran fe veo venir; si las descompuestas relaciones de la humanidad se reorganizaran, haciendo tan respetable el trabajo del pobre, como debe serlo el fruto de la propiedad, mi deseo de hacer el bien y escribir la verdad quedaría satisfecho.

Una ciencia derivada de los principios esenciales, que constituyen todas las demás que he enumerado, dirigiendo las relaciones de la humanidad, apagaría en su origen la tea hoy amenazadora de estas agitaciones con que los pobres y los ricos

se apresuran a la lucha. ¿Quién se negaría a las demostraciones de esta ciencia?, ¿quién podrá resistirse a sus benéficos y pacíficos decretos? Esta ciencia no puede ser otra que el derecho mismo, rodeado de todo el prestigio de la justicia y la razón; apoyado en la existencia de todo lo que la humanidad ha recorrido, e ilustrado por el análisis, que hoy descompone el tejido de nuestras viejas preocupaciones y errores; emanación pura de todos nuestros progresos morales, resultado lógico de la condición material de nuestra especie y, sobre todo, inspiración sublime de una religión que ha bajado del cielo, que hemos aceptado y reconocido. El derecho es entonces la fuerza misma, la opinión desapasionada; de un lado el triunfo de la gran mayoría, del otro, los derechos de la sociabilidad para todos; tan activos y poderosos como los de la naturaleza misma. El establecer este equilibrio, el deslindar hasta dónde la sociedad ha podido llevar los privilegios de la propiedad territorial y del capital, y hasta dónde pueda consentir el hombre que se limiten los de la naturaleza, es la obra de esta futura ciencia, hoy sólo en bosquejo.

Esta es la idea que me conduce, y no dudo que si mis razones y los principios de que las deduzco no establecen desde luego este derecho, es porque la propiedad no abandonará sus abusos, sino en un peligro extremo, y que antes que éste llegue se levantarán las enconadas pasiones de los que hoy gozan de tantos bienes a expensas de tanta pobreza, y empeñarán la peligrosa y decisiva lucha que tan funesta debe sernos. Apoyados en las leyes, unidos a todos los poderes políticos, ambiciosos de concentración y autoridad, distribuidores de la renta nacional y sostenidos por la fuerza, los oídos de la aristocracia quedarán cerrados a los acentos de la verdad y de la ciencia misma. Es por esto que he procurado poner de relieve la enormidad de los abusos de la propiedad y de la riqueza, y teniendo la convicción que el hombre ama más sus intereses y elevación social que la misma vida, manifestarle la proximidad de aquellos peligros que el interés quisiera alejar. En efecto, después de las escenas de 1848 que convulsionaron toda Europa, ¿no convienen todos los políticos en que si Francia apoya a Italia y a Alemania la revolución democrática se había consumado en el mundo? ¿Qué puede impedir que estos mismos pueblos adiestrados por la experiencia se convulsionen de nuevo? En América española, donde no existen los mismos elementos aristocráticos que en Europa, donde la autoridad no tiene más apoyo que los soldados, esta revolución social sería igualmente imitada, y las reformas, hallando resistencia, irían hasta consumir una desnivelación, en sentido opuesto, aún más funesta que la que hoy existe. Sin duda el mal parecerá exagerado a los que no han pensado nunca en el rápido desarrollo del principio democrático, a los que desconocen el espíritu que anima nuestro siglo, y las grandes fuerzas de que puede disponer; pero al que ha estudiado las revoluciones que han dislocado el viejo edificio de la feudalidad, al que ha penetrado su origen, no puede ocultársele que aquellos movimientos sociales improductivos unos, reaccionados otros, eran los eslabones de una gran cadena, que sin cortarse jamás servirán para afianzar el ancla en que debe descansar el bajel hasta hoy proceloso de la humanidad.

El filósofo que estudia las relaciones de cuanto le rodea, el hombre de genio que se anticipa a los sucesos humanos, el político que busca la resolución de mil

encontradas paradojas, el filántropo que se agita por los dolores de la humanidad, el economista que vacila en la aplicación de sus principios, el socialista que trabaja por la reforma de nuestras instituciones, y el comunista, que no ve el remedio de los males que lo rodean sino en el trastorno y disolución de cuanto existe, todos han cooperado a los progresos de esta futura ciencia, que bien podrá estar en bosquejo, sin dejar de ser por esto una realidad, que va a cambiar el mundo en su actual condición. Los mismos exaltados socialistas y comunistas, que han llegado a imaginarse pontífices y legisladores del género humano, todos en medio de sus fantasías y locuras han ido descubriendo el cáncer de nuestra sociabilidad. Los defensores mismos de las preocupaciones y fanatismo, y los adalides de la aristocracia en sus mal organizados argumentos, han descubierto los flancos de su nulidad e injusticia, y hecho resaltar la evidencia de este cambio, que va a operarse en todas nuestras relaciones sociales. Yo no he leído de un solo socialista, ni comunista, los escritos de todos ellos y sus sistemas, sólo los conozco por sus críticos; yo abrigaba antes las mismas preocupaciones sobre lo que llamamos el destino del pobre y desdeñaba toda investigación y estudio. El mal que los reformadores ponen a la vista, para explicarlo lo consideran unos la triste herencia de un *destino inevitable*; otros una desgracia inseparable de nuestra sociabilidad. Todo está relacionado en esta vida, todo tiene su causa, y buscándola es seguro que la hemos de hallar. El abuso de nuestras relaciones sociales he visto que eran el origen de esto que la aristocracia llama el destino del pobre. He bosquejado mi pensamiento no con declamaciones, sino aplicando los principios de la ciencia, superiores a cuanta organización existe, porque estos principios son derechos una vez que sean aceptados y reconocidos.

El trabajo del hombre anulado por la competencia que el capital y la propiedad territorial habían establecido, era el reverso del cuadro de la opulencia y del engrandecimiento de que éstos gozaban. El hombre ha sido hasta hoy valorizado por el interés personal, la codicia, la ambición y la tiranía; yo pretendo que en adelante lo valore la sola ciencia. La economía política que reconoce al trabajo como la causa y origen de todo lo que tiene valor, sólo al hombre, que hace este trabajo, lo ha entregado a la competencia y rapacidad de sus opresores. Mis deducciones en esta parte, otorgando al brazo del hombre un valor proporcionado a su producto, y relativo con su existencia y sus necesidades, establecen sus derechos, y donde el derecho se manifiesta, la contradicción cesa y los abusos desaparecen. El derecho es la razón y la justicia, es además el consentimiento general de la humanidad entera, deducido de principios aceptados sin excepción de clases y privilegios. ¿Quién se atreverá a negar que sólo el trabajo es el que produce? ¿No es éste el principio elemental de la ciencia económica? ¿No están uniformes en esta verdad aristocracias y pueblos? Si el hombre es el que ejecuta el trabajo, es incuestionable que él cría la riqueza y es su dueño. Este es el principio que servirá de base a la regeneración de nuestra especie, y el único que podrá evitar la revolución social, que se elabora en toda la tierra, principalmente en los pueblos más adelantados por su civilización.

Las pruebas de este trastorno a que nos encaminamos son tan patentes como la luz del día. Todos los sabios de Europa están espantados de los síntomas y doc-

trinas que aglomeran los combustibles de este incendio universal; todos trabajan, unos por alejarlo, otros por destruir estas materias fosfóricas e inflamables, y algunos, subiendo al origen de estas desgracias, se han perdido en el laberinto de mil sistemas inconexos, a pesar de haber conocido la enfermedad. El remedio de estas dolencias sociales está por cierto en embrión; pero esta actitud disolvente de nuestra antigua sociabilidad nadie puede dudarlo que nace de algunas causas, que era preciso buscar y analizar. Lo repito: para mí la propiedad territorial y el capital son la causa de esta situación; todos los reformistas están unidos, la misma aristocracia no puede desconocerlo, por más que su interés le vende los ojos; el remedio es sólo el que falta, pero no un remedio que mate, como el del comunismo para resucitar después de la barbarie a las luces y al progreso, recorriendo las mismas desastrosas revoluciones que hasta hoy han servido para elevarnos.

El respeto a la propiedad es la primera condición de nuestra sociabilidad, el móvil más poderoso de nuestros progresos y civilización, el premio del trabajo, del orden, de la economía, de la virtud. Sin propiedad no hay pueblos ni naciones, y ni aun se concibe la permanencia del hombre en su estado salvaje; nuestra especie, a pesar de su espiritualidad, descendería a la condición de los brutos. Pero esta propiedad tiene sus límites, cuales son otros derechos que ella no puede anular, por más que su antigua organización la haya rodeado de privilegios. Estos derechos son los del trabajo, que siendo el productor de las riquezas, tiene una mayor parte en su distribución que el capital y la tierra, que sólo son agentes. La propiedad territorial y el capital no son autoridad política, y si hasta hoy su interés ha gobernado al mundo y formado la ley, éste es un funesto abuso, que desaparecerá en adelante. Sin el poder o influencia social que la aristocracia ha tenido, sus privilegios tampoco pueden en adelante sostenerse; la fuerza niveladora del principio democrático ha minado completamente el edificio de lo pasado, que ahora ella sólo sostiene representando el falso papel de reformista y liberal. Estas reformas materiales y siempre mezquinas de la política producen el efecto contrario a lo que los gobiernos se proponen; si el pobre encuentra una ocupación para saciar su hambre, el capitalista se aprovecha de todas las ganancias, aumenta su poder, su influencia, y la desigualdad social marcha más rápidamente a producir la revolución a que caminamos. Dar a cada uno lo que es suyo es el principio moral y religioso que debía servir a la economía política de base fundamental, después de reconocida la parte del trabajo en la creación de la riqueza; así la humanidad no habría tenido que pasar por esta nueva feudalidad de la riqueza. Una nueva definición de esta ciencia era absolutamente necesaria, y la he bosquejado sin vacilar en este sentido.

He señalado tres caminos o más bien tres períodos de la vida de los pueblos para asegurar al trabajo agrícola una retribución justa y equitativa, de la parte que tiene en la producción de la tierra. El salario en una época como la que nosotros atravesamos, proporcionado a las necesidades del trabajador y de su familia, sin ninguna ocupación gratuita, para que termine la servidumbre colonial en que aún se halla el inquilino, es el primer paso con que en Chile podía alejarse de la revolución social. El segundo es el arriendo de la tierra por un largo período, que dé seguridades al trabajador de que los adelantos y mejoras que hace a la propiedad

le pertenecen, por un determinado tiempo, lo que manifestará la estabilidad y perfección de los derechos del trabajo. El tercero es la expropiación de la tierra cuando llegue el caso extremo, en que, obstinados los propietarios en sus antiguos derechos y el pueblo en las doctrinas del comunismo, no haya más transacción que sangrientas y bárbaras revoluciones. Antes de llegar a este extremo la autoridad tiene el indispensable derecho, reconocido aun por las más atrasadas naciones, de tomar la propiedad que el bien público reclama: hacerla avaluar y pagarla. No hay mayor bien para las naciones que la paz, pues sólo ella puede traer la armonía de todas los asociados, como asimismo la libertad e igualdad social, y libertarnos de una segura catástrofe, que nos conduciría a la barbarie. En cualquiera de los tres medios indicados, es precisa la intervención de la autoridad, porque el propietario ni subirá los salarios ni arrendará sus tierras, sino haciendo intervenir la competencia de los trabajadores.

Para libertar a la industria de la tiranía del capital no hay más recurso que la organización del crédito público, y la creación de un banco nacional, que baje los intereses hasta un mínimo que aleje toda competencia. Que este banco concentre todo el crédito de un país es la reforma más oportuna, la que infaliblemente traerá la ruina de la usura, y la nulidad de esta clase funesta, que sin producir nada ha levantado su solio sobre los escombros y ruinas de la industria. El ver agitarse entre nosotros las cuestiones de crédito, que hace 15 años yo promovía sin encontrar un solo eco, es lo que me anima ahora a publicar un escrito, que hacía cuatro años me sirvió de distracción en el oculto retiro de una persecución política. Éstos eran para mí los apuntes de un sistema que arreglase las esparcidas ideas que germinaban en mi cabeza, los que probablemente nunca habrían salido a la luz pública si no fuera porque veo tomar entre nosotros una falsa y fatal dirección al crédito público. Este crédito bien organizado conforme a las bases que he indicado, alejaría los peligros de las revoluciones sociales que fermentan. En mi concepto Chile está llamado a ser un pueblo fabril e industrial antes que agricultor, por la extensión limitada de su territorio de cultivo, mientras que abunda en minas de todas clases, y tiene las primeras materias para las más ricas manufacturas. Los metales, las lanas, el lino, el cáñamo, y todas las industrias que la misma agricultura proporciona, ocuparán siempre triples brazos que el cultivo de la tierra. Los capitales que impulsen estas industrias a un bajo interés es lo que el crédito público debe proporcionarnos, y sus beneficios se harían del mismo modo extensivos a la agricultura, que jamás llegará a su perfección mientras no encuentre fondos a un crédito más bajo que los actuales.

Entrar en el análisis del crédito, después de los capítulos que le he consagrado, sería inútil. Las nuevas ideas de erigirlo en un poder independiente, y establecerlo como el complemento del equilibrio político, que asegure la libertad al mundo, es un pensamiento que creía era exclusivamente mío; pero me fue disputado en otro tiempo. Era la consecuencia de mis investigaciones sobre los abusos a que siempre quedaría sujeto el crédito público, teniendo en su dirección los gobiernos la más ligera intervención. Otro pensaría también como yo, y esto probará que la verdad se generaliza, y que todos los hombres que la buscan al fin la han de hallar: el que

ama la verdad y sólo aspira al bien de los hombres nunca será exclusivo en esta clase de glorias. Si detenidamente se examinan mis ideas a este respecto, estoy seguro que todos los sinceros amantes de la libertad y la justicia hallarán que este nuevo poder con la autoridad de que lo rodeo, es el único que puede contener la acción reaccionaria de los gobiernos, y sus tendencias a buscar apoyo en el espíritu aristocrático, igualmente ansioso de aumentar su autoridad y su influencia. El equilibrio tantas veces buscado quedaría establecido en el momento en que los gobiernos no pudieran disponer de las rentas públicas, sino en la órbita que la ley les señale, ni tener a su disposición los nombramientos de los empleados de la hacienda pública, falange electoral, desde que se halla establecido que la conciencia y la independencia de los agentes públicos deben ser completamente nulas para los que mandan.

Otra de las deducciones a que mi observación me ha conducido, es la de formar del crédito público la principal, o la sola renta de una nación. Éste es un descubrimiento de la más alta importancia para la felicidad de las naciones y para aliviar la condición del pobre. Esta institución obrará sobre la sociedad en un doble sentido, apropiándose del producto que hasta hoy ha sido exclusivo de la usura, lo que terminaría esta vergonzosa aristocracia, que hoy regentea en la tierra, y facilitando a la industria el capital que necesite al más bajo interés posible. Asimismo, partiendo la acción del crédito de una sola mano, el sistema monetario sería uniforme y perfectamente garantizado por la sociedad entera.

Si las cantidades que paga por sólo intereses Inglaterra, para satisfacer el crédito que los ciudadanos han dado al gobierno, las recibiese éste, otorgando crédito a los individuos, tendría una renta en que después de pagados sus actuales gastos le quedaría un sobrante de cuarenta y ocho millones de pesos. Esto parece fabuloso, pero las cifras y los números dan demostraciones matemáticas que nadie podría refutar. La idea de una sola renta que terminase el ejército de empleados, otra de las aristocracias que viven de las contribuciones del pueblo, será, no hay que dudarlo, una de las reformas que el tiempo traerá infaliblemente consigo, el día que la democracia ocupe su verdadero puesto.

La nulidad futura del oro y de la plata en el sistema monetario, después de que el crédito público llegue a la altura a que la ciencia y la prosperidad de las naciones lo encaminan, será otra revolución tan natural como pacífica. Estos grandes resultados de la ciencia, hoy utopías para el común de los hombres, son consecuencias lógicas e infalibles de la condición del crédito público. Los que sondan lo futuro con los solos principios y verdades actualmente aceptados y reconocidos, no pueden dejar de ver las revoluciones que esta sola institución debe traer en la condición de la humanidad.

Mi pensamiento en medio de estas investigaciones antes que la riqueza era por la libertad. Yo había calculado la íntima relación que había entre uno y otro, y mis deducciones me llevaron a fijar como un principio incontestable, de *que la democracia sería inconsistente y nula mientras el trabajo del hombre no obtuviese la parte que le correspondía en la formación de la riqueza*. Si esto era una verdad, ella debía apoyarse en algún derecho: el establecer este derecho, el deducirlo de la ciencia y de las insti-

tuciones que habíamos aceptado fue mi sola ocupación. Pero estos derechos, desde que atacan otros intereses, no se consideran por la parte agraviada más que como errores, y a lo más como imaginarias teorías, sin ejemplo en los anales del mundo. El buscar este ejemplo, el patentizar con hechos verdades tan trascendentales a la ventura del hombre, era otra tarea que me quedaba que llenar. El estudio de la democracia americana del norte, donde yo veía la libertad y la igualdad sólidamente establecidas, donde el trabajador había alcanzado una independencia social y política, y donde su bienestar era la consecuencia de su industria debía resolverme las cuestiones sociales que había establecido. Estas cuestiones para mí no eran paradojas sino principios y verdades, que la ciencia, como el derecho y la razón, me habían patentizado; pero el hacerlas aceptar es sólo la obra de ejemplos prácticos, que aquella confederación democrática presenta como incontestables. Para hacer una apreciación exacta, tenía que buscar la demostración de los principios en que reposa la libertad de aquella nación, no en tales o cuales instituciones, que habían establecido dos sistemas sobre su engrandecimiento, sino llevando por lumbreras mis ideas sobre la opresión y monopolio de la tierra y del capital con que una minoría de nuestra especie encadenaba en el resto del mundo a la gran mayoría. Lo que no alcanzaron Tocqueville y Chevallier lo he creído yo demostrado con esta sola verdad, que resolverá aún muchos otros problemas de nuestra sociabilidad. En efecto, en Estados Unidos de América, donde aún hay un territorio inmenso, inculto y a un precio ínfimo, la propiedad territorial ni ha podido monopolizarlo, ni erigirse en autoridad, como sucede en todas las demás naciones donde la tierra es limitada. En el norte de nuestro continente no hay inquilinos, los trabajadores del campo son completamente libres, y pueden escoger entre ser propietarios o servir con salario. Este salario entre nosotros va acompañado de vasallaje y de trabajos gratuitos; en Estados Unidos es un convenio de dos personas igualmente libres e independientes, donde hay una reciprocidad de atenciones y deberes, que si se alteran alguna vez es sólo con extranjeros que llegan de Europa emigrados en la más triste condición. La extensión tan grande de territorio ha retardado e impedido allí la reacción de la propiedad sobre el trabajo del pobre, y su dominación política.

El crédito público, del mismo modo, allí generalizado en mil bancos, que reúnen toda su acción y movimiento, ha anulado la usura, y aunque su sistema sea imperfecto y no haya ni unidad monetaria ni de crédito, la industria ha hallado cuantos capitales necesitaba para impulsar el trabajo humano, y llevarlo a la altura que hoy admira el mundo entero. La libertad e igualdad de aquella nación, su espíritu de independencia, su carácter peculiar para la industria y el trabajo, sus gigantescos progresos, y el dominio público del pueblo, todo lo debe a la nulidad del capital y de la tierra, para reaccionar sobre la importancia que allí ha alcanzado el brazo del hombre. El propietario y el capitalista gozan de su fortuna, viven espléndidamente, pero no pueden imperar políticamente; el pueblo es celoso, teme las reacciones de la riqueza, y sólo el que ha dado pruebas invariables de sus principios democráticos alcanza el poder.

Este ejemplo, con que he podido autorizar los principios sociales que he establecido, naturalmente ha debido llenarme de satisfacción, pero aún queda mucho

que recorrer a la América del Norte, para llegar a la perfección de su crédito y preparar sus instituciones, para cuando vendidas todas las tierras públicas comience la reacción de la propiedad. Este peligro es aún más lejano, pero su extraordinaria inmigración lo acerca cada vez más, y al fin tendrá que apelar a los medios que he indicado para el resto del mundo.

Los americanos del norte, del mismo modo que los ingleses, no pudiéndose ellos mismos explicar las causas influyentes de su prosperidad y grandeza, han apelado a una de esas groseras preocupaciones que, lisonjeando su orgullo, podían imponer a las demás naciones. La excelencia de su raza, sus cualidades extraordinarias de inteligencia, valor, constancia, y otras mil virtudes con que muy modestamente se adornan ellos mismos, los hace aparecer a sus propios ojos como seres privilegiados, a quienes todos los demás pueblos de la tierra deben rendir homenaje. Con una rápida pincelada sobre la historia de esta raza, sobre su pasada nulidad y degradación, y sobre las farsas que hoy mismo representa, queda descubierta toda la miseria que encierra tanto orgullo. La raza anglosajona, de que exclusivamente traen su origen los americanos del norte, hasta hoy es la humilde esclava de los barones normandos, que elevó Guillermo el Conquistador. Éstos son los que hoy, dueños de toda la tierra, y árbitros de la autoridad y la política, hacen en Europa reventar al pueblo anglosajón con un trabajo forzado e improductivo para ellos; pero que alcanza a doscientos cincuenta y dos millones de pesos de contribución anual, que absorbe la aristocracia por diferentes caminos. Pueda este capítulo que les consagro a ingleses y americanos abrirles los ojos, para que la fuerza de sus cañones y su preponderancia marítima no la interpreten un privilegio de su raza, y cesen de una vez de abusar de una situación que han debido al azar y no a su inteligencia, valor y combinaciones. No tienen otra ventaja sobre los demás hombres y las demás razas, que haber conocido con anticipación a las demás naciones, los resortes y móviles del crédito público. Pero estas ventajas están más que equilibradas con la imperfección forzada y violenta de este mismo crédito, imposible de reformarse, porque es un privilegio unido a todos los desórdenes y abusos de la autoridad política, y con el que está entrelazada la enorme deuda de que es víctima Inglaterra. Esta deuda son los rezagos de su pasada grandeza, es el acíbar que ha quedado al fondo de la endulzada copa, acíbar cuya amargura equivale a un veneno que amenaza la existencia del cuerpo social.

Los americanos del norte, sin el desorden y fluctuación del crédito público, en un país tan extenso y virgen, donde han emigrado los brazos más industrioses de toda Europa en tan crecido número, que ellos y sus descendientes desde la revolución componen hoy los dos tercios de su población, habrían alcanzado aún más elevada posición y mayor riqueza, más moralidad y menos incertidumbre sobre su condición futura. La riqueza pública, que su gran industria no puede menos que producir, lejos de servir a impulsar el trabajo, sirve sólo para armar la hez de nuestra especie, que de todas partes allí llega y que, dominada por los vicios, huye del trabajo, y busca en la conquista o la muerte o una mejor posición, desdeñando una modesta y lucrativa ocupación. La guerra de México es un ejemplo, que ha servido a la vez a los individuos para organizar privadamente las expediciones de

Cuba y al presente las de Walker en Centroamérica. Estas especulaciones, anulando el carácter moral de aquellos Estados, acabarán por levantar en este continente otra federación en que revivan los odios y combates de Roma y Cartago. A la América española, que ellos calculaban una segura presa de su ambición, sólo le falta unidad, la que más que nada impulsa la conducta de los americanos del norte. Nuestras ventajas son inmensas sobre ellos, si no en publicación, en todo lo demás; ellos tienen un cáncer en su seno, que no habría más que tocarlo para producir su muerte; y es la esclavitud, que nuestra raza procura anular y concluir por todo donde domina, a pesar de creérsela más atrasada. El crédito público anárquico entre los americanos está virgen entre nosotros, y tomará las colosales formas que le dé la ciencia, apoyada en la experiencia y en los prodigios que él ha efectuado, y libre de los abusos que lo han entorpecido o anulado; él removerá la sangre que hoy tan lentamente circula en el cuerpo social de las que fueron colonias españolas. Luchamos con las viejas preocupaciones, con el espíritu militar, con todas las costumbres y desórdenes de nuestra vieja existencia, pero nuestro triunfo está cercano, y nuestra raza reunirá a la fuerza de su voluntad la inteligencia que el norte sólo acepta en cuanto tiene relación con el interés o la ganancia.

Un paralelo entre los dos pueblos de aquella raza establece los principios y causas que obran sobre ambos, lo que impulsa al uno, lo que hace retrógrado al otro. La libertad es el fruto del trabajo en Estados Unidos, pero de un trabajo sin la opresión del capital, sin la tiranía del dueño de la tierra. En Inglaterra, donde estas dos condiciones oprimen el trabajo, la decadencia, la miseria, la emigración, son los síntomas precursores de su ruina. De los mismos hechos consumados en ambos pueblos he deducido algunas reformas, que en una mayor escala pudieran hacer la humanidad próspera y feliz; así mismo he analizado los abusos y atentados, que nacen de la concentración política, y que pueden evitarse conociendo su origen y cómo obran sobre nuestras sociedades.

Pero nada de nuevo, lo repito, llenará más el objeto de este escrito, que la reforma que anula el poder reaccionario de todos los gobiernos. Un esclarecido político como Jefferson, no alcanzando en su tiempo la resolución de tantas cuestiones sociales que hoy se agitan, establecía como una necesidad de la democracia una revolución periódica cada 20 años, para sacudir todos los abusos que el poder aglomera, y purificarla así de nuevo. Jefferson penetraba exactamente el poder reaccionario de todo gobierno; pero no veía su causa principal, ni podía concebir sino un remedio peor o igual a la dolencia que quería curar. Este poder abusivo y reaccionario es el del dinero, de que es preciso privar a todos los gobiernos, y traspasarlo a otra autoridad, que siendo limitada en su acción y reducida a la recaudación y distribución de la riqueza pública, no puede de modo alguno abusar. Por el contrario, siendo un poder organizado para formar el equilibrio político, que la riqueza pública en manos de los gobiernos hacía imposible, es una garantía de más en el orden político y económico. Las ideas sobre el crédito público, según él mismo lo confiesa en sus memorias, no las comprendió sino medianamente; tampoco esta institución había tomado en Estados Unidos las colosales proporciones que hoy tiene. No era pues extraño que Jefferson no viera autoridad alguna a

quien confiar las funciones de recaudar y distribuir la renta pública, erigiéndola en un poder político independiente, que a más tendría el objeto de armonizar y equilibrar los otros poderes, que hasta aquí sólo ha reconocido la ciencia política. El banco nacional, asumiendo todas estas funciones, nombrando él mismo todos los empleados de hacienda, y velando sobre su desempeño y conducta, completaría la reforma, sin la que la democracia marchará vacilante y llena de estorbos.

Fácil es deducir que siendo el trabajo el productor de toda riqueza, él debe absorber la principal atención de los gobiernos. La democracia sin la apreciación exacta del trabajo, y sin la justa retribución de lo que él produce, no es más que una forma política, pero jamás una realidad. Las naciones vivirán siempre en esta oscilación revolucionaria, necesidad de su presente condición, inspiración de su espíritu de mejora y de progreso, mientras el brazo del pueblo no produzca lo que necesita para salir de la deplorable situación a que lo han reducido la propiedad territorial y el capital. Esto no puede dejarse a las combinaciones individuales. Entre las clases que hoy componen nuestra sociedad, la propiedad y el capital son permanentemente reaccionarios por su creencia y organización, por su interés y su ambición, del mismo modo que el pueblo es revolucionario por instinto y necesidad. Una legislación que marque distintamente los derechos de cada uno debe ser el cuidado y esfuerzo principal de todo gobierno, y arreglar todas sus relaciones, de tal manera que la revolución como la reacción no aparezcan más sobre la tierra. Para llegar a este estado de perfección, compatible con las dolencias inherentes a nuestra existencia, la autoridad política debe consagrar su atención a proporcionar al trabajo todos los elementos que constituyen la producción, principalmente el capital, al más bajo interés, y que todo ciudadano obtenga la protección y recursos, para cooperar al monto de una producción nacional que baste para llenar las necesidades de todos.

La competencia, esta arma poderosa del capital y de la propiedad, viendo la abundancia con que el brazo del hombre se presta al trabajo, esta subasta, con que unos a otros se perjudican los productores, para que sólo el rico se aproveche de su posición, es una plaga por cierto bien antigua, que la economía política ha dejado científicamente establecida a los pueblos modernos, después del más constante empeño para legalizarla. Sería cansarse repetir las razones que he aducido en el capítulo que le consagro, para evitarnos esta contienda de la miseria entre sí, para llegar hasta el hambre, la desnudez y la más espantosa nulidad. Es necesario ante todo la organización del trabajo, es preciso volver en parte al antiguo sistema de las corporaciones, para que la producción de determinadas manufacturas no exceda la demanda que la estadística nos señale. Esto no impedirá el trabajo de una nación entera, que apropiándose todas las industrias conocidas, siempre hallará falta de brazos, para llenar la multitud de necesidades que hoy tiene el hombre culto. Estas corporaciones de industrias y oficios no serán los antiguos cuerpos privilegiados, que dividían con los reyes los productos que con sus monopolios arrancaban al pueblo; su organización sencilla no tendrá más objeto que arreglar la producción al consumo, evitando así la competencia.

Hasta aquí había llegado el primer volumen de los escritos que formulé en mi forzado retiro. Al principio no fue otra mi intención que bosquejar las reformas

que Chile necesita, organizando, como ya lo dije, mis antiguas convicciones en un determinado plan. Pero una vez con la pluma en la mano mis ideas tomaron más extensión, y he querido en este escrito abrazar a la humanidad entera. La democracia, que es el sentimiento y la inspiración dominante de todos los pueblos cultos, no puede ser sino una misma para toda la tierra; sus principios, sus ideas, su objeto y sus resultados deben ser iguales. Ahora sólo me ha ocupado su condición material, analizando el origen de sus males, e indicando los remedios que mi experiencia y mi constante observación me señalaban; en el segundo volumen la unidad política, moral y religiosa de nuestra especie terminarán mi tarea.

Hace cuatro años que concluí este escrito; al presente le he añadido esta introducción. Podría haberle agregado algo más, e ilustrado con nuevos datos las cuestiones que encierra; pero sería quitarle cierta originalidad que debe tener, haciendo correcciones en épocas de calma a un escrito que salía de mi pluma en los momentos de una revolución que terminaba, y en la que yo había tenido considerable parte. Mis ideas tenían sin duda el colorido del sentimiento que me dominaba, pero su expresión era sólo la de mis más puras convicciones. Yo creo firmemente en esa gran revolución que se acerca, su marcha es lógica; las agitaciones de todos los pueblos civilizados, su desigualdad extrema, y las revoluciones que han precedido, todo me confirma en mis convicciones. Yo había alcanzado la edad de 46 años cuando estampaba estas ideas, edad en que mucho se ha visto. Por las vicisitudes de mi vida había yo recorrido todas las posiciones que pudieran darme esta experiencia práctica, para no recibir como dogmas los principios y razones con que otros formaban sistemas, a lo que se añadía la independencia de mi carácter y mi amor al estudio, todo lo que me ha puesto de relieve esta conflagración social que veo venir. Mis tendencias son democráticas, mis ideas y mis sentimientos han sido superiores a mis intereses, y en 30 años bastante he sufrido por la causa que hoy como antes defiendo con igual fe. Pero la perfección de la sociabilidad humana es para mí la primera necesidad de nuestro ser, y sin el más gran respeto a la propiedad nunca llegaríamos a obtenerla. El abuso de ésta, la competencia que ha establecido para anular al trabajo, y su espíritu de dominación es la reforma más difícil; las viejas prácticas forman costumbres, y estas costumbres sostenidas por el interés, sea cual fuere la nulidad de su base, forman derechos, que aunque sean falsos y contradictorios con el mismo orden de la sociedad, se sostienen y defienden con ese fanatismo inherente al principio aristocrático, de perecer antes que ceder.

Pero en las contiendas sociales la autoridad al fin tiene que tomar parte. Anticiparse al desarrollo de la opinión, hacer reformas que no reclama la sociedad misma, es exponer muchas veces la mejor causa, y retardar el triunfo de acontecimientos que la ilustración y el tiempo deben realizar infaliblemente. Pero obstruir a esta opinión todo camino, criar instituciones que se opongan a su curso natural, contener con la fuerza la expresión enérgica de las convicciones e intereses públicos, es también anticipar los acontecimientos. Cabalmente es lo que sucede en la América española, donde la autoridad, la aristocracia y el clero se han unido para detener la impetuosa corriente de la civilización y de la democracia. En esta lucha,

¿quiénes son los que pierden?; la autoridad no descansa en un solo principio, no tiene más móvil ni seguridad que la fuerza militar; la aristocracia se ha concitado el odio por su espíritu de dominación, y por el monopolio de sus intereses; el clero, arrastrado también por sus intereses en una época de tanta agitación moral y religiosa, sin calcular su verdadera misión, se ha enrolado en este triunvirato, y se declara enemigo de la civilización y de la democracia. ¿Qué resultará de esta liga antisocial?: la precipitación de los acontecimientos, la revolución que tememos, con todos sus desastres y trastornos, revolución de un carácter más sangriento y radical que la de Francia en 1893. Si una monarquía de tan larga existencia, de un poder tan regularizado y extenso, con todas las fuerzas de una aristocracia, dueña de casi toda la tierra, y apoyada por la opinión de un clero respetado y rico, sucumbió, a pesar de los esfuerzos de toda Europa coligada ¿qué espera este triunvirato político en los estados sudamericanos? Desde que para mí el más grande apoyo de la democracia es el sentimiento religioso, desde que penetró por en medio de la densa niebla de las futuras revoluciones, la unidad moral, que la religión debe traernos, mi mayor dolor es ver al sacerdocio desconocer su verdadera misión de paz y conciliación, de igualdad y justicia, de moderación y virtud.

Yo no creo en la unidad permanente de estos intereses; un solo mandatario, que la opinión eleve en cualquier estado de América deshace sin esfuerzo la obra de todas estas combinaciones políticas. Aislada la aristocracia del poder, que concentra la autoridad política, queda nula e impotente; y el clero, por su propia debilidad, o tiene que seguir la marcha de los gobiernos o hallarse bajo el peso de las reformas, que anulen toda su influencia política y social, y lo sometan a su acción meramente espiritual.

He dicho que la autoridad política debe definitivamente tomar parte de la contienda social, no para anticipar reformas que aún no han madurado en la opinión, sino para ensanchar su camino; y sean cuales fueren mis deseos de llegar a un término, ésta debe ser la regla invariable de los gobiernos. Ábranse pues estos caminos, que los derechos e instituciones reconocidos y aceptados sean una realidad, y no una forma, que la prensa sea libre, ella es a la vez el vehículo de las luces de la justicia y la razón, y también ejerce una censura sobre el abuso de los poderes políticos. A pesar de que se puede abusar de esta libertad, es también en la condición privada de los individuos un azote contra el crimen, el vicio y la inmoralidad. Que el sistema electoral sea libre, éste es el camino de sondear la opinión, y de ir la encaminando a las reformas pacíficas que deben sobrevenir. Que la propiedad y la riqueza no sean poder social ni político, estableciendo de hecho el principio de la igualdad, dando siempre la preferencia al mérito y la virtud. Que la legislación favorezca al trabajo del hombre, que el gobierno señale al salario una justa retribución, o bien que él lo imponga en todas las obras públicas, que se hacen de su cuenta. Que cesen todos los servicios gratuitos de los inquilinos y se promuevan los arriendos por largos períodos, o bien los gobiernos compren una cierta cantidad de terrenos para repartir entre las víctimas de la propiedad, echando las bases cada año de tres o cuatro poblaciones en la república. Que ningún servicio religioso sea pagado sino por la renta pública. Que la usura desaparezca, estableciendo desde

luego el crédito público bajo las mismas bases indicadas en este escrito. Por último, que el sistema municipal sea ensanchado, para encaminarse a los grandes destinos a que la condición futura de la humanidad lo llaman.

Ésta es la intervención política, y éstas las reformas que desde luego pueden iniciarse, y abrir así el camino a la reforma pacífica de nuestra especie, evitando las tristes revoluciones que deban de otro modo sobrevenirnos. El tiempo traerá infaliblemente el complemento de los grandes cambios, que en beneficio del hombre he bosquejado; cada pueblo según sus luces y necesidades llegará a ellos más tarde o más temprano. La ciencia social y económica, composición de tantos principios aceptados y reconocidos, formando un solo cuerpo y un solo sistema, traerá, no hay que dudarlo, este infalible resultado.

Nuevos acontecimientos vienen a precipitar las revoluciones que he bosquejado, lo que me ha hecho añadir un nuevo capítulo sobre una confederación de los Estados hispanoamericanos, como el único remedio al torrente de infortunios que nos aguardan; pero esta confederación no puede ser de los gobiernos que hoy existen. Se podría asegurar que en ningún Estado hispanoamericano hay un solo gobierno que exprese la opinión y voluntad nacionales; todos ellos son el fruto de facciones y partidos elevados por intrigas o batallas; su debilidad es extrema y su representación nula, su existencia incierta y vacilante. La unión de tales gobiernos sólo traería nuevas cadenas a la democracia. Antes que evitar la invasión del norte la confederación tendría por objeto el dominio y estabilidad de los mismos gobiernos, y los medios de asegurarse en el interior estarían en primera línea; la defensa y honor de nuestra raza sería un objeto secundario, quizás sólo un pretexto de tiranía y concentración.

La confederación posible es la de pueblos libres, que tengan un verdadero interés en la gloria y conservación de la patria; de pueblos donde las instituciones sean iguales a las de nuestros invasores; donde hayan desaparecido las decrepitas preocupaciones que la aristocracia y los gobiernos trabajan por sostener, donde el trabajo sea justamente remunerado, el crédito público el alma de nuestras transacciones, la libertad y seguridad individual una ley constante e invariable, y la virtud, el talento y el patriotismo el único poder social, la única autoridad directiva de los destinos de la nación. La confederación debe pues comenzar por nuestra reforma interior, por alejar nuestras divisiones, por uniformar nuestros intereses y opiniones, y hacer compacta y fuerte en nuestro propio suelo la acción política, hoy tan débil y vacilante.

Sin estos previos arreglos nuestra condición debe empeorar; los invasores hallarán entre nosotros mismos agentes numerosos; el pobre pueblo, envilecido y degradado, en todo cambio verá una mejora; su instinto, sus convicciones y sus necesidades le harán ver que nada es peor que su condición presente, y que toda revolución será en su ventaja. Los invasores han estudiado bien nuestra sociabilidad, penetran las causas de esta anarquía permanente, que esteriliza los esfuerzos del patriotismo, y sostiene este desorden, que parece sea la condición invariable de nuestra vida política. Ellos explotan estas pasiones e intereses divergentes, y no se engañan en sus esperanzas: América española será dominada sin

duda por otra raza, si la libertad y la igualdad, si el patriotismo y la virtud no levantan de su postración el honor adormecido y anulado por los recios golpes del despotismo. Manos a la obra, organicemos nuestras relaciones interiores, desaparezca el germen de las divisiones que nos agitan y nuestra independencia y libertad serán eternas. Las razas se elevan y decaen por sus vicios, la nuestra por su inteligencia y valor dominó al mundo; nada la ha cambiado, sino el despotismo, que arraigó las preocupaciones que otros pueblos menos adelantados lograron desterrar a la sombra de la libertad, sombra bienhechora, que ilustra y engrandece, y a cuyo abrigo se desarrolla el germen de los grandes hechos y sublimes virtudes.

No concluiré esta introducción sin tocar otra vez la idea de un segundo volumen sobre la moralidad y unidad humana derivadas del principio religioso. Algo escribí sobre esto hace cuatro años, pero esta obra la creo superior a mis fuerzas. En el primer capítulo, indicando la idea de elevar la autoridad religiosa a un ramo del poder político, establecí la base de esta unidad, que la creo de la mayor importancia para el mundo el día que la democracia se sobreponga. La religión y la moralidad se uniformarán y se deducirá de los mismos principios que he establecido para mejorar y armonizar los intereses humanos. Sobre esto, si mis ocupaciones lo permiten, volveré algún día a bosquejar mis pensamientos, conducido siempre por el amor a la verdad, y mi deseo de ser útil a la patria y, si es posible, a todos los hombres.

Las contiendas eternas del poder político y religioso, la anarquía social que naturalmente debe seguir, y la carencia absoluta de una regla o principio, que señale a cada uno el límite de su autoridad, es un entorpecimiento al orden, que definitivamente debe arreglar todas las relaciones de la humanidad. Si la lucha de estos dos poderes ha servido para impulsar la libertad, llegado es el tiempo de establecer la unidad, que simplifique aquellas relaciones, complicadas con diferentes poderes, diferentes legislaciones, diferentes ambiciones e intereses. El sacerdocio es un poder, y no el menos considerable; este poder necesita regularizarse, para no interrumpir a cada paso la armonía que debe reinar en la marcha invariable de nuestros destinos. El asimilar los intereses de los pueblos con los del sacerdocio, los de la religión con los de la política, y marchar unidos a la consumación de los planes con que la democracia debe sobreponerse a todos los estorbos que hoy la combaten, debe ser el pensamiento más activo de los que trabajan por la humanidad.

Quizá por ahora es una utopía, quizá una necesidad inevitable de nuestra condición el hacer del poder religioso un poder político, quizá es ésta también la clave de nuestros destinos y mi pensamiento la última palabra de nuestra regeneración moral y política. El pensamiento es colosal; yo no haré más que lanzar la idea que recogerán los filósofos y teólogos, los políticos y legisladores. Un quinto poder político creo es preciso añadir a los que en nuestra sociedad tienen una verdadera autoridad y ejercen una influencia poderosa. El poder religioso, que dirija la moralidad de nuestras pasiones, que arregle por sí solo las relaciones que ligan los pueblos al sacerdocio, que represente a éste en el orden social y político, que armonice la lucha permanente que siempre ha existido entre ambas autorida-

des, y sirva de equilibrio a los otros poderes sociales, nada me parece más sencillo, sin alterar de modo alguno su organización actual. Una autoridad eclesiástica y al mismo tiempo nacional no es más que un concilio, de los que en la primitiva Iglesia tenían las naciones y provincias; como se ve en España durante el dominio de los godos; son, si se quiere, los sínodos que la autoridad eclesiástica debe tener en determinadas épocas, con más o menos atribuciones, que la armonía de los otros poderes políticos hace necesarias. No hay, en mi concepto, que variar nada para que en el tiempo de las sesiones del cuerpo legislativo se reúna un concilio de los obispos, o sus representantes, que pidan a las cámaras aquellas reformas y leyes que establezcan la regularidad, no sólo de la moral, que debe ser su principal atención, sino de las relaciones que han de existir entre el sacerdocio y el pueblo. Se dirá que esto está arreglado por los cánones; pero el patronato establecido y los concordatos varían a cada paso estas reglas, que aquellos concilios podrían hacer permanentes y uniformes con las costumbres y diarias necesidades de los pueblos. Estos concilios nada podrían hacer que tuviera fuerza de ley sin la aprobación de los otros poderes; serían un tribunal en las grandes cuestiones de moral y religión, armonizarían al pobre pueblo con sus curas, arreglarían sus presupuestos y gastos, que la sociedad y no el pobre pagaría; formarían en una palabra una Iglesia nacional, sin entorpecer la Iglesia universal, y andando el tiempo se perfeccionarían y arreglarían como todas las instituciones humanas y religiosas, según el espíritu de la misma religión, según las necesidades de los pueblos, que jamás pueden estar en contradicción con una doctrina toda consagrada a su felicidad y bienestar.

EL PORVENIR DEL HOMBRE

RELACIÓN ÍNTIMA
ENTRE LA JUSTA APRECIACIÓN DEL TRABAJO
Y LA DEMOCRACIA

CAPÍTULO PRIMERO

EL CRISTIANISMO ES LA CAUSA Y MÓVIL DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL A QUE SE ENCAMINA LA HUMANIDAD

Una revolución universal, igual a esos cataclismos que la geología pone a nuestra vista, va sin duda a efectuarse en el orden moral de nuestras sociedades; y a la altura intelectual a que los pueblos civilizados han llegado, nada puede contenerla.

En el paganismo las ciencias morales eran exclusivas del sacerdocio, y Heródoto, dándonos cuenta de sus relaciones con los sacerdotes de Egipto, nos inicia de cierto modo en aquellos misterios, que formaban un caos en el orden político y religioso de aquellas edades. Esta nación había hecho sin duda notables progresos en su civilización respecto de otros pueblos, pero la ciencia que la impulsaba era exclusiva del sacerdocio y de los reyes.

Este poder teocrático en que reposaba el orden social no era comparable sino con la autoridad absoluta de sus reyes, apoyándose unos y otros mutuamente por un común interés. La esclavitud de los pueblos era una consecuencia, revelándose hasta en nuestros días en aquellos gigantescos monumentos, que hoy mismo, a pesar de nuestra civilización, admiramos. Las ruinas de aquella época, y las soberbias pirámides, sepulcros de algunos reyes que creyeron inmortalizar su memoria, por todo manifiestan la esclavitud del hombre.

Grecia, colonizada por los egipcios, tuvo el mismo sistema religioso, pero el poder monárquico convertido en democracia, por las revoluciones que impulsó el amor de la libertad, aquella liga antigua de los reyes y del sacerdocio perdió la poderosa influencia que hasta allí había ejercido. De aquí la filosofía de los griegos, su espíritu de análisis, sus discusiones, y el origen de mil sistemas, más o menos propicios a la ventura y progresos de la humanidad. Los dioses desaparecían ante los filósofos, respetando éstos sólo el aparato y formas religiosas para contener al pueblo. Asociaciones misteriosas, transmitidas por muchos siglos, conservaron aquellas convicciones de la filosofía. Grecia alcanzó una situación en que la libertad, impulsando la perfectibilidad de nuestra especie, señala ese punto de partida, que inicia la dignidad del hombre. Las ciencias y las artes eran la lumbrera que encaminaba sus destinos; pero aún no había llegado la época que Dios había

fijado. Platón y Aristóteles hoy mismo son un prodigio de ciencia, pero sus doctrinas aún estaban lejos de fijar los principios en que debía reposar la regeneración del hombre.

Las conquistas de los romanos, apropiándose de los despojos de la ilustración griega, extendieron considerablemente el círculo de aquellas ideas, como se ve en los escritos de Cicerón. La apropiación que hacían estos conquistadores del sistema religioso de todos los pueblos que vencían no contribuyó poco a debilitar el poder e influencia del sacerdocio. Ningún ciudadano honrado habría querido colocar una hija en los altares con los atributos de Venus. El deísmo fue la religión de los hombres eminentes de aquella época, que veían por todo la mano reguladora de una providencia: los materialistas eran los corrompidos y viciosos, que hallaban en las doctrinas de Lucrecio la calma de su agitada conciencia.

Las teorías y doctrinas más extravagantes de un lado, y la ignorancia, preocupaciones y fanatismo del otro, llenaban el vacío de una religión sin la que no se concibe la sociedad humana. De aquí los horribles crímenes que señalaron las épocas de Mario y Syla, de César y Pompeyo, de Antonio y Octavio. En estos momentos nació el Salvador del mundo, y predicó la doctrina sublime de la igualdad y confraternidad humana, estableciendo en sus verdaderas bases la familia, hasta entonces tan imperfecta.

Tal doctrina en los momentos en que la crueldad, la violencia y corrupción había reemplazado a la sencillez de sus antiguas leyes y costumbres, y en que sólo la voluntad o caprichos de un tirano imperaba, halló el campo preparado a fructificar. En una aldea desconocida de Judea, que era una de las menos importantes provincias del imperio romano, nació este Supremo legislador, que subiendo más alto que cuanto habían concebido todos los filósofos de Grecia y Roma, y todos los legisladores de la tierra, no podía ser sino un Dios.

Aparte de los prodigios sobrehumanos con que Jesucristo estableció su religión, la sencillez y bondad de su doctrina coincidía perfectamente con las necesidades que el hombre sufría. Esta doctrina le presentaba todos los consuelos que su posición reclamaba, le abría un cielo, en medio de tanto crimen que entonces manchaba a la tierra, estableció sus derechos que debían emanciparle de la servidumbre de que era víctima, y desde luego formando la familia le daba en el hogar doméstico una felicidad de que antes sólo podía gozar muy imperfectamente.

El cristianismo naciente, tan sencillo y a la vez tan sublime, era lógico, desde que hallaba en nuestra naturaleza los gérmenes de la doctrina que proclamaba. La igualdad, la caridad, la confraternidad, eran una necesidad de nuestro ser; todos nuestros ensayos políticos y morales nos conducían a aceptar estos sublimes principios, que debían cambiar nuestra organización social, tan íntimamente ligada a los progresos de nuestra inteligencia. Desde luego el hombre no podría hallar en los que le eran iguales título alguno para dominarlo y oprimirlo. La democracia estaba allí señalada; no deduciéndose de la nueva doctrina para el sacerdocio, más que una misión, igualmente democrática, aun en su misma organización espiritual. La Iglesia la constituían todos los cristianos, símbolo del principio político de que el pueblo es el soberano aun para el mismo Dios.

Esta democracia religiosa, que en el evangelio tiene su constitución, fácil es concebir, no tardaría mucho en hacerse política, cambiando los principios de la antigua sociabilidad, en la que reinaba el despotismo más completo. Pero las revoluciones que sobrevinieron detuvieron la marcha majestuosa de la nueva doctrina, para que saliera después más brillante, pasando por el crisol del infortunio, de la persecución, de la ignorancia, y aún de la barbarie misma.

El poder político de la aristocracia (que rechazaba toda igualdad) unidos al sacerdocio del paganismo, se complotaron para sofocar en su nacimiento esta doctrina, que encerraba el germen de una regeneración social. Una cruel persecución se levantó desde luego contra el cristianismo, pero la religión que elevaba la dignidad del hombre, que le daba tan sublimes consuelos, que le enseñaba tan puras reglas de moral, y le señalaba un cielo como premio de sus dolores, lejos de ceder a los torrentes de sangre con que se la quiso ahogar, fructificaba con mayor rapidez.

La nueva doctrina invadía en medio de aquellas persecuciones a las familias más poderosas, a los agentes mismos del imperio, y hasta sus propios verdugos, que no podían atestiguar tanto heroísmo sin admiración. Los furores de un Tiberio, Claudio, Nerón y demás monstruos que degradaron el imperio, pasarían inadvertidos si Trajano y Diocleciano, que tuvieron tan elevados caracteres, no hubieran perseguido del mismo modo al cristianismo.

Al fin la gran mayoría del imperio la componían los cristianos, y los altares de los falsos dioses debían caer para que se levantasen los del verdadero Dios. Constantino hizo triunfar la cruz levantándola sobre las ruinas de tantos errores y preocupaciones, que sólo habían servido para sostener la servidumbre de la humanidad.

El mundo debió entonces marchar precipitadamente a su regeneración; pero sea la gratitud a Constantino que había hecho triunfar la nueva doctrina, o bien la fuerza de la costumbre y organización social que entonces existía, los cristianos limitaron los efectos de su religión a su acción puramente moral, no dudando que el tiempo traería la reforma social que el cristianismo debe necesariamente obrar en el sentido material de nuestra especie. El imperio estaba entonces suficientemente ilustrado para penetrar la doble reforma que el Cristianismo debía producir; pero la irrupción de la barbarie reunida a los antiguos errores y preocupaciones vino a oponerse al pronto y lógico desarrollo del principio democrático, que el Cristianismo encerraba en cada una de sus páginas.

Los pueblos del norte cayeron sobre el imperio con tal denuedo y energía, que no pudo pensarse en otra cosa más que en la guerra, que concentrando siempre la autoridad alejaba toda idea democrática. La resistencia fue inútil, la pasada tiranía había apagado en los pueblos el ardor marcial, que sólo la libertad inspira; la barbarie triunfó, las luces y los progresos de la civilización corrieron la misma suerte que el imperio. El Cristianismo sostuvo el choque, y los bárbaros tuvieron que respetarlo; pero se transigió en las formas con la conquista y la violencia, y el principio democrático apareció anulado ante la autoridad absoluta de los conquistadores.

Todo lo que tocan las manos del hombre adquiere algo de sus pasiones, por más puro y santo que sea su origen. La disciplina religiosa tomando hasta cierto punto el carácter de aquellas edades, se asimiló a las costumbres y usos que la con-

quista había planteado. La barbarie había materializado cuanto tocaba y la moral religiosa y democrática del Cristianismo no pudo liberarse de los abusos que eran inherentes a un poder que la violencia y la conquista habían organizado. La religión tuvo que acomodarse con el principio monárquico o tiránico que dominaba, y el jefe de la Iglesia fue rey también a su vez.

La simplicidad del Cristianismo, su sencillo culto, y su organización popular y democrática tuvieron que tomar el aparato imponente y majestuoso del principio monárquico, y los papas aspiraron al dominio universal haciéndose los representantes del cielo, desde que ensayaron en sus manos la autoridad moral y material que debía preparar de nuevo el triunfo de la civilización.

La filosofía de la historia, a pesar de las declamaciones de los que defendían la independencia del poder monárquico, nos descubre que las pretensiones de los papas contuvieron la barbarie de aquellas edades sometiendo a los reyes a la influencia de un sacerdote que, naciendo del pueblo, llevaba al poder bien distintas ideas y principios de los que dominaban a aquel feudalismo bárbaro que gobernaba Europa. Las discusiones de estos poderes, que unos hacían bajar del cielo y que los otros derivaban de su espada, fue un rayo de luz para los pueblos, que no veían ninguna realidad en estos títulos.

La doctrina, a pesar de los errores de la época, había pasado intacta hasta nosotros, y naturalmente debía purificarse después, de todo lo que desdecía de su carácter divino. Mucho antes que el protestantismo apareciera, estos mismos papas, acomodándose a las variaciones de los tiempos, habían abandonado muchas de sus antiguas pretensiones. Los reformadores rompieron la unidad e iniciaron una anarquía religiosa que después de tantas guerras y desastres ha de volver necesariamente al punto de partida. La misma doctrina sin esfuerzo colocará a los pueblos y los papas en sus justos límites; la unidad volverá a formar de los cristianos una sola familia con una sola cabeza moral.

La tolerancia religiosa no ha sido más que el cansancio de tantas disputas y guerras, es una tregua para calmar las pasiones y poderse entender. La autoridad de los reyes no depende más que de sus ejércitos, y la doctrina democrática del evangelio, a más de su sublimidad, es proclamada por los más altos personajes de la Iglesia. Pío VII, cuando era cardenal y obispo de Imola, en una homilía a sus feligreses les decía:

“La forma del gobierno democrático adoptada entre nosotros, caros hermanos míos, no está en oposición con las máximas que acabo de exponeros, no repugna al evangelio, exige, al contrario, aquellas virtudes sublimes que no se adquieren sino en la escuela de Jesucristo”.

Este mismo Papa, hablando de la igualdad, se expresa así:

“Si en el estado democrático concurre el hombre a la conservación de la igualdad, cuando con todas sus fuerzas trabaja en el bien de la sociedad ¿cuánto más debe brillar el amor de ella en aquel que consagrado enteramente a las leyes, a la

sociedad y a sus hermanos, sin esperar ni desear nada de ellos, aspira a la única recompensa que Dios tiene preparada a los que le aman?”.

Este lenguaje es bien diferente del que hablaba el famoso Hildebrando a los pueblos y a los reyes y del que aún usaba Alejandro VI, tirando líneas en un mapa del mundo para repartirlo entre españoles y portugueses. Pío IX, impulsando en los últimos años los principios de la doctrina democrática, que por todo veía en el Evangelio, incendió toda Europa, retrocediendo después espantado, sin duda, no de su obra sino de los males que debía costar. Caracteres de esta naturaleza no son por cierto los llamados a consumir estas grandes revoluciones con que la humanidad debe regenerarse. La revolución social no necesita de grandes y poderosos estímulos, desde que sólo la débil acción de Pío IX bastó para revolucionar toda Europa.

La religión que proclama las mismas doctrinas políticas de todos los radicales de la época, impulsada por sus propias fuerzas, sin duda habría consumado lo que no conseguirán nunca los ensayos anárquicos de los nuevos reformadores. El evangelio está abierto para la humanidad entera, la servidumbre está proscrita, la igualdad proclamada como también la fraternidad, y todas las virtudes que preparan el triunfo del principio democrático. La igualdad es algo más que la libertad, es la democracia, que no reconoce superiores ni clases privilegiadas. La autoridad de los unos sobre los otros, que es una necesidad del orden social, es una delegación del principio de soberanía de que cada uno es parte, presentándose el pueblo a la vez como legislador y súbdito en todos los arreglos. La Iglesia compuesta de todos los fieles, y árbitro supremo de su doctrina por las promesas de su divino autor, es el modelo que desde un principio debieron tener a la vista todos los apóstoles de la libertad, que ha creído hallar en las viejas costumbres de pueblos bárbaros el sistema representativo. Los concilios promovidos por el espíritu religioso son el verdadero origen de este sistema popular de los tiempos modernos, sobre lo que tendré ocasión de hablar más adelante.

El Cristianismo, en su doctrina y en sus formas, ha sido la verdadera causa de esta revolución, que todos ven venir, que unos combaten con mano firme y otros esperan con estoica resignación. Entre tanto, la gran mayoría de la humanidad marcha con paso firme a reivindicar sus derechos, que no estriban todos en los principios hasta hoy establecidos. Los siglos son muchos para nosotros, para nuestra especie son un soplo; los 19 que han corrido desde la venida del Salvador han servido para afianzar este progreso material y moral, tanto más seguro y permanente, cuanto ha sido lento y lógico, nacido de nuestras necesidades y experiencia, y de este residuo constante de riquezas y luces que una generación lega a la que le sigue. Los contratiempos y revoluciones que parece han detenido a la humanidad, son las lecciones prácticas que han servido a las futuras generaciones para examinar las causas de aquellos desórdenes, y prepararles su remedio, dejando en sus anales recuerdos indestructibles, que evitarán en adelante otros iguales.

Los reyes y las aristocracias combaten hoy con todas sus fuerzas esta revolución, pero desde que los elementos de resistencia con que cuentan son todos de-

mocráticos, y que por su afinidad deben al fin reunirse y entenderse, sus victorias no pueden ser de larga duración. Los soldados que son pueblo y democracia, son los únicos que hoy contienen en Europa la explosión, y como en la marcha progresiva de la humanidad en sus luces e intereses ellos conocerán al fin su verdadera conveniencia, no está muy lejano el tiempo en que los ejércitos se unan a los pueblos, como ya tantas veces lo hemos visto en este siglo, y entonces el edificio de lo pasado se desplomará por su propio peso.

El peligro es inminente desde que el Cristianismo a más de una religión que abraza el ser moral, es un código político, que arregla los intereses materiales de la humanidad. Él ha combatido desde su nacimiento la tiranía y la desigualdad de clases; él ha transigido con las épocas, pero nunca ha dejado de resonar su voz omnipotente protegiendo la virtud, la confraternidad, el amor mutuo, la caridad, llevando a tal extremo su principio democrático, que ha preferido la pobreza a las riquezas, la humildad a la elevación, para hacer resaltar la igualdad de todos los hombres, no sólo en el cielo, que está abierto para todos con una misma gloria, sino en esta tierra, donde nadie tiene más títulos de poder y dominio sobre otro hombre que los que él delegó por el bien de la sociedad misma.

La lucha entre el privilegio social y el pueblo jamás ha sido interrumpida, el poder ha hecho servir aquél no a la religión pero sí a sus abusos, para combatir la libertad y la igualdad que éste proclama. Pero las luces, anulando las preocupaciones y errores, han puesto la victoria del lado del pueblo, que vencedor casi siempre, ha sido rechazado a poco andar por sus mismos jefes. Las clases medias se han elevado a la altura de la antigua nobleza, haciendo valer el brazo y la sangre del pueblo; pero estos ensayos han hecho a su vez conocer a éste su propia fuerza: el pueblo ya está completamente instruido de que sus sacrificios sirvieron sólo para elevar nuevos amos, que trata de someter por su futura revolución al principio de igualdad que aquéllas proclamaron para alcanzar el poder.

Tampoco era posible que se derribase el edificio de lo pasado sin que se nos presentase el modelo del que debíamos levantar. Este ha sido el escollo de las modernas revoluciones, que después de la victoria se hallaban embarazadas y detenidas por la falta de un sistema que asegurase el principio que las había impulsado. Las utopías más estafalarias y las teorías más bizarras han sido los modelos de la regeneración que espera la humanidad. La ciencia económica penetrando el cáncer de nuestra moderna sociedad, lo ha analizado sin indicar su remedio, con colores bien sombríos, pero el edificio de un nuevo orden social es un contrasentido opuesto a esta misma ciencia, sin base ni en la religión de que se deriva, ni en la política y moral que se deduce de nuestro ser y condición, y de nuestros actuales progresos.

No obstante, la ciencia en esta elaboración de utopías y sistemas, para mejorar la condición humana, mucho ha ganado. El análisis sondeando todo con admirable tesón, y llevando por delante la lumbrera de la historia, de la experiencia, y de la moderna estadística, alcanzará al fin el objeto de sus afanes. La situación a que hemos llegado todo lo acelera. Las artes y los progresos industriales impulsados hoy por los gobiernos, para distraer a los pueblos de sus proyectos

de dominación, acercan más y más los momentos. El comercio, las máquinas, el vapor, los ferrocarriles, todo pone a la humanidad entera en contacto; las ideas circulan con igual rapidez y las emigraciones de los pueblos más civilizados y populosos llevan a las más lejanas tribus y campamentos los gérmenes de que van impregnadas.

Los comunistas, los socialistas, las asociaciones filantrópicas, y cuantos ensayos se hacen para aliviar la condición de las clases pobres, a la par que indican la realidad de esta gran revolución social, la impulsan; los unos razonando sobre los derechos de la gran mayoría de nuestra especie, los otros aplicando paliativos a un mal que está en la esencia de nuestra organización, mal que crece con gran rapidez a los ojos de todos los gobiernos y de todas las aristocracias, interesadas en volver atrás, encaminando a los pueblos a su antigua servidumbre y errores, sin apercibirse que se hallan en una rápida pendiente de donde es imposible retroceder. Las acaloradas fantasías de los socialistas y comunistas, sus quiméricos proyectos, sus seductoras esperanzas, su dogmatismo presuntuoso, y lo que es más, su misma irreligión, cooperan a este desenlace que el cristianismo ha preparado. Los hombres que piensan que aman la humanidad y se sienten impulsados por un corazón religioso y bienhechor, viendo verdades incontestables en medio de las más locas y absurdas teorías, han debido apoderarse de este caos, para sacar la buena semilla y hacerla fructificar, poniendo a un lado los delirios de enfermas imaginaciones que no han comprendido la verdadera causa de la revolución que fomentan. Sin duda alguna, de este escrupuloso examen, más tarde o más temprano nacerá, a más del bienestar del hombre, su unidad moral y religiosa, y desde luego la íntima convicción de que los principios y verdades evangélicos son la revolución misma. Sin partir de esta base no hay regeneración posible; el dogma revolucionario no es ni puede ser otro que la democracia, santificada por la religión en su carácter material y moral. Si el evangelio con su doctrina ha impulsado la igualdad del género humano, si sus principios tan sencillos y a la vez tan sublimes han destruido la servidumbre, formado la familia, armonizado las sociedades, elevado la dignidad de la mujer, y dado a la virtud un carácter celestial, comprimiendo la explosión de nuestras pasiones, ¿cómo podríamos sin ella alcanzar esta reforma universal a que la humanidad entera es arrastrada? La religión es la fuente de donde el pueblo puede derivar sus derechos, ella es la única en que pueda reposar el nuevo edificio social que aquel cambio extraordinario debe producir.

La autoridad religiosa, vacilante y sin unidad alguna, a veces ligada a los gobiernos, cuya tiranía protege, otras en conspiración abierta contra ellos, no consulta más que sus propios intereses, que ella sabe muy bien confundir con los del cielo. En algunas naciones está ligada a la autoridad política, de quien recibe su nombramiento, sus rentas y honores, como en todos los pueblos protestantes; otras abandonada a sus propios recursos sin protección de los gobiernos, como en Estados Unidos. Entre nosotros, hasta dónde llega esta autoridad y cuáles son sus relaciones con los poderes políticos que representan la sociedad, son cuestiones de eternas disputas y querellas. Los cánones y la legislación civil, las doctrinas sobre la disciplina eclesiástica y la autoridad de los gobiernos, aceptados un día, al siguiente

en guerra abierta, todo descubre esa anarquía que las revoluciones y cambios de la humanidad van dejando en las instituciones cuyo arreglo depende de la mano del hombre. Esta situación no puede ser permanente para la humanidad, daña a la santidad y armonía de la religión, y también al buen orden de la sociedad, que no puede marchar en esta oscilación y guerra constante de dos poderes que deben caminar en perfecto acuerdo, partiendo su acción simultánea de un mismo principio, cual es la ventura y perfectibilidad humana.

En los países protestantes el origen de la autoridad religiosa y la unidad que hoy reina son mil veces más funestos a la libertad y felicidad del hombre. Sea cual fuere la falta de armonía que hay en los pueblos católicos entre estos dos poderes, su independencia mucho ha servido a los progresos que la democracia ha hecho; pero en las naciones donde los gobiernos han concentrado la autoridad eclesiástica, el despotismo y la tiranía han dominado. Sin remontarnos a los anales de la historia en nuestros días, el sucesor de Mahoma reúne aún estos dos poderes, en Rusia el zar es el gran pontífice de la religión griega, en Inglaterra el rey, y en todos los pueblos protestantes más o menos concentrados y unidos, estos dos principios obran directamente contra la libertad e igualdad humana.

Las naciones llegarán a una perfecta unidad moral y religiosa, de lo que me ocuparé más adelante. Por ahora me limitaré a indicar que cuando la religión esté depurada de las instituciones que la política y las ideas de otras edades han aglomerado sobre ella, y tenga el carácter democrático que su divino autor le comunicó, su autoridad compondrá un quinto poder social y político que acabará de armonizar la tierra y darle la paz que con tanto tesón buscamos. Ninguna dificultad presenta esta reforma, los obispos pueden ser nombrados o presentados por el poder legislativo, escogiéndolos de una terna que formarán las municipalidades de la diócesis. Donde residan los otros poderes políticos habrá un concilio nacional, cuyas sesiones duren el mismo tiempo que las del cuerpo legislativo; los obispos asistirán en persona, o por medio de sus delegados. Esta autoridad velará por los intereses sagrados que le están confiados, sobre el dogma y la santidad de la fe, sobre la doctrina y la pureza de las costumbres; pasará sus mensajes al cuerpo legislativo para armonizar su marcha con la de la política, para manifestar sus necesidades y las reformas que crea oportunas; formará sus presupuestos para los gastos del culto, la renta de los cabildos eclesiásticos y párrocos, y será privativa de ella el nombramiento de unos y otros, a propuesta de las municipalidades o provincias. ¿Qué hay en esto que altere ni aun la disciplina actual de la Iglesia? Yo no soy teólogo, no estoy al cabo de las sutilezas y distinciones escolásticas de uno y otro poder en su actual estado, busco sólo la armonía y el orden futuro de la sociedad humana, pues sin reformas de esta naturaleza quedará permanente la anarquía que al presente por todo diviso. Este concilio o autoridad será también un tribunal de apelación para todos los juicios y sentencias de los obispos, que hoy presentan tan graves inconvenientes en la distribución de la justicia.

A poco andar, las autoridades política y religiosa se uniformarán en su marcha, y los variables y siempre controvertidos privilegios del patronato terminarían para siempre. La autoridad espiritual de la cabeza de la Iglesia velaría siempre sobre la

pureza del dogma y de la fe, y, según su misión, rechazaría cuanto dañase a este depósito sagrado que le está encomendado. Todas las grandes cuestiones sobre las reformas que la Iglesia debiera hacer en su organización democrática serían igualmente ventiladas y resueltas por concilios generales, lo que les daría una sanción moral incontrovertible. Yo no ataco el actual orden de las cosas, no quiero reforma alguna que la opinión y el consentimiento de la gran mayoría de la humanidad no reclame, yo ahora sólo leo en el libro del porvenir, y si mis pensamientos encierran algún error, yo no lo acepto; no tengo más mira que la ventura del hombre. Estas ideas, no lo ignoro, no son para el día, como tampoco las que analizaré más adelante sobre la organización social para todos los pueblos de la tierra; pero el estudio de la historia y el conocimiento que a mi edad se adquiere del corazón humano, me descubren los móviles de las revoluciones que organizaron al mundo en su actual condición, y las que sobrevendrán para regenerarlo de nuevo.

Marchando la reforma social uniforme con el principio religioso, nadie negará que sus mutuos intereses y necesidades traerán la unidad, que terminará la cuestión eterna del poder espiritual, imposible de definir, desde que el espíritu es el móvil del cuerpo. Organizado aquel poder en la forma que indico, sus relaciones se intiman con las de la sociedad entera, su acción es independiente, sujeto sólo a la ley que debe gobernar toda institución y autoridad, para que no abuse y degenera, ley que él mismo hará en consonancia con el poder político, ley emanada del principio religioso, y también del progreso social que hemos alcanzado entre los que no hay ni puede haber discordia alguna.

Todo poder que existe y es reconocido por la sociedad, debe organizarse y sujetarse a reglas invariables, que de un lado impidan su abuso, y del otro sirvan para armonizarlo con otros poderes igualmente aceptados y reconocidos. La absoluta independencia de toda autoridad donde existen otras en un inmediato contacto, trae infaliblemente la anarquía, y mucho más desde que su acción común obra sobre un ser compuesto como el hombre. El llegar a fijar hasta dónde llega la autoridad religiosa sobre el espíritu del hombre, y hasta dónde se extiende la del poder político, es esta cuestión eterna que no terminará sino cuando el poder religioso se constituya en poder político. Cuando Jesucristo decía dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, se acomodaba a la clase de gobierno que existía y a la inteligencia común de aquella época. Pero por su doctrina, siendo su iglesia el mismo pueblo, Dios y el pueblo se identificaron en sus relaciones y en sus fines. Desde que el hombre en la prosecución de sus destinos pueda alcanzar la democracia, el pueblo es el César de que habla el Salvador, también es la Iglesia cuando la fe lo reúne y lo dirige. La unidad más perfecta debe entonces suceder confundiéndose ambos poderes.

Preciso es ir dando desde luego al poder religioso un carácter político, que vaya preparando la unidad que el principio de autoridad debe alcanzar algún día bajo el orden democrático. Entre nosotros la moralidad pública carece de una autoridad que la dirija, como la que ejercían los éforos y el areópago en Grecia y los censores en Roma; añadamos, pues, a las funciones del sacerdocio que ya he indicado, la de conservar y dirigir esta moralidad, proponiendo todas las

medidas, que sin chocar los progresos que la humanidad ha alcanzado, puedan impulsarla.

La libertad individual, y la carencia de leyes suntuarias que frenen los vicios y el lujo, que sólo es la ostentación de la extrema desigualdad humana, hacen algo dificultoso el ejercicio de aquella autoridad; pero también la democracia, marchando a allanar el camino de la igualdad y a facilitar a cada uno los medios de trabajar y producir, hará necesario un poder que vigile por la virtud y las costumbres. Estas altas funciones sociales, ¿quién mejor que el sacerdocio debe ejercerlas, quién puede comunicarles ese carácter sublime con que la religión reviste los verdaderos intereses de nuestra sociabilidad? Unidas así estas fuerzas, hoy anárquicas y trabadas por la acción de los otros poderes políticos para evitar el abuso ¿cuántas grandes reformas no podrían realizar bajo la influencia del sistema democrático? Difícil es concebir en estos momentos resultados de esta naturaleza, desde que el común de los hombres no ve en nuestros gobiernos republicanos más que disfrazadas monarquías, y en la jerarquía de la Iglesia más que un símil del mismo sistema. Pero es innegable que nos acercamos diariamente a la democracia y lo mismo debe suceder respecto de la simplicidad evangélica, cuando desaparezca el principio monárquico.

Esta materia, demasiado extensa y delicada, no puede tratarse ligeramente; las ideas que he avanzado procuraré esclarecerlas más tarde, considerando que ellas encierran la resolución de los más grandes problemas sociales.

CAPÍTULO II

LAS TEORÍAS Y SISTEMAS SOBRE EL ORDEN FUTURO DE LA SOCIEDAD HUMANA NO HAN PODIDO AÚN FIJAR LOS VERDADEROS PRINCIPIOS QUE LE SIRVAN DE BASE

Cada ciencia ha tenido su infancia, y los primeros ensayos hechos en todas ellas no han sido más que errores, muchas veces funestos a la ciencia misma. Los genios superiores, a fuerza de constancia, han venido a alcanzar una sola verdad, un solo hecho, que sirviéndoles de lumbrera los hacía marchar a la conquista de nuevas verdades y principios, los que encadenándose mutuamente traían por resultado la aparición de una nueva ciencia.

La Química en su origen fue una ciencia peligrosa a sus más entusiastas promotores, que tenían que luchar con las preocupaciones y el fanatismo. Éste no veía en sus primeros descubrimientos más que combinaciones de la magia. La manía de convertir en oro los metales imperfectos produjo, a pesar de aquellas preocupaciones, la ciencia más fecunda en felices resultados para el hombre. La industria debe a la química sus más portentosos descubrimientos, y sin llegar aún a su perfección, ha ensanchado prodigiosamente el círculo de nuestros conocimientos. Ninguna ciencia, ningún arte, ninguna industria se perfecciona hoy si no es por la química, y entretanto, esta ciencia no es al presente más que una iniciación de lo que llegará a ser con el transcurso de los tiempos. Sus principios constitutivos uniformándose y descomponiéndose, señalan a la química un porvenir inagotable de nuevos descubrimientos, que, arrancando algún día a la naturaleza hasta la confección del principio alimenticio que contiene la tierra, destruya la barrera de tantos afanes, sufrimientos y revoluciones de la humanidad.

La astronomía, débil ensayo de los primitivos sabios, limitados a la sola inspección de lo que observa nuestra vista, ¿hasta dónde no ha alcanzado en nuestros días, por los esfuerzos de Copérnico, Galileo, Ticho Brahe, Newton y demás genios a ella consagrados? Herschell con su admirable telescopio ¿cuántos astros y planetas ha puesto a nuestro alcance? A pesar de tantos progresos que deben enorgullecer al hombre, mucho aún tenemos que registrar en este espacio inmenso, y no está lejos el día que conozcamos el periódico movimiento de los cometas,

que la tradición nos presenta tan funestos, quizá como causa de los cataclismos que la Tierra ha sufrido.

En las ciencias políticas y morales no hace mucho no teníamos un hecho ni una base que pudiera establecerse como principio. La autoridad se hacía bajar del cielo; los recuerdos históricos eran de otras edades y de otros pueblos, de diferentes razas, diferentes costumbres, creencias y religión, que tenían una sociabilidad muy distinta de la nuestra. La admiración por sus instituciones y por su grandeza, desde que para nosotros era sólo un bello ideal, muy poco podía influir en la mejora de nuestra condición. Pero sin duda estos recuerdos mantenían en los hombres de genio la llama casi apagada, que algún día por esta tradición llegaría a patentizar que la humanidad es la misma en todas las épocas, cuando se trata de sus derechos y libertades.

Rayaba la aurora de la civilización moderna y los reyes y la aristocracia se disputaban los despojos de las envilecidas clases que sólo se ocupaban del trabajo que debía sostener su fausto. La aristocracia quería hacer de cada noble un rey, y trabajando en el mismo sentido, los reyes para hacer exclusivo el poder; unos y otros apelaron al brazo del pueblo. El tirano más cercano, que era el barón feudal, tuvo la desventaja; el pueblo se ligó a los reyes, cuyo inmediato poder les era entonces imperceptible. De esta lucha debía nacer necesariamente la importancia del pueblo, estableciendo derechos que el feudalismo desconocía. Las poblaciones empezaron a obtener privilegios, después las provincias, y las cartas que los reyes les otorgaban eran otros tantos despojos a la autoridad de los nobles. Esta anarquía de los opresores de la humanidad salvó a los pueblos de una más larga servidumbre. Se creyó hallar en las instituciones casi olvidadas de las tribus invasoras del norte el germen de la naciente libertad, lo que probará siempre que la libertad es inherente a nuestros primitivos y naturales instintos, y que la desigualdad social es la obra de las instituciones, en que el hombre oprimido por la violencia cede y degenera. Las cortes de los godos en España, los estados generales de los francos, y los parlamentos de los anglosajones conservaban las tradiciones de aquellas instituciones, en que aquellas tribus semibárbaras decidían los más importantes asuntos de sus guerras y política. En la época del feudalismo, excluido el pueblo de aquellas deliberaciones, apareció de nuevo, más para sancionar la voluntad de los monarcas que como autoridad; pero la sola forma de estos cuerpos y la de los concilios de la Iglesia sirvió para realizar más tarde el dogma político de la soberanía del pueblo.

Estas revoluciones han hecho de la política una ciencia que tiene sus reglas y principios generalmente aceptados, por más que las revoluciones y reacciones que sobrevienen hayan dejado el desaliento y la incertidumbre en las convicciones de los pueblos. Pero todos los revolucionarios, y aún la tiranía misma, hablan el lenguaje de estos principios; todo se hace en nombre de la igualdad y libertad popular; las formas se respetan, y pasadas las ilusiones y descubierto el móvil de las revoluciones, viene desde luego la reacción, en que se salvan los principios para entrar de nuevo en las mismas contiendas. El homenaje hipócrita que los mismos tiranos hacen a los principios ya reconocidos y aceptados, respetando siempre sus

formas, es la prueba del consentimiento general de todos los pueblos y naciones que han alcanzado cierto grado de civilización.

Los gobiernos que no descansan en la opinión conspiran constantemente contra estos principios, alarmados por los progresos democráticos, que ellos trabajan por anular, y entran en todas las combinaciones de la violencia y corrupción, aceptando hasta las preocupaciones que pueden servir a su objeto. El comunismo y el socialismo son hoy un grito de la tiranía para defender la prosperidad y la antigua organización en que descansa el orden social. Pero hasta hoy estas ideas no son más que un grito de dolor de la gran mayoría de la humanidad, sobre la que gravita el peso de una desigualdad extrema, y el remedio que se trata de oponérsele no hará más que reagrar los peligros del privilegio y de la propiedad. Los verdaderos principios aún no han sido aplicados a estas ideas innovadoras, cuya organización puede ser defectuosa, cuyos medios pueden ser falsos y erróneos, sin que en su esencia ellas dejen de ser la expresión de un lamentable estado de nuestra sociabilidad, que reclama una reforma.

Los que gozan de privilegios sociales, los que abundan en riqueza y bienestar, y los que explotan el poder y aspiran a la dominación, hacen denodados esfuerzos para asegurar su posición y, en su alarmante situación, quisieran apagar la llama democrática de donde creen ha salido este vértigo que amenaza el orden social, tal cual ellos lo conciben. Los que en Europa defienden esta causa desean destruir en América esa tendencia democrática, que rodeada del brillo de sus triunfos y favorable condición, aviva los estímulos de los que allá trabajan por la libertad y la igualdad. Los que entre nosotros tienen iguales ideas, aplauden las matanzas de París por Cavignac y Lamoriciere, los cadalsos de Hungría, las derrotas de Italia, los bombardeos de Sicilia, los golpes de Estado de Luis Bonaparte, y con tales hechos creen asegurada su actual posición y sus privilegios. Pero pasado el conflicto, un secreto presentimiento viene a turbarlos en medio de sus triunfos, lo que sólo es la expresión de profundas convicciones sobre el estado a que la humanidad ha llegado, en que la opulencia y el lujo de unos contrastan con la miseria y degradación de los otros. El número de estos últimos es excesivo comparado con los primeros; lo que les faltaba, que eran luces e inteligencia para hacerse valer, hoy les sobra, desde que tantos hombres instruidos los guiarán por odio a los privilegios y a la desigualdad social de que también ellos son víctimas.

Las aristocracias y los pueblos marchan bajo la influencia de la misma convicción, y es que la actual condición de la humanidad no puede ser el estado normal de una sociedad, que ha alcanzado un grado de civilización como la nuestra. No están por cierto resueltos los problemas de nuestra futura sociabilidad. No hay que dudarlo; no podemos seguir como estamos, ni tampoco volver atrás; si ésta es una condición inevitable de nuestro progreso y situación, como también de nuestras más imperiosas necesidades, toda la ciencia y cordura de pueblos y aristocracias es caminar adelante. El privilegio y la riqueza se opondrán a esta marcha igualitaria, señalada por la religión, en la condición moral del hombre y materialmente por los derechos que éste pueda reclamar.

Las aristocracias reposando en lo pasado creen tener sus derechos expeditos, y la prescripción de los siglos y del actual orden social es para ellos un argumento

sin réplica. El pueblo no sólo apela a su brazo sino que reclama derechos, y en estos últimos años la prensa ha sudado demasiado bajo el peso de tantos escritos, que más que para justificar su causa han servido para impulsar una revolución desastrosa que debe alarmar a la humanidad entera.

No porque los derechos del pueblo sean mal aplicados o desconocidos dejan de existir. Hasta el presente el comunismo y socialismo no son más que una expresión vaga de causas muy poderosas, que obran irresistiblemente sobre nuestra sociabilidad. Hay en bosquejo una gran ciencia, en que la política, la moral, la religión, la economía y la legislación no son sino ramos accesorios. En su delirio, o más bien por el impulso de su triste condición, el pueblo llama comunismo a este instinto que otros más moderados titulan socialismo. Pero esta ciencia no es más que el resumen de todas las que acabo de enumerar, es la deducción lógica de todos estos ramos de nuestra inteligencia, que al fin debían presentar un resultado uniforme en la acalorada discusión de lo pasado y lo presente, abriendo al futuro de la humanidad una senda segura y recta para llegar al colmo de sus aspiraciones.

Si los títulos de un escrito deben medirse por la importancia de las materias que trata, con más justicia que Vico yo llamaría al conjunto de estas ideas la *Ciencia nueva*, sin disputar su gloria a aquel ilustre metafísico.

Pero volviendo al hilo de mi discurso, presentaré la Economía Política como el último ejemplo de estos conocimientos vagos en su origen, que desarrollándose lentamente han formado una ciencia, la cual infaliblemente había de traer los resultados que hoy agitan al mundo, y debían crear esta ciencia nueva, que trato sólo de bosquejar, dejando a inteligencias superiores el desarrollo de algunas ideas originales, fruto de mi estudio y experiencia.

Cerca de dos siglos han durado las disputas de los economistas, estableciendo principios y sistemas más o menos ingeniosos, más o menos exactos para determinar el origen y distribución de las riquezas, hasta que Adam Smith dijo que el único productor de ellas era el trabajo. Éste era un hecho palpable, una verdad práctica que nadie desconocía, y no obstante fue el principio que fijó una ciencia, vaga hasta entonces, ciencia que a pesar de la exactitud de muchos de sus principios aún tiene que purgarse de muchos errores aceptados y recorrer un extenso campo de investigaciones para llegar a una evidencia.

Antes de Smith los unos hacían a la agricultura la exclusiva productora de las riquezas, otros las atribuían a las fábricas o al comercio. De aquí tantas guerras y desgracias para sostener el sistema adoptado en aquellos pueblos, que contaban con los elementos para hacer exclusivos su comercio, e inmiscuir a los gobiernos en todas las industrias, deteniendo con un estricto sistema reglamentario el vuelo que el interés individual iba pronto a comunicarles. Pero todos estos sistemas servían poderosamente al desarrollo de la ciencia económica, prosperando aquellas industrias que los gobiernos protegieron conducidos por aquellas ideas. En unos pueblos el comercio, en otros las fábricas o la agricultura sobresalieron a la vez, según la idea o principio dominante de la época, hasta que el genio de Smith abrazó todas las industrias en un principio, si se quiere trivial, por ser demasiado conocido, pero de consecuencias extraordinarias y gigantescas.

Todas aquellas industrias, impulsadas por una exclusiva protección, ampliaron poderosamente los resortes de la riqueza pública. La agricultura, extendiendo los límites de los consumos interiores, tuvo por necesidad que exportar sus sobrantes y hacerse mercantil. Las fábricas del mismo modo, aglomerando un número crecido de trabajadores, protegían indirectamente el comercio o la agricultura, ya porque el excedente de la población se ocupaba de ellas, disminuyendo la competencia del trabajo, ya por el mayor consumo que podían hacer con sus provechos. Todos a la vez aumentando sus ganancias, se abrían un mercado interior, y de este modo aisladamente los sistemas económicos produjeron la riqueza por resultado, sin que aún se penetrase el principio de *que el trabajo era el único productor*.

Esta ciencia, a pesar de los incesantes esfuerzos de todos los sabios que a ella se han consagrado, se halla aún en su infancia. Hay verdades puramente locales, peculiares a ciertos pueblos, que aplicadas a otros producen opuestos efectos; hay errores erigidos en principios, y también falsas deducciones de principios incontestables. El dogmatismo de los economistas ha querido aclimatar en todas las naciones los fenómenos que observaban en su propio país. Los resultados obtenidos en la vieja Europa, según ellos, debían ser iguales en la virgen América, a pesar de ser tan distintos los manantiales de riqueza entre ambos continentes, como sus creencias, costumbres y gobiernos. Puestos en igual situación, y colocados en la misma altura, y con iguales necesidades que aquellos pueblos, sin duda que las mismas causas habían de dar iguales resultados. Tendré ocasión de volver sobre esta materia, que ahora tan ligeramente toco, y entonces veremos cuánto falta aún para alcanzar esa igualdad y exactitud en los efectos económicos aplicados como reglas generales para la humanidad entera.

Cuanto he dicho con referencia a la anarquía que ha precedido a la formación de aquellas ciencias, no es más que para patentizar que en el caos de tantos reformistas, y de tantas teorías y utopías, sobre el futuro orden de nuestras sociedades, se pueden vislumbrar los diseminados principios de la que podrá llamarse Ciencia Nueva. Esta gran ciencia, como ya lo he dicho, no es más que la reunión de otras muchas muy reconocidas y adelantadas; es la emanación de todos los hechos incontestables, aplicados a las necesidades en que la humanidad se ha colocado, formando derechos que reposan en la moral y religión y que la política y la legislación han aceptado.

Los sansimonianos, los socialistas, los comunistas, los cartistas, los igualitarios, los utilitarios, y la larga lista de utopías que germinan en Europa, y han pasado hasta nosotros, no expresan más que un solo pensamiento, y es que las viejas instituciones necesitan de una radical reforma. La anarquía de todos estos reformadores nace de la falta de principios, de dónde deducir sus derechos, de la corrupción de sus doctrinas, y de la falta de un principio religioso que sirva de base al nuevo edificio que se proponen levantar; pero cada uno ha puesto su contingente de ideas, estando todos conscientes de la triste condición de la mayoría de nuestra especie, que sinceramente quisieran mejorar.

Todos los que se han puesto a la cabeza de este movimiento revolucionario se hallarían después de la victoria, como los que dirigían la revolución francesa en

1793. Los escritos de Montesquieu, Mabli, Rousseau y Raynal, las producciones ligeras de Voltaire, y ese movimiento literario y filosófico que precedió a aquella revolución, no eran sino la expresión del estado extremadamente vicioso de la sociedad. Pero entre todos ellos había la misma anarquía y confusión que entre los actuales reformistas. Sus sistemas, sus teorías y sus declamaciones dirigidas a un mismo objeto diferían entre sí, a tal punto que llegado el día de la demolición no sabían cómo organizar el nuevo orden político que debía seguir. Todos ellos habían tomado sus modelos de las democracias de Grecia y Roma, pueblos cuyas leyes, costumbres y religión diferían absolutamente de la organización de nuestras sociedades modernas. Naturalmente la anarquía debía seguir al triunfo a que todos ellos aspiraban.

Nuevas revoluciones durante más de medio siglo han sido la consecuencia de aquellas divergencias de opiniones, y en este largo período las teorías y sistemas de aquella época, aceptados por la experiencia, y riguroso análisis, encerraban sin duda grandes errores, pero también los verdaderos principios de la política, que tanto han mejorado nuestra condición, sin que aún hayamos alcanzado la perfectibilidad de que es susceptible.

Robespierre y los terroristas no vieron más camino para abrir paso a sus reformas que la proscripción, la sangre y quitar a sus enemigos la propiedad, de que podían abusar para reavivar su gran revolución. La reorganización completa de la sociedad era su pensamiento, no siendo el ardor revolucionario más que por destruir. La guillotina siempre en ejercicio derribaba las cabezas no sólo de la nobleza y el clero, sino que se ensañaba principalmente contra los más distinguidos revolucionarios, que sostenían otros sistemas y deseaban mayor moderación. Pero a la sombra de este furor democrático se organizaba ya una nueva aristocracia, en que los mismos verdugos asociados al poder militar debían surgir por el cansancio natural de tantos excesos y crueldades.

El consulado y el imperio, se creyó, devolverían a Francia su antigua existencia y condición; pero éste era un error y una falsa esperanza, desde que la revolución había recibido tan poderoso impulso. El imperio era la misma revolución de 1793 en otra de sus fases, era la fuerza que consumaba todos los actos de aquélla, asegurando al pueblo el goce pacífico de los despojos de la monarquía, de la nobleza y el clero. El imperio levantaba un plebeyo aún más alto que a todas esas viejas dinastías, que debieron sucumbir si este plebeyo hubiese sido lógico con el principio de su elevación. El feudalismo de Europa desapareció ante el brillo y la gloria de los capitanes que rodeaban el imperio. La revolución llegó a su apogeo y el gran hombre que había obrado tantos prodigios los creyó obra exclusiva de su inteligencia y de su espada, y naturalmente debió caer de la cima de su orgullo, no viendo en el pueblo que conducía más que un instrumento de su grandeza.

La revolución social de que al presente la humanidad se halla amenazada no será, como la de Francia, un hecho aislado; toda Europa y América se hallan preparadas para un movimiento, que será pacífico si podemos entendernos, y horrible si el orgullo y el interés nos cierran los ojos. Este movimiento ha sido contenido por grandes fuerzas militares, y las explosiones parciales que ha habido en deter-

minados pueblos no han contado ni con los elementos necesarios ni con la unidad de acción, que es el síntoma más alarmante de su futuro desenlace. Si Lamartine no hubiera contenido el primer impulso revolucionario en 1848, y dejado a Francia marchar sobre Italia y Polonia, Europa habría obtenido el triunfo democrático, y la revolución social habría sido una consecuencia, si el buen sentido de la aristocracia no transige con las nuevas ideas.

La unidad del pensamiento, para unir a todos los pueblos civilizados, no podía nacer del caos de tantas doctrinas socialistas, en que a la realidad de la triste pintura de las clases pobres se mezclaban las más extravagantes fantasías de cerebros, que parecían enfermos, para reformar su condición. La revolución de 1848 tenía demasiados elementos materiales para triunfar, pero sin la unidad moral que sólo dan los principios generalmente aceptados y reconocidos, el despotismo de los reyes, que marcha compacto y uniforme en su plan reaccionario, debe naturalmente sobreponerse. La nueva aristocracia que el dinero ha levantado, uniéndose a los restos del feudalismo y a los reyes, fue de gran peso en la reacción que sobrevino. Pero es preciso confesar que las doctrinas de los socialistas y comunistas, desastrosas en su impulso y en sus consecuencias, debían espantar a los que no conocían que en estas revoluciones extremas, en que lo pasado y el presente iban a darse un combate a muerte, las ideas toman ese colorido funesto que en los triunfos pacíficos se moderan. Es preciso aspirar a mucho para alcanzar algo: las reformas obtenidas en Inglaterra no son debidas al Parlamento ni a los reyes sino a la actitud formidable con que el pueblo las ha reclamado.

Que el mal es inminente no se deduce tanto de la energía del espíritu revolucionario, cuanto del trabajo incesante de todos los gobiernos en promover mejoras materiales, que distraigan a los pueblos y los ocupen al mismo tiempo. Pero en esto aparecen dos errores: el primero en creer que esta revolución es sólo producida por un sentimiento puramente material y, el segundo, de que el trabajo puede ser recompensado con el actual salario, calculado sólo por el valor de la subsistencia o alimento del trabajador. En efecto, el salario en esta forma priva al hombre de todo goce y principalmente de tener una familia, aspiración tan justa como natural. Por otra parte, todas las negociaciones públicas que tienen por objeto dar trabajo a las poblaciones, no sirven sino para elevar nuevas aristocracias de dinero, absorbiendo todos los provechos los protegidos de los ministros, y los que se han comprometido más en contra de estos mismos pueblos que se quisiera distraer y ocupar.

Es preciso convencerse que no sólo hay una aspiración material por parte del pueblo sino que está convencido de que tiene derechos, que la gritería de tantos reformadores y su propio interés le han hecho concebir como incontestables, y derivados de la naturaleza misma de nuestra existencia. Entre sí, el pueblo discurre conforme con las doctrinas con que se le lisonjea; sus argumentos son lógicos para su inteligencia, que desconoce el mecanismo de nuestra sociedad y los principios incuestionables que las rigen y gobiernan. Que estos derechos sean falsos, o una deducción de la condición primitiva en que la humanidad se hallaba en el estado de pura naturaleza, nada de esto importa al pobre, desde que por otra parte se le asegura que estos derechos son superiores a todas las convenciones sociales.

La palanca más poderosa de toda revolución es el derecho; entre dos que lo litigan cada uno cree tenerlo, pero si la ciencia y la razón se interponen, la cuestión cambia de rumbo. Esta palanca la tiene el pueblo, no en los quiméricos proyectos de los reformistas, no en esas declaraciones de sus miserias y dolores, sino en las convenciones generalmente aceptadas por esas aristocracias y gobiernos con quienes hoy se halla en lucha abierta. Hasta ahora el socialismo no es más que el conocimiento de las desgracias a que el pueblo está condenado, mezclándose algunas verdades con los más crasos errores en esta complicada máquina de la organización social. Pero estas pocas verdades han servido de lumbre en la discusión que debía preceder a la gran ciencia, y los errores y desvaríos de fantasías enfermizas también tenían que servir de tópicos para hacer relucir los principios, que alejando el cataclismo universal que amenaza nuestra sociabilidad, iniciase una reforma pacífica, en que el derecho y la ciencia dieran a cada uno lo que es suyo.

No crea el pueblo en las poéticas declamaciones de los que lo adulan, no abrigue los ensueños de un comunismo que es incompatible con todo orden social; el hombre de los privilegios, el aristócrata, no crea tampoco que el pueblo nació de un mísero instrumento de su grandeza, de sus placeres, riquezas y elevación. Al interponerme entre tan opuestas pretensiones yo no busco los partidos medios, que son interinatos, que sólo paralizan por momentos los sucesos que ya están preparados; yo sólo consultaré la ciencia, los derechos y lo que mi experiencia y mi razón me inspiren. Descubriendo el cáncer de nuestra sociabilidad me haré sospechoso a los que fanatizados por su poder y condición no aceptarán ninguna mejora que afecte su orgullo; del mismo modo me atraeré el encono de los que deliran por el futuro comunismo, que sólo traería a la tierra la barbarie, desapareciendo la civilización, obra de tantos siglos, de tanta constancia, saber y heroísmo. Pero alejándome de toda pasión y de todo interés, buscaré la verdad; haré mis deducciones de principios reconocidos, y los apoyaré en la ciencia tal cual yo la he comprendido.

No sé si mis ideas compongan un nuevo sistema de los muchos que se han presentado a la humanidad; e ignoro, en el retiro en que bosquejo este escrito, si otro ha pensado antes como yo. Una docena de libros son al presente mis compañeros; pero este escrito no es una composición erudita, sino la colección de mis ideas y de mis recuerdos, y un resumen de las doctrinas políticas y morales tales como las concibo, y creo servirán algún día para la paz del mundo. En efecto, desde que poniendo a un lado la declamación y la pintura exagerada de nuestra condición social se habla de derecho y de razón, ¿cómo creer que la parte más ilustrada, rodeada de peligros y azares, confíe a la suerte de las revoluciones su condición y existencia? No, la justicia y la razón han de sobreponerse; y si tal es la condición y desgracia de nuestra especie que haya de pasar por la desastrosa revolución que todos ven venir, quedará a nuestro corazón el consuelo de haber hecho lo posible por obtener un cambio pacífico, en medio de las acaloradas pasiones de dos partidos que han confiado a las armas y trastornos la resolución de sus pretensiones, intereses y querellas.

CAPÍTULO III

LA PROPIEDAD, NO OBSTANTE LOS DEFECTOS DE SU ACTUAL ORGANIZACIÓN, ES EL PRIMER PRINCIPIO CONSTITUTIVO DE NUESTRA SOCIABILIDAD

La propiedad tal como existe es la causa más activa de todas las reacciones hechas contra los triunfos obtenidos por el pueblo a favor de su libertad. Pero quitémosla a sus actuales poseedores, para distribuirla de nuevo según ciertos principios naturales, o según las doctrinas de los reformistas que hoy la atacan, y veremos volver al mundo a la barbarie. Crear a la propiedad otros títulos que los que actualmente tiene es sólo establecer el dominio del más fuerte; pero no expresando la fuerza ningún derecho, la propiedad, de víctima en víctima, tocaría en lote al mayor criminal, al que hubiese consumado mayor número de atentados y asesinatos. Del exceso del mal nacería de nuevo el remedio en tan aflictiva situación. Algún guerrero feliz, organizando aquellas huestes destructoras, volvería como Rómulo a iniciar otra vez la trabajosa obra de la sociabilidad. Sus capitanes compondrían la nobleza, y el feudalismo como en la edad media, aparecería en premio de la fuerza, de la barbarie, de la violencia, y del valor.

No hay que dudarlo: la miseria de las numerosas tribus del norte las arrojó sobre la culta Europa, que bajo el imperio romano había llegado a un alto grado de civilización, como lo comprueban los escritos de aquellas edades y esa legislación de cuyos principios y recuerdos surgió la moderna Ilustración. Las tribus del norte son al presente estas mismas clases que la miseria impulsa, y su triunfo sobre una población rica, inactiva, sin energía y usada por la molicie, los placeres, el lujo y cuantos incentivos le comunica su elevada situación, casi no es dudoso. El grito de los franceses en sus últimos combates socialistas, *vivir por el trabajo o morir combatiendo*, es un grito espantoso que nos sobrecoge desde que penetramos su sentido y realidad. En efecto, ¿qué es la vida para los que no tienen ningún goce sobre la tierra, y sí, la horrible perspectiva de su miseria y degradación? Cuando el pobre piensa, cuando se halla en estado de comparar su triste condición con la opulencia de los privilegiados de la sociedad, la muerte es un bien, y el rico, arrancándole la vida, hace un mártir, le da además un título de gloria, que no deja de valer para

con sus iguales. ¡Cuántos amargos presentimientos no surgen de estas consideraciones, para todo hombre sensible e ilustrado! Perderse la obra incesante de los siglos, volver a la barbarie después de haber pasado por todos los horrores que ella trajo a la civilización, y después de un sacudimiento que todo debe trastornarlo, es horrible y melancólico; y por más que nuestro amor propio quisiera alejarnos esta idea, en cualquiera parte que volvamos los ojos nos hallamos con ella, como un espectro que nos persigue y amenaza.

Se culpa a la civilización de esta revolución, y ésta es la verdad. Las luces naturalmente debían abrir a la humanidad el sendero de mil investigaciones y descubrimientos, que al fin llegarían a concretarse en la suma de goces y felicidad a que podemos aspirar en la tierra. Que una parte de esta sociedad llegara a un punto culminante de prosperidad, comodidades y placeres, y que la otra no tuviera ni aún para satisfacer el hambre, sirviendo sólo de instrumento a la elevación de aquélla, era un fenómeno social que no podía menos que ser sometido al análisis riguroso del espíritu del siglo progresista en que vivimos.

No hay la menor duda de que la prosperidad territorial y el capital han conducido al hombre a esta situación, y los socialistas y comunistas no se han equivocado en la causa del mal que lamentan, sino en el remedio que procuran oponerle. Pero el despojo de estos únicos agentes de todo trabajo y producción de manos de sus actuales poseedores, necesariamente traería la anarquía más insufrible entre los mismos que lo detentan. Después vendría el feudalismo, la tiranía de muchos, de cuya época tiene el hombre muy crueles recuerdos perpetuados hasta nuestros días. El poder despótico de uno solo sería el término de la oscilación de la propiedad si las instituciones políticas se conservaban sin el contacto de falsas religiones; porque en tal caso la propiedad como entre los turcos, y en toda el Asia, pertenecería al déspota que gobernaba, y la civilización sería apagada sin vuelta, a menos que una conquista no renovase aquellos pueblos.

La revolución de Francia en el siglo pasado, a pesar de la apropiación que hizo el pueblo de la propiedad del clero y de la nobleza, no fue sino una revolución a medias, desde que se respetó lo que el resto de la sociedad obtenía. La revolución en su esencia era una revolución política y no social, por más que sus ardientes promotores quisieron darle este carácter. La revolución, desde que la nación no estaba preparada en el sentido del socialismo, no podía pasar los límites de un trastorno político. Los esfuerzos de los revolucionarios para consumarla en aquel sentido sólo sirvieron para arrastrarlos unos tras otros a la guillotina. Pero los desastres de la revolución, el cambio súbito de tanta propiedad como poseían el clero y la nobleza, prepararon el dominio de Napoleón. Los nuevos propietarios necesitaban un poder que asegurase su dominio, de una gloria militar que garantizase sus títulos, y la época del imperio vino sin esfuerzo a satisfacer una y otra necesidad.

Pero la revolución social según sus actuales promotores poco se cuida de la política: tiene muy distintos objetos, y nada le importa que domine la república o la monarquía. Ella marcha a anular la influencia de la propiedad territorial y el capital, y toda su aspiración es hallar gobiernos despolarizados y combatidos por fracciones, que indirectamente protejan sus planes. En un sentido más claro y

expreso, la revolución social es, según ellos, de la mayoría de un pueblo que nada tiene, contra una minoría que lo posee todo. El derecho cierto o falso es el que ha despertado en el pueblo esta fiebre revolucionaria, y desde que este derecho le presenta la perspectiva de terminar sus desgracias y miserias, lo ha aceptado con fe tan viva, que marcha a su conquista con intrépido denuedo.

De antemano el pueblo había luchado a nombre de la libertad e igualdad, había obtenido triunfos espléndidos, pero aquellos derechos de toda su predilección, al momento de tocarlos, desaparecían como una sombra, dejándolo después de mil sacrificios completamente burlado y sumido en el más amargo dolor. La inteligencia buscando con tesón las causas de tan tristes resultados, culpa al monopolio de la tierra y del capital; pero no pudiendo concebirse la sociabilidad humana sin propiedad, esta cuestión sin la lumbreira de ciertos principios es difícil de resolver. Como ya lo dije, en las teorías y sistemas de los reformadores se invocan los derechos de la naturaleza, muy vagos en el orden social, y el propietario presenta a su vez los de la sociabilidad misma, únicos que él reconoce. La lucha naturalmente ha debido nacer y ha ido tomando cuerpo; la Europa se ha conmovido, y la sangre ha corrido en sus pueblos más ilustrados. Para mí hay un hecho de siniestras consecuencias, comprobado con toda la historia, y es que las aristocracias jamás ceden y que su condición es perecer antes que transigir. Si tal es el término de la revolución iniciada, poco tiene la humanidad que esperar de un cambio, que bien podía traer a la tierra la edad de oro si sólo diéramos oído a la justicia e hiciéramos silenciar nuestras pasiones y nuestros intereses, aceptando la reforma.

La aristocracia y el pueblo reconocen ciertos derechos, sobre los que no puede dudarse desde que existen por el consentimiento de ambos. Estos derechos pertenecen a la sociabilidad; son para la aristocracia los de una justa prescripción, que asegura los títulos, que debemos creer reposan en el trabajo, la economía, la honradez y la virtud, y para el pueblo los derechos de la ciencia política, aceptados y reconocidos por todas las naciones civilizadas. Todo lo que no sea deducir de ellos los privilegios que la aristocracia defiende y las reformas que el pueblo reclama, es pura declamación, que nada puede pesar en el orden social, donde los males están mezclados con los bienes, el dolor con el placer, pero donde el pobre siempre obtendrá mayor suma de goces que en el estado salvaje. Desde que estos derechos intervengan en las actuales cuestiones, y desde que se invoquen por alguna de las partes, la resistencia de ambos perderá muchos grados de esa energía apasionada y de ese mutuo encono, que ha legado a las armas la resolución de sus disputas. El esclarecer estos derechos es mi pensamiento, no dudando que la armonía social se restablecería sin esfuerzo, por más que mis presentimientos me hagan concebir una obstinada resistencia del principio aristocrático, para desprenderse de sus actuales privilegios. Tres ejemplos me suministra la historia moderna de un desprendimiento voluntario: el del clero y la nobleza en Francia, sometiéndose a las contribuciones públicas, de que estaban eximidos por sus privilegios; el de la reforma en Inglaterra en tiempos de Guillermo IV, y la ley de los cereales en nuestros últimos días. Estos acontecimientos extraordinarios se debieron a una aristocracia ilustrada, que penetró en la Asamblea Nacional que su resistencia sería

inútil, y que en Inglaterra salvó el orden social de dos movimientos funestos de otro modo inevitables.

La fuerza, la inteligencia, y la energía están repartidas entre los hombres en dotes muy desiguales, y como las necesidades de cada uno, aun en el estado de naturaleza, lo arrastran al trabajo, para poder subsistir, el que tenga más de aquellos dotes es claro que hará mayor trabajo o producirá más. Antes de la sociabilidad humana, si es que este estado ha existido jamás, el egoísmo es la pasión natural del aislamiento. Nadie hará más trabajo que el que sea suficiente a llenar sus necesidades, y si su producción excede de este límite, es para guardarla. Este derecho parece indisputable, y él desde luego constituye la propiedad. Esto que el trabajador ha guardado, no puede quitárselo el perezoso, el indolente. El que ha tenido mayor energía para producir sin duda tendrá mayor fuerza para resistir, y esto ya constituye un otro derecho, cual es la defensa de la propiedad. En el estado de pura naturaleza esto infaliblemente debe suceder, y del exceso de producción que haga el más inteligente, y el más trabajador, y de su derecho para defenderla, nace la sociabilidad. El no trabajar es pues la más poderosa inclinación del hombre, tanto más irresistible, cuanto más nos acercamos a ese estado de pura naturaleza. Del número de los que no producen siendo superior al de los productores, una coligación desde luego había de formarse para arrebatar a éstos los frutos reservados de su economía. A su vez, los que trabajan y producen debían reunirse para defender lo que habían adquirido, y ya la sociedad humana está formada y armada para defenderse.

La distancia que haya del estado de naturaleza al de la sociabilidad no es más que el exceso de producción que haga el más diestro, el más activo y el más previsor. Como esta producción sería el efecto de la necesidad de trabajar para vivir, claro es que la sociabilidad ha aparecido en la tierra junto con el hombre, y que el estado de pura naturaleza es una creación ideal para forjar derechos que no existen ni pueden existir. La sociabilidad tiene estos títulos indisputables, y la obra organizada bajo sus auspicios no puede ser destruida por las exclamaciones exageradas y sofisticas de algunos tribunos, que en lugar de servir a las clases pobres sólo han retardado con sus teorías la época de una regeneración que reclama nuestro estado social.

La propiedad tiene, además, en su apoyo, el consentimiento de todos los pueblos y naciones, de todos los tiempos y edades, y las tribus más salvajes la reconocen y practican en todas sus relaciones interiores, reservando sus robos y latrocinios contra otras tribus extrañas. La prescripción, esta ley o principio equitativo, que por el bien de la sociedad, y por evitar las eternas contiendas sobre el origen y derechos de la propiedad ha sido establecida en todos los pueblos, no podría revocarse en duda desde que parte del interés social. Que la propiedad tenga su origen en el crimen, en la conquista, en la violencia, pasada la generación de que fue víctima, justo es poner un término a los reclamos que turbarían no sólo el orden social, sino que debilitarían el trabajo y la producción, que ante todo necesita estabilidad y seguridad.

La transmisión de la propiedad, bien sea por herencias, por dones o rentas, a poco andar ha cambiado los títulos de toda ella, purificándolos de cualquiera

tacha que tuviera en su origen. Entre nosotros podría citarse la conquista como el origen impuro de la propiedad, pero las generaciones de los conquistadores, después de corridos tres siglos, ¿qué culpa tienen de las usurpaciones de sus padres, hechas a nombre del cielo y de la religión, y quizá con un sincero celo de haber consumado la obra más santa? ¿Pero cuántos nombres de aquellos conquistadores quedan? ¿Cuántas son sus heredades? La propiedad ha cambiado completamente de dueños, y sus actuales poseedores la deben a su trabajo, a su orden y economía, a sus virtudes, sus talentos o su industria, y tales títulos por cierto que nadie podría disputarlos. ¿Cómo arrebatarla entonces para repartirla en iguales porciones al perezoso que nunca ha trabajado, al vicioso, al corrompido, y a cuantos la reclamen a nombre de un derecho anterior a la sociedad? ¿Cómo invocar la religión, la moral, y los principios, para favorecer el ocio, anulando el incentivo más poderoso de la industria y del trabajo, y la más noble recompensa de la moderación y virtud? Quitad la propiedad y distribuídla conforme las exigencias de los nuevos reformistas, y veréis desaparecer la civilización, y con ella la dignidad del hombre, para dar lugar a la barbarie. Las acaloradas inspiraciones de la miseria, la gritería de tribunales, a quienes impulsa su orgullo, o sus pasiones, o las declamaciones de algunos misántropos, que sólo ven el lado sombrío de la sociedad, nada valen, ni nada pueden contra aquellas verdades y principios sobre que reposa la propiedad.

Este cuadro tiene, sin embargo, su reverso, y bien melancólico; la sociedad no ha podido ser depurada de todos los defectos que su primitiva organización debía necesariamente legarle, ni desprenderse de los abusos que su influencia poderosa debía insensiblemente acumular. La propiedad en su actual organización es un poder, desde que la industria y el trabajo necesitan del capital o de la tierra para producir. Siendo limitados tanto el capital como la tierra, y el número de trabajadores excesivo, comparado con el de los propietarios, la competencia de aquéllos ha sido una consecuencia inevitable de que naturalmente se han valido éstos para subir los réditos del capital o el arriendo de la tierra. Esta misma competencia ha puesto a todos los trabajadores de los campos bajo la absoluta dependencia de los propietarios, distribuidores a la vez del capital y de la tierra. Esta dependencia infaliblemente ha traído la dominación y el orgullo de un lado, y del otro, la nulidad y el servilismo, constituyéndose un poder social que infaliblemente debía abusar de la influencia que ejercía. Este abuso ha llegado al punto que la miseria de la gran mayoría de la humanidad y sus necesidades físicas, como el hambre y la desnudez, la han conducido a la degradación moral más absoluta, cuando las luces y la religión le señalan derechos que ella ha conquistado por su brazo y con su sangre.

Europa está plagada de escritos que dicen contener los derechos del pueblo, donde el entusiasmo suple a la buena fe, y la energía y la pasión a las profundas convicciones; pero en realidad, a la sombra de algunas verdades aisladas, aquellas producciones han hecho más mal que bien a los mismos cuyas miserias quisieron aliviar. Como ya lo he dicho, falta al pueblo la expresión terminante de sus derechos, deducida de estas instituciones aceptadas y reconocidas; le falta también que estas instituciones sean derivadas de la ciencia, de la razón y la justicia para que su origen sea tan puro que nadie se atreva a contradecirlo. Mientras la querrela entre

la aristocracia y el pueblo ha carecido de esta base, los privilegiados han tenido sus apóstoles, que de las derrotas del pueblo, de sus catástrofes y degüellos, deducen la insuficiencia de su poder y sus doctrinas, y la nulidad de sus derechos. Pero desde que el pueblo ha marchado aisladamente, contrariando la unidad que su mutuo interés daba a la aristocracia, que contaba con el poder e influencia de los gobiernos, estas derrotas nada tienen de extraordinario ni prueban de modo alguna su nulidad. Por el contrario, en su actual silencio todos ven la elaboración de un nuevo movimiento, quizá decisivo, entre la propiedad y el comunismo, y esto es lo que todo hombre sensato y humano debe por todos los medios a su alcance procurar evitar.

La discusión de los derechos de unos y otros naturalmente ha de producir uno de dos resultados; o se paraliza la acción violenta de las pasiones que animan a estos beligerantes de nuestra sociedad, por la fuerza y la autoridad; o se llega a una transacción que no puede ser otra que la que nazca de los eternos principios de la justicia, aceptados por la economía y la ciencia política. Estos principios procuraré esclarecerlos más adelante.

Sea el orgullo de la posición que ocupa la propiedad, sea el poder que siempre ha ejercido por sus privilegios establecidos en la legislación civil, en que jamás tuvo el pueblo la más ligera parte o, bien, por los temores del violento trastorno que han preparado el comunismo, el socialismo y demás doctrinas reformistas, la aristocracia ha aceptado el despotismo de los gobiernos, trabaja por llevar al mundo a un retroceso moral, despertando las antiguas preocupaciones, apagando en la educación el manantial de las luces, conspirando militarmente contra las mismas instituciones que han aceptado, formando de la sociedad entera un campo donde una policía costosa y cruel ejerce un espionaje, como si una conspiración estuviese al estallar. Para esto un aumento de rentas públicas excesivo, desproporcionado con la riqueza nacional, un recargo de trabajo para el pobre, sobre el que recae el alza en el precio de las mercaderías y de los alimentos, un aumento de deuda nacional, obtenida con espantosas usuras, que levantan la renta de los capitalistas, o preparan cuestiones con gobiernos extranjeros fuertes y poderosos, que aceptan como propios los intereses de sus súbditos, reclamando el pago de ellos o indemnizaciones, en que intervienen los cañones de sus buques, con los que no se escasean amenazas, y se transige al fin con desdoro del honor e interés nacional.

Lo más sorprendente es que esta activa aristocracia es en Europa en su mayor parte de hombres y familias que poco tiempo atrás pertenecían al pueblo, que se elevaron, o por las mismas revoluciones que éste hacía a nombre de la libertad e igualdad, o por la riqueza debida a la usura, o a las negociaciones con los gobiernos. La antigua nobleza, la que deriva sus títulos del valor y servicios de sus antepasados, ha sido mucho menos exigente que esta turba de usureros que han reducido las más insignificantes operaciones de la vida a una evaluación monetaria egoísta y degradante. Éstos después de haberse elevado por el brazo del pueblo, apropiándose lo que destruyeron de la antigua nobleza a nombre de la libertad, ocupan hoy en este movimiento reaccionario contra el principio democrático el principal papel. Ellos sacan provecho de todos los nuevos conflictos; ellos son el alma de todos los consejos de los déspotas; ellos se apropian de todas las negociaciones públicas,

y sus préstamos para levantar soldados y ejércitos que compriman el desarrollo lógico y natural de nuestra sociabilidad, son para recogerlos recargados de usuras, que el pobre pueblo definitivamente debe pagar.

La aristocracia ha detenido el vuelo de la perfectibilidad humana, ha comprimido con mano fuerte el curso majestuoso de las reformas que, elaborado bajo los auspicios de la civilización, de las luces y de la ciencia, no habría presentado hoy nuestra sociedad como un campo de batalla donde todo se apresta para el más rudo combate que jamás haya la tierra presenciado. Esta política falsa y rastrera en que el patriotismo y la virtud son un título de exclusión, donde sólo se calcula el triunfo del momento, que carece de toda regla y principio, inmoral en toda la extensión de la palabra, no ha hecho más que inflamar las pasiones populares, precipitar los acontecimientos y conducirnos al borde del precipicio en que caerán sus promotores los primeros, si Dios no calma la efervescencia oculta que agita a las sociedades, y les señala la ciencia y el derecho como el término de sus mutuos resentimientos. Un solo pensamiento debe llenarlos de terror. La sangre y las víctimas de estas contiendas, que apenas se inician, fecundizan y se reproducen al lado de la desnudez, del hambre y de la miseria; la muerte para el pueblo, que es el mayor mal que puede la aristocracia causarle, no es más que el término de sus dolores; verdadero bien, comparado con la triste condición a que ha sido arrastrado. Cuando hay una diferencia tan grande entre el rico y el pobre no parece cuestionable el término de esta revolución social, ni tampoco por qué lado quedará la victoria.

La nueva ciencia, que no es más que la democracia apoyada en la ciencia política, en la moral, la religión y en la economía social, lejos de inspirar temor, es la que únicamente puede reunir los principios y reglas en que repose el orden futuro de nuestra sociabilidad, respetando los derechos de todos y de cada uno. La propiedad en vano se ha alarmado, levantado barreras que sólo excitan el encono y el ardor de la gran mayoría de la humanidad. Desde que no es posible concebir sociedad sin ella, y desde que la ciencia social la considera como el primero de sus bienes, el móvil más activo de toda industria y producción, y el aliciente principal de todas las virtudes sociales, sus temores deben calmarse. No hay duda que el principio democrático la despojará de los atributos de que se ha rodeado y anulará el poder material que ha ejercido por la imperfección de nuestras instituciones. Ella debe penetrarse de una verdad, que ha podido desnaturalizarse durante un largo tiempo, y es que concluida la servidumbre del hombre, su dominio social tuvo un término y debió desaparecer. Este primer paso era preparatorio del triunfo de la igualdad, que debía poner a todos los hombres en un mismo grado respecto de sus derechos. A estas revoluciones ha seguido el imperio de la ciencia, la discusión de estos derechos, y no es posible ahora ni desnaturalizarlos ni eludirlos.

En otro tiempo había reyes omnipotentes que vivían de préstamos; a Jacobo I, le detuvo en la calle un acreedor para exigirle el pago de una deuda personal; pero hoy día un rey sin riqueza con qué satisfacer la avidez de cuantos le rodean acabaría por ser despreciado. Rothschild lleva hoy el paso sobre toda la nobleza de Europa, y los más poderosos soberanos le darán la preferencia a muchos reyes. Esta influencia extraordinaria de la riqueza ha despertado, más que los instintos de

la avaricia, los instintos de la ambición, que en busca de poder y de distinciones sociales reconoce en el dinero el primer móvil de toda elevación. Al presente no son los goces y comodidades de la vida los que se buscan con la adquisición de la riqueza; el poder, el dominio, la influencia política están en primera línea. El lujo no es placer sino ostentación, deseo de sobresalir; en cierto modo una elevación social, una especie de superioridad, y es por esto que a expensas del bienestar efectivo de las familias se hacen sacrificios por rodar coches y ostentar todos los primores de las artes, careciendo de otras comodidades reales y hasta del mismo alimento; así recorre el lujo todas las clases de nuestra sociedad, causando estragos en todas ellas.

Estos tristes resultados de la corrupción y mal ejemplo, que ponen a la vista de la miseria misma, el poder, tantos incentivos de placer, y tanta saciedad, impulsan al hombre a la riqueza, cerrándole los ojos sobre todos los medios de adquirirla. Obteniendo el fruto de estas aspiraciones, se buscan los honores y empleos que cree la aristocracia inseparables de la fortuna, que en su concepto es la única garantía social, desdeñando el mérito, la virtud y otros antecedentes, porque están expuestos a la tentación y al soborno. Éste es el eslabón que une a los ricos con los gobiernos, únicos depositarios de la autoridad, y distribuidores de los honores y gracias. Dando el primer paso en esta carrera, nuestras pretensiones no tienen límites, unas a otras se suceden, y dándose la mano el poder y la riqueza, imposible es que de uno y otro no se abuse, para asegurar la posición que se ha alcanzado y elevarse más y más en poder y en fortuna. Esta es la tendencia más irresistible de la humana condición, y los sentimientos más activos y poderosos de nuestro corazón; y es por lo mismo que deben contrariarse con todas las fuerzas y energía de que pueda armarse la sociedad. El alcalde de una aldea y el primer ministro de la nación más poderosa, son iguales en este sentido, una vez que han saboreado el dominio y la autoridad.

Es por esta tendencia de nuestro ser que todos los triunfos de la democracia han sido completamente anulados viniendo casi a un mismo tiempo la reacción. Consagrado por la legislación el respeto a la propiedad, establecidos sus derechos por la costumbre, las prácticas, y por todos los medios y resortes imaginables, el dejarla abandonada a sus propios instintos, sin estorbo ni barrera alguna, no podía menos que reaccionar todo principio y toda revolución que le quitase su antigua importancia. Ésta ha sido la marcha invariable de la humanidad. Napoleón, en los mismos terroristas que habían anegado Francia en sangre por el principio democrático, halló cooperadores activos para levantar su imperio, porque éstos ya eran dueños de los despojos del clero y de la nobleza, y su ambición los conducía a una aristocracia, que no podría ser ya la de sus víctimas. Más tarde el mismo Napoleón decía en Santa Helena que él había hecho demasiado ricos a sus generales y ministros para que pudieran quedarle fieles. Aún había más: concentrando en sus manos toda la autoridad, la aristocracia que él había levantado, no podía conformarse con ser el instrumento del poder y grandeza de un solo hombre; ella veía ya muy claro que con cualquier otro rey tendría más influencia y autoridad, y es por esto que lo abandonó al primer revés de sus armas.

Cualquiera que con alguna filosofía estudie la historia moderna, y pueda comparar lo que éramos hace poco, y lo que somos, no hallará cómo explicar estos cambios tan absolutos en el orden social. La economía política reconocida como una ciencia, desde que algunos principios incontestables forman su base, antes que el orden social, ha buscado en sus investigaciones la riqueza. Si a los errores que han surgido de falsas aplicaciones de sus principios se añaden el poder e influencia con que las viejas instituciones habían organizado la sociedad, la pendiente en que ésta se ha visto colocada no podía menos que ser demasiado peligrosa. En efecto, todos los economistas y cuantos han aplicado su inteligencia al estudio de las riquezas públicas y privadas, en el giro y libre uso del capital y de la propiedad, han creído hallar las causas más activas de la prosperidad de las naciones. Los hechos han venido a corroborar estas deducciones, acumulándose la riqueza, donde quiera que la propiedad y los capitales han sido abandonados a sus propios instintos y combinaciones. A la sombra de estos fenómenos hemos visto levantarse fortunas colosales cuyo brillo ofusca, y en tanto número, que la opulencia nacional aparecía un hecho incontestable, que comunicaba a los pueblos ese movimiento que anima y vivifica las sociedades. A primera vista tocada la imaginación de tanta grandeza y prosperidad, ha creído ya resueltos los grandes problemas y cuestiones de la felicidad humana, pero aún tenemos que recorrer un largo camino para que puedan realizarse tan halagüeñas esperanzas.

Descendiendo de tanta grandeza y de tanto brillo, y observando aquellas sociedades más opulentas por todas sus fases, ¿cuánto no ha sido nuestro error? Estos cuadros que han trazado Sue y Feval, de las más opulentas metrópolis de Inglaterra y Francia, a pesar de su lenguaje de romance, ¿cuánta realidad no encierran, para el que ha descendido en cualquiera parte de la tierra a la humilde morada del pobre, bien sea en las poblaciones o en los campos? El contraste despedaza a toda alma sensible, pero la ciencia económica, orgullosa de sus parciales resultados sobre la riqueza pública, ¿cómo podrá explicarnos el fenómeno de tantas acumulaciones y riquezas, y a su lado la miseria, el hambre, la desnudez y cuanto puede mortificar a un ser sensible y racional? Separándose esta ciencia del principio más luminoso, del que forma la base, de donde parten todas las verdades hasta ahora en ella reconocidas, necesariamente debía sistematizarse un error de inmensos resultados, como más adelante lo manifestaré.

La propiedad con todos sus antiguos privilegios, y apoyada últimamente por la misma ciencia, debía naturalmente marchar con paso firme a desnivelar la sociedad, estableciendo la más completa desigualdad social. La ilimitada libertad de la propiedad, abandonada a sus solos instintos y a su propio interés, naturalmente debía explotar el trabajo del pobre, establecer la competencia, que debía traer la baja de los salarios, y la acumulación de los capitales en las reducidas manos que tenían el dominio de la tierra y reunían la moneda circulante. Los resultados dieron mayor impulso a estos errores, desde que la industria y la riqueza aparecieron como comprobantes, y desde que jamás la tierra alcanzó tanto brillo y grandeza. Pero la sociedad humana no la constituyen únicamente los ricos: su gran mayoría es el pueblo, que no teniendo tierras ni capitales llegó por este error económico

a considerarse como una máquina, a la que sólo se le asigna un salario ni más ni menos como a una lámpara se le ceba aceite para que no se apague. En efecto, el salario asignado al trabajo es mezquinamente calculado para satisfacer el hambre, y que no se agoten las fuerzas productoras de que el propietario necesita. La familia de esta máquina, sus otras necesidades, ni las enfermedades a que está sujeta, no entran por nada en estos arreglos entre el rico y el pobre; y la desigualdad más horrible debía ser la consecuencia, absorbiendo el uno todos los beneficios y el otro constituyéndose en máquina.

Las siguientes líneas de J.B. Say nos revelan el estado verdadero de nuestra sociedad, la que ha empeorado considerablemente desde el tiempo en que fueron escritas:

“En los países que llamamos florecientes ¿cuántas personas hallaremos en estado de gozar de estas comodidades? Una a lo sumo entre cien mil; y quizá no habrá una entre mil que tenga lo que se llama un pasar decente. Por todas partes se ve la extenuación de la miseria, al lado de la lozana robustez de la opulencia, el trabajo forzado de los unos compensando la ociosidad de los otros, casas arruinadas y columnatas, y los andrajos de la indigencia mezclados con la ostentación del lujo; en una palabra, las más inútiles profusiones en medio de las necesidades más urgentes”.

Esto lo ha dicho uno de los economistas más célebres, uno de los que han hecho las aplicaciones más razonables de esta ciencia, y que después de Smith es la autoridad más respetable. Pero Say, como los demás economistas, pasa desapercibido de estas ruinas, cuyas causas no se detienen a investigar, buscando sólo la aplicación de sus principios a las fábricas, comercio, bancos, agricultura, y demás industrias, mientras el hombre es nada o a lo más una máquina o instrumentos de producción.

La opulencia de aquellas dos populosas naciones, que es el ejemplo con que la economía política comprueba sus asertos, nada tiene de envidiable. Si el mundo hubiese de marchar siempre así, con todas las luces y progresos en las ciencias y las artes, la mayoría de la raza humana habría perdido infinito, lejos de ganar. En otro tiempo su ignorancia la sometía tranquila a los sufrimientos y dolores en que había nacido; hoy, elevada a otra dignidad por sus derechos reconocidos y su ilustración, sufre las penas de Tántalo viendo con ávidos ojos el banquete de los ricos y su opulencia, a pesar de su hambre y desnudez.

No obstante este desorden social, la inviolabilidad de la propiedad es el único medio de aprovechar todos los progresos que el hombre ha hecho, tanto en lo físico como en lo moral. La ciencia no puede extenderse a más que a dar a cada uno lo que es suyo, y cuando hayamos analizado y examinado este punto en sus diferentes fases, convendremos en que la economía política, por no ser consecuente con sus propios principios, ha desconocido la importancia del mayor de los valores, cual es el hombre mismo.

La humanidad hasta hoy ha marchado guiada sólo por instintos; y teniendo en su fuerza e inteligencia los gérmenes de su poder y riqueza, ha luchado por

una verdad que, establecida en los hechos, le era desconocida en sus orígenes y relaciones. Hablo del trabajo, que procuraré analizar y combinar con todas las cuestiones de un alto interés social; y reconocidos sus derechos e importancia, esta guerra a muerte, que amenaza al mundo, cambiará de rumbo, acercando el triunfo del principio democrático, que es el inicio que podrá organizar la sociedad en sus verdaderas bases, dando a cada uno lo que es suyo.

CAPÍTULO IV

EL MAYOR CAPITAL DE LA HUMANIDAD ES EL HOMBRE MISMO, CAPITAL PERMANENTE, MENOS SUJETO A OSCILACIONES QUE EL ORO Y LA PLATA

El hombre es a la vez la causa y el efecto de los valores que él produce y consume. Esta sola verdad lo distingue de la acción mecánica a que se le ha sometido, y le comunica el prestigio de su importancia y dignidad moral. La economía política que no investiga sino la riqueza no ha visto en él más que los productos de su brazo, y sus relaciones con el capital. De aquí la desnivelación completa de la sociabilidad, que elevando el capital a mayor altura que el trabajo, desde que éste debía sujetarse a la competencia, no podía menos que levantar una clase explotadora que se apropiase este mismo trabajo. Es éste el origen de la influencia poderosa de la riqueza, que elevando una clase de la sociedad ha anulado a la otra hasta conducirla a la servidumbre, en medio de la gritería de libertad e igualdad de nuestro siglo. La economía política en los momentos mismos en que la humanidad alcanzaba grandes triunfos democráticos a nombre de aquella libertad, levantaba por falsas deducciones de sus más reconocidos principios un nuevo feudalismo, una aristocracia aún más brillante y poderosa que la que se apagaba en Europa y América.

Podría creerse que ésta es la ley suprema de la sociabilidad humana, que invariable en su marcha se reproduce incesantemente por otros resortes, inseparables de nuestro ser y condición. Pero desde que podemos hallar en el análisis de estos fenómenos sociales las causas y errores que han producido estos resultados, no tenemos más que culpar a nuestra inexperiencia, y al dogmatismo con que la ciencia económica de los hechos particulares ha deducido principios generales, que aplicados a la humanidad entera debían producir las consecuencias funestas que hoy tocamos.

A estas falsas deducciones se han unido otras causas peculiares de nuestro siglo, en que la civilización, derribando el conjunto de mil antiguas preocupaciones y errores, no ha podido establecer una base de moralidad que supliera aquellas creencias y costumbres, que otra vez sostenían el edificio informe de nuestra

sociabilidad. En los tiempos modernos la corrupción es la palanca que moviliza nuestras relaciones sociales y políticas, y hasta la han querido organizar en principio algunos escritores, que en la confusión, que por todo veían, no podían concebir regla alguna que sistematizase aquella anarquía social a que la humanidad se precipitaba. Esta situación favorecía las falsas deducciones que sobre la riqueza y bienestar de los pueblos establecía la economía política, y ayudaba a la organización del nuevo feudalismo por que debía pasar la especie humana.

La aristocracia del dinero no podía durar el largo período de aquélla, que organizó la conquista y la fuerza. En nuestro siglo los errores erigidos en principio pueden ejercer una influencia extraordinaria, pero reconocidos una vez tienen necesariamente que someterse al poder irresistible de la opinión, que no es más que la razón ejerciendo su imperio sobre la mayoría de nuestra especie.

La acción comunicada a la industria por la civilización y las artes, creando nuevas necesidades, y aún lo que llamamos lujo, ha favorecido la elevación del propietario y del capitalista, que ampliando sus límites, en razón de sus provechos y de la importancia social que éstos le comunicaban, han llegado hasta apropiarse el producto del trabajo, único valor y única riqueza del pueblo. Naturalmente, aunque la libertad exista en las formas, la servidumbre del pueblo ha sido una consecuencia inmediata de este orden de cosas, desde que el trabajo ha sido explotado por el capital que le ha señalado el salario, no según su valor e importancia sino según su interés. La economía política que ha favorecido este desarrollo funesto a la sociabilidad no por eso deja de ser una ciencia de más alta importancia. Si las deducciones de sus principios reconocidos hubiesen sido exactas, la humanidad se habría ahorrado muchas desgracias que, por otro lado, parecen necesarias en el orden lógico de nuestros progresos, siempre inciertos, si la antorcha de la experiencia no marcha adelante. En efecto, por medio de esta desnivelación social que la economía política ha protegido hemos alcanzado la resolución de las más interesantes cuestiones financieras y sociales. La acumulación de capitales ha perfeccionado las artes, fomentado empresas gigantescas, difundido el espíritu de asociación, y penetrado los resortes y la acción poderosa del crédito. La ciencia siempre en progreso escudriña los secretos de la política, volviendo sobre sus mismos pasos rectifica sus errores, analiza todo, y de su seno ha salido la estadística, nueva institución que pone a nuestra vista todos los resultados de nuestras mejoras y progresos y patentiza nuestras faltas y falsas deducciones.

El poder del dinero era una de estas fases, quizá necesarias a los progresos de la humanidad, desde que tantas cuestiones de gran interés estaban ligadas con la acumulación de los capitales, el crédito y el espíritu de asociación. Era su existencia una especie de transición entre el pasado y el futuro de la humanidad, cuyas preocupaciones, no pudiendo desaparecer de un golpe, se asimilaron con la riqueza, que buscaba poder e importancia social. De aquí la federación de la tiranía política con la propiedad y el capital; aquélla necesitaba dinero para organizar fuerzas que la sostuvieran, y éste, privilegios e importancia. La economía, sondeando los resortes de uno y otro, concluirá por descubrir los verdaderos principios en que debe reposar la ventura del género humano. El socialismo y el comunismo no son

hasta hoy más que el análisis del mal que las sociedades sufren; el remedio a este mal es el que falta, y el que propongo buscar.

La economía política, seducida por el brillo de sus combinaciones, se adhirió a los primeros fenómenos que le presentaron sus teorías. El comercio, las fábricas, la agricultura, todo tomó vida, abandonado a la libertad individual. Esto era más que suficiente para que los economistas destruyesen las barreras de estos sistemas protectores, a los que Inglaterra y demás pueblos industriales de Europa debían sus progresos. Los resultados correspondían a las esperanzas, eran uniformes con los principios de que se derivaban y desde luego pasaron a ser axiomas incuestionables. La marcha de las sociedades humanas sobre éste y otros muchos puntos ha probado que aún nos falta mucho para llegar a la evidencia que tanto se ha precognizado de las deducciones de aquella ciencia.

La aristocracia del dinero levantada a la sombra de la economía política, ha tenido a su vez en ella misma un fiscal que la acusa de sus excesos, y de la triste condición a que ha arrastrado a los pueblos más cultos. Economistas son también esta nube de reformadores que hoy espantan a la propiedad con sus teorías; ellos penetran las causas del mal, declaman contra la imperfección de las instituciones que lo provocan y sostienen, pero no atinan con el remedio. Desde luego, esta aristocracia del dinero, ofuscando con su brillo a la antigua nobleza, ha preparado el campo a la futura igualdad del hombre, y a la democracia que regenerará a la tierra. Los blasones, los recuerdos del valor y proezas militares hoy se ofuscan y anulan a la vista del oro, que es el solo móvil y el solo poder en medio de la corrupción a que hemos llegado. Siempre será aquella la verdadera aristocracia, la única temible a la libertad; la del dinero excita el desprecio, y la economía política que la hizo nacer le hará también los funerales, tan luego como sean examinados los verdaderos principios en que debe reposar la ventura de nuestra especie. Llegando a este período, la moral, la política, y la economía serán una sola ciencia, que dará a las instituciones un solo impulso, que concluya con la anarquía en que hasta hoy la humanidad ha girado.

En este sentido la nueva ciencia proclama la democracia, que anula todos los privilegios y derriba todas las instituciones que la desigualdad ha organizado. De otro modo no podrían hallar los pueblos garantía alguna en su regeneración, y las victorias alcanzadas con nuevos y sangrientos sacrificios, serían prontamente reaccionadas como hasta hoy ha sucedido, por el principio monárquico o aristocrático, o por ambos juntos. Estos dos sistemas políticos no tienen más acción ni más vida que el privilegio y la división de clases en la sociedad. Desde que la tendencia irresistible de la condición humana es a este desnivel social, sólo la democracia puede conducir el mundo a la libertad e igualdad, bases únicas de unidad moral y material, único centro de paz y felicidad para nuestra especie. De esto me ocuparé más adelante, no obstante que mi pensamiento, siempre alrededor de este principio, deduce de él sus convicciones, y vuelve a él, como al resorte y eje principal de la máquina social, para establecer todas sus consecuencias, y obtener los esclarecimientos que son el objeto de este escrito.

No puede ponerse en duda que la acumulación de capitales trayendo en pos de sí los progresos materiales han abierto este anchuroso campo, en que la economía

política ha estudiado por todas sus fases nuestra sociabilidad en sus reclamaciones con la riqueza pública y privada. Siguiendo sus huellas, reproduciendo sus verdaderos principios, y apreciando al hombre no más que como una verdadera máquina, explicaré las nuevas ideas y deducciones que de ella han surgido, a pesar del dogmatismo de los unos y de la anarquía de los otros. No es posible creer que la economía haya alcanzado la resolución de tantas cuestiones que agitan la humanidad, no es posible tampoco dudar de que ella es un faro que a pesar de sus muchos errores nos llevará a esa evidencia relativa a que el hombre puede alcanzar en ciencias de esta clase.

Olvidaré que el hombre es el rey de la tierra, olvidaré que su inteligencia y su razón lo asemejan a la divinidad, olvidaré su perfectibilidad, sus progresos, su industria, y hasta su espiritualidad, ya que es preciso presentarlo como valor y como máquina en el sentido material que hasta hoy ha asumido la economía política, único que le da el privilegio y el capital desde la altura en que se hallan colocados. Las leyes eternas de la moral y el principio religioso, que deberían sólo formar las relaciones sociales de hombre a hombre, preciso es dejarlos dormir en el materialismo que nos domina; de otro modo nuestros razonamientos serían estériles y considerados como vagas declamaciones.

¿Hay algo en la naturaleza, en las artes, en la industria, en las fábricas, en el comercio, y en cuanto forma el movimiento interior de este planeta, que no necesite de la mano del hombre? ¿La tierra abre ella misma sus surcos, prepara sus abonos, sus semillas, sus riegos, y recoge sus frutos? Ni aún los animales mismos que viven de sus productos espontáneos pueden existir sin el brazo y la inteligencia del hombre, que todo lo calcula y lo arregla, para perpetuar sus especies, y liberarlas de los contratiempos que sobrevienen. Sería declamar seguir trazando cuadros de esta naturaleza, basta sólo decir que el hombre en la tierra es el que hace todo y valoriza todo. ¿Por qué pues este hombre, el agente único de todos los valores, el móvil y causa de la riqueza, se halla hoy tan deprimido y anulado en nuestras sociedades? El economista consultando sus principios recibidos, lo considerará como una mercadería, cuyo exceso de producción lo ha hecho bajar en el mercado, y que en razón de su abundancia ha disminuido su valor. Triste contestación, y entre tanto ella está arreglada a lo que sucede en la humanidad, y a las ideas económicas hasta hoy aceptadas. Entre tanto, las ideas exactas del crédito, nueva ciencia económica, aún en su infancia, nos demuestran que todo lo que tiene un valor intrínseco puede ser representado, y el capital que aprecia al hombre como una mercadería, que sube y baja en valor según su escasez o abundancia, será casi inútil una vez que el hombre sea representado en lo que él legítimamente vale, aunque no se lo considere más que como máquina. Esta verdad traerá sin duda una revolución en la humanidad, revolución pacífica a que no puede oponerse el privilegio, por más que sienta la ruina de sus provechos actuales y la destrucción de su importancia social.

Cuando establezca mis ideas sobre el crédito, entonces veremos que, apreciado el hombre en su justo valor, y abriéndose la puerta de la industria sin la tiranía del capital, la humanidad se halla en el sendero de un progreso que no alcanza nuestra vista. Una nación o un continente no serán barreras que la detengan mientras haya

un rincón que explorar sobre la tierra. El hombre recorrerá todo, y donde quiera que haya un palmo de tierra que lo alimente, allí estará para contradecir las doctrinas interesadas y egoístas que trabajaban por poner un coto a la multiplicación humana. América sola puede contener el doble de toda la población que encierra la tierra, y si a los otros continentes se les proporciona un cultivo sin privilegios, sin división de clases, y sin la tiranía que en Asia y África tienen al hombre en completa servidumbre, las doctrinas de Malthus, tan en boga en Europa, tendrán de límite algunos centenares de siglos, si es que la razón y la inteligencia que Dios dio al hombre no son superiores a los instintos e incentivos de la generación.

Hoy que las comunicaciones se han facilitado tanto, que el vapor ha acortado las distancias, que la tierra está cruzada de ferrocarriles y los mares cubiertos del humo del carbón y de velas, ¿cómo puede dudarse que la emigración será un simple cambio de morada, en que esperamos hallar más extensión, más comodidades, más holganza y consideración, que en el seno de una patria que no alcanza a alimentarnos? Por todo el mundo el hombre hallará al presente la civilización o la llevará consigo, con todos sus progresos y mejoras, con todas sus ventajas y alicientes. California, improvisada en cuatro años, elevada a mayor altura que nosotros en tres siglos, con todas las ventajas de la civilización, nos manifiesta la futura suerte de las colonizaciones. Aparte del oro que la codicia halló en su seno, la tierra, la libertad, y la igualdad son incentivos que atraerán al hombre, y lo arrancarán de los pueblos donde sólo halla humillación y miseria.

Debemos suponer, por otra parte, que la humanidad no vive casualmente en este planeta, que la divinidad obra sobre ella y la protege, y que en el orden natural, las epidemias, las pestes, como los vicios en el orden moral, tienen una fuerza niveladora, superiores a las apreciaciones de Malthus y los remedios propuestos, no en beneficio de la humanidad sino para ahorrarse la contribución de pobre nacida del lujo, del privilegio, de la tiranía del capital, y de la organización aristocrática del gobierno inglés.

Por ahora no debemos considerar al hombre sino como máquina, como ya lo he dicho, para acomodarnos a la inteligencia que hoy se da a todo lo que tiene algún valor: más tarde le devolveremos su dignidad y lo colocaremos en esa posición que Dios y la naturaleza le han señalado.

La tierra y los capitales son los agentes de toda producción, son los instrumentos, sin los que el brazo del hombre no podría trabajar ni crear valores. Hay pues entre estos agentes y el trabajo una tan íntima relación, que para que reine la armonía es preciso que cada uno tenga sus derechos y límites señalados, sus reglas y principios, que le sirvan de garantía contra los abusos que la tendencia dominante del hombre, su ambición o su avaricia no puedan traspasar. Es inútil decir que entre los agentes del trabajo y el trabajo mismo hay una diferencia enorme, que resalta a primera vista; y entre tanto la ventaja la obtienen la tierra y el capital, a pesar de esta convicción. El trabajo constituye el valor y la riqueza, los agentes son los instrumentos con que perfecciona su obra; y no obstante la legislación, obra de los poderes aristocráticos, sólo favorece al propietario y al capital, quedando el trabajo, o el brazo del hombre, sujeto a la competencia del número, sin garantías,

sin derechos, sin principio ni reglas, pudiendo el propietario y el capitalista bajar y subir sus provechos a su antojo.

No podía esperarse otra cosa de una legislación nacida en una época en que el feudalismo imperaba, y debía confeccionar las leyes conforme a sus intereses y a las preocupaciones aceptadas en aquella edad. Pero hoy que la ciencia económica deriva su existencia del principio de que sólo el trabajo es valor y riqueza, hoy que están descubiertos mil arcanos sociales a la vista de esta verdad incuestionable ¿quién podrá negar que el trabajo es lo principal, y la tierra y el capital lo accesorio? La naturaleza por sí sola no bastaría para sostener campamentos de salvajes, que tendrían que trabajar en la caza o en la pesca; el capital sin la industria y el trabajo estaría guardado en una caja.

Estas verdades constituidas en los hechos no han podido pasar inadvertidas a las edades que nos han precedido, a pesar de sus preocupaciones y de su ignorancia, pero los intereses, el espíritu de dominación, la tiranía y el privilegio no podían dar la supremacía al trabajo que, residiendo en el mayor número, podría despertar esas mismas aspiraciones que hoy agitan al mundo, a la sola indicación de algunos derechos oscuros, inconexos y contradictorios, que sólo han servido para detener el vuelo del triunfo democrático. Pero tarde o temprano la luz debe relucir para la humanidad entera, desde que todo se sujeta al análisis, y los errores y preocupaciones se ponen a la dura prueba, que acrisola los hechos y principios que en adelante regenerarán a la humanidad.

Mejor que todos los razonamientos, creo en la exposición de algunos hechos materiales sobre la importancia del trabajo respecto de la tierra y el capital, aun en el estado imperfecto de nuestras instituciones. Estos ejemplos más o menos son aplicables a todos los pueblos cultos de Europa y América, y hablan más claro a nuestra inteligencia que largas y eruditas discusiones.

Me hallaba escribiendo lo que precede, cuando un antiguo inquilino que en otro tiempo me servía, e iba a vender los productos de sus siembras, se presentó a visitarme de paso. Luego para rectificar mis ideas hice recaer la conversación sobre su arriendo y los productos obtenidos. Una cuadra de tierra, que es un espacio de 150 varas por cada lado, le importaba su arriendo 24 pesos por seis o siete meses que duraba su ocupación, desde que la sembraba hasta la cosecha; diez pesos era el valor de las semillas que entraron, cinco pesos por el arriendo de una yunta de bueyes, que ocupó un mes en arar, y un peón que por salario y comida le ganó hasta la cosecha 40 pesos. El capital y el terreno entraban en la producción por el valor de 79 pesos según esta exacta cuenta. A la vuelta me avisó que el producto que acababa de realizar en dinero era de 449 pesos, de los que deduciendo lo gastado y 60 pesos de fletes, le dejaba una ganancia líquida de 310 pesos.

Analizando esta cuenta hallaremos la usura de la tierra y del capital, y siempre aparecerá una enorme diferencia entre el trabajo y sus agentes, que comprueba la importancia de aquél. De aquellas mismas tierras había sido yo poseedor sólo seis años antes, y las arrendaba a doce pesos cuadra a mis inquilinos*, y en tan corto

* Al publicarse este escrito aquellas mismas tierras se están arrendando a 40 pesos cuadra.

período las habían hecho subir al doble. La producción agrícola entre nosotros y en la mayor parte de los pueblos cultos está calculada en 5%, y la ley adhiriéndose a esta constante observación ha hecho este producto la tasa general de todos los provechos del capital. Una cuadra de terreno que hoy vale de arriendo 24 pesos, tasándola por su valor intrínseco no puede subir de doscientos pesos; su producto legal no puede ser entonces avaluado sino en diez pesos por año. Pero en nuestro caso, el propietario había observado las ganancias que había obtenido el trabajo respecto de la tierra y del capital, y que otros siguiendo el ejemplo de aquel inquilino se habían presentado, formando competencia y ofreciendo más por la tierra, hasta subirla a más del doble. Aparece de esta subida tan rápida un abuso en el valor legítimo de la tierra, impulsado por la competencia de otros trabajadores, todo en beneficio del propietario y en depresión del trabajo.

Del mismo modo una yunta de bueyes vale cincuenta pesos, cuyo rédito en lugar de cinco pesos mensuales serían sólo dos reales. A más de estas ventajas el propietario exige se le entreguen las tierras a los seis o siete meses, aprovecha los pastos y rastros para sus animales, y encuentra una tierra abarbecada, que no arrienda porque está seguro de obtener un pingüe provecho, sembrándola de su cuenta.

El valor de la semilla, el arriendo de los bueyes, el peón, montan por esta cuenta a 55 pesos, que en los seis meses que ha tardado la cosecha han ganado de rédito sólo once reales, avaluado en interés al 5%. Agregándose el arriendo de la tierra que son 24 pesos, el capital que el inquilino ha gastado no asciende más que a 80 pesos tres reales, y el trabajo ha dado la suma de 449 pesos. De esta exposición se deduce sin esfuerzo la proporción entre la propiedad y el capital de un lado, y el trabajo del otro, y la diferencia es tanta que el capital y la tierra no entran por la quinta parte en el producto del trabajo.

Un hecho particular no forma regla que pudiera aplicarse ni aun a la misma nación en que sucede, pero estos ejemplos más o menos aproximativos a la realidad de lo que pasa sirven para obtener deducciones más o menos aproximadas, a una demostración matemática. Sin la menor duda un año de trabajo aplicado a la agricultura o a la industria, el día que el abuso, el privilegio o la opresión no le salgan al paso para encadenarlo, no obtendrá menos de 300 pesos, sin entrar en esta producción ni la tierra ni el capital.

Aplicando al hombre la misma valuación que la ley y la experiencia de los siglos han señalado al capital y a la tierra como su constante producción, la suma de 300 pesos que rinde su trabajo, al 5% representa un capital de seis mil pesos. He aquí el verdadero valor de cada hombre entre nosotros, materializado como lo puede ser una máquina, como es la tierra y el dinero.

Aparece desde luego un argumento poderoso a primera vista, y es que la tierra y el dinero son valores permanentes, y el hombre un capital perecedero, cuya acción terminará con su vida. Yo mismo me sentía aquí detenido, no pudiendo explicar un fenómeno cuya realidad había conocido. Para salir del embarazo que esta dificultad presentaba a mis convicciones, concebí el pensamiento de hacer pagar al trabajador un seguro de vida por treinta años de trabajo, de que suponía capaz al hombre, seguro que había absorbido un tercio de sus productos y reducido su

valor como máquina o capital de seis mil a cuatro mil, diferencia bien notable, que buscaba cómo arreglar de otro modo, a favor de una clase con que tanto simpaticaban mis inclinaciones y mi corazón. Dando un trabajador cien pesos anuales, desde la edad de 18 años en que comienza a trabajar hasta los 48 que se inicia su descanso, y colocados en una caja de ahorros con un interés compuesto de cinco por ciento, habría reunido los seis mil pesos en que lo había avaluado en razón de su producto. Dos inconvenientes aún se me presentaban: el uno que la renta del trabajador quedaba reducida a doscientos pesos, cantidad insignificante para sostener una familia, y el otro, que el seguro debía ser una operación social, en que la autoridad debía intervenir, lo que me conducía a las teorías de los socialistas y comunistas, que desnudando al hombre de su libertad, lo someten a una acción mecánica del poder político y le arrebatan sus más dulces sensaciones, su independencia, su familia, su hogar.

En estas alternativas me ocurre un pensamiento que conciliando mis facultades, me hizo sentir un mayor placer y satisfacción que el que pudo tener Arquímedes en la resolución de su gran problema. El hombre, lejos de ser un capital percedero, duplica o triplica su valor en cada generación. Él tiene la facultad de reproducirse, y al terminar su vida deja tres, cuatro o más hijos que lo representan y renuevan en la tierra sus fuerzas agotadas. Para criar estos hijos hasta la edad en que puedan trabajar, el padre ha gastado la mayor parte de sus productos, y éste es el seguro que yo quería hacerle pagar en dinero, para eternizar su vida en los cálculos materiales a que lo había sometido. Si se compara la estabilidad de las generaciones humanas con la de los capitales y el valor de la tierra, la historia nos señala imperios reducidos de la grandeza a la miseria y en lugar de capitales, montones de ruinas. Sólo el hombre y sus generaciones están en pie, contrarrestando la obra de destrucción, y esperando el cambio de la fortuna, que accidentales revoluciones al fin le traen. No hay que dudarlo: el hombre, por cualquier aspecto que se mire esta cuestión, es el valor o capital más invariable que hay sobre la tierra, aún suponiendo una población estacionaria.

Este cálculo es lógico y matemático, y lleva consigo la evidencia, hasta el punto que nadie, sin estar afectado de pasiones o intereses, dejará de confesar su exactitud. ¿Cuántas deducciones no fluyen de esta sola verdad? ¡Cuánta luz no se nos presenta para penetrar en el laberinto de tantas teorías, que impulsan la gran revolución social que se elabora en la tierra!

Este pensamiento que demuestra el valor del hombre entre nosotros está sin duda sujeto a la localidad de los pueblos, al estado de su civilización, de sus progresos, de su industria, a la clase de su gobierno, de sus instituciones, de su libertad; pero en todas partes puede ser avaluado, en todas tendrá al menos la dignidad de tener esa importancia de un capital más o menos subido.

En Europa y en todo el mundo, guardada la justa proporción de la tierra y del capital, el trabajo tendrá esa preponderancia que la ciencia económica le da, declarándolo el autor de todos los valores. Los abusos a que el hombre está encadenado, la tiranía de que es víctima, los privilegios y monopolios que lo rodean, no son principios, justicia, ni razón. Sólo en Estados Unidos es propietario el que

quiere serlo; es allí sólo donde la libertad, a pesar de sus defectos, desafía al resto del mundo con un solo ejemplo, es allí también donde la igualdad y la dignidad del hombre han hallado su imperio. La inmensa cantidad de tierras nacionales, y el crédito público generalizado han anulado el monopolio de que el resto de la tierra es víctima.

La ciencia económica, consecuente con el principio que le dio existencia, volverá desde luego al trabajo su verdadera importancia, y el brazo del hombre obtendrá el primer puesto en la producción y distribución de las riquezas. Siguiendo la huella que este principio nos abre penetraremos el caos de nuestra sociabilidad, arreglaremos nuestras mutuas relaciones y, como ya lo he dicho, una gran ciencia refundiendo los principios eternos de moralidad y bienestar de que es susceptible el hombre hará valer todos los progresos que hemos alcanzado en el transcurso de los siglos, que hoy los reformistas quisieran convertir en ruinas, para iniciar su obra anárquica y destructora, sin siquiera una base de donde partir.

El ejemplo que he puesto no descubre por cierto la tiranía de la propiedad territorial; pero el capital absorbe todo. El inquilino que tanto ganó, jamás se presentó allí, si no es para mirar el trabajo de su peón; su capital le dio para todos los gastos, y el peón que era el verdadero productor de todo, no ganó más que cuarenta pesos después de haber producido 449.

Estos resultados observados por la propiedad han traído una revolución en los arriendos, que ha subido a un punto en que el trabajo en algunos años nada debe producir. El propietario, no hallando arrendatarios a los subidos precios que su interés o su capricho señala, hace compañías con el trabajador, poniendo él la tierra y el otro su brazo, repartiéndose el producto por la mitad. De este modo la propiedad territorial, calculando al hombre por una producción de 300 pesos al año, absorbe por el arriendo de una cuadra de terreno que éste puede cultivar, 150 pesos, horrible usura del valor de la tierra, que absorbiendo en estos últimos años casi todo el trabajo del pobre, ha llegado a una opulencia deslumbradora, incompatible con su capital y el valor de la tierra, aun tasado por un imaginario y subido precio. En esta marcha el capitalista y el propietario de la tierra no tienen más reglas que seguir en sus relaciones con el trabajador que asignarle un salario que baste sólo a sostener sus fuerzas, para que no se apague, junto con su vida, el manantial de producción que forma su prosperidad y elevación social.

CAPÍTULO V

CÓMO PODRÍA REFORMARSE LA PROPIEDAD PARA ESTABLECER LOS DERECHOS DEL PUEBLO SIN PRODUCIR UNA REVOLUCIÓN SOCIAL

El tribuno que agita al pueblo buscando un cambio de fortuna, y los hombres más eminentes por su saber e inteligencia, están convencidos en que día por día y hora por hora se acerca esta revolución social, que va a cambiar la existencia del mundo en sus actuales formas y organización. El mismo Chateaubriand, el último apóstol de la legitimidad de los reyes, al morir dejó en sus memorias algunas páginas referentes a esta futura revolución que veía venir. Guizot, último ministro de los Borbones, escribió después de su caída que era preciso tener abiertas las puertas a la democracia para no exponerse a la violencia de sus levantamientos, y lo que es más, Thiers ha escrito un tratado en forma para probar la legitimidad de la propiedad. Nadie, pues, debe dudar de este movimiento social a que nos encaminamos, que el más inesperado acontecimiento puede hacer nacer y también llevar a su término.

Las miserias y necesidades del pueblo, y las halagüeñas esperanzas de su futura condición, le sirven al presente de palanca revolucionaria. Las doctrinas reformistas y sus brillantes teorías, contrastando con las sombrías pinturas de su actual situación, impulsan más y más la pasión que lo anima. El propietario y el capitalista rodeando los gobiernos, y organizando soldados por millones, creen contener este movimiento que la civilización ha desarrollado, y cuya base está en el principio religioso que hemos aceptado y veneramos. Hasta hoy carece el pueblo de derechos positivos y reconocidos, y donde no hay derecho existe sólo la fuerza, lo que hace tan amenazante la futura contienda, que romperá los resortes de nuestra máquina social en su actual organización. Pero una vez que hay derechos, y que éstos descansan en la razón, en la justicia y en la necesidad absoluta de aceptarlos, antes que atraerse mayores males y desgracias, la paz y la armonía no están muy distantes de suceder a los preparativos bélicos, que hoy agitan a todos los pueblos civilizados, para reformar radicalmente su condición.

Hasta hoy el propietario fiero de sus derechos, consignados en la legislación, aceptados y respetados por las costumbres y conductas de los pueblos, a cada re-

clamo de éstos les presenta el *Código Penal*, las bayonetas y tiranía de los gobiernos, como una lacónica respuesta. En sus temores él quisiera reaccionar a todos los progresos que la humanidad ha alcanzado, niega al pueblo toda justicia, todo derecho, y el sumirlo en mayor abyección y nulidad es su más activo pensamiento. Pero la invasión de las nuevas ideas aún es más enérgica, y la brillantez de los cuadros socialistas y comunistas le comunica un heroísmo, que todos han visto en las matanzas de Cavignac y Lamoricière, tristes preludios de lo que sucederá más tarde en todos los pueblos cultos. El derecho de asociación de los trabajadores siempre se establece; en Inglaterra ha consumado la gran revolución un cambio irresistible en su política y en su administración rentística, que naturalmente debe sobrevenir como una consecuencia del poder adquirido por la opinión.

Los amigos de la libertad, los que tienen fe en los destinos del hombre, consideran esta revolución como necesaria para la reorganización de nuestras sociedades, y aún la creen moralmente consumada, faltándole sólo la sanción de los hechos. Pero en la realidad aún estamos lejos, porque son los hechos los que constituyen las revoluciones, y hay muchos intereses y antipatías que vencer, muchas preocupaciones y errores que esclarecer, y muchos principios aceptados que rectificar. Esta situación indica el tiempo de crisis entre el pasado y el futuro de la humanidad, que busca el término definitivo que asegure permanentemente los triunfos y victorias que han alcanzado sobre el despotismo y contra los errores que sistematizaban su esclavitud y nulidad. Es en estos momentos en que los peligros parecen mutuos, puede hacerse oír la verdad, y la razón, la justicia, la filosofía, y la ilustración, hacer valer su imperio y la influencia poderosa que nuestro siglo les comunica. Todo hombre sensible y filántropo debe por su parte hacer cuanto sea compatible con sus convicciones y con las inspiraciones de su corazón, para que el cambio que sobrevenga en las relaciones de la humanidad sea pacífico, o el menos violento que nuestras pasiones puedan inspirar. Desde que el pueblo tiene derechos, su voz debe ser oída; la discusión de estos derechos debe preceder a todo rompimiento, a todo acto de fuerza, a toda violencia, la razón sola debe sobreponerse.

Antes he dicho que las aristocracias más bien perecen antes que ceder los privilegios que han alcanzado, lo que prueba que el hombre ama más la alta posición que ha alcanzado que su propia vida. El amor de la fortuna y de dominación se levanta sobre todas nuestras pasiones; el orgullo nos hace sordos a los acentos de la justicia, y el temor nos hace crueles. Pero el derecho en manos del pueblo es también la fuerza, su número no necesita de otra palanca para derribar cuanto se le opone, y triunfar de cuanto el arte y la intriga puedan contra él organizar.

Después de haber considerado al hombre como máquina, después de haberlo valorizado como cualquiera otra mercadería, el derecho, este derecho que nace de que toda producción humana importa en el mercado el valor que puede producir, viene ahora a ponerse de su lado, a defenderlo de los abusos y la injusticia de que ha sido víctima. La economía política tiene axiomas de una evidencia incontestable, tal es el de que todo lo que tiene un valor y es útil tiene un derecho al precio de su utilidad. Negar que el hombre es útil, negar que desde que nace hasta la edad de trabajar no ha sido el objeto de grandes consumos, de un trabajo asiduo, y de

los más afanosos y tiernos cuidados, es negar la luz del día. La economía deriva del brazo del hombre y de su inteligencia el total de la riqueza y los productos que encierra la tierra, ¿quién duda entonces de los derechos de este brazo a la protección de la sociedad entera, para que no sea víctima de la organización que lo somete a la más vil competencia, que lo anula hasta reducirlo al hambre y la desnudez y, lo que es más, hasta quererle quitar su facultad de reproducirse, apagando para él los incentivos y halagos de la familia?

La propiedad y el capital se han elevado a la altura que hoy tienen, por su valor intrínseco en primer lugar; sometiendo enseguida a la competencia el trabajo del pobre. La legislación que tanto los ha favorecido, desde que el trabajo tiene el valor que la ciencia le da, ¿cómo no ha de favorecer a éste del mismo modo, poniéndolo bajo su protección el día que desaparezcan las preocupaciones y los abusos que lo han encadenado, a pesar de sus derechos y justicia, hasta hoy ocultos como tantos otros arcanos de nuestra sociabilidad? De abuso en abuso la propiedad y el capital han llegado hasta apropiarse todos los beneficios del trabajo ajeno, por el monopolio de la tierra y del dinero. Al principio de las sociedades humanas el interés sólo debió organizar estos monopolios para asegurarse una más cómoda existencia, más tarde el espíritu de dominación, que se ha querido hacer inseparable de la riqueza, organizó las aristocracias, que concentraron la propiedad y la autoridad política en una misma mano. Los imperios y monarquías no han podido ser en su origen más que la unidad política de una organización aristocrática, sometida a uno solo, para contrarrestar al mayor número, que colocándose al fin entre la aristocracia y el pueblo, debía adquirir un poder independiente, balanceándose entre las pretensiones de los unos y los otros, y dominando definitivamente a ambos.

Lo habitual, la costumbre, el sistema político adoptado, la legislación que debía apoyar la propiedad, la ignorancia de los pueblos, su miseria y degradación, daban al conjunto de nuestra sociabilidad un carácter de estabilidad, en que de buena fe el propietario debía concebir su alta supremacía y su misión dominadora. Hoy mismo que el principio democrático es aceptado y proclamado por nuestras instituciones, la propiedad y la riqueza conspiran contra toda autoridad que no es la suya, y el círculo privado de sus heredades es aún el propietario como el barón feudal, ejerciendo sobre sus inquilinos una dominación absoluta, que podría confundirse con la servidumbre. Cuando se ha llegado a cierto punto de civilización y progreso, y se ha organizado como base política de las instituciones la igualdad y la libertad, hay cierta temeridad en aquellas pretensiones, que es preciso creer que más son el efecto de la usanza y del orgullo que una convicción política, cuyo antiguo poder desapareció con nuestra revolución de independencia. Que estas pretensiones pueden serles funestas no se oculta a la propiedad, que en cada revolución cree ver sus intereses comprometidos, y no sin razón, desde que a más del principio democrático de nuestra organización política, han prendido también en el pueblo las doctrinas socialistas y comunistas, que agitan a Europa; pero su interés y ambición los conducen a conservar aquellas pretensiones que más que del derecho dependen de la permanencia de las costumbres.

Desde que el propietario y el capitalista han entrabado al trabajo asignándole el salario que les ha acomodado, el que muchas veces no alcanza a satisfacer las más imperiosas necesidades del individuo, muy fácil les ha sido después someter al hombre mismo, cuyo brazo no podía moverse sin la acción del capital, o la voluntad del propietario de la tierra. Cuando una sociedad ha llegado a esta situación los acentos de libertad e igualdad son estériles declamaciones, y las anteriores revoluciones consumadas con grandes sacrificios se hacen infructuosas, cambiando los pueblos sólo de dominadores. Entre nosotros el propietario no ha podido menos que reírse de las instituciones que proclaman la libertad y la igualdad, y que llaman libres y soberanos a los inquilinos de su hacienda, con voto para nombrar las supremas magistraturas de la república. Él descansa en la permanencia de una legislación, que desde el feudalismo le señala su posición en la sociedad; él cuenta con la humillación y servilismo de infelices, a quienes puede en una hora hacer salir de su hacienda, convirtiendo en cenizas su humilde choza. Las encomiendas que tuvieron los conquistadores de cierto número de indios se han perpetuado hasta nosotros, variando sólo de formas, lo que ha hecho ilusorias las instituciones para el pobre, a pesar de tanta palabrería de libertad e igualdad con que por algún tiempo ha podido engañarse a la multitud.

Pero de ensayo en ensayo e ilustrándose constantemente, el pueblo ha llegado ya a un punto en que las pasadas denominaciones de esos derechos políticos con que se le engañaba, intentan ahora hacerla realidad. El propietario que ha aceptado aquellas instituciones que abrazaban al pobre y al rico, que ha jurado obedecerlas, ve ahora sus burlas pasadas erigidas en derechos. Antes sólo se agitaban los pueblos por los estímulos de su miseria y triste condición, pero hoy marchan en línea, trabajan por hacer efectivas las conquistas hechas con su sangre, y la ciencia y la moral le presentan derechos tan positivos como los de la propiedad territorial y del capital. Éstos más que en la organización de códigos oscuros y semibárbaros, nacidos en otras edades, derivados de otras costumbres y de otras ideas, obtienen su importancia de las necesidades imperiosas de la sociabilidad, que no podría comprenderse sin propiedad como tampoco ésta sin el trabajo que la valorice.

Para evitar la conflagración que se acerca, la propiedad es preciso que se armonice con el trabajo, y que los derechos de ambos queden establecidos bajo bases invariables y seguras. He insistido en que el buen orden de toda sociedad reclama un respeto inviolable por la propiedad; pero si hay otros derechos tan sagrados y compatibles con su existencia, no puede ella rechazarlos. Que la propiedad conserve el derecho de monopolizar las tierras, excitando la competencia de los trabajadores, bajando el salario a su antojo, reclamando servicios gratuitos de sus inquilinos, erigiéndose a la vez en autoridad de cuanto la rodea, es una pretensión a que no la autoriza ni aún esa caduca legislación, que establece sus derechos y privilegios, ni la moral ni esa religión de caridad y fraternidad que profesa. En el sistema político aceptado entre nosotros hace ya medio siglo, todos somos iguales, nadie puede exigir servicios gratuitos, nadie puede influir en la conciencia de otro, y menos obligarlo; y entre el propietario y el inquilino, si no hay convenios expresos, éste tiene derecho a exigir una remuneración proporcionada a su trabajo, y a

las necesidades de su familia, a una cierta seguridad en su hogar doméstico, que lo libere de la tiranía de una autoridad sin freno ni límites, cual ejerce el propietario, y también a que se respete su conciencia, desde que la ley le concede sufragio para elegir todas las autoridades supremas de su país. ¿Se ha hecho algo a este respecto entre nosotros?

Goce el propietario de los productos legítimos de la tierra de que es dueño, saboree todas las dulzuras de la opulencia y de la fortuna, amontone todos los primores de las artes y del lujo; que su mesa sea espléndida, y recorra el espacio de su vida en un festín permanente: el respeto a la propiedad, le concede todo esto. Pero abandone su espíritu de dominación; su propiedad no es poder; el mundo ha cambiado, y los abusos y opresión en que el pobre ha vivido han levantado y organizado otro abuso aún más funesto. El pueblo ha visto que sus reclamos y su justicia son estériles para mejorar su condición, y han proclamado el comunismo, voz estentórea que espanta, y que no obstante dogmatiza a todos los oprimidos, que la aceptan con fe ciega como el único remedio que resta a sus dolores.

A la vista de las avanzadas pretensiones de la propiedad, y de los elementos puestos en ejercicio por el pueblo para reclamar sus derechos, difícil tarea es hacerse oír y menos satisfacer las exigencias de dos partidos que marchan a la batalla con paso decidido. Pero el pueblo, se me dirá, ha sido vencido en Francia, Italia, Prusia, Hungría, y en todas partes donde las doctrinas reformadoras eran su bandera. Y para triunfar, ¿qué le ha faltado también? Hay peligros mutuos, y lo que no pueda la justicia, la razón y la ciencia, lo podrá acaso el terror, no sólo de perder la misma propiedad sino la vida y cuanto en ella nos es caro. Hay una verdad horrible para el rico, y es que la muerte para un ser oprimido y degradado es un triunfo que busca con heroísmo, mientras él juega en la lucha tantos halagos y fortuna.

Cuando hablo de la propiedad me limito ahora a la de la tierra; más adelante me ocuparé del capital, que obrando por idénticos resortes produce en la sociedad los mismos efectos. Él se apropia el trabajo del hombre industrial, lo sigue sin perderle pisada, hasta consumir su ruina, ejerce sobre sus víctimas una tiranía horrible, y por su organización se ha erigido en autoridad política. Pero limitémonos a la propiedad territorial y sigamos con ella.

En pocos años hemos visto duplicarse el valor de los productos de la tierra, sin que la población haya aumentado una décima parte. La colonización de California, y el oro de aquellas regiones han producido este resultado, ¿y por qué el pobre trabajador de nuestros campos ha quedado estacionario en su salario? Si subimos a la época de nuestra independencia, los productos han más que triplicado su valor, y el que selló con su sangre aquel gran acontecimiento, ¿qué ha ganado? En todas las grandes haciendas ahora se paga al peón, en muchos los servicios son gratuitos, y el sistema de las encomiendas que hizo siervos a la raza conquistada se continúa bajo otras formas, como ya lo he dicho. En la época colonial carecíamos del lujo, el dinero se atesoraba sin objeto, el trabajo y la cultura estaban abandonados a los inquilinos, siendo la crianza de ganado y sus productos la única renta del propietario. Vivían aún los siervos de aquellos tiempos en mayor holganza y felicidad que los libres ciudadanos, que nuestras instituciones proclaman hoy parte integrante de

la soberanía nacional, y cuyo voto forma y eleva a nuestras magistraturas. Algunos servicios gratuitos eran la compensación del abandono que les hacía el propietario de la cultura de la tierra, abandono que se extendía también a la ganadería de que cada inquilino tenía cierto número, bastante para las necesidades de su familia.

El salario, que es la representación del valor del trabajo, lejos de seguir aquella progresión que han tenido todos nuestros valores agrícolas, es el mismo que en la época colonial para los inquilinos. Cinco o seis pesos mensuales se pagaban en aquel tiempo al inquilino liberado ya por las repetidas leyes de la monarquía española, de la servidumbre de la conquista: los mismos se le pagan hoy. ¿Cómo se explican estos fenómenos de nuestra sociabilidad? La libertad política ha sido ilusoria para el pobre, él vive encadenado como en su antigua servidumbre, los cambios efectuados en todas nuestras relaciones sociales, el aumento de valores, las ventajas del comercio y de la civilización, nada han valido para él, si no es un recargo de trabajo y de miseria. Así es que la inmigración extranjera, a pesar de la carencia de brazos para atender a la industria que nuestra actividad despliega, y que el amor del lujo aviva, se ha hecho absolutamente imposible, porque la condición de nuestros inquilinos es más triste que en cualquiera otro país civilizado. Otro hecho bien extraordinario viene a comprobar la servidumbre del inquilino, y es que el peón sin familia, sin hogar, centro de inmoralidad y de los vicios, que divide su tiempo entre la embriaguez, el juego y el trabajo, ha alcanzado una posición más ventajosa, un aumento de salario, el triple del que gana el padre de una familia, el paciente e inocente trabajador de nuestros campos. ¡Dios mío! ¿Qué es un inquilino entre nosotros? La mujer y sus hijos, ¿qué comen y visten? ¿Cuál es su asilo doméstico, cuáles sus muebles, sus utensilios, sus comodidades? Para explicar su existencia es preciso subir a la providencia, que nunca abandona a sus criaturas, dándoles fuerza a proporción de sus miserias y dolores. Sólo el que ha vivido en nuestros campos, el que ha visto filosóficamente la morada de estos infelices, sabe de sus sufrimientos.

La sensibilidad me hace divagar, pero volvamos a nuestro asunto. Por una deducción matemática, habiendo al menos triplicado desde la revolución de independencia los valores de la agricultura, el inquilino, guardando la misma proporción, debió subir su salario. Sus alimentos, el día que él no puede producirlos por su trabajo, le cuestan el alto precio a que han subido, lo que ha aumentado extraordinariamente su triste condición. La explotación del trabajo del pobre por el propietario explica únicamente esta situación a que nuestra sociabilidad ha sido conducida, y las consecuencias que más tarde o más temprano deba traer un orden de cosas tan inmoral como violento.

El propietario ha comprendido muy bien que su verdadero interés más que en los productos de la tierra está en la apropiación que se hace del trabajo de su inquilino. De aquí nació esa gritería de inmigración, que fue en cierto tiempo una fiebre despertada por el interés y sostenida por la prensa sin juicio y sin criterio. La emigración alemana nos trajo el modelo de lo que en Europa son los más pobres trabajadores del campo, que por no poder llenar sus necesidades abandonaban la patria. Nuestros propietarios, que sabían los módicos salarios que allá ganaban, los

esperaban ansiosos para explotarlos del mismo modo que a sus inquilinos. Pero al verlos pisar en tierra, sus ilusiones desaparecieron; sus vestidos de paño, sus maneras, sus necesidades, su educación misma, han producido su desencanto, y unánimemente han dicho: no son éstos los que necesitamos, quedando la inmigración agrícola para siempre cerrada, desde que el propietario establece su comparación con la degradación y miseria de su inquilino, que sin duda le trae mil ventajas.

Esta situación verdaderamente alarmante de una porción tan considerable de la sociedad, lejos de mejorar, camina a una más lamentable postración, por la influencia política del principio aristocrático entre nosotros, y por las renacientes necesidades del lujo, que se ha apoderado de nuestros propietarios. En cada generación se subdivide el terreno, y cada hijo de los que antes componían una familia, por nada quiere decaer del rango de su padre, aunque sólo haya alcanzado la décima parte de la propiedad que éste tenía. Sus planes desde luego se reducen a un aumento de trabajo al inquilino, a mayores obligaciones gratuitas, y a una subida en el arriendo; o bien pone una venta de mercaderías extranjeras, con que paga el salario recargándolas con un ciento por ciento de valor, lo que reduce a la mitad la paga, conservando el precio nominal de cinco o seis pesos por mes, que la costumbre ha establecido y que así queda reducida a la mitad.

Ésta es la marcha creciente de extenuación y miseria que el habitante de nuestros campos lleva desde nuestra revolución e independencia, la que no se detendrá si el poder político no interviene, o una revolución social no trastorna de un solo golpe, y por la fuerza, el edificio de una sociedad tan imperfecta. Lo más sensible de todo es que tal remedio aún sería más fuerte que el mal que se quiere curar. Es de nuestra naturaleza el andar por los extremos, mucha tiranía trae la licencia; un abuso insufrible de propiedad puede traer la ruina de toda ella. El derecho que imprime la fuerza a los acontecimientos, que santifica los reclamos del oprimido, y le comunica ese carácter de grandeza, que toda la humanidad respeta, es seguro que podrá quizá tanto como la autoridad política, muchas veces complotada con los abusos de la propiedad.

La deducción lógica de la condición del pobre es seguir en progresión sus males, si sus derechos derivados de la ciencia misma a una remuneración justa de su trabajo no son explícitamente reconocidos por la propiedad. Lo repito, ésta puede abusar de su fortuna disipándola a su antojo, y de la renta que la tierra le dé, pero pague al cultivador su trabajo, y no le imponga un salario desproporcionado con sus necesidades. ¿Podemos esperar que el que por costumbre y por interés se ha acostumbrado a mirar al pobre como un instrumento de su opulencia y elevación social, le haga voluntariamente justicia? ¿Podemos calcular que la sola razón y la verdad tengan tanto imperio que puedan dominar las preocupaciones y doblegar ese espíritu de dominación tan arraigado en las clases privilegiadas? Yo no lo creo, a menos que el poder político, y la sociedad misma, a la vista del derecho, no señalen a cada uno el límite de sus atribuciones, evitando así la más peligrosa contienda que el hombre desde su existencia en la tierra haya tenido.

Calcular el valor natural de la tierra por el producto constante que ella haya dado en un determinado número de años no me parece difícil. Por ejemplo, to-

mando el término medio que ella ha obtenido en los últimos diez años, no habría temores de una gran baja o de una alta o exceso de valor. Partiendo de esta asignación dada a la tierra, el propietario puede elegir o el arriendo de ella o el pago de un salario, que la autoridad debe señalar del mismo modo. Para evitar las variaciones que los tiempos pueden traer en los respectivos valores, la tasación debe ser permanente sobre todos aquellos terrenos que el propietario no pueda cultivar por sí mismo. Desde que la propiedad no puede alzar sus arriendos, el salario guardará con ella un perfecto equilibrio, y no habrá necesidad de subirlo ni de bajarlo. La diversidad de terrenos, su mayor o menor fertilidad, su mayor o menor lejanía de los mercados, nada entorpecerá una evaluación hecha con todas las ventajas e inconvenientes a la vista.

Éstas no son grandes innovaciones en la sociedad humana, la renovación de las ideas que las ciencias y conocimientos modernos han traído en lo moral y material de nuestras relaciones, necesitan decididamente un cambio en nuestras instituciones, nacidas de otras ideas, otras creencias, de otras convicciones y de otros principios que los que hoy rigen la tierra, y deben gobernar al hombre. Si no se piensa como antes, si nuestras costumbres y creencias han cambiado, si nuestros intereses son más esclarecidos, si las preocupaciones recibidas como principios son ahora errores reconocidos, si la religión y la moral han sido depurados del fanatismo, si el sistema político ha sido cambiado casi absolutamente, en la letra, en el espíritu y en la forma de nuestras instituciones, si a la tiranía y la opresión ha sucedido la libertad, si no somos, en una palabra, los mismos hombres de aquellas épocas en que se organizó la legislación hoy existente, ¿cómo resistir a la renovación social que reclaman las necesidades del hombre, y apoyan las luces y la ciencia misma?

Cuando las instituciones caducan por no ser compatibles con la situación que los pueblos han alcanzado en la civilización, la anarquía necesariamente debe sobrevenir, y éste es precisamente nuestro actual estado. Los vicios de nuestras sociedades no tienen ya barreras, y su progresión hasta donde lleguen no es fácil calcularla. Esta sensación triste y uniforme que sobrecoge a todas las almas elevadas, que creen en lo futuro; este terror vago y siniestro que agita a los poderosos de la tierra; esas doctrinas anárquicas y funestas que estimulan a los que oprime la miseria, todo revela una crisis social, más o menos cercana, pero infalible, si la sociedad misma no busca los medios de ponerse a cubierto, antes que la tempestad estalle. La renovación del orden social es pues una necesidad absoluta, y desgraciado del que cierre sus ojos para no ver en los hechos que le rodean el principio y marcha de esta gran revolución, que cualquier ligero acontecimiento puede hacer estallar, principalmente en la América española, donde no existen los prestigios ni los grandes intereses que en Europa la contienen.

Es un error creer que estas cuestiones son nuevas; la humanidad debe sus grandes revoluciones a estas gigantescas acumulaciones de territorio en manos de una aristocracia opresora, y a la miseria y degradación de la clase numerosa que los ricos han explotado sin piedad. Si extendemos nuestras miradas a la historia de los primitivos tiempos, hallaremos los esfuerzos de los legisladores contrarrestando esta funesta desnivelación del orden social. Moisés estableció el jubileo, que

hacía volver a sus primitivos dueños y familias cada 50 años, sean cuales fueren los convenios de enajenación, todas las propiedades que les tocaron en la repartición que se hizo por tribus, y cada siete años toda deuda quedaba cancelada. Estas leyes tenían por objeto evitar la acumulación de grandes propiedades territoriales y la formación de capitales colosales, por medio de la usura, que habrían infaliblemente traído la desigualdad social que el legislador quería alejar. En Roma las leyes de Licinio, que sólo permitían a cada ciudadano la posesión de 500 arpentas de tierra, en Esparta las de Licurgo, todas encaminadas a establecer la igualdad territorial como base de la igualdad social, produjeron la grandeza de aquellos pueblos y su elevado patriotismo. Su decadencia la debieron al olvido de estas sabias leyes, que al rey Agis en Esparta y a los Gracos en Roma costó la vida el quererlas restablecer. En los tiempos de Sylla, de César y Octavio la confiscación niveló, aunque del modo más bárbaro y funesto, la acumulación que la propiedad territorial y los capitales habían hecho. En Francia, en 1793, el terror por medio del cadalso y la confiscación obró los mismos resultados, sin que ni la nobleza ni el clero hayan después aparecido, a pesar de revoluciones favorables a su causa, en su antiguo brillo y condición. En América española, en que el progreso está detenido por la influencia de la propiedad, donde se hace alarde del espíritu conservador, y esta palabra sirve de bandera, ¿qué esperan los propietarios de esa multitud encadenada por sus intrigas, explotadas en su industria, en su trabajo y humillada por la política que ha fomentado?

Una reforma radical en la organización de la propiedad calmaría estos temores. Si ésta puede hacerse pacíficamente y sea espontánea del mismo propietario, es difícil; lo es también el que los derechos que la ciencia otorga al trabajo sean bastante poderosos para obrar estos resultados; pero siendo posible, esto debe consolarnos. La posibilidad de un convenio pacífico cuando dos ejércitos con igual número, iguales armas, igual disciplina, y con un mismo valor, se ponen en línea para decidir una cuestión, es más cercana, es casi segura: la propiedad territorial y el capital despliegan sus antiguas fuerzas, el comunismo y el socialismo hacen otro tanto; el uno tiene el oro, la organización, el orgullo de su importancia y de su poder; el otro su crecido número, su miseria y desesperación, ¿quién tendrá más arrojo, más valor? ¿Por quién quedará la victoria? El transigir, el conceder lo que no puede negarse y el aceptar un derecho que la religión, la naturaleza y la ciencia proclaman, es la necesidad más imperiosa de las sociedades modernas.

CAPÍTULO VI

NECESIDAD DE UN CAMBIO RADICAL EN NUESTRA ACTUAL ORGANIZACIÓN, QUE ESTABLEZCA EL VALOR DEL TRABAJO EN SU RELACIÓN EXACTA CON LA PROPIEDAD Y EL CAPITAL

Bastante he dicho ya para patentizar el estado incompatible de la propiedad en su actual organización, con el valor económico que el trabajo tiene en la formación de la riqueza. Ciertamente que después de las razones que he dado, el violento estado de nuestra sociedad no es una declamación para incendiar pasiones y despertar instintos que la convulsionen. Por el contrario, calmar la agitación que se apodera de los espíritus, nivelar en cuanto sea compatible con los derechos de la justicia y de la ciencia, el respeto debido a la propiedad, y la triste condición del pobre, para establecer la libertad e igualdad social, que es el principio y base de todo orden político, es mi pensamiento dominante. La economía política, por no deducir lógicamente de su principio más exacto y reconocido todo lo que el trabajo valía, ha cooperado a la nulidad del hombre, cuyo brazo lo ejecuta, fijando su vista solamente en el capital, o en la tierra, que ella reconoce como meros agentes de la producción. Esta falsa dirección dada a la ciencia ha producido los más tristes resultados en la marcha del orden social.

La tierra y el capital son productos de un anticipado trabajo para sus actuales poseedores o, bien, el fruto de las economías e industria de sus antepasados. Desde luego tienen ambos un derecho incontestable y positivo, que todas las declamaciones de los reformistas no podrán anular, desde que se derivan de ese mismo trabajo, fuente única de todo producto y riqueza. En este sentido la tierra y el capital merecen una retribución proporcionada al trabajo que su acumulación ha costado. Pero la explotación del trabajo ajeno, subiendo la tierra y los intereses, conforme a la competencia de los trabajadores que se presentan, es un abuso que la sociedad no puede ni debe sufrir, y menos que se erija en poder político, porque entonces estos abusos se convierten en leyes, y los justos reclamos del pobre se castigan con las penas que ellas establecen.

El propietario y el capitalista, viendo que sin los elementos concentrados en sus manos no podía haber producción, siendo ellos pocos y los trabajadores mu-

chos, organizaron el monopolio, que naturalmente debió seguir a esta condición, en que desde su principio debe hallarse toda asociación humana. La sola palabra propiedad y capital es la indicación de un monopolio, en el sentido de exclusión con que la sociedad los defiende de toda intervención ajena, y les da derechos que los hacen respetables. Sin propiedad, capital y trabajo no habría sociedad ni leyes, pero hasta hoy sólo el capital y la tierra están organizados. El trabajo lo hace el brazo del pobre, y éste nunca se sienta en el banco de los legisladores para que algunas leyes lo pusieran a cubierto de la opresión y monopolio. Por el contrario, ha sido tal el influjo de la costumbre y el respeto sagrado inspirado por la propiedad, que una preocupación ciega ha hecho desconocer, aun a los mismos economistas, que el trabajo tenía más derechos e importancia que sus agentes, la tierra y el capital.

Del monopolio de la tierra y del capital a la dominación política no había más que un solo paso, que era el de la asociación de los pocos contra los muchos. Esta asociación adquiriría nuevo poder por la unidad de intereses y de ideas; y este poder establecía los códigos a su vez, en que el brazo del pueblo entraba por nada en su confección, si no es para sujetarlo a la degradación en que hasta hoy ha permanecido. La riqueza aparece entonces como un poder, una autoridad social, cuyos privilegios están consignados en todos los códigos que nos transmitió nuestra metrópoli. La necesidad de una nueva legislación que aprecie al hombre al menos como capital o máquina es entonces absoluta, sin la que no podemos dar un paso adelante, sin engolfarnos en el caos de una mayor tiranía que la organizada hasta aquí, o precipitarnos en el comunismo, aún más funesto.

Reproduciendo lo que antes he dicho acerca de los valores agrícolas, que habían en 40 años triplicado su valor, quedando estacionario el salario, podemos ver el abuso creciente de la propiedad. El capital lleva la misma marcha, y en la capitalización incesante de los intereses ha encontrado cómo triplicar el rédito que obtenía antes de nuestra independencia. Es verdad que las leyes, más bien por un principio religioso que por favorecer la igualdad social, han procurado en otro tiempo restringir la usura y sus funestas consecuencias, pero directa o indirectamente ella ha seguido su ruinosa carrera. El remedio a los abusos del capital apenas está conocido, y para la mayoría de la humanidad las instituciones que deben anular su influencia aún están en embrión. Los bancos resuelven el problema del crédito, que debe reemplazar a los capitales o someterlos a su acción natural y niveladora, por la que tendrán que pasar, una vez que el trabajo, productor de todo, obtenga su verdadera importancia. Los bancos hasta el presente han sido privilegios otorgados por la autoridad política a individuos, o asociaciones, que podían explotar el crédito público, necesitaban capitales y eran verdaderos privilegios: su unión con la riqueza y la autoridad era desde luego una consecuencia inmediata. No obstante, su acción ha descubierto los resortes con que en un tiempo no muy lejano todo lo que tiene valor puede ser representado por el crédito, anulado así el poder y las usuras del capital. En esta parte el remedio, como más adelante lo expondré, es fácil y expedito; la barrera que debe oponerse a la propiedad territorial es la que más debe ocupar al legislador que quiere salvar la nave del Estado de los escollos que por doquiera la rodean.

Además de todos los inconvenientes y abusos que llevo enumerados en las relaciones del propietario y del inquilino, hay otros que no es posible pasar por alto, desde que se solicita una nueva legislación que arregle nuestra sociedad. El importe de un arriendo que he puesto por ejemplo, avaluado en 24 pesos por cuadra, sería para un inquilino de un resultado el más favorable, si fuera permanente; pero el que lo hizo era un capitalista, que tenía con qué pagar un peón anticipadamente, y con qué sustentar su familia, mientras venía la cosecha. El pobre inquilino que vive en la propiedad, la que constituye su patria, no tiene absolutamente nada, y sí, algunas deudas de las que nunca puede salir. El hacendado lo llama para cultivar los campos, que siembra de su cuenta, y el inquilino tiene que abandonar o postergar su labor; se le manda en todas direcciones, y rara vez se le paga. A algunos, si tienen una yunta de bueyes, se les obliga a presentarse con ella y su persona, a aligerar la siembra del propietario, sin paga, o por un módico precio que él señala, y que nunca alcanza a componer el salario que un peón gana en cualquiera de nuestros pueblos. El uno le pide el valor del arriendo en cereales, que él valoriza antes de la cosecha en la mitad de lo que valen, otro lo obliga a sembrar a medias, y valoriza una cuadra de tierra igual al trabajo anual de un hombre, que he probado vale entre nosotros 300 pesos, lo que hace subir el arriendo anual de una cuadra a 150 pesos, cuando esta cuadra no vale más de 200 pesos. La comida que se le da, el propietario muriendo de hambre sabe Dios si podría pasarla, sin un plato, sin una cuchara, sin un aliño.

Éstos son los sufrimientos físicos; descendamos ahora a la abyección moral, resultado de su miseria y triste condición. La libertad, ya lo he dicho, es una quimera; el propietario exige tal obediencia, que ni aún la conciencia del infeliz respeta. No se entra al templo de Dios con más respeto y veneración que a la casa del que se llama el amo, a quien jamás se contradice, y se lleva a un compás de aprobaciones y gestos de aceptación los mayores absurdos que él propone. Difícil y aún imposible es que haya cuestión entre el propietario y el inquilino, sea cual fuere la falta de aquél. El juez, el inspector de la localidad, es algún otro inquilino, o algún agente del hacendado, y éste hace justicia seca, comenzando por poner en un cepo o en una prisión al que excita su enojo. Si alguno invoca su libertad, es un crimen, y sale de la hacienda con sus hijos, su mujer, y sus pobres muebles, alumbrado casi siempre por las llamas de su choza, que arde para ejemplo de los demás. Este es el nuevo Eneas huyendo de su patria, incendiada por los griegos. En efecto, una hacienda es la patria de un inquilino; allí nació, allí corrieron los alegres días de su niñez, allí están sus parientes, sus amigos, allí están las cenizas de sus padres, todo está concentrado en aquella propiedad, de donde es despedido por la más ligera falta, y con tan horribles aparatos.

Así se venga el propietario de las quiméricas instituciones que a su pesar ha tenido que aceptar y jurar; así es como trata al inquilino, su igual ante todos los derechos y leyes que la sociedad en sus progresos ha tenido que proclamar; así es la libertad que hoy sostiene en toda América española el caos y anarquía más completa, donde la propiedad sólo se ocupa de comprobar cuánto la humanidad ha ganado. Yo he vivido en los campos largos años; he tenido miles de inquilinos a

mi servicio; conozco a fondo su triste situación, y para que este cuadro no parezca exagerado, apelo a los mismos propietarios sobre su veracidad y exactitud. No hay ningún interés para mí, ninguna otra recompensa, que satisfacer mis sentimientos y mi humanidad. A los miserables así degradados nunca llegarán estos escritos, no podrían tampoco comprenderlos; no excito por lo tanto sus instintos y pasiones. Me dirijo a la sociedad y a los gobiernos que algún día levantará la opinión, para descubrir el cáncer de nuestra sociedad, patentizando los males que la despedazan y el remedio que pueda oponerse.

Pero en el positivismo a que el hombre ha llegado, mejor que estas pinturas trazadas por la sensibilidad, debe valer el lenguaje de la ciencia, que todo lo abraza en su conjunto.

Después de cuanto llevo dicho, la legislación actual tan incompatible con nuestras luces y necesidades, ¿podrá en adelante regir los futuros destinos de nuestra sociedad? ¿Podrá el hombre someterse a ver monopolizado su trabajo por la tierra y el capital? ¿Podrá conformarse con la abyección, nulidad y miseria, que es la consecuencia del dominio e influencia de la fortuna? Son éstas las cuestiones que la civilización ha despertado, que la ciencia ha desarrollado, y que infaliblemente deben llegar a su término y resolución.

Tenemos, pues, al hombre con derechos para hacer valer su trabajo. Este derecho primitivo derivado del valor que tienen todos los productos de su brazo nació con la sociedad misma y, aunque hasta hoy haya sido anulado y desconocido, no deja de tener esa evidencia matemática, que alcanzan las pocas verdades económicas que no pueden considerarse paradojas de la inteligencia humana. El propietario, también de buena fe, apela a sus derechos para hacer estable su actual condición, apela a la historia, a las tradiciones, a cuanto favorezca sus privilegios, y a la prescripción de los siglos. Todas sus ansiedades son inútiles, desde que nadie le disputa el dominio de su propiedad, que la ciencia económica como la sociedad reconocen como el fundamento de todo orden. Pero, en cambio, el pobre necesita iguales garantías y respeto por el solo capital y propiedad que posee, cual es su trabajo. Los privilegios y abusos que los siglos han visto aglomerarse, el día que la verdad y la ciencia descubran su injusticia y los anulen, deben desaparecer, como ha sucedido con tantas otras instituciones humanas, que el hombre en su progreso recuerda hoy con horror, a pesar del respeto y veneración que otra vez le inspiraron.

¿Qué más quiere el propietario? ¿No se le asegura la inviolabilidad de su propiedad y el goce de los productos de sus tierras y capitales? ¿No le proporcionan éstos las riquezas, las comodidades, el brillo, la holganza y cuanto halague su existencia? ¿Es la dominación sobre los otros hombres la que busca? ¿Son las ganancias ilícitas, que resultan de la explotación del trabajo del pobre? Esto ha terminado ya definitivamente con nuestras instituciones, y con los hechos y verdades que la ciencia ha confirmado y establecido. Nunca tampoco los abusos han sido derecho, justicia, ni razón. Hace cerca de dos mil años que el Redentor del mundo atacó, con el acento de su misión celeste, la opresión, la tiranía y la usura, y estableció la igualdad humana, la confraternidad, la caridad, y en la formación de su Iglesia, como ya lo dije, compuesta de todos los cristianos, dio la idea de la

soberanía popular, que debían ejercer todos los ciudadanos, santificando así el principio democrático.

Bastante he hablado ya del propietario de la tierra; volvamos ahora nuestra vista a los capitales, que desde sus salones dorados recorren las industrias y el trabajo ajeno, plagándolo todo con su influencia funesta.

A nada en la presente organización de la riqueza pública y privada puede el hombre aplicar su trabajo si el capital no aparece en primera línea; él nos mantiene mientras duran nuestras labores, con él compramos las primeras materias, las herramientas y máquinas que lo facilitan. En la agricultura sin capital tampoco hay semillas con qué pagar los salarios ni cómo alimentarnos, mientras la naturaleza nos retorna el fruto de nuestros afanes y trabajo. Esta necesidad de todas las industrias ha puesto al capitalista en la situación no sólo de obtener todos los provechos imaginables sobre el trabajo sino de erigirse en poder político, prestando toda su influencia a la autoridad, a trueque de privilegios, que formen la cadena de sus negociaciones públicas y privadas, llegando hasta el punto de someter a su acción la autoridad política, siempre insaciable de rentas, para corromper y hacer por el oro lo que la fuerza resiste. De aquí la aparición en este último siglo de una nueva aristocracia de especuladores y usureros, sometiendo toda industria a su acción mezquina y opresora, y también a la tesorería nacional a la cabalística ciencia de un crédito público tal cual ellos lo comprenden.

Reclamado entre nosotros el principio democrático, que nuestras instituciones habían proclamado, por el apoyo de estos especuladores al sistema corruptor y aristocrático, que favorecía sus planes y usuras, la tasa del interés se ha sostenido invariable, en una desproporción muy funesta con los productos de la industria. Está demostrado entre nosotros que ninguna especulación industrial da para vivir y pagar los intereses establecidos el día de hoy. La actividad, economía y constancia del trabajo jamás han producido lo que pudiera estimular tantas industrias, que favorecen nuestra distancia de Europa, nuestro sistema de aduanas y, lo que es más, la producción entre nosotros mismos de las primeras materias, que van al viejo continente para volver recargadas con fletes de ida y vuelta, con comisiones de seguros, y con los derechos que tanto aquí como en Europa absorben quizá más de la mitad del valor producido.

Más por instinto que por combinaciones, todos los usureros tienen una centralización y unidad, que la abundancia de dinero en el mercado no hace variar la tasa del interés, sino muy débilmente. No faltan en nuestros pueblos más mercantiles algunos que asociándose dan la ley en estas transacciones, o por sus mayores capitales, o por el crédito que entre ellos han obtenido. El resultado es que la competencia, a pesar de haber habido muchas veces abundancia de dinero, jamás ha alterado notablemente sus réditos, y si por unos pocos momentos ha habido variaciones, sólo han durado hasta ponerse de acuerdo.

Es notorio que entre nosotros sólo han podido sostenerse aquellas nacientes industrias cuyos dueños han podido contar con un capital propio, lo que los ha liberado de caer en manos de la usura, que a todo lo que toca priva de acción y de vida. Ella ha recorrido cuanto hemos ensayado para plantear algunas fáciles industrias,

cuyos productos hubieran sido seguros, con menos interés, y si la codicia no hubiera inventado los descuentos, en que aquél se paga por anticipado, antes de recibir el capital, y además el interés compuesto, cuya progresión ni la fortuna de Crespo podría resistir. La legislación y la ciencia económica en su actual condición, que tanto han favorecido al capital, han llevado tan adelante su ciega protección, que la una favoreciendo de cualquier modo el desarrollo de la riqueza, ha erigido en principio que no hay usura, sea cual fuere el convenio que se haga, y la otra ha establecido leyes que arrastran a una cárcel al pobre industrial, que después de ser una víctima del capitalista, le dice no hay ya más sangre en sus venas que poder chupar. Así el capital, apoyado en las falsas deducciones de la ciencia, y con el apoyo de la legislación, ha llegado a la altura de poderse llamar rey de la tierra, ejerciendo una autoridad devastadora, y encaminándose majestuosamente a absorberlo todo sin trabajar en nada.

Nuestras prisiones, al ejemplo de Europa, están llenas de infelices deudores, que después de haber sido esquilados por la usura, satisfacen las rencorosas pasiones de los que después de haber sumido a sus familias en la miseria, tienen la bastante dureza para arrancarles un padre que pudiera darles el pan de cada día. Los hombres de esta naturaleza se forman una conducta, y una tal conciencia, en que toda sensibilidad desaparece, y lo que la ley les permite es la regla de todos sus procedimientos, como si las leyes hechas bajo su influencia pudieran ser distintas de sus intereses e inclinaciones. Si se entra en el fondo de todas estas persecuciones, si se examinan los antecedentes de estas deudas, las espantosas usuras que las han acompañado, y las desgracias que ha traído a la víctima que se arrastra después a una cárcel, se hallará que más bien deben aquéllos ocupar este puesto a los ojos de la justicia humana. Desprendámonos un momento de los intereses, entremos en el fondo de esta justicia interna, compañera inseparable de la razón humana, y entonces podremos preguntarnos si una tal legislación puede regir a un pueblo culto, y si tal barbarie ha podido ser el fruto de nuestra gran revolución.

No pudiendo, pues, el capital con su elevado interés servir al desarrollo de nuestra industria, que siempre ha perecido por su contacto con él, hasta hoy se ha presentado como una plaga ruinosa, ejerciendo sobre las clases menos acomodadas y sobre la sociedad entera una acción funesta y destructora. Los capitalistas consagrados a la usura conocen muy bien su impopularidad y la violenta posición que ocupan, pero a pesar de sus celos, de la envidia, y mil bajas pasiones que hay entre estas almas sin piedad, hay una especie de mancomunidad, para avisarse de sus mutuos temores y peligros, y de las alegres esperanzas de un alza en los réditos. Las ganancias y las competencias sí los alejan a uno de otro, la paralización y la escasez de víctimas los acerca, la venganza siempre los une, y donde quiera que haya gobiernos despóticos e impopulares allí está su centro de unión, su punto de partida. Cada usurero tiene uno o más agentes el uno busca hombres llenos de sufrimientos y apuros por falta de dinero, mientras el otro hace la inquisición de la fortuna que le queda, de las amistades y relaciones que pudieran afianzarlo. El primero va como por casualidad a ofrecerle dinero, sabiendo con mucha anticipación que ha de ser aceptado; el interés se arregla al apuro y necesidad, y se le dice que es el corriente. Se acepta el préstamo; antes de recibir el dinero se toma

casi siempre el interés en forma de descuento, sigue la comisión al agente. Si no es descuento, el interés se paga por meses, o semestres, y la duración de la contrata es por un año a lo más, y hay que añadir hipoteca, y una o dos fianzas y pagar la escritura. Cumplido el plazo, a la misma hora está el agente; si el dinero está pronto se lo ofrece muy generosamente, si pide una espera se le dice que hay compromisos, que hay quien pague más interés; se accede al fin, y se renuevan todas las trabas y gastos indicados, y un aumento de intereses, y siempre todo como un especial favor, como un servicio hecho a la amistad.

Así se camina hasta que tantas sangrías hechas por los descuentos e intereses excitan la desconfianza de aquellos Argos, que por sí mismos o sus agentes rodean y vigilan su víctima, estudiando sus relaciones, sus gastos y sus entradas o rentas. El receptor y el alguacil se presentan entonces con un decreto de pago o de prisión, sin anterior aviso, para no excitar la competencia de otro acreedor, calculando siempre que para el primero que acude no falta una fianza o un recurso con que pagarse. Pero este golpe es decisivo sobre la víctima; su crédito desaparece, todos los demás le caen impiadosamente encima, y una prisión o una bancarrota es el término de la avidez de los usureros, y del que tiene la desgracia de entrar una vez en estas negociaciones. Una fortuna bien establecida no puede resistir a una deuda de un tercio del valor que ella tiene, con una legislación que estableciendo la prisión por deudas prepara la ruina de las familias, que antes que ver a un padre arrastrado a una cárcel pagará las mayores usuras, y venderá sus heredades por menos de la mitad de lo que valen, como todos los días se ve.

Un individuo sufre estos estragos de la codicia y de una legislación, en que esta clase de especuladores ha obtenido la mayoría en los cuerpos legislativos, nombrados a la fuerza; pero su repetición incesantemente continuada afecta al fin a la sociedad entera, cuyo malestar, desconfianza y falta de crédito se hace sentir en todas sus relaciones. Estos son los resultados inmediatos de una legislación cruel y bárbara, que ha tenido su origen en esa clase improductiva, que en nada trabaja, y destructora y funesta, porque todo lo arruina. De los despojos de las familias, de las ruinas calculadas con la más fría calma y egoísmo, y de esos mismos valores que se arrebató a la tierra, a la industria y a las artes, se alza esa opulencia deslumbradora, que hoy ha traído esa desnivelación completa de nuestra sociedad. Sin servicios, sin antecedentes, sin virtudes, estos sibaritas improductivos llevan a la política que ellos apoyan y sostienen el mismo egoísmo, las mismas especulaciones, el mismo interés y mayores usuras en todas las negociaciones que promueven. Sus provechos acrecen en este doble campo de ganancias, y el trabajo del pobre, y la renta nacional pasan a sus manos para descender a los consumos recargados de incalculables intereses y usuras. Cerrada el alma de estos seres a todas las aspiraciones de la gloria, de la virtud, y humanidad, la sociedad con su elevación sufre en el doble sentido de su miseria y de su moralidad, y sus infortunios no tienen término, hasta que el exceso del mal trae un cambio de política.

Éste es el cuadro de lo que sufren los que en la sociedad se hallan en una escala más o menos elevada, pero lo que sufre el pobre, sólo Dios lo sabe. La prisión por una deuda insignificante es el primer paso, la paralización de su trabajo, las

necesidades, el hambre, la miseria y ruina de su familia siguen de cerca. La deuda ha sido contraída casi siempre con un real por peso mensual, equivalente a 150% de interés anual; sus herramientas, sus muebles, han sufrido el primer despojo de la ley, y ésta, satisfaciendo la venganza del acreedor, lo lleva a una cárcel. En los campos, la semilla la toma prestada el pobre, devolviendo en la cosecha, que se hace a los seis meses, el doble; el buey para arar lo paga en cinco fanegas de trigo o frijoles por un mes sólo de trabajo, y es responsable si se enferma o muere. Si necesita algunos alimentos para su familia y los pide, los halla recargados en doble valor, y los satisface en trabajo apreciado a un ínfimo precio. Si vende sus cosechas para cuando estén en sazón, nadie le paga más de la mitad de lo que valen, y por todo el pobre no halla más alivio ni más humanidad.

Si de esta América española nos trasladamos a Europa, hallaremos en España, Portugal, Italia, Polonia, Hungría, etc., esta misma situación. En los países en que hoy es aceptado y reconocido el crédito, la usura tiene alguna competencia, pero no por esto la condición del pobre mejora, porque el crédito es la ciencia en Europa de los monopolios y de deudas interiores, que traen enormes recargos de intereses y contribuciones, que el pobre definitivamente paga y el capitalista recibe.

No es posible, pues, que cuando todas las clases se nivelan en ilustración, cuando se adquieren derechos antes ignorados, y la ciencia aparece iluminando el futuro de la humanidad, que existan códigos y leyes, cuya época dista tanto de nosotros, que ni aun su lenguaje se entiende. Nada casi tiene de común el siglo en que vivimos con aquellas edades de feudalismo, ignorancia y tiranía, en que el pueblo era siervo, en toda la extensión de la palabra, cuando hoy lo proclaman el soberano de la tierra las instituciones modernas. La revolución social que agita a los pueblos no terminará mientras una reforma radical en nuestras instituciones no arregle las relaciones de las diferentes clases, en que la propiedad y la fortuna han dividido la sociedad. El legislador, para hacer una fusión de tan diferentes intereses, y disminuir esa tendencia desniveladora de la riqueza, debe propender a buscarle un equilibrio, o contrapeso político en las instituciones, que cambien nuestra actual condición. En mi concepto, la mejor barrera es separar la autoridad política del capital y de la propiedad, eligiendo la virtud y la ciencia con preferencia a la riqueza, para todas las magistraturas, a menos que el hombre de fortuna no haya dado pruebas inequívocas de civismo y rectitud.

Se nos dice que nuestra legislación tiene 80 mil leyes, ¡qué caos para la humanidad! ¡Qué anarquía en todas nuestras relaciones! ¡Qué arbitrariedad para los jueces! Sin duda, las unas explican a las otras, y el cambio de los tiempos ha traído la derogación de casi todas ellas, sin que precisamente el legislador lo haya establecido así. Las leyes del feudalismo distan más de nosotros que las que Solón dio a Atenas, y no obstante, aquéllas nos gobiernan, o más bien nos anarquizan y conducen nuestra sociedad a una revolución desastrosa. En Atenas existía una democracia; las luces, la filosofía y la dignidad del hombre se hallaban al nivel de estas instituciones, y del mismo modo sus conductas y costumbres. Todo lo que la historia nos transmite a este respecto, ¿cuánto más se acerca a nuestra condición, que lo que sabemos de aquellas edades bárbaras en que nació la legislación actual?

Nuestras relaciones con la civilización, lejos de complicarse, se hacen cada día más sencillas, más naturales. Napoleón creyó en su código dejar a Francia una legislación completa, en lo que su genio ha podido equivocarse a la vista de la multitud de intérpretes y comentadores de sus leyes, que han aparecido desde un principio, pero la humanidad tiene allí una muestra de la simplicidad a que pueden reducirse sus relaciones sociales. El código de Napoleón no podía, por la organización despótica y reaccionaria de su gobierno, alcanzar esa sencillez y simplicidad a que llegará el hombre el día que desaparezcan los privilegios y monopolios, que han ido amontonando leyes sobre leyes, hasta llegar a la actual confusión, en que propiamente no hay legislación para la mayor parte de las cuestiones judiciales, si no son la arbitrariedad, o la conciencia de los jueces.

El día que los pueblos cultos que se gobiernan por el principio democrático obtengan una legislación adecuada a su condición y progresos, el código de Napoleón contenido en un pequeño libro, al alcance de toda la sociedad, quedaría reducido a la mitad, porque partiendo de la igualdad y libertad política, los principios que sirven de base a la legislación serán muy pocos, y tan claros y positivos, que la arbitrariedad judicial desaparecerá, estableciendo una rígida responsabilidad en los que faltan a sus deberes. La conciencia, este tribunal interior de todos nuestros hechos y acciones, única garantía de nuestra condición judicial, única lumbrera que hoy puede guiarnos en la anarquía de la actual legislación, tendrá entonces si no una ley expresa, un principio del cual no puede separarse. La conciencia judicial es una garantía incierta, brillante en algunas épocas, tenebrosa en otras, y siempre vacilante y sin fe para la humanidad. En la situación que nos hallamos quién sabe si ella sería preferible a la legislación que tenemos; un juez tendría al menos una responsabilidad directa de haber faltado a las inspiraciones del deber, de la humanidad y sensibilidad, que no tiene con leyes escritas, inspiraciones que tienen un lenguaje tan alto e imperioso para nuestro corazón. La conciencia sería también la expresión del sentimiento religioso, de esta idea innata de nuestro ser, siempre presente a todas nuestras acciones, siempre pura, justiciera, grande y elevada, como el origen de donde sale. La idea de Dios, la de un premio eterno a la virtud, la de un castigo al crimen, siempre en medio de la mayor corrupción tendrán un lugar preeminente en la humanidad. Pero en medio de esa contradicción y oscuridad de nuestras leyes, en medio de esos códigos donde sí brillan algunos destellos de la ilustración romana, hallamos siempre todos los errores y atrasos del feudalismo de aquella época, en que el juez siempre tendrá recursos para favorecer al que lo nombra y lo paga, al amigo, al deudo y aun para su conciencia misma, desde que se ha erigido en principio que la ley es la conciencia del juez.

La actual legislación, después de la revolución de independencia, en que todas nuestras pasadas relaciones políticas han cambiado del modo más absoluto, no podríamos explicarla sino por la continuación de la misma tiranía y desorden de la época colonial, sostenido por nuestras viejas preocupaciones, por el interés de ciertas clases, por la continuación de ciertos privilegios, y más que todo, porque es de la conveniencia de los jueces y abogados hacer de la legislación una ciencia oscura, sujeta a las interpretaciones de la arbitrariedad, y a la discusión sofística y

enigmática de una profesión, que desaparecerá el día que las leyes sean claras y precisas y estén al alcance de toda inteligencia. La mayor parte de las leyes han caído en desuso por la decrepitud por la aceptación de principios que están en completa contradicción, por su lejanía de nuestras actuales costumbres y, más que todo, porque el sistema democrático ha sido declarado y establecido como la forma de gobierno. No obstante, esta legislación está viva para la tiranía, y para favorecer la arbitrariedad judicial, que la aplican cada vez que su situación lo reclama. En los tiempos tranquilos, en las épocas transitorias, en que la opinión ha podido sobreponerse, tales leyes quedan olvidadas pero prontas a reaparecer el día de la reacción aristocrática, que las necesita.

Todos los conatos de los pueblos modernos son a contener el poder político, pero el poder judicial casi marcha desapercibido, desde que su acción es personal, y abraza sólo a los que litigan sus derechos; pero una víctima tras otra pueden al fin recorrer toda la sociedad. El pueblo no se fija como debiera en los intereses individuales, no los discute ni analiza, creyendo escapar de la acción judicial, que tarde o temprano cae o sobre su persona o sobre sus intereses, y sólo cuando el mal ha llegado a su colmo la sociedad se levanta alarmada, como si despertase de un letargo. Desde que la aplicación de las leyes es tan incierta, desde que vemos a un tribunal juzgar de un modo y otro en el mismo caso, aplicar la ley en sentido inverso, y seguir a los intérpretes y comentaristas en su anarquía, ¿qué seguridad podemos hallar? Quizá la sociedad debe exigir mayores garantías en el orden judicial que en el político, desde que un gobierno por muy tirano que sea, no deja de cubrir todos sus atentados con un velo judicial, en que este poder se hace el instrumento de aquél, por la íntima relación que debe existir entre ambos, desde que los gobiernos nombran los magistrados, los elevan o destituyen, según sus exigencias o necesidades.

Esta íntima relación entre ambos poderes ha traído otra convicción casi general, de que el favor político es el mejor derecho, una vez que nos lanzamos en cuestiones privadas. Éste es un aliciente poderoso para muchos litigantes de profesión, que se colocan al lado de los gobiernos más opresores, por conservar esa apariencia de favor, que calculan tan productiva a sus intereses. Sin duda que en esas cuestiones oscuras del derecho, en que la ley es vacilante, o no determina el caso de un modo expreso, el favor hace inclinar la balanza, lo que es natural, desde que el juez por ningún motivo puede evadirse de dar sentencia. Cuando ha llegado a establecerse una ley que obliga al juez a sentenciar, sea cual fuere su vacilación, es claro que el legislador ha conocido el caos y desorden de la legislación, su contradicción, su oscuridad; el favor y la influencia política valdrán mucho en este caso. Eso se repite más a menudo de lo que se piensa; la incertidumbre judicial, consecuencia de tantos defectos aglomerados sobre nuestra legislación, casi la hallamos en la mayoría de las cuestiones que se someten a juicio, no porque falte un principio que guíe la conciencia, sino porque hay leyes que favorecen a ambos casos. No es raro que ambos litigantes citen una misma ley y se acaloren apropiándose la letra y sentido de ella.

Volvamos ahora nuestra vista a la legislación criminal, y nos hallaremos con dos códigos a la vez, uno para el pobre y otro para los ricos, y entre tanto nuestras

instituciones no hablan sino de igualdad ante la ley. Aquí ni jueces ni abogados saben a qué atenerse, no hay principios ni reglas, no hay base alguna en que descanse seguro el individuo. En el desorden de la sociedad actual, que atraviesa sin duda por una crisis, el crimen sube en la escala social en proporción de las necesidades reales o imaginarias, que la civilización trae consigo. Todos los grandes atentados que sobrecogen a la humanidad son la obra de individuos que han alcanzado alguna ilustración, y carecen de los medios de llenar la posición que creen deben ocupar. Los asesinatos misteriosos, los robos hechos con destreza, los envenenamientos, las quiebras fraudulentas, los enredos judiciales, las usurpaciones, y la larga lista de los crímenes que en la clase media y elevada de la sociedad diariamente estamos viendo, tienen una atenuación por nuestras leyes según el rango que ocupa la persona. Para el pobre se han hecho revivir las leyes del Estilo, abolidas hace tiempo en España misma, de un origen impuro e incierto, y donde la crueldad y la barbarie se han mancomunado para anular más y más la condición de los que eran ya bastante desgraciados. El azote restablecido no como castigo sino para someter al martirio de la cuestión al que niega un delito que no se le pueda probar, es la bandera de esta reacción aristocrática a que la república ha sido conducida; es el monumento que señalará al pueblo la época en que han sido burladas todas sus garantías, despedazados todos sus derechos, y convertida en una farsa la revolución sangrienta de su independencia y libertad.

En el período de más de 20 años casi ninguna de las víctimas señaladas por la autoridad ha dejado de sufrir las consecuencias de la arbitrariedad que reina en todo los juicios criminales. En 20 años no ha habido tampoco agente alguno de la autoridad, sean cuales fueren sus crímenes, que haya sido sometido a juicio y condenado: por cierto que los agentes de gobiernos reaccionarios no serán ángeles. Los tribunales superiores, que en las causas civiles han alcanzado reputación de integridad, en todo lo que concierne a la política, o han sido morosos, vacilantes y sin energía, han desnaturalizado los juicios, o bien se han unido a los gobiernos, para marchar uniformes en la reacción de toda idea o sentimiento democrático. Fuera del centro de nuestras grandes poblaciones, cualquiera que haya tenido el favor de los gobiernos podía anular a su enemigo por su influencia con las autoridades subalternas, que han cooperado prodigiosamente a la centralización de la capital, donde todos iban a buscar una seguridad que en los campos y pueblos pequeños no podían encontrar.

Las leyes de la naturaleza, la voz imperiosa del sentimiento y de la conciencia, todo es estéril ante el orgullo y los intereses de los que se han sobrepuesto al pueblo. Ejerciendo en una época un poder ilimitado, una de mis primeras atenciones fue recorrer las prisiones; allí tuve ocasión de formarme un juicio exacto sobre nuestra legislación respecto de los pueblos. Hombres que por satisfacer el hambre de su familia habían robado un ternero, permanecían años y años en la cárcel, sin saber dónde se hallaban su mujer y sus hijos; ladrones de un caballo, de un buey sufrían lo mismo; causas insignificantes siguiéndose dos o tres años. Todo me presentaba el cuadro lúgubre de esta tiranía sistemática y opresora, en que el delito no guarda una proporción con la pena, y en que más que el castigo aparecía el terror

que trataba de inspirar el que hizo la ley. Este respeto idólatra a la propiedad jamás lo tuvo el trabajo humano, fuente de toda riqueza y producción, y en este sentido, ¡qué de cambios en nuestra legislación! Yo que pesaba en aquellos momentos los crímenes del pobre en la balanza de mis convicciones y filosofía, de 86 presos sólo hallé veinte dignos de purgar en una cárcel sus atentados contra la sociedad.

La tramitación de los juicios criminales, la ninguna filosofía de los jueces en busca de las pruebas, el mal sistema de nuestras cárceles, la mezcla entre los presos de edades y de delitos diferentes, todo reclama una reforma radical conforme a las luces del siglo, proporcionando la pena al delito, en que la igualdad sea absoluta y perfecta, sin diferencia de clases, y en que la sensibilidad aparezca antes que el odio, antes la misericordia que la crueldad.

En los juicios civiles la confección de nuevos códigos no cambiará nuestra legislación tal como el estado de nuestra sociedad lo reclama. Quedarán siempre vigentes todas las preocupaciones que la agitan y dividen, y la conducen a una revolución social. Se habrá ganado de un lado mayor simplicidad, más precisión y claridad, quizá algunas reformas transitorias, pero del otro la nueva legislación perderá aquel respeto y aceptación que para el hombre tienen las instituciones de una vieja data. Las leyes necesitan en su formación de una poderosa calma política, para que el espíritu de los partidos y facciones que dominan no pase a los nuevos códigos, que correrían la suerte de las incesantes revoluciones con que se ostenta la época de crisis que recorre la humanidad. Si tal hubiera de ser la nueva legislación que se anuncia, quizá valdría esperar tiempos más tranquilos, más ilustrados y filosóficos que los actuales, tiempos en que la ciencia económica haga resaltar las verdades que establecen los derechos del trabajo, y lo sobreponen a la tierra y al capital, que son sus meros agentes. Absolutamente, desde que tales derechos sean aceptados y reconocidos, no puede existir legislación alguna sin una declaración explícita de ellos, sin armonizarlos con toda la legislación, deduciendo unos derechos de otros, asignándoles a todas sus mutuas relaciones y deberes su importancia, y cuanto pueda uniformarlos con el principio democrático, base asignada a todas nuestras reformas.

No se necesita gran esfuerzo para demostrar que desde que aparezca el trabajo ocupando el puesto que la ciencia le asigna, la legislación actual sufre un trastorno inevitable. La propiedad y el capital absorben hoy toda su atención, todos sus cuidados; el trabajo valiendo más que ellos, naturalmente debe ocupar una escala más prominente. El triunfo del trabajo sobre el capital y la propiedad va a traer definitivamente el triunfo del principio democrático, hasta hoy tan rechazado y anulado por éstos. En efecto, la democracia fluctuando entre las grandes verdades y entre las veleidosas teorías que han agitado al mundo últimamente, casi ha corrido con el trabajo la misma carrera. La política reconoce la democracia como el principio dominante, que definitivamente gobernará la tierra, se acepta generalmente su fuerza, su poder, y la tiranía misma la proclama como forma, no pudiendo dominarla de otro modo. El trabajo, a pesar que la economía lo reconoce como el origen de todos los valores y de toda producción, y a pesar que esta sola verdad ha servido para formar una ciencia, las deducciones de su importancia han sido desconocidas,

rechazadas, o confundidas con las teorías o utopías más fantásticas que la imaginación pueda fraguar: es la fuerza tal de las viejas y arraigadas preocupaciones, tal el poder de los intereses y privilegios que han dominado a la humanidad.

Estas utopías envueltas ellas mismas por sus falsas deducciones, vagaban inciertas de su rumbo, pero seguras de su acción sobre la sociedad entera. El socialismo y el comunismo concentraban esas vagas ideas; sus discusiones revelaban la existencia de un principio; los derechos del trabajo a una ocupación que la sociedad debía darle, indicaban que se acercaba la demostración de sus verdaderos derechos. El crédito público llegó a indicarse como un remedio, pero socialistas y comunistas se perdieron en la anarquía de sus paradojas, en la inmoralidad de sus doctrinas y en su odio por la organización de nuestra actual sociedad, sin recordar que cada siglo había traído un progreso, algún gran principio, alguna reforma, y que la sociedad era el conjunto de todos estos bienes. Más adelante me detendré sobre este punto.

Me faltan dos palabras sobre la organización de nuestros tribunales y sobre los abogados, que han ejercido tan poderosa influencia en la reacción del principio democrático. En el laberinto de nuestra legislación, en su contradicción y oscuridad estaba el germen de una ciencia misteriosa y cabalística, que explotando la anarquía en que cayó nuestra sociedad por la revolución ha buscado su engrandecimiento y dominación. Las preocupaciones, la ignorancia y el fanatismo de la época colonial permanecieron después de nuestra independencia, porque existían los mismos hombres, pero a la sombra de este cambio se levantaron la inteligencia y el patriotismo reclamando la reforma de todos los abusos existentes, y desde entonces nuestra sociedad ha marchado dividida por dos ideas que se combaten en todo sentido. Los jueces y los abogados debían representar en estas escenas un papel importante, y su interés los ligó a la reacción. Tampoco podía ser de otro modo, desde que los gobiernos tuvieron la autoridad de nombrar los jueces, que naturalmente se escogieron entre los hombres que aceptaban unas mismas ideas y una misma política.

La idea generalizada de que la permanencia judicial es una garantía de su independencia, carácter y legalidad, es uno de los muchos errores que se aceptan sin consultar ni la experiencia ni esa tendencia a dominar de nuestro corazón. En adelante, el día que la democracia triunfe, las judicaturas no pueden ser sino temporales, y renovarse todos los años por partes, sujetándolas siempre a una estricta residencia, a la publicidad de todas sus discusiones, actos y sentencias, y a la especificación precisa de la ley que se aplica. Estamos siempre alertas a los menores amagos y usurpaciones del ejecutivo, y con más razón lo debemos estar a los abusos de la autoridad judicial. Aquel está sujeto a residencia, y la revolución amenazándolo siempre que se aparte de la opinión y del deber, no lo deja tranquilo en su despótica carrera, mientras que esta otra marcha tranquila a la sombra de su autoridad permanente, del respeto y terror que inspira, y sin responsabilidad alguna, desde que la legislación es un caos que los jueces interpretan según sus miras e intereses, sin desconocer la noble rectitud de muchos de ellos, tanto más venerables cuanto son mayores los medios de abusar.

Los tribunales superiores deben nombrarse por el cuerpo legislativo, renovándose completamente cada cinco años. Así, los jueces de primera instancia tendrían una escala que los estimulase, y los jueces superiores que podrían ser reelegidos no se dormirían en la seguridad que la permanencia de sus empleos debe inspirarles. La independencia judicial estaría también a cubierto de estas colusiones con los gobiernos, tan funestas a la libertad y seguridad personal del ciudadano, consecuencia inevitable del poder, de nombrar los jueces y destituirlos a su antojo. La permanencia de sus destinos para equilibrar los otros poderes es una quimera, el gobierno con un desaire, con un agravio, con un insulto cualquiera, está seguro de alejar de los tribunales a cualquiera que tenga bastante integridad para resistir sus órdenes, y obrar conforme a su conciencia.

La judicatura Suprema, a más de esa independencia que le es tan necesaria para obrar en justicia, debe nombrar ella misma los jueces de primera instancia, y ejercer la autoridad, no sólo de romper las sentencias por nulidad en la tramitación, sino también por manifiesta infracción de las leyes, como los tribunales que en Francia e Inglaterra ejercen este poder. Es inexplicable cómo el legislador que ha adaptado la legislación española a nuestra situación, ha tenido la poca filosofía de anular una sentencia por la falta de fórmulas, y no por su ilegalidad e injusticia, y por la falta de aplicación directa de las leyes.

Que la mayoría de estos tribunales la compongan abogados, que tienen la costumbre de juzgar y conocer mejor el derecho, se comprende, pero que sean excluidos otros ciudadanos idóneos, de luces, de filosofía, talento y honradez, no puede explicarse sino por la idea oscura y misteriosa de la presente legislación, erigida en ciencia monopolizadora, en que sólo los abogados tienen la llave de sus arcanos. Todo es una patraña, la ciencia es casi ninguna, es sólo el conjunto de mucha palabrería y de algunos errores con algunas verdades y principios incontestables y reconocidos, al alcance de todos; pero el vulgo se alucina, acepta aquella alta inteligencia, aquellas oscuras sutilezas, que no son sino los eslabones de la cadena que detiene la difusión de los puros y verdaderos principios sobre que reposan los derechos y deberes de nuestra sociabilidad.

De los jueces el espíritu de profesión ha descendido a los abogados, que con pocas honrosas excepciones se han adherido a la marcha que éstos les señalaban. Desde luego la profesión de abogados se ha hecho un monopolio, recargándola de estudios y deberes, para aburrir a cuantos quisieran seguirla, y hacer que su número sea el más diminuto, lo que aseguraría en sus manos la judicatura, o las ganancias de toda profesión que carece de competencia. La juventud tiene que perder catorce años en estudios inconexos con la legislación para sólo alcanzar el título de abogado, cuando con tres años bastaba para penetrar todo el misterio de la ciencia, mirado y esclarecido en todas sus relaciones. No se llega al foro sino con la práctica, todos los demás conocimientos, útiles para un literato, son casi estériles para un abogado.

Otro mal surge de este monopolio profesional: el abogado o se hace pagar muy caro, o se prostituye a defender pleitos injustos, y a provocarlos en las familias, para tener algún lucro u ocupación. Los que han alcanzado influencia política,

nunca dejan de tenerla en los tribunales, y se hacen pagar a precio de oro, porque sea preocupación, sea realidad, tanto vale el favor como el derecho en el concepto público. Éstos, como la mayoría de los jueces, siguen ciegamente el sendero de la política, porque allí están sus promociones, sus intereses, y la continuación del desorden judicial, que constituye su ciencia y su importancia. Si entrara en el fondo de esta cuestión, si analizara lo que es un abogado, y sus íntimas relaciones con esta legislación anárquica y contradictoria, y cuánto él influye en sostener este informe edificio de nuestra sociabilidad, hallaríamos que su poder social es más funesto a la humanidad que la brusca tiranía de un militar, mal pasajero, mientras que el poder de aquella profesión reviste todos sus actos, todas sus venganzas y ambición, de formas judiciales y del velo misterioso e hipócrita que oculta todo el veneno y malicia, con ese aparato con que el vulgo ve algunas veces revestida la justicia.

No terminaré este punto sin decir que la independencia judicial debe ser un hecho y no una vana declaración de nuestras instituciones. Las atribuciones señaladas al Tribunal Supremo son las de un tribunal común. Como el ejecutivo debe él velar por el cumplimiento de las leyes, del mismo modo a la menor ilegalidad de aquél debe presentarse de frente, defendiendo el depósito que se le ha confiado, y si sus amonestaciones no sirven, debe tener el derecho de reunir al cuerpo legislativo, y entablar una acusación en forma, y seguirla decididamente. Esperar que los gobernantes cesen en su período administrativo es institución más bien monárquica que republicana, es aceptar la opresión de un tirano por cinco o diez años para que impunemente atropelle y burle los derechos de un pueblo. Esta independencia judicial exige que los honores de la alta magistratura, sus ascensos, sus premios, sus rentas, nazcan de la ley o de la representación nacional, sin permitir que el ejecutivo tome ese ascendiente, que desnivela desde luego todos los poderes políticos.

CAPÍTULO VII

CÓMO LA SOCIEDAD, O EL PODER POLÍTICO QUE LA REPRESENTA, PODRÍA ESTABLECER UN ARREGLO ENTRE EL PROPIETARIO DE LA TIERRA Y EL TRABAJADOR

Establecido y reconocido en un país cualquiera el producto o valor que da un hombre en un año, aplicando su trabajo a una materia bruta, éste es naturalmente su salario o renta, y el signo y representación de lo que él vale. Considerado el hombre como máquina él produce del mismo modo, y deducido el capital y los instrumentos de que se sirve, el excedente constituye el valor de su producción. El propietario de la tierra no lo concibe así, ni lo consiente, y le asigna un salario calculado, como lo he dicho, para que el trabajador mantenga sólo las fuerzas que él necesita para continuar produciendo. Para efectuar su resolución él cuenta con la legislación, con la costumbre, y la fuerza de que dispone la sociedad. La economía política con sus teorías sobre la formación de la renta de la tierra ha ayudado a sostener este funesto error, sin que falten muchos que, contradiciéndolo, han llegado hasta el comunismo.

La tierra tiene un valor en sí misma, dicen algunos, que ayudada del trabajo produce mucho más que el salario y el capital que en ella se gasta, y este exceso sube tan alto que él mantiene el resto de la población que no es agrícola. Otros dicen que la riqueza o valor de la tierra nace de su estado comparativo de producción con otras menos fértiles, menos productivas, y que entre tanto necesitan de mayor trabajo y mayores capitales para producir. La diferencia de estas dos clases de tierra es el valor intrínseco de la más fértil, que con menos trabajo proporciona una producción que puede llamarse espontánea. Otros, en fin, miran a la tierra sólo como agentes del trabajo, donde sin duda existen capitales antes invertidos, que es preciso remunerar al propietario. Estos últimos, en mi concepto se acercan más a la realidad, pero sus argumentos y razones no traen aquella evidencia y convicción que puedan establecer una incontestable verdad. La anarquía de los economistas viene de los fenómenos observados en la producción de la tierra, en que se hacen intervenir mil causas, menos el justo valor que se debe al hombre por su trabajo.

La naturaleza es común a todas las tribus salvajes aun en nuestros tiempos. La pesca y la caza no dan una apropiación perfecta del terreno, y aunque haya guerras de unas tribus con otras por aquellos territorios, no por eso deja de existir el más exacto comunismo en la imperfecta sociedad que la explota. El trabajo que una sociedad más adelantada hace después para cultivar la tierra es entonces lo que comienza a valorizarla. El derecho a los productos de este trabajo trae la apropiación de la tierra, y como lo dije antes, el derecho a defender su producción trae una sociabilidad más o menos perfecta, que hace las leyes y constituye la propiedad. El origen de la propiedad es entonces el trabajo: la sociedad o la ley lo constituyen en monopolio: el primero es un derecho, lo segundo un abuso. Un hombre ha tenido derecho para cultivar todo el terreno que él y su familia pudieran trabajar; la apropiación de un territorio excedente que la sociedad autorizó y dio títulos de propiedad, no ha sido entonces para trabajarlo él sino para arrendarlo a los que no hubieran tenido parte en la distribución que hizo la sociedad. Desde luego el propietario, por el solo título que obtuvo, comenzó a explotar el trabajo ajeno, pidiendo al arrendatario una remuneración anual por la cesión territorial de un terreno que le era inútil, desde que él no podía trabajarlo ni cultivarlo. El cultivo que hizo el arrendatario, las mejoras que la propiedad ha obtenido, y las ganancias que el inquilino hace, excitan la codicia del propietario, quien le recarga el arriendo, y se apropia la fuerza productiva que el trabajo de aquél invirtió en la mejora de su propiedad. Éste ha sido un nuevo recargo, efecto del monopolio territorial que le confieren sus títulos. Con el transcurso del tiempo, y a la par que el inquilino mejora su propiedad y aumenta sus provechos, se recarga incesantemente el valor de los arriendos, y al fin el propietario reclama su tierra, porque hay quien le da por ella un alto precio. He aquí cómo el dueño por su solo título, se ha puesto una renta territorial siempre creciente, ejerciendo un verdadero monopolio no sólo en el arriendo que ha impuesto, sino apropiándose también todo el trabajo que el inquilino hizo en el cultivo, mejora, y valorización de aquella tierra, sin retribuirle nada.

La primera parte de este monopolio es un mal inevitable, porque sin la propiedad, como ya dije, la humanidad volvería a la barbarie, y los derechos primitivos que podrían invocarse para la más equitativa repartición de la tierra, si pudieron tener efecto en aquellas primitivas edades, hoy son nulos e ineficaces ante los derechos del trabajo, de la industria, del orden, la economía y virtud, que pueden ser los verdaderos títulos de los actuales propietarios, sin contar la legitimidad de las herencias y la prescripción de los tiempos. Pero la segunda parte del monopolio del propietario, de apropiarse el mayor valor que el inquilino da a la tierra con su trabajo y pequeños capitales, para irle subiendo los arriendos, despojándolo de él cuando su interés o su capricho lo reclamen, es un abuso cruel, antisocial, y una de esas activas causas que impulsan las revoluciones por cuya crisis la humanidad está pasando.

La renta territorial, por lo visto, la produce sólo el trabajo y la aumenta el monopolio de la tierra, sostenido por la ley y por la competencia de los trabajadores. La tierra es un agente del trabajo del hombre, como lo es el capital que para

cultivarla necesita. La apropiación que la sociedad hizo de ella, confiándola a determinados individuos, llámese abuso, tiranía o como se quiera, es hoy una condición inherente al buen orden, a la moralidad, progreso, y ventura de la humanidad misma, que sin la propiedad se convulsionaría hasta volver al mismo estado en que nació. La propiedad puede en su origen ser como todas las instituciones humanas, que nos arrebataron la libertad, la independencia individual, que nos recargaron de deberes, de contribuciones, y nos arrastraron hasta los suplicios, pero que en cambio produjeron otros más grandes bienes, otra perfección, otra felicidad, y los progresos que por todo vemos. La renta actual de la tierra consta pues de dos partes, la una legal, justa e invariable, cual es la propiedad por sí misma, y el capital anticipadamente invertido en ella, y la otra que nace de la explotación del trabajo ajeno, producto muy distinto del que la tierra tiene por sí misma.

Sobre este último abuso de la propiedad, que es independiente del valor de la tierra, la sociedad o la autoridad política que la representa debe decididamente intervenir, desde que no es posible conseguir que espontáneamente el propietario ceda un punto sobre los que él llamará derechos inherentes de su propiedad. Si los trabajadores pudieran establecer una asociación compacta, reclamando una reforma de esta clase, con retirarse al monte Sacro como el pueblo romano, amenazando a los propietarios de abandonar sus haciendas, todo estaba allanado. No tendrían arrendadores ni sirvientes, no tendrían a quién mandar, y descenderían a la condición más miserable con todas sus tierras y riquezas. Pero no siendo esto posible por ahora, a pesar que la asociación gana tanto terreno, veamos cómo podríamos realizar esta reforma, que ahorraría tantas desgracias a la humanidad.

La propiedad en su origen no pudo extenderse más allá del terreno que cada familia podía cultivar; hasta allí la propiedad era, natural y justa, superior a la sociedad misma; pero el derecho a más extensión territorial fue un derecho social, que la sociedad podía reivindicar a pesar de todos sus privilegios e inmunidades, desde que ella puede deshacer o reformar lo que hizo otra vez. Como la extensión tiene raíces tan profundas en nuestra actual organización social, necesario es respetarla por el bien de la sociedad misma, pero también es justo que ella sea equitativa y justa con los derechos que el trabajo establezca, apoyados por la ciencia y la justicia. El arriendo de la tierra no puede en adelante ser un objeto de explotación para apropiarse por la competencia el trabajo ajeno; de lo contrario el movimiento social que se hará en la humanidad será inevitable.

En el arriendo de la tierra, no pudiendo hacerlo el propietario conforme a los reclamos y derechos que el trabajador exija, el poder político que representa la sociedad tiene infaliblemente que intervenir. El propietario, para no explotar el trabajo de su inquilino, tiene que hacer tasar la tierra, y fijar el arriendo de tal manera que no exceda del interés legal aceptado y reconocido por la legislación; de modo que una cuadra de terreno valorizada en doscientos pesos sólo deberá pagar anualmente diez pesos de arriendo o interés legal entre nosotros. El propietario se resistiría con todas sus fuerzas, pero la sociedad para hacer casi imperceptible su reforma, para lisonjear la vanidad de transmitir sus heredades a sus hijos y familia, aún puede hacer mucho en favor del propietario, sin dejar de abrir al pueblo un

ancho sendero de realidades y esperanzas. El arriendo puede hacerse temporal, pero por no menos término que de 30 años, calculado este tiempo por el de una generación completa, para dar lugar a los descendientes a recibir sus tierras, libres, y tomar la parte que la ley debe concederles. Un propietario puede reservar legalmente cien cuerdas de terreno de regadío, o mil de las propiedades que sólo reciben su fecundidad de las aguas del cielo. Esto es lo más que él puede cultivar, no por su brazo sino por trabajadores a salario, lo que siempre dejaría permanente la competencia de éstos por la asignación de su paga, en lo que la ley naturalmente debe intervenir, para que su trabajo no sea monopolizado por el dueño de la tierra.

No obstante, es seguro que el propietario resistiría el arrendar en esta forma, pero la sociedad tiene aún otro derecho más expedito para hacerlo entrar en razón. El gobierno de Turquía y el democrático de Estados Unidos de Norteamérica, que nosotros mismos hemos reconocido como una institución fundamental, y como un principio inherente de la sociabilidad humana —*que la autoridad política tiene el derecho de tomar la propiedad individual que el interés o el servicio de la sociedad reclama, indemnizando su justo valor*—. Este derecho es contemporáneo con la existencia de la sociedad misma, más justo, más natural y equitativo que el que concedió a un solo hombre más terreno del que él y su familia pudieron cultivar. No es posible poner en duda ni contradecir lo que el consentimiento de todos los pueblos y naciones ha establecido como el derecho más positivo. El gobierno en la contienda amenazadora de los abusos de la propiedad y del comunismo, que aspira a despedazarla, tiene pues por el bien de la paz y por conservar la armonía social, el derecho indisputable, aceptado y recibido por todos, de tomar toda la propiedad por su cuenta, reconocer el importe de su tasación, pagar anualmente sus intereses y asignarle un capital o renta de amortización. Es claro que esta expropiación no ha tenido más objeto que salvar la propiedad y con ella la sociabilidad humana, que en el choque que se preparaba debía disolverse, para aparecer después cubierta de crímenes, sin moral, sin luces y sin ninguno de los progresos de que hoy disfruta, y la han elevado a tanta altura respecto de las generaciones y siglos pasados. Es seguro que el gobierno, si tomaba así la propiedad, era para repartirla equitativamente entre los inquilinos, pagando ellos el interés de su valor a su antiguo propietario, y además una cierta suma anual, que sirviera de amortización, para que algún día ellos, o sus hijos fueran dueños absolutos de aquella propiedad.

La falta de pago del interés y amortización traería al tenedor de la tierra la pérdida de ella, que pasaría a otro más moral y trabajador, pero el gobierno respondería al antiguo propietario de cualquier falta del inquilino en los compromisos que aceptó. El propietario no puede quejarse de despojo ni que la sociedad ha sido injusta con él. En la contradicción acalorada de dos intereses tan opuestos, como los de la propiedad, y el gran número que no la tiene, y apareciendo efectiva la explotación del trabajo del pobre, por el monopolio de la tierra, o tiene efecto este arreglo o la revolución social se consuma. La propiedad resistirá todo, no tanto por la renta que la sociedad le asegura sin trabajo alguno, sino por el dominio, y el monopolio que la posesión actual de la tierra lleva consigo y la importancia social,

que le da a la que había unido la autoridad política, por una cadena de abusos de que ya he hablado, y que seguiré más adelante esclareciendo.

Desde que el propietario ha aceptado y jurado las instituciones, a cuyo nombre el gobierno le pide su propiedad; desde que es incuestionable este poder de la sociedad en los momentos que aparecen derechos contradictorios, que amenazan la paz pública, el propietario reclamará que se le dé en dinero el valor de su tierra. Nada más fácil; el valor de la propiedad sin el menor inconveniente podría emitirse en billetes, no como la deuda que hoy tiene Inglaterra, sin más base ni seguridad que las contribuciones públicas; mientras que los billetes con que el gobierno pagaba la propiedad descansaban en la garantía de la tierra misma, siempre responsable por el capital y los intereses, y tendrían un valor igual a la plata, si no superior, desde que no estaba sujeto a las alteraciones del mercado. Al presente la autoridad política, reconociendo los derechos de los primogénitos al valor de las propiedades vinculadas, ha decretado la libertad a los actuales propietarios de vender sus tierras, reconociendo en ellas el valor de su tasación, fijando el módico interés de un cuarto por ciento, que se transmite a su heredero. ¿Quién ha negado este derecho al cuerpo legislativo? ¿Quién ha levantado la voz para resistirlo? Cabalmente éste es el mismo derecho, el mismo principio que invoco en beneficio del orden y tranquilidad públicos, a nombre de las luces, de la ciencia y de la humanidad, que no puede marchar adelante a la vista de la triste condición a que el pobre ha sido conducido por la explotación de su trabajo, por el monopolio de la tierra y del capital.

Establecidos los derechos del trabajo, antes que llegar a una resolución, derivada de los derechos imprescriptibles de la sociedad, de evitar todas las convulsiones que pudieran arruinarla, o establecer en ella una anarquía permanente, pueden tocarse otros recursos y establecerse otras reformas que pudieran preparar lentamente este cambio que el transcurso de los tiempos hará inevitable, desde que está apoyado por la ciencia y el derecho, que con la fuerza del pueblo serán un día la suprema ley social. He indicado el arriendo como un recurso atenuante del cambio que la propiedad debe sufrir en sus relaciones, y como un sacrificio de menos importancia para los actuales privilegios y abusos de que aún está en posesión el propietario; pero lo repito, poco espero de concesiones gratuitas de su parte: su interés y su orgullo le hacen concebir que el pobre es un ser degradado, que no puede aspirar a ningún derecho; y no obstante, por medio de un salario proporcionado entre el valor de la tierra y el trabajo, podría llegarse a un arreglo, que nunca sería definitivo pero que alejaría la tormenta.

El salario sometido a la acción de la tierra y del capital ha fluctuado entre multitud de causas y acontecimientos, que lentamente lo subían o bajaban. La escasez de capitales trayendo dificultad y disminución de producciones, bajaba naturalmente el salario; había abundancia de trabajadores, del mismo modo la competencia disminuía sus provechos. La apertura de un mercado, la abundancia de capitales que buscaban un empleo, las modas, el lujo, las necesidades de ciertos consumos, que se generalizaban para el hombre culto, lo levantaban de nuevo. Las opiniones de los economistas se han multiplicado indefinidamente sobre esto, a la vista de los fenómenos que cada uno de ellos observaba en su propio país. En

Inglaterra la ley de pobres, que obliga a los ricos a mantener a todos aquellos que no tienen salario, y la emigración que se fomenta, para alejar a los consumidores que no tienen ocupación, sostienen el mezquino salario que allí tiene el trabajador, calculado no para una familia sino para las solas necesidades de un individuo. Sin estos dos recursos, sin su extenso comercio, y sus dominios de India, ya la revolución social estaba allí consumada, por las necesidades de su población y por el enorme recargo de sus contribuciones. Desde que el hombre vale por su trabajo, desde que él mismo constituye la principal riqueza de las naciones, ¿no será para Inglaterra una pérdida enorme la de doscientos mil hombres que de allí salen anualmente, llenos de inteligencia, vigor, de fuerza y energía? La grandeza de Estados Unidos de Norteamérica, la componen aquellas fuerzas arrancadas a un pueblo cuya industria y progresos no tienen relación alguna con su organización política y social, sostenida por el influjo de la aristocracia, por los privilegios y la extrema desigualdad social.

Este solo ejemplo probará hasta dónde ha ido la anarquía de los economistas sobre el salario, abandonado por la ciencia misma a la discreción de los dueños de la tierra y del capital, cuyos intereses y ganancias se cifran principalmente sobre el monopolio que ejercen en todas las industrias, en el doble sentido de ser ellos los dueños de la tierra y del capital, y por la competencia de trabajadores, que no podía faltar en una nación populosa, en que todos buscan ocupación. Los trabajadores para sostener el precio de sus salarios, o para subirlos cuando él no bastaba a llenar sus más urgentes necesidades, entraron en complot, que eran severamente reprimidos por las leyes cuando tenían un carácter masivo; o bien desertaban silenciosamente los establecimientos y las fábricas para hacerse necesarios y reclamar más paga. Tristes escenas han presentado los pueblos de Europa, como resultado de estas asociaciones, y los combates de París y las matanzas y procripciones que siguieron, poco más o menos han tenido un mismo origen. Todos los medios para arreglar el salario serán siempre ineficaces; el mal no está en tal o cual institución que pueda organizarse para mejorarlo y ponerlo en una condición equitativa, sino en la falta de derechos asignados al trabajo, como los tienen la propiedad territorial y el capital, que absorben la mayor parte de la legislación, arreglando sus relaciones y privilegios sociales.

No hay proporción alguna entre los progresos que hacen el capital y la tierra, y los que hace el trabajo, reconocido como el origen de todos los valores. El capital y la propiedad de la tierra absorben todos los valores conocidos en los pueblos civilizados; todas las ventajas de la civilización, de la industria y de las artes fluyen hacia ellos, hasta la saciedad, hasta el lujo, hasta el capricho; y el trabajador, que constituye la verdadera riqueza y es el mayor capital de las naciones, carece absolutamente de todo, y no es sino un instrumento de las comodidades, placeres y opulencia del rico, que no trabaja sino en desnivelar más y más el estado social, hasta producir los fenómenos revolucionarios que hasta hoy no nos hemos podido explicar.

Desde que el hombre vale, la sociedad puede tasar su valor y su producto, y como ha asignado un interés al capital y un valor a la tierra, del mismo modo debe

asignar al trabajo un salario proporcionado a la parte que tiene en la producción. Deducido el interés del capital, y lo que vale el arriendo de la tierra, lo demás pertenece al trabajador, y constituye su salario. El salario por su naturaleza es desigual, según las fuerzas, las inteligencias y la destreza del trabajador, pero desde que la asignación o salario sea por la sola fuerza de un hombre, tal como un jornalero o peón, bastaría esto para anular el monopolio del capital y de la tierra, que mayor inteligencia y capacidad tendrían siempre un aumento natural de salario.

El propietario de la tierra, pagando un salario legal y no caprichoso, como hasta aquí ha sucedido, nada pierde; él deduce el arriendo, y si él pone el capital, deduce también el interés, que junto con el salario es lo que el consumidor debe pagarle al menos por el producto de su tierra. El propietario se hallaría en el caso de subir sus productos y monopolizar al consumidor; no se contentaría con la renta natural de la tierra y tomaría por pretexto el alza de los salarios, a que la ley lo obligaba. Estos monopolios hoy mismo los ejerce con el consumidor cuando se le ocurre, y los vemos diariamente con los trigos y otros frutos de general consumo, que a pesar de su abundancia han subido entre nosotros a precios incalculables. En otro tiempo los trigos estaban sujetos a una competencia, pues la abundancia de sembradores, que eran generalmente los inquilinos, traía inevitablemente en el mercado una baja considerable; hoy son la especulación de los más ricos propietarios, que los consideran su principal producto; y como sus propiedades son tan extensas, la voz de los principales hacendados y el precio asignado por ellos se hace la regla para todos los demás, que, halagados por su interés, resisten toda baja, y aunque hayan sobrantes cuantiosos, consiguen el sostener precios enormes, que nuestros consumidores tienen que sufrir. Este monopolio se ha facilitado más, desde que hay una nueva profesión de molineros, que con grandes capitales se han hecho los compradores de trigo, y facilitan los planes del propietario, pues o dejan inactivos sus capitales y molinos, o se someten al precio que ellos asignan a sus trigos. Para alejar en cuanto sea posible toda competencia, estos mismos hacendados compran a los inquilinos todo lo que cosechan, que naturalmente siempre se lo dan por un precio más bajo que el corriente. Muchas veces los arriendos de las tierras se pagan en trigos valuados anticipadamente por la mitad de lo que valen.

Para alejar estos inconvenientes no hay más camino que la subdivisión de la propiedad, que el legislador debe establecer en cuanto sea compatible con el respeto que se le debe, como base de la armonía y orden social. He propuesto tres medios al propietario para armonizar el valor de la tierra con el trabajo; en cada uno, su propiedad o el valor de ella se le conserva intacto, en todos ellos la explotación del trabajo desaparece. En el arriendo y en el salario conserva algún dominio, es dueño de preferir los inquilinos, y esta preferencia supone sumisión, lisonja, quizá humillación de quien la recibe. No faltarán combinaciones misteriosas para alcanzarlas, como es la subida oculta del precio legal del arriendo o la baja del salario, con lo que la ley quedaría burlada y la competencia seguiría explotando el trabajo del pobre. No dudo que la legislación estimulando el interés del inquilino, o haciendo intervenir la autoridad judicial en estos convenios, alejaría el monopolio del trabajo ajeno. Definitivamente, si el comunismo sigue su marcha

invasora sobre la multitud desgraciada y oprimida por la riqueza, la expropiación del terreno por cuenta del gobierno, y su venta en pequeñas porciones, como ya lo expuse, será una necesidad social, que terminaría esa lucha continua que el interés y el espíritu de dominación de un lado, y la miseria y la necesidad del otro, mantiene hoy sobre la tierra.

Los pueblos de la antigüedad que lucharon por la subdivisión de la tierra no comprendieron exactamente el derecho de expropiación que la sociedad tenía, y Esparta y Roma abrieron la puerta a las incesantes revoluciones, que al fin trajeron su postración y ruina por desconocerlo. La expropiación de un valor no es un despojo, es un cambio que se indemniza con otro valor equivalente, y esto sólo en los casos que una gran necesidad lo requiera. En Roma el conflicto venía desde Licinius Calvus, 400 años antes de Jesucristo. Cincinato, creado dictador por los conflictos del propietario y las reclamaciones del pueblo, los obligó a todos a marchar a la guerra, y dio treguas a la contienda social, que debía reaparecer en tiempo de los Gracos, cuya suerte nadie ignora. Mario, hijo del pueblo, lleno de triunfos y de gloria, creyó derribar la aristocracia y sucumbió víctima de Sylva, que capitaneaba la aristocracia. César, sobrino de Mario, venció la aristocracia, y con las confiscaciones de sus enemigos elevó al pueblo y sostuvo su imperio. Octavio y los demás emperadores se colocaron entre el pueblo y la aristocracia, entre el comunismo de aquella época, y la aristocracia dueña de toda la tierra. Ésta por las proscripciones, en que a la muerte seguía la confiscación, sufría horriblemente de la tiranía, que nivelaba en cierto modo la extrema desigualdad de la fortuna, y sometía a una completa nulidad el poder político de la propiedad y del capital. Es éste el ejemplo que se ha propuesto Luis Bonaparte, que halló a la propiedad espantada, a pesar de sus triunfos en las calles de París, de la energía del comunismo, siempre pronto a renovar el combate. Él ha ofrecido seguridad al propietario, él ha lisonjeado al pueblo, pero él no es como Sylva ni como Mario, no es como César ni Pompeyo; su autoridad es transitoria: el mundo no es tampoco el mismo, la humanidad ha hecho grandes progresos desconocidos entonces. El pueblo tiene necesidades, tiene derechos; una reforma radical reclama la condición del hombre, en que cada uno tenga lo que es suyo: la tierra y el capital al propietario, al pobre al menos el valor justo de su trabajo.

El ejemplo está ya dado en la misma Francia; Napoleón I aceptó todas las proscripciones de la convención y del terror, a pesar que aspiraba al imperio, e hizo respetar el violento despojo de las víctimas, que sirvieron para formar y enriquecer la aristocracia que debía rodear su trono. Los bienes de la nobleza y del clero pasaron violentamente a manos del pueblo, y por entonces no hubo indemnización alguna. La restauración vino a terminar la eterna querrela de los antiguos derechos de la propiedad con sus nuevos poseedores, el poder político hizo recaer sobre la sociedad entera la remuneración de las pasadas confiscaciones, y el principio revolucionario quedó salvado por la autoridad misma de los legitimistas, por esos mismos Borbones proscritos y arrojados de su patria como la demás nobleza: tal es la fuerza irresistible del poder popular, tales las revoluciones que llevan esas tendencias niveladoras, con que la miseria y la muchedumbre se preparan contra la riqueza y la fortuna.

Esta revolución hecha contra los abusos de la propiedad y del poder político ¿por qué no podrá repetirse de nuevo en los momentos más inesperados? Había en aquella época una nobleza, hoy hay banqueros, y aún más ricos que entonces; en aquella época a la nobleza la rodeaba el brillo de sus antiguos hechos, el recuerdo de sus glorias; y el respeto que siempre se había tenido por ella parecía ponerla a cubierto de las violencias de que fue víctima. La nobleza actual sin consideración, sin antecedentes, y sin gloria, tiene sólo el brillo de sus negociaciones con la tesorería, de la usura de sus capitales, y de lo que le da la explotación del trabajo del pobre; pero este brillo es el que irrita la miseria y la conduce a las revoluciones. Si bien calculamos la marcha de la humanidad, el aceptar algunos de los tres medios que he indicado, salvaría a los pueblos de los sacudimientos, que aunque nuestro interés quisiera ver lejanos, pueden asaltarnos de un día a otro, y entonces nada podría hacerse bajo los auspicios de la justicia, de la razón y de la ciencia.

Este es mi modo de pensar sobre el próximo desenlace de las cuestiones sociales que agitan y convulsionan el mundo; puedo equivocarme sobre la época más o menos cercana con que cada pueblo inicie su revolución, pero jamás sobre este movimiento social, preparado por las luces y por las necesidades de la gran mayoría de nuestra especie. En todo caso la opinión pública es la que señala irrevocablemente estos acontecimientos, ella los prepara lentamente; algunas veces abortan sus esfuerzos, pero su poder es siempre creciente, y a poco andar se renuevan con mejor éxito las mismas escenas. Entre nosotros, donde el principio aristocrático es más fuerte que en ningún otro pueblo de América, por la concentración y organización que ha recibido, es también donde la revolución es más inminente. La ilustración y las nuevas ideas han invadido los espíritus; germinan las doctrinas socialistas y comunistas con toda su anarquía, y sus estímulos son tanto más fuertes, cuanto que la aristocracia en ningún país de este continente ha abusado con más escándalo de la influencia de la riqueza y del poder político de que ha podido disponer.

No se reciben consejos de quien descubre nuestras faltas, de quien nos desencanta de ilusiones, y con serena pluma nos patentiza inminentes peligros; pero hay verdades que tocan el alma con fuerza irresistible, y una de ellas es que la propiedad por su propio interés debe cambiar el estado de sus relaciones con sus inquilinos. Mejorando su suerte, se aleja la pasión y el resentimiento, y hasta se olvida el principio revolucionario que los agitaba. Poco o nada hay que esperar de esta tiranía siempre creciente, y si la autoridad pública no interviene, jamás el propietario hará nada por evitar un peligro que su ignorancia le hace mirar como incierto o lejano. Cómo los gobiernos pueden detener estas revoluciones, nada hay más sencillo: obrando en favor del pueblo, favoreciendo más decididamente a la propiedad. Más tarde tendré ocasión de exponer mis ideas a este respecto; estos remedios serán paliativos, contendrán el mal, pero quedando existentes los poderes reaccionarios, la revolución sobrevendrá al fin porque, en realidad, sin las reformas radicales que sobre la propiedad territorial he indicado, no puede establecerse el equilibrio social ni impedirse la explotación, que siempre se hará del trabajo del pobre, desde que su brazo tanto abunda respecto de la extensión de la tierra.

CAPÍTULO VIII

SOBRE LOS EFECTOS DE LA USURA EN LA PRODUCCIÓN DE LOS VALORES Y SU ACCIÓN DESNIVELADORA SOBRE LOS DERECHOS QUE CADA UNO TIENE EN LOS PRODUCTOS O RIQUEZA

Ocupado del valor de la tierra y del trabajo, y de los medios de conciliar los derechos del propietario con los del inquilino, me falta ahora hablar del capital que necesitan todas las demás industrias. Hay una íntima relación entre la tierra y el capital, y muchas de las observaciones que he aplicado a la una pueden referirse al otro. El capital a interés es un beneficio a cualquier industria; el capital a la usura es una plaga de las más funestas. Llamo capital a interés el que se arregla a ese rédito legal que la sociedad en todos los pueblos cultos ha reconocido como el valor corriente de toda suma de dinero impuesta en la tierra, en edificios u otras empresas, que deban producir una equivalente renta, y usura el capital prestado, excediendo de la tasa legal.

El capital como la tierra explota el trabajo ajeno, desde que es destinado a la usura, y lejos de favorecer la producción la arruina impiadosamente. Entre nosotros la usura sólo está en uso, sólo ella tiene influencia, nadie presta a un interés legítimo. La razón es sencilla: en la agricultura o cualquiera otra industria el capital produce naturalmente su rédito, y a más se tiene la seguridad de ganar con el trabajo del pobre, explotándolo en todo sentido. Los socialistas han organizado teorías para liberar el trabajo de la acción constante y necesaria del capital; se ha recurrido al crédito, pero esta institución, tal como hoy la comprenden los pueblos que la han aceptado, nada vale si previamente no aparece un capital en tal o cual forma que la represente. El que nada tiene, ¿qué seguridad o fianza puede ofrecer al prestamista? El crédito no es más que la representación del capital, y todas las teorías socialistas vendrían a estrellarse contra esta verdad incuestionable. El capital es necesario a todo trabajo, a toda industria, es el fruto de la previsión, del orden, de la economía; si se quiere, una necesidad de nuestra inteligencia, de nuestros progresos, sin el que el trabajo, que todo lo produce, se hallaría con las manos atadas para dar un paso. Esta necesidad absoluta, teniendo el capital un

límite conocido y el trabajo la competencia de la humanidad entera, que se ve arrastrada hacia él, para vivir y sostenerse, de la acción libre que el uno ejerce, y de la condición precisa del otro debe nacer el monopolio del capitalista, para explotar el producto del trabajo en su beneficio.

Del exceso de este mal se ha elevado el grito de esta revolución social a que nos encaminamos; la humanidad, instruida por sus mismas desgracias, ha visto levantarse entre el trabajo y el capital una barrera cada día más alta, que separa al hombre en dos porciones bien desiguales, a las que no se aplica una misma legislación, las que no tienen unos mismos derechos ni se conducen por una misma moral. El capital es un rey, el trabajo es algo menos que un esclavo; el capital absorbe todos los productos sobrantes de la industria humana, y aun algo más, que arranca al hambre y la desnudez del pobre, que no alcanza a satisfacerse, porque el capital en su progresión ascendente es impiadoso y cruel. El esclavo tiene un alimento que el interés del amo hace que sea sano y abundante, para aprovecharse de sus fuerzas, y que no se le enferme; el esclavo tiene un vestido, en sus enfermedades una cama, un médico; sus hijos y su mujer las mismas atenciones, porque el interés del amo en la cría anual que ella le da así lo exige. En Europa y principalmente en las naciones más industriosas, el pobre ha descendido de esta condición; es esclavo en los establecimientos de beneficencia, donde por una mala comida está obligado a trabajar; es esclavo en las fábricas, donde su salario no alcanza a satisfacer las más imperiosas necesidades de la vida, sin tener para sus hijos y familia más que las economías que hace sobre este mismo salario, calculado para un solo hombre. De aquí nace que la mujer y los hijos en la más tierna edad, arrastrados por el hambre, se alquilan en las mismas fábricas para ayudar de algún modo a la familia, degradándose o pereciendo antes de llegar a ser hombres, por el recargo de trabajo, cuando sus fuerzas comienzan a desarrollarse.

El capital en la forma de usura que entre nosotros ha tomado, es estéril para toda industria, pues con los provechos que puede obtener no alcanza a pagar los réditos y sostener al industrial. La tasa del interés sube muchas veces de doce por ciento anual, pero este rédito es el corriente. La forma del préstamo es el descuento, donde va el interés ya capitalizado, lo que lo hace subir horribilmente, y en una desproporción que es imposible que ningún trabajo ni especulación humana alcance a pagarlo en la marcha corriente de los negocios. Si alguna industria se organiza con capital a interés es seguro que se arruina, lo que hace que todas sus ganancias sean improductivas para la sociedad, y las más funestas que puedan concebirse en el orden económico como en el moral, desde que refluyen en beneficio del usurero, que absolutamente en nada trabaja.

El lujo es una pasión que se desarrolla entre nosotros no en relación con nuestras ganancias, ni de la renta constante de la propiedad. La idea de aparecer ricos, desde que la riqueza es un poder político, ha invadido a todas las clases; la ostentación de la riqueza es entonces un impulso aristocrático que nuestra sociedad ha recibido de la organización política establecida entre nosotros. El goce, el placer y satisfacción que el dinero puede inspirar a un hombre verdaderamente rico no se halla entre nosotros, desde que se carece de todo lo confortable de la opulencia,

y se trabaja en la ostentación de lo que sólo pueda deslumbrar los ojos ajenos. Nuestro lujo consiste en la ropa, en muebles y coches. En el pueblo más industrial en esta clase de productos Chile ha alcanzado un renombre por su riqueza; en París los grandes fabricantes de carruajes, los más afamados ebanistas, los sastres, modistas, etc., todos los que tienen el comercio de lujo nos conocen por un pueblo muy rico. El sacerdocio ha entrado en esta carrera y los más ricos tejidos y bordados de París y Lyon en oro y plata vienen a darle esta ostentación y brillo, que es hoy nuestra pasión dominante. Cuánto haya de religioso en esta ostentación y cuánto de vanidad, sólo él podrá explicarlo.

Lo que hay de más extraordinario es que los hombres verdaderamente ricos que hay entre nosotros no tienen lujo alguno, y sus gastos son mucho menores que los que sólo alcanzan una renta mediocre o tienen muy escasos capitales. Entre ellos el lujo consiste en abrir su caja llena de documentos y escrituras, y decir separándolas: todos estos deudores dependen de mí, todos tienen que seguir mis banderas, el presidente de la república, sus ministros, están bajo mi férula; ellos no me podrán negar lo que yo solicite, mayor gloria es mandar a los que mandan; mi oro vale mucho más que el poder; pobre del que me resista, irá a una cárcel y será arruinado. Este lenguaje no es una figura, es un hecho de que todo Chile es testigo, y se repite cada día.

¿Quiénes llenaban en su mayor parte esta lista? Los amigos del lujo, los que por alcanzar influencia política gastaban más que sus rentas, los que jugaban su fortuna en un golpe de dados, para duplicar su riqueza; en una palabra, cuantos querían brillar y aparecer ricos. No era ésta la mitad del mal; el eco triste de estas dolencias morales, que nuestros pueblos presenciaban, iba a resonar en nuestros campos, donde un nuevo recargo de obligaciones gratuitas al inquilino, la subida de los arriendos, y la explotación sin misericordia del trabajo del pobre, era el recurso más expedito para llenar las brechas que el desorden y la inmoralidad hacían a su fortuna. Entre tanto el capital todo lo iba absorbiendo, y colosales fortunas se iban levantando por la usura, que por medio de esta cadena mágica explotaba al propietario y a su infeliz inquilino.

Por lo que respecta a nuestras nacientes industrias, que sólo necesitan de un módico capital en herramientas, su suerte es mucho mejor que la del agricultor. El lujo las ha impulsado notablemente, y también el aumento de necesidades de un pueblo que avanza en civilización. Un artesano tiene en nuestros pueblos al menos un peso diario, y su destreza y capacidad sube este valor hasta el triple. Una buena conducta lo pone a la cabeza de una fábrica si ha logrado hacer algunos ahorros que le sirvan de capital. Como ya antes lo he dicho, un peón gana en nuestros pueblos más que el doble de un inquilino que trabaja a salario al hacendado, y la suerte del artesano y del peón va arrastrando la población de los campos al pueblo en tanta abundancia que muy luego quedará gran número de ellos sin ocupación. Hoy se ve gran escasez de peones en el campo y se busca trabajadores de fuera, que en presencia de los mismos inquilinos que ejercen igual trabajo ganan el doble y el triple que ellos, asegurando el hacendado para tranquilizar su conciencia, que el inquilino obtiene otras ventajas de su munificencia. ¡Dios mío, qué munificencia! Se recordará lo que sobre esto antes he dicho.

La influencia destructora, tiránica y opresora del capital ha hecho crear a los socialistas un derecho al trabajo, que todo ciudadano puede reclamar el día que le falte ocupación. Este pensamiento es un indicio de que la ciencia económica se iba acercando a la resolución de los grandes problemas sociales que agitan nuestro siglo. Pero la idea de poner a la sociedad a la cabeza de toda clase de industrias, de ocupar al zapatero, al tejedor, al ebanista, al fabricante de encajes, en una palabra, a cuantos reclamaban una ocupación en su industria, y hacer un deber a la sociedad de ocuparlos, ha sido una combinación que, no podía creerse, la aceptase el gobierno revolucionario de 1848 en Francia. En efecto, para envolver a un gobierno en dificultades insuperables, para crear derechos que debían alterar el orden de toda sociedad, no podía organizarse un pensamiento más a propósito. Los derechos al trabajo que la sociedad debe dar son el caos en el orden político y social; después de la producción tendría la sociedad que ejercer la profesión de comerciante, fletador, correr los riesgos de mar, poner factorías más allá de los mares, sujetarse a la alta y baja de los mercados, sufrir bancarrotas, etcétera.

No podía ser de otro modo desde que la falta de ocupación para el industrial supone que el mercado interior de una nación está completamente abastecido, y ha paralizado la demanda por el exceso de producción. La sociedad no tendría brazos desocupados si en ella misma se sintiesen necesidades de cualquiera naturaleza. Si ella tiene que dar ocupación, es sólo para producir más, y una mayor producción no tendría salida sino por el comercio, y una sociedad política o un gobierno en este tráfico es una utopía inexplicable.

La tiranía de la industria ejercida sobre el capital y la propiedad sería una consecuencia inevitable de un igual orden de cosas. Un derecho al trabajo generalizado naturalmente absorbería todo el capital y toda la propiedad, porque el gobierno tendría una absoluta necesidad, aún más que en el estado presente, de todo lo que moviliza la industria y el trabajo. Sin duda, el gobierno francés bajo la influencia revolucionaria, se vio arrastrado al reconocimiento de estos derechos, porque de otro modo era imposible concebir un plan, que bien puede ser la convicción de un pueblo hambriento, la inspiración de la miseria, pero de ningún modo el resultado de la ciencia y razón de los que tenían las riendas de la administración. El comunismo y el socialismo se conciben; el derecho al trabajo abraza más que estas ideas, es la expresión del caos político, es el *non plus ultra* de cuanto ha podido imaginarse en reformas sociales. Pero los extremos se tocan; estas fantasías de la miseria y de la extrema desigualdad social están en mi concepto muy cerca de la verdadera ciencia. Dar al trabajo un derecho para pedir a la sociedad ocupación que le retribuya un salario está muy cerca de pedir a esta sociedad que reconozca al trabajo el salario equivalente, a la parte que tiene en la producción de todas las riquezas. La idea del trabajo surge de la anarquía de tantos planes y utopías, y al fin debería encontrarse en su verdadero punto de contacto con la ciencia, de que nos hemos alejado por las opuestas deducciones que han hecho los economistas de los verdaderos principios. Todos hemos sido arrastrados por la corriente, creyendo que no podríamos producir, ni combinar más que aquellas aventajadas inteligencias, a quienes sin duda mucho deben los progresos que la humanidad ha hecho

en este último siglo, sin dejar por esto de haber hecho las más falsas deducciones y sostenido graves y trascendentales errores.

La economía política caminando aisladamente no podía producir otro resultado que la desnivelación completa de la sociabilidad humana; sus investigaciones no se extendían más allá de la riqueza, en la que hallaba resueltos sus problemas, viendo acumularse capitales y fortunas, que naturalmente eran capaces de ofuscar con su brillo la inteligencia más distinguida. Sin el grito de los socialistas y comunistas la economía habría quedado estacionaria aun mucho más tiempo; pero el desarrollo de nuestra condición, la ley del progreso humano y la mano de la divinidad que nos conduce a mejores destinos, nos habrían de llevar al punto céntrico, de donde sólo en mi sentir pueda salir la regeneración del hombre. El valor del trabajo es la verdadera democracia, y sin una apreciación exacta en el orden físico y moral de lo que el brazo del hombre vale, imposible es hallar la resolución del problema político sobre el mejor sistema de gobierno. Si el capital y la propiedad predominan, la aristocracia es el principio político; si un gobierno apoya al pueblo con una mano, y con la otra amenaza a la riqueza, sin ser abiertamente hostil ni el uno ni el otro, el poder monárquico está establecido; la democracia proclamada como sistema político es también pura forma hasta que el trabajo no sea apreciado en su justo valor, lo que únicamente hará al pueblo soberano y establecerá su verdadero dominio.

Todas estas deducciones que parecen inconexas con la materia de que me ocupo, fluyen sin esfuerzo de las razones con que he analizado el trabajo, y de su justa apreciación en la formación y distribución de los productos humanos. Establecido el derecho de un justa remuneración, de que no puede privarse al trabajo sin despedazar el equilibrio de la máquina social, que sólo puede marchar hacia el bienestar de cada uno de los asociados, la ruina de la usura, de esa plaga que ha causado al mundo tantos infortunios, es una necesidad y una condición de cualquiera reforma que se inicie en favor de la humanidad. Desde que el poder que la usura ejerce ha concitado el odio y el desprecio que su acción destructora siempre ha ejercido, su permanencia es incierta. Todos los pueblos de la antigüedad la han mirado con la misma antipatía, todos los legisladores la han proscrito en sus códigos. Jesucristo le puso en el Evangelio su anatema, la Iglesia hasta de sepultura privaba a los usureros; Moisés por sus leyes en cada cierto período anulaba todas las deudas, Solón en Atenas las abolió del mismo modo; en Roma fue causa de conmociones horribles que la tiranía de los acreedores hizo nacer; en todas partes la usura es una funesta tea de desórdenes, una maldición para la humanidad entera.

Esta uniformidad de sentimientos de todos los tiempos y edades sobre la usura no era la inspiración del odio que su crueldad excitara, era la explotación del trabajo que ella hacía, que todos veían y palpaban del mismo modo que hoy; era esa desnivelación que absorbiendo las riquezas y los productos se apropiaba el poder político para abrir nuevos caminos a su devastación y sumir más y más al trabajo en la abyección y nulidad. En efecto, el pauperismo de nuestra época, esa necesidad de emigración, las grandes deudas de las naciones, las numerosas contribuciones para pagarlas, las guerras comerciales, los grandes ejércitos permanentes,

las escuadras marítimas, y hasta la tiranía que ejercen los gobiernos, apoyados en las riquezas de estos estafadores de la sociedad, que prestan su dinero para que vuelva duplicado a sus arcas, todo es obra de la usura, que ayudada de la economía política ha provocado sus últimos desastres a la sombra de leyes y errores que le han dejado su acción libre. Estas leyes a su vez han tranquilizado la conciencia del anatema religioso que su tiranía justamente merecía.

Si la economía política por sus falsas deducciones ha podido causar estos males a la especie humana, ella misma aleccionada por la experiencia, y más en armonía con sus verdaderos principios, volviendo sobre sus pasos, cavará la fosa a esa usura, hoy tan orgullosa de su riqueza. La economía política en sus mismas definiciones llevaba el germen de los errores que debía recorrer; la riqueza y su producción eran su móvil y su objeto, y sea cual fuese su distribución, mientras más brillo tuviera, más eran efectivos los principios que sobre ella la ciencia había adoptado. Sin duda, influye demasiado la definición de una ciencia para no deducir de ella consecuencias y resultados falsos; si yo me atreviera a definirla conforme a mis ideas, la llamaría antes que producción y riqueza, *la ciencia moral y religiosa que arregla los intereses materiales de la humanidad conforme a la parte que cada hombre tiene en la producción de ellos*. Si la economía hubiera tenido esta definición es seguro que habríamos buscado en la moralidad de las acciones humanas la resolución de tantas cuestiones sociales, que tomando una opuesta dirección han causado los estragos que tanta opulencia y tanta miseria han producido sobre los intereses materiales y la moralidad de nuestra especie.

Los optimistas de la economía política, recorriendo la historia y la estadística que nos queda de edades muy remotas, en que el hombre era siervo, y comparándola con nuestra época, deducen que la clase proletaria ha mejorado considerablemente en sus alimentos y en su vestido. Es muy dudoso que en los tiempos modernos haya mejor alimento para los pobres; la historia no habla de hambres sino en ciertos períodos de guerras, sitios y pérdidas considerables en las cosechas de la agricultura. Pero suponiendo que sea cierto que hoy sea mejor la condición del pobre, ¿deja de ser por eso la más triste y degradante, la más miserable y aflicta a la vista de la producción inmensa de este siglo de industria y de trabajo, a la vista de la opulencia y saciedad de los ricos, de sus placeres y festines? ¿Y quién ha producido tanta grandeza, tan ricos vestidos, tan espléndidos muebles, tan gustosos manjares, tan soberbios salones, tantos deslumbradores dorados, tan generosos y exquisitos vinos, para remontar nuestros goces hasta las fantásticas regiones que crean sus vapores? El pobre y siempre el pobre es el creador de estos encantos, de estas riquezas; él oye la algazara de tantos placeres, él devora con sus ojos los manjares que nunca llegarán a sus labios. Él creía en otro tiempo haber nacido sólo para ser testigo e instrumento de tanta felicidad, y por siglos ha marchado en esta inteligencia, pero la perfección de nuestra especie, su sociabilidad, los triunfos que las clases medias han obtenido sobre los reyes y nobleza a nombre del pueblo, los derechos políticos que aquellos triunfos han establecido y dado a este pueblo, todo lo han cambiado. Las formas reproducen en política las realidades, porque ellas son los testigos de los hechos que se han consumado y los monumentos

permanentes de las causas que los han producido. Las tradiciones y la historia pasan de una en otra generación; las esperanzas y halagos que impulsaron aquellas primeras revoluciones, del mismo modo transmiten que los resultados se esperaban; y jamás se olvidan los plácidos días que corrieron entre el triunfo y la reacción.

La propiedad y el capital por su organización, por las raíces profundas que tienen en todas nuestras relaciones sociales, y el poder que ellos mismos han asumido, no han necesitado de grandes esfuerzos para reaccionar a todos los grandes movimientos que la humanidad ha hecho para romper sus cadenas. Pero la repetición de estas revoluciones es una ley de la civilización y del progreso; no son ellas un impulso ciego y caprichoso de tales o cuales acontecimientos, que las han desarrollado. En el orden moral como en el físico hay causas motoras de todos los fenómenos que observamos en la marcha de nuestras relaciones, y estas leyes aunque no las percibamos, aunque largo tiempo nos sean desconocidas, tienen su acción constante sobre los males que aquejan a la humanidad. El socialismo y el comunismo eran los ecos desarreglados de estas leyes ocultas, ellos sin acertar con el origen y remedio de nuestras dolencias, han descubierto el mal en todo su horror y desnudez, ellos han metido la sonda en el cáncer de nuestra sociabilidad, profundo y gangrenoso. Han despertado los odios y el terror de los privilegiados de la tierra, han también tocado la sensibilidad de todos los corazones nobles y generosos, han preludiado una ciencia envuelta en mil errores y utopías, en que hasta la inmoralidad y la irreligión eran invocadas como remedio a aquellas dolencias, que en su sentir sólo podían curarse por una renovación completa de nuestra sociabilidad, perdiendo así los progresos amontonados en tantos siglos para principiar de nuevo por la barbarie.

Estas enfermedades sociales engendran el fanatismo; la miseria y el privilegio marchan a los extremos, pero hay una diferencia absoluta; el pobre puede marchar sin el rico, con los despojos de éste puede mejorar su condición; el rico sin el pobre es el ser más infeliz sobre la tierra. Cuando el oro abundó en California, el trabajador fue rey, las otras clases casi perecieron en su aislamiento, y fueron nulas hasta que los que reunieron fortuna explotaron al trabajador y a cuantos de todo el mundo venían con sólo sus manos. Cuánto influya esta sola diferencia en la condición del rico y del pobre, en la acritud de las opiniones, no es fácil calcular. Los patricios de Roma, dueños de la tierra, de los capitales y del poder, que de sus reyes pasó al Senado, pusieron al pueblo en la triste condición en que hoy se hallan todos los pueblos civilizados de la tierra. Este pueblo pidió la reforma de tantos abusos y se retiró al monte Sacro, dispuesto a emigrar, y exigió que se le diese parte en el poder como garantía de que otra vez no sería burlado. El Senado accedió a todo, porque los ricos sin el brazo del pueblo habrían sido los seres más miserables, y muy luego los esclavos de los Volscos, sus vecinos, desapareciendo así aquel pueblo en que su carácter y nobleza revelaba su gran poder y su dominio sobre la tierra. Esta esperanza hay de que la humanidad se regenere por el impulso de la ciencia, por la realidad de los derechos; es muy posible también que los patricios de hoy tengan la cordura de los de Roma que cedían lo que no les era posible retener. En efecto, la

asociación del pueblo se acerca, ésta puede ser tácita o expresa, en la plaza pública a la voz de un orador que uniforme sus sentimientos y sus ideas, o en el aislamiento de la propia familia. En este siglo la verdad acompañada del derecho e impulsada por la necesidad y el interés, formará la asociación de todas las fuerzas populares, para reclamar contra los abusos de la usura y lanzar el mismo anatema contra los usureros, que hoy gravita sobre los degradados y aborrecidos hijos de israel, a los que se había abandonado este tráfico infame. Desde que hay instituciones que con ventajas inmensas puedan proporcionar al trabajo humano todos los capitales que necesite, la usura debe desaparecer como uno de estos azotes más funestos que hayan atormentado a la humanidad.

CAPÍTULO IX*

NECESIDAD DE ORGANIZAR EL CRÉDITO PÚBLICO FORMANDO UNA INSTITUCIÓN POLÍTICA INDEPENDIENTE DE LOS OTROS PODERES RECONOCIDOS

Varias tentativas se han hecho entre nosotros para generalizar el crédito público, explicando los fenómenos de su acción sobre la industria y el trabajo; pero los usureros que han ejercido una influencia considerable en la política y el comercio extranjero que, es preciso confesarlo, han sido un poder entre nosotros, han dado su grito de desaprobación, y los hombres que hubieran querido prosperidad para su patria han tenido que someterse, a pesar de sus convicciones, y esperar otras épocas de bonanza. La idea de un banco que atenuarse por medio del crédito la tasa de los intereses usurarios, que estábamos obligados a pagar, era sin duda de la más alta importancia, y admira tanto más la oposición de nuestros huéspedes, cuanto que en su propio país los billetes de crédito componen el mayor capital circulante. Pero los extranjeros hacen el negocio de la usura aún en mayor escala que los del interior, y es por esto que se han uniformado tan completamente en anular toda institución de crédito. Sus declamaciones sugeridas por el refinado egoísmo del interés debieron abrirnos los ojos para examinar las causas, porque en los pueblos cultos de Europa, donde hay tanto trabajo, tanta industria, tanto comercio y tantas fábricas, vale el interés del capital aun menos de la mitad que entre nosotros, y remontándonos de este modo al origen de la influencia poderosa del crédito veríamos de un modo lógico que él debía traer la ruina de la usura.

Ellos conocían muy bien este resultado, pero apoyados en los gobiernos hicieron intervenir la autoridad para anular cualquiera institución que pusiera término a las negociaciones, que desde tantos años era el monopolio de sus capitales.

* NOTA. Después de cinco años que escribí este capítulo he leído lo siguiente, que descubre el vacío que el mundo siente a este respecto. "Todos los ojos están fijos en estos abusos (hablando del crédito y de la crisis), siéntese que hay algo que hacer en orden a las operaciones de banco y a las transacciones monetarias. Si se descubre el remedio, será al menos una indemnización de las pérdidas ocasionadas por la crisis actual. *Correspondencia de 31 de octubre de 1857 de A. Couchot.*

La vieja historia de los desaciertos que sirvieron de ensayo al crédito público, los abusos cometidos en lejanas épocas, todo se repetía por los extranjeros como los diarios acontecimientos de esta institución, como su marcha constante y normal, y decían como inspirados, que ellos querían liberarnos de aquella plaga de que habían sido víctima los pueblos que la habían aceptado. Los usureros chilenos que aplaudían tanto saber y tanta erudición, hicieron resonar la prensa con sus anatemas contra el crédito, y su proscripción fue un hecho, quedando pacíficos poseedores del derecho de estafar a la sociedad entera, subiendo a su antojo los réditos.

Un banco particular es un privilegio otorgado a un individuo o alguna asociación, es un verdadero monopolio para girar con el crédito público, que es una moneda como la de oro o plata, emitiendo billetes a la circulación, tres o cuatro veces más valiosos que el capital efectivo en dinero. Recibiendo los bancos, como equivalentes valores de estas emisiones, documentos bien garantizados, y responsables del reembolso de las sumas emitidas a la circulación, no son éstas nominales, si no tan efectivas como el dinero mismo. Un banco a nadie da sus billetes cambiables por la moneda que tiene en su caja si no deja en la misma un pagaré o documento de persona bien abonada, lo que para él es lo mismo que la plata. Así, cuando un banco tiene un millón en efectivo, y emite cuatro millones en billetes, tiene en su poder cinco millones con que responder a cuatro, que son los emitidos; es decir un millón en plata y cuatro millones en hipotecas o documentos asegurados por los más ricos ciudadanos. El banco no es entonces más que una institución organizada, para hacer entrar en la circulación efectivo de difícil cambio, por medio de una representación que es lo mismo que el dinero. El que goza del privilegio de un banco gana entonces con un millón el interés de cinco millones, es decir, tiene el privilegio de ganar cuatro veces más que cualquier otro ciudadano que pusiera su dinero a interés.

Desde luego estos privilegios concedidos a los individuos para girar con el crédito público son injustos y onerosos a la sociedad, desde que ésta puede aprovechar las ganancias que aquellos establecimientos nunca dejarán de producir. Autorizar bancos privados es organizar monopolios que obran sobre los pueblos de un modo funesto, absorbiendo una renta que es pública en toda la extensión de la palabra, y quitando o negando el crédito caprichosamente a los individuos, lo que los constituye en autoridad tiránica. Desde luego, después de los progresos que ha hecho en su desarrollo el crédito público, una nación debe organizarlo en la idea de apropiarse de sus ventajas, que son demasiado elevadas, como después lo demostraré, y repartirlo con equidad y justicia a cada uno según su valor, no olvidando que la virtud, la honradez, y el trabajo también valen.

Desde que el ejercicio del crédito público en su relación con los individuos puede darse y quitarse a voluntad del banquero, desde que él concentra en los pueblos que lo aceptan la misma autoridad que los prestamistas y usureros donde es desconocido, él es un poder político; y sin principios ni reglas él llegaría a ser una de las más peligrosas tiranías que afligieran a la humanidad. En América el dictador Rosas no tuvo otro elemento de opresión para perpetuar su funesto dominio;

en Europa el gobierno inglés con la organización de su banco ha hecho prodigios inconcebibles y sostendrá su dominio por muchos años, a pesar de las luces y de la opinión. Ambos bancos, obra de los primeros ensayos del crédito, tienen mil defectos, ambos han lanzado una deuda sobre la sociedad, que difícilmente pagarán las futuras generaciones; ambos han servido al sostén de poderes opresivos y corruptores, y ninguno de ellos descansaba en las bases que la ciencia económica asigna al crédito. Entre nosotros mismos, ¿cuánta no ha sido la influencia política y social de un puñado de usureros, que han podido entenderse y arreglar sus monopolios y usuras sin tener una organización uniforme como la de un banco? Ellos han elevado gobiernos a su amañó en la esperanza de perpetuar sus negociaciones, su poder y su influencia, ellos negaban el crédito a sus enemigos políticos y los arruinaban; y el que los ayudaba podía contarse ya en el camino de la fortuna, sin más mérito que su servilismo y degradación. Los mismos extranjeros imitaron esta táctica entre nuestro miserable comercio; ellos se mezclaron en la política, impusieron su opinión, que era sólo la de sus intereses, negaban el crédito a los que no seguían ciegamente a sus banderas, y al que se les humillaba le abrían sus tesoros. La autoridad suprema del crédito es un hecho comprobado y auténtico, y no necesita demostraciones, que no son del resorte de este rápido escrito, para evidenciar lo que cada uno conoce y ve a todo momento en sus transacciones.

La organización del crédito público aún en su actual estado de imperfección anula completamente a la usura, si hay la buena fe y rectitud de aceptarlo, tal como la historia de los bancos y la ciencia económica nos lo presenta hoy, depurado de toda las intrigas y errores con que la ignorancia o el interés entorpecieron su majestuosa marcha. Si la economía política desarrolló de un modo tan funesto la usura, si ella, seducida por el brillo de la acumulación de los capitales, dio al trabajo los más crudos golpes, abriendo todos los caminos a aquella clase improductiva, que había de acabar por desnivelar tan completamente la humana sociedad, instruida por una triste experiencia, y volviendo sobre sus pasos, sumirá en el fango a esos mismos usureros, que el consentimiento general de toda la humanidad, todos los legisladores, y todas las edades miraron siempre con horror. Si la humanidad no podía explicar los fenómenos de la riqueza ni los del crédito, ella tenía en ese odio inveterado por la usura los instintos de su interés, y una idea confusa y anticipada del crédito. En Europa, como en América, ellos son los únicos pilares de decrepitos troncos, y de todo gobierno despótico; su apoyo además del monopolio de apropiarse todos los provechos de la industria, es retribuido por sus negociaciones, y préstamos a la tesorería, con la que siempre están en íntimo contacto. Los préstamos a los gobiernos con sus formas han establecido una nueva y misteriosa ciencia, que sólo está al alcance de los iniciados; ellos se entienden con los ministros, y donde a la vista común aparecen transacciones ventajosas al erario público, allí está su ruina y una eterna deuda, que se aumenta cada día. Felizmente entre nosotros, donde el desarrollo de la industria y la presentación de mercados casuales abiertos a nuestros productos han podido proporcionarnos una renta equivalente a nuestros gastos, no han podido ellos formar esas asociaciones, que en Europa han elevado la aristocracia del dinero a mayor altura que la antigua nobleza, que con

sus decadentes privilegios presenta la imagen del feudalismo en ruinas, sirviendo de pedestal a la riqueza, único dios de esta época de corrupción, pero al mismo tiempo de crisis y revolución.

Para establecer el crédito público sobre sus verdaderas bases no hay entre nosotros más que un solo estorbo y es la política que, ligada a los privilegios, no puede salir del sendero que éstos le trazan, sin exponerse a las revoluciones e intrigas con que éstos a toda costa procuran sostener su posición y su dominio. Temblando a todo momento por el desarrollo constante y uniforme del principio democrático, que se despliega a su vista, ya ostentando su fuerza y energía, ya su marcha pacífica y al mismo tiempo lógica, sus esfuerzos tienen algo de esa vacilación, que precede a las revoluciones, que cambian de un modo absoluto la existencia de un pueblo. Desde luego ellos han legado toda la acción política a una juventud ambiciosa, que a trueque de una elevación que ellos creen no alcanzarían jamás por sí mismos, les han ofrecido su brazo para sostenerlos contra el espíritu del siglo. Esta juventud elevada al poder debe desdeñarlos a poco andar, y concluirá por anularlos, haciéndose un mérito de su cambio, después de haberles servido ellos de escala para alcanzar el poder. Ésta es la marcha uniforme de los sucesos humanos, ésta es la lógica de las revoluciones, cuando el principio que se sostiene no es defendido por las mismas manos y con los mismos elementos que lo constituyen. El principio aristocrático en manos de los hijos del pueblo, entre nosotros es el signo más seguro de su próxima ruina. Los emperadores romanos llamaron en sus últimos días a las hordas del norte para hacerlas combatir unas contra otras en su defensa; ellas concluyeron por entenderse y el imperio desapareció. Estas dificultades para la implantación del crédito son transitorias; en los momentos más inesperados naturalmente debe haber un cambio que facilite la destrucción de esta horrible usura.

Establecido un sistema de crédito conforme a las reglas y principios que la experiencia ha ido demostrando, la sociedad entera hallaría en él un fondo permanente para impulsar su industria, y emancipar al trabajo de la tiranía que hoy lo oprime y lo degrada. Éste desde luego recibiría un gran impulso siendo la tasa del interés limitada hasta el punto que el capital no se presente jamás como un embarazo a la producción. Desde que pudiera establecerse tal reforma veríamos a cada pueblo y a cada nación convertida en un taller de industria, y de trabajo, levantar la producción de la humanidad a un cierto lujo, que podríamos llamar la recompensa de una nueva vida, en que el hombre, saliendo de su triste condición, hallaría todos los medios de alcanzar la dicha y felicidad compatibles con nuestra existencia. No se diga que entonces la producción sería superior a la demanda, y que su abundancia la depreciaría hasta no valer nada.

Este fenómeno de la producción cuando es excesiva, cierto en nuestra condición presente, es falso para el porvenir de la humanidad. La producción está sujeta a una ley que no podría traspasar sin romper el equilibrio que la necesidad y la industria le señalan; esta ley es la de nuestra inteligencia, esa ley niveladora, que bien puede interrumpirse por momentos, pero que necesariamente ha de volver en breve a tomar su curso ordinario. En nuestra condición presente la abundancia daña a la producción, desde que los medios o recursos para obtenerla no están en

relación con el trabajo y el capital que tuvo de costo. El pobre que hoy no tiene sobrante alguno, después de comprar su subsistencia, es seguro que por muy barata que le vendan las groseras manufacturas con que se viste, no las comprará; pero teniendo su trabajo un valor equivalente a la parte que él pone en la producción, es muy natural que entonces tendría un sobrante para un determinado lujo, que podremos llamar una mediana comodidad. Esta excesiva producción de todos traería, si se quiere, el bienestar excesivo de la sociedad, pero es seguro de que nadie emplearía su trabajo, ni aplicaría su industria a objetos enteramente inútiles. El resultado definitivo sería una uniformidad y regularidad en los productos de la industria humana, en que cada pueblo llegaría a bastarse a sí mismo, sin más comercio que la compra y venta de las primeras materias, para obtener los elementos que debe utilizar en su trabajo. Es probable que más adelante extienda más mis ideas a este respecto.

El hombre feliz sobre la tierra, gozando por su trabajo de las comodidades que los progresos de la civilización han alcanzado, más fácilmente verá abrirse para él las puertas del cielo, que hoy sólo oye sus plegarias, sus dolores y sufrimientos. En efecto, la moralidad es el resultado de cierta conveniencia, de cierto bienestar; el que con su trabajo no alcanza a vivir ni sostener a su familia, naturalmente se ha de hacer vicioso, para olvidar las penas que lo rodean, y del vicio al crimen hay un solo paso. Por medio del crédito hallaría siempre un hombre activo y laborioso, cuya honradez y virtud fueran constantes, el corto capital que sus manos necesitan para producir, sin tener que apelar a la fianza ni al favor de nadie, porque él vale para cuanto necesita. La facilidad que hallaría un pobre para obtener un capital proporcionado a su industria sería el más activo agujón de su moralidad, y el estímulo más poderoso para merecer de la sociedad aquella confianza. Nuestra situación, donde el egoísmo y corrupción han apagado la llama de las más nobles pasiones y sentimientos, nos ofusca, para no ver ahora en nuestras relaciones sociales más que el frío interés y el estéril cálculo de nuestra propia conveniencia para elevarnos y dominar. La felicidad común, fruto del trabajo de todos, no es una quimera; no hay necesidad de encadenarlo y someterlo a la acción pública para que él se anime y produzca. El socialismo no ha penetrado nuestro corazón, todos sus planes son dorados ensueños, son delirios; sin libertad no hay trabajo, no hay producción, no hay progreso. Someted el arreglo de la sociedad a los gobiernos, sometedles la dirección de vuestras industrias, pedidles ocupación y salario, y la tiranía más informe sería el resultado, como también el retroceso en la marcha majestuosa de nuestra actual civilización.

El crédito público que obraría este cambio tan extraordinario en nuestra condición, lejos de ser una institución que contraríe la marcha actual de la humanidad, entorpeciendo sus relaciones, es quizás la creación más sobresaliente que haya alcanzado el hombre, como los resultados lo demostrarán cuando él haya conseguido establecerlo sobre sus verdaderas bases. No hay que dudarle: el crédito arreglará el mecanismo siempre entorpecido de nuestra sociabilidad, él arrancará de la tierra la maleza más funesta, la usura y la influencia del capital; la igualdad social y política aparecerán entonces como un hecho, después de tantos afanes por alcanzarla, después de tantas reacciones odiosas y crueles para anularla.

Desde que es incuestionable que el crédito público es un poder político, es preciso regularizarlo para que no abuse, es preciso sacar de él todo el partido posible en beneficio de la sociedad. Los gobiernos y los individuos, una vez poseedores del privilegio de ponerlos en acción organizando bancos, infaliblemente han de abusar, desde que se hallan con una influencia y una autoridad, sin reglas ni barrera alguna que los detenga en su funesta marcha. Los provechos que resultan del crédito público son demasiado grandes para que la sociedad desperdicie una renta que hoy no se puede calcular hasta dónde debe alcanzar. En el estado a que la humanidad ha sido conducida por la multiplicidad de tantas necesidades, que la civilización ha creado, este poder desconocido del crédito por el abuso del capital, es el más colosal que la abrumba. De los hechos que se reproducen incesantemente en Europa y en América ha venido a formarse una convicción: de que el oro es el más activo y el más poderoso agente de toda autoridad. Felipe de Macedonia decía, veinte siglos antes, que ninguna plaza donde él pudiera internar oro resistiría a sus armas, y esta verdad de aquella época lejana es hoy un dogma de nuestra civilización. ¿De qué han servido a los pueblos en sus incesantes revoluciones por mejorar su condición, ni los más espléndidos triunfos, ni las más estudiadas barreras contra los abusos y tendencias opresivas de los gobiernos reaccionarios, que elevados a la sombra de la libertad han conspirado desde luego contra ella? Allí están señalados para responder esta cuestión el desorden del crédito, la ignorancia de su influencia, y la organización de los privilegios, el imperio del capital y de la usura. De allí también nacen el caos de nuestra sociabilidad, la reacción constante del despotismo, la nulidad de las instituciones democráticas, la desigualdad social, la insultante opulencia de los unos, la degradada miseria y abatimiento de los otros, y la visible dependencia del poder legislativo y judicial, organizados para contrarrestar al poder que derraman a su antojo el oro y las rentas.

No hay más remedio a tanto mal que un banco nacional con toda la autoridad que pueda oponerse al espantoso desorden de que los pueblos son víctimas; él es el único medio de derribar el viejo edificio del despotismo, y levantar la democracia a la altura a que sus destinos la llaman. Pero si un banco debe liberarnos de tantas desgracias, no será por cierto marchando por el sendero de los que hoy se hallan organizados. Éstos han servido de vanguardia a la ciencia del crédito; en la historia de sus desaciertos y miras hemos aprendido a conocer sus inmensas ventajas, y también los horribles abusos que se han hecho de la ignorancia y credulidad públicas. El sistema de bancos en su actual estado, aun en el pueblo más democrático, como Estados Unidos de Norteamérica, es un privilegio otorgado al individuo, a expensas de la sociedad; complicado en su base y en sus relaciones, sin responsabilidad fija, vacilante en toda su marcha, expuesto a crisis violentas, a bancarrotas, y a los mil abusos tantas veces repetidos por la mala fe. Pero el sendero de su perfección está abierto, todos sus inconvenientes están conocidos, y se revela ya hasta dónde esta institución mejorará la condición de la especie humana, en el sentido material de sus comodidades, y en el moral de su libertad e igualdad política y social. Se sabe a punto fijo lo que ha traído la prosperidad de unos bancos, lo que ha arruinado a otros; también lo que ha desmoralizado a estos establecimientos,

y los rudos reveses que las naciones han recibido en las crisis que naturalmente han sobrevenido. Pero una vez conocidas sus inmensas ventajas, de estas ruinas acumuladas se levantan nuevos bancos, aleccionados por la experiencia; renace la confianza y el crédito, porque éste es una necesidad para los pueblos industriosos que huyen de la tiranía de la usura; la sociedad, lejos de la postración que debía seguir a aquellos golpes, se levanta llena de una nueva y vigorosa vida.

Fácil es concebir que un poder tan colosal como el del crédito público debe constituirse políticamente, asignándole sus deberes y limitando por prudentes barreras su influencia poderosa. Su independencia de los otros poderes reconocidos es una consecuencia inmediata, porque la acción del crédito ejercida por los gobiernos constituiría una de las más horribles tiranías que se pudieran inventar. Sea cual fuere la ilustración que las naciones hubieran alcanzado, una vez reunido el crédito público a la autoridad de los gobiernos, sucumbirían éstas en sus expectativas de mejora y libertad. La creación de este nuevo poder político sería el complemento de ese equilibrio, que tantos afanes cuesta a la humanidad, que ha levantado tantas borrascas sociales, sin que aún haya podido resolverse este gran problema sobre el que será preciso extenderse más adelante.

Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica son las dos naciones más industrializadas, donde se elabora mayor cantidad de trabajo y, por lo tanto, son los dos pueblos más poderosos de la tierra. Ni la metrópoli ni sus antiguas colonias habrían dado un paso más adelante que los otros pueblos de Europa, que caminaban respecto de Inglaterra a la vanguardia de la civilización y de la industria, sin el descubrimiento del crédito público, que podía poner en acción como un capital en dinero todos los valores reconocidos de la sociedad. La industria colosal de estos dos pueblos, sus grandes fábricas, su marina, su extenso comercio, sus gigantescas exportaciones, sus ejércitos, sus conquistas, sus vapores, sus ferrocarriles, y hasta su genio, todo es debido al reconocimiento del crédito público, que creando cuantos capitales necesitaba su sociedad, abrió al trabajo el sendero antes obstruido por la usura y la tiranía.

Las demás naciones y hasta los sabios mismos, aturdidos por tantos prodigios industriales, deslumbrados por el brillo de tantas riquezas, y de tanto poder en aquellos dos pueblos, han llegado a persuadirse que la raza inglesa es una raza privilegiada, no pudiendo explicar de otro modo los fenómenos que tenían a su vista. Estas mismas naciones han llegado a creer una realidad las aberraciones de la preocupada fantasía de los otros pueblos. Ellas se creen llamadas a la dominación universal, como raza privilegiada, pero felizmente para el mundo existen entre ambas naciones, aunque de un mismo origen, grandes antipatías políticas, que servirán para sostener el equilibrio de su poder en América y en Europa, mientras se desarrolla en las demás naciones civilizadas el germen del crédito público, que fructificará en un terreno virgen sin las malezas sembradas por el abuso que de él se ha hecho. Esta época puede decirse que ha llegado ya; el mundo entero se conmueve y se agita para organizar el crédito; ojalá el gran libro de la experiencia señale a los pueblos que él no puede ser sino una institución nacional, que les dé una renta y regularice su acción.

No hay que dudar, el crédito público es el que explica los fenómenos que nos sorprenden, él es el único privilegio de la orgullosa raza, que va infaliblemente a arruinarse ella misma, tras las conquistas y el predominio de los mares, atrayéndose las antipatías de todas las naciones, como los únicos poseedores de este talismán industrial y político, que los demás pueblos no han comprendido en toda su extensión, que muchos han desdeñado, sin faltar algunos que, como nosotros, aseguran que el crédito público es sinónimo de bancarrotas, crisis y robos. En realidad, después de los errores que han acompañado al crédito, y después de los abusos hechos a su nombre, no hay más camino para arreglar la enorme desigualdad social que la usura que el capital ha ido lentamente estableciendo. Inglaterra y Estados Unidos, cuando los pueblos cultos hayan penetrado en toda su extensión la influencia poderosa del crédito público, quedarán muy atrás, porque los abusos, los errores y preocupaciones en que está allí basado no desaparecen en un día, y menos los privilegios concedidos a cerca de mil bancos que probablemente tiene cada una de estas naciones al presente.

Un banco nacional será la herencia de todos los pueblos, que poco más tarde que aquellas dos naciones abracen el crédito público, depurado de sus antiguos errores, y entren en su ejercicio, harán valer para el erario las ingentes rentas que debe producir. Pero desde luego estos bancos, sea cual fuere el crédito que inspiren, no deben lanzarse en las regiones de las probabilidades, ni por el incentivo de las ganancias hacer emisiones desproporcionadas al capital, que se ha puesto en dinero, para cambiar en un momento dado la cantidad emitida en billetes por moneda efectiva. Debemos tener presente que si la ciencia avanza en teoría, y podemos leer en el futuro de la humanidad la importancia del oro y la plata, que son hoy el emblema de nuestro siglo, no podemos sobreponernos a las ideas generalmente aceptadas y recibidas. Si no hubiese cordura y cálculo probablemente el banco se vería asaltado por la desconfianza o la mala fe; los usureros podrían complotarse para desacreditarlo, reunir gruesas cantidades de billetes y solicitar de improviso su pago, lo que ya muchas veces ha sucedido, excitando así la desconfianza de un pueblo entero. Una crisis sería la consecuencia, y el primer ensayo así frustrado en la organización del crédito sería para una nación el más doloroso y funesto contratiempo.

Un exceso de emisión desproporcionado con las necesidades de un país, haría desde luego salir de él todo el dinero, lo que no sería un mal si éste no fuera hoy el agente de nuestras transacciones y el signo representativo de los valores; pero arreglado el crédito al cambio preciso de la moneda, faltaría ésta en los momentos críticos, y el descrédito y ruina de un banco seguirán de cerca. Ésta es la base del crédito en la forma que actualmente le reconocemos, pero desde que hubiera un banco nacional este peligro desaparecería, no pudiendo una nación hacer bancarrota marchando conforme a las reglas y principios ya reconocidos, a los que sólo falta la sanción de la experiencia. Para alejar estos escollos con que las naciones mismas podrían tropezar, la independencia de este banco nacional debe llevarse a tal extremo, que el único excluido de un crédito debe ser el gobierno, aun con las concesiones que pudiera otorgarle el poder legislativo, porque una vez abierta la

puerta a los préstamos al ejecutivo, a más del descrédito, surgiría la corrupción, el desorden, y se rompería el equilibrio de los cuatro o cinco poderes políticos que serían en adelante la única lumbrera de la humanidad y la única garantía de las instituciones democráticas. Tampoco podrán concederse gruesas sumas a los grandes propietarios y capitalistas, porque ellos absorberían el máximo de los fondos que el banco podría emitir, y se harían banqueros usureros todos aquellos que no tienen fianza ni seguridad para pedir préstamos al banco nacional. Una sola excepción podría hacerse para los grandes capitalistas y propietarios, y es cuando se organizan asociaciones para llevar adelante empresas extraordinarias, que traerían bienes incuestionables a la sociedad entera, como caminos, etcétera.

Para dar vida a los bancos y movilidad al crédito, la cantidad que puede emitirse debe dividirse por partes. El descuento de documentos no puede extenderse a más de seis meses, y una parte del capital que se pondrá en emisión debe destinarse a este exclusivo objeto, otra parte destinada a la agricultura, cuyos plazos deben ser de un año, esperando para su pago la retribución de los frutos con que la naturaleza paga nuestro trabajo. Al menos una quinta parte debe destinarse para proporcionar capitales a grandes empresas de utilidad común, y sobre el total del capital, una décima parte debe el banco exclusivamente destinar para un verdadero monte de piedad, destinado a pequeños préstamos a los pobres, bajo prenda o fianza, sin aumento de interés, desde diez pesos hasta ciento para subvenir a una necesidad doméstica, y hasta doscientos para proporcionar a su industria algún pequeño capital. Esta décima parte del banco consagrada al pobre es inamovible, es un fondo que debe estar siempre pronto a esta clase desvalida, víctima de las más escandalosas usuras, pues siempre exceden los intereses que paga al capital, en el solo período de un año.

La independencia del banco nacional debe estar asegurada por la constitución misma de la república, para que los poderes constitucionales no puedan alterarla en lo menor, y cuando se adviertan algunos defectos, o haya algunas conocidas mejoras, debe llamarse expresamente a un cuerpo legislativo con las trabas y formalidades que la ley y la experiencia reconocen como necesarias, para evitar esas alteraciones, que los intereses y la ambición de los gobiernos podrían sugerir, para apropiarse parte de una autoridad, que debe ser absolutamente independiente, y romper así el equilibrio en que en adelante debe reposar la sociabilidad humana.

La autoridad suprema del banco nacional debe descansar en un directorio de cinco personas pagadas generosamente, al menos con ocho mil pesos cada una. Cada miembro estaría a la cabeza de un ramo particular de este banco, y se reunirían para resolver todos los puntos que no fueren conformes a la marcha normal que se hubieren trazado. Uno tendría que salir todos los años, porque no hay ni puede haber en una república un poder vitalicio, y el cuerpo legislativo, que debe nombrarlos cada año, renovará así esta autoridad por partes, quedando siempre la mayoría para ir traspasando sus conocimientos y su experiencia a todos los que sucesivamente vayan entrando. Podrán ser reelegibles por una sola vez, y pasado un año, si su honradez y sus talentos hicieren sentir su falta, pueden ser llamados o reelectos de nuevo, guardando en cada reelección un año de intermedio. Por la pri-

mera vez los cinco nombrados funcionarán por tres años, y después irá saliendo uno a la suerte cada año, de modo que el último quedará ocho años. Esta autoridad, por independiente que sea debe estar sujeta a una estricta responsabilidad. Anualmente ante el cuerpo legislativo debe presentar una exacta memoria de sus transacciones, y exponer el estado del banco y sus sucursales, y durante el receso de las Cámaras, una comisión de éstas debe estar velando sus abusos, observarlos, y protestarlos para exponerlos en la próxima sesión. Si las faltas fueren de grave naturaleza, serán sometidos a juicio sus autores; la Suprema Corte, e igual número de senadores y diputados, serán los jueces, nombrándose otros directores interinamente.

Sus primeras funciones serían abrir un gran registro para asignar en él el crédito que podría el banco otorgar a cada individuo. Esto evitaría abusos, y cualquiera que se viera privado de crédito podría hacer registrar legalmente sus títulos y propiedades en el banco, y demostrar los valores de su responsabilidad, recorriendo a la Suprema Corte en caso de denegación de justicia. Este requisito, como más adelante lo veremos, formará para el banco una evidencia sobre la responsabilidad de cada uno, que es de la mayor importancia para el acierto de sus transacciones.

Con un banco organizado sobre estas bases la nación tendría los medios de acudir, con la sola representación de sus valores por medio del crédito, a la suma total de todas sus necesidades, ya facilitando los cambios por medio de los billetes circulantes o, bien, proporcionando capital a todas las industrias. Éstos, por gigantescas que sean las empresas que un país abraza, por muchas que sean sus necesidades, siempre serán muy superiores a la moneda circulante en su valor y representación.

En cuanto a este respecto he escrito me he sujetado fielmente a la ciencia económica, en su relación con el crédito, no saliendo del camino señalado en las transacciones que hacen estos establecimientos, si no es para darle una independencia y unidad que arreglen las relaciones de nuestra sociabilidad, y hagan del crédito una ingente renta a la república.

Estas sencillas y urgentes reformas traerían en pos de sí otras de la más alta importancia, consecuencia inevitable de la independencia y unidad del crédito público en unas mismas manos, y con una misma dirección. Estas consecuencias serían la inutilidad del oro y de la plata, como representación de nuestros valores y agentes de nuestros cambios, que irían a servir los otros usos asignados a los demás metales, teniendo sólo un valor representativo de su escasez y gastos de extracción y beneficio. Al leer estos renglones la risa asomará a los labios de los que hoy asignan al oro tan alto poder, pero en realidad esta verdad aparece desde luego a todo el que profundiza estas cuestiones y conoce el mecanismo de la moneda en las transacciones y marcha del género humano. La ruina de la usura, de esta arpía insaciable que ha chupado la sangre de los pueblos, hasta llevarlos a la revolución de hambre que hoy tenemos encima, sería un gran resultado que las naciones recogieran de esta institución. El trabajo hallando todo el capital que reclamaba, recibiría el extraordinario impulso que el principio democrático debe comunicarle; la fianza para obtenerlo será más bien la virtud, la buena conducta y el orden, que a la posesión de grandes propiedades hoy se exigen.

Con este cuarto poder de la riqueza pública, y elevado el principio religioso a la categoría de un quinto poder político, que relacionado y equilibrado con los otros cuatro, jamás alcanzarían a establecer una teocracia, la humanidad hallaría la solución de los grandes problemas sociales que hasta hoy no ha sido posible alcanzar. Estos cinco poderes independientes, fuerte cada uno respecto del otro, con relación a la sociedad, serían el paladium de los derechos y libertades públicas, sin que se temiere el abuso con que hoy el ejecutivo concentra y absorbe la autoridad de los tres hoy reconocidos. Sobre este quinto poder, como lo he dicho, hablaré después más detenidamente; por ahora me bastará decir que independiente en su acción, no será en adelante el satélite de los gobiernos, de los que hoy recibe sus promociones, rentas y honores. Esta institución traerá la unidad religiosa, desde que, aceptada en los pueblos católicos, vean los protestantes y demás sectas, que se han levantado en el cristianismo, que la libertad e igualdad democrática queda completamente asegurada, elevándose la autoridad de la religión a poder político. Esto no es nuevo; en la historia de la España goda los concilios nacionales unidos con los reyes establecían la legislación civil y religiosa; y en aquella época muchos otros pueblos se organizaban del mismo modo, uniformándose así los restos de la legislación romana, de que eran depositarios los sacerdotes, con las costumbres, usos y política de las huestes bárbaras que habían conquistado España. El poder religioso ligado a los otros poderes políticos, limitado por las leyes que deben organizarlo y darle dirección, no podía fanatizar los pueblos y elevarse a nombre del cielo. Los obispos que representarían en cada nación esta autoridad, teniendo sus rentas y sus honores establecidos constitucionalmente, no era posible aspirasen a turbar el orden político; por el contrario, uniformada su misión religiosa con su posición social, sin depender más que de la ley, su acción sería tan pacífica y conciliatoria como moderada.

La creación de estos dos nuevos poderes políticos no es para anarquizar los tres que hoy existen; el poder del crédito es una realidad tan matemática como el oro y la plata, que moviliza todas nuestras transacciones y cambios; nadie tampoco negará que el poder eclesiástico ejerce una autoridad extraordinaria y hasta cierto punto indefinida. ¿Por qué, pues, no armonizar estos poderes anárquicos, hoy aceptados y reconocidos y que obran tan aisladamente sobre la sociedad? Ésta no es una gran obra como aparece a primera vista. Las revoluciones religiosas que han agitado al mundo hace tres siglos, la horrible anarquía que ha preparado el camino a la incredulidad, el vacío del sentimiento de la conciencia, que parece innato en el hombre, multitud de errores, que han levantado miles de sectas, que ruborizan nuestra inteligencia y razón, y lo que llamamos tolerancia religiosa, que no es más que el cansancio de tantas desgracias, son de la misma naturaleza para la religión, que los errores económicos que elevando el capital y desnivelando la sociedad, descubren los poderosos resortes del crédito público, y los demás principios regeneradores de la humanidad. Estos errores y esta anarquía religiosa de nuestra época abren el sendero a la unidad de este sentimiento, y a una organización que abraza la humanidad entera.

CAPÍTULO X

HISTORIA DEL CRÉDITO, LOS ABUSOS DE QUE HA SIDO VÍCTIMA, SU INFLUENCIA EN LA MARCHA POLÍTICA DE LAS NACIONES QUE LO HAN ACEPTADO

Cuanto he bosquejado en el capítulo anterior es muy digno de ocupar algunas páginas más; el asunto es demasiado importante para omitir nada que pudiera ilustrarlo, y en esta convicción aún algo me queda que decir.

Cuando el gobierno inglés, por medio de las combinaciones de la tesorería y del banco, ha podido levantar un empréstito de la enorme suma de tres mil trescientos treinta y cinco millones de pesos, en sólo veintidós años de tiempo, preciso es detenerse a considerar el poder inmenso de estas instituciones de crédito. Cuando pensamos en las guerras que esta nación ha sostenido, cuando revisamos sus ejércitos, su marina, las rentas de su clero, su lista civil, y consideramos los subsidios que ha prestado a los otros gobiernos, que con él hacían causa común, nos sentimos sobrecogidos, sin descender aún a los réditos de su deuda, que absorben las tres quintas partes de su renta nacional. No obstante, nada hay más natural una vez que penetramos aquel maravilloso conjunto, con la lumbrera del crédito y de la ciencia por delante, haciendo el análisis de estos fenómenos y poder.

No es mi objetivo explicar aquí el móvil de la poderosa industria de esta nación, sus enormes y casi fabulosos capitales, con que ha levantado el trabajo interior y abrazado el comercio de toda la tierra, elevando su colosal marina, que sirve para difundir por todos los pueblos sus manufacturas, dominando a la vez los mares con sus cañones. Me limito sólo a analizar el poderoso influjo de aquel banco, que ha ayudado al gobierno inglés a realizar tantos prodigios financieros, conservando por lo demás cierta independencia, que los intereses particulares que representaba, hacían necesaria.

Cómo este mismo gobierno constituyéndose deudor ha podido obtener empréstitos de sumas tan extraordinarias, sin más resortes que el crédito, y sin más garantías que sus variables e inciertas rentas, es otro acontecimiento que nos sorprende, pero que perfectamente se explica también por medio del crédito y sus abusos.

El banco inglés, calculando sólo sus intereses, vio en la marcha política que trazaba el ministro Walpole la corrupción administrativa, sometida a los principios sanguinarios que otra vez eran el resorte de aquel gobierno, y ya no dudó de los enormes provechos que podría obtener estrechando sus relaciones con la tesorería. Por sus estatutos el Parlamento en tiempos de Guillermo III, prohibió al banco todo préstamo a la Corona, como si presintiese en aquella época la influencia poderosa que esta institución habría de ejercer en la moralidad y suerte de aquel país. En su origen el banco no podía emitir billetes de menor cantidad de cien pesos, pero prestándose a las exigencias del ministerio, para levantar los empréstitos que reclamaban los gastos de la guerra, o la corrupción sistemática, que empezaba a ser el móvil político del gobierno inglés, el Parlamento y el gobierno se entendieron para autorizar al banco la emisión de billetes hasta de cinco pesos.

Salvados estos estorbos salvados, el Banco inició la carrera de sus préstamos y abusos, y sus emisiones por las exigencias siempre renacientes del ministerio llegaron hasta inundar la nación entera, que lentamente se iba alarmando de aquel exceso de emisiones desproporcionado con las necesidades de los cambios, que excedían con mucho la falta de capitales que la industria entonces reclamaba. La explosión de la desconfianza pública muchas veces a punto de romper, fue contenida por los esfuerzos de los negociadores con la tesorería y el banco, que veían sus intereses comprometidos en una bancarrota que, tanto éste como el gobierno debían sufrir. El capital en dinero que el banco tenía en caja para responder al cambio de sus emisiones lo había absorbido todo el gobierno y el único capital responsable eran los bonos de la tesorería. El pueblo, poseedor de todas las emisiones del banco, desconocía estas transacciones, pero apercibido del exceso de aquella circulación, su desconfianza lo hizo agolparse a las puertas del banco, pidiendo el cambio en dinero de sus billetes. La ruina del banco y la bancarrota de la tesorería eran un hecho, a la vista de las cajas casi exhaustas, y no había con qué responder a tantos valores emitidos a la circulación, y este desastre envolvía mil otras fortunas excesivamente comprometidas de hombres poderosos e influyentes. No había otra alternativa para el banco y el gobierno que, o someterse a la ruina que Napoleón le había preparado o apelar a la fuerza que entonces más concentrada en sus manos pudiera diferir o cambiar la condición en que se hallaban. La célebre *Acta de Restricción* puso término a aquellas vacilaciones, mandando el gobierno suspender los pagos al banco, y dando a sus emisiones un curso forzado a la par del oro y la plata. Desde luego el banco pasó a ser una institución política, y por su medio los bonos de la tesorería pudieron tener una circulación como el dinero, abriendo así el camino a nuevos empréstitos y emisiones, en que el banco no descuidaba sus intereses particulares gravando al pueblo en el doble sentido de gastos inútiles y corruptores, y con las comisiones, réditos y demás recargos con que los negociadores se pagaban generosamente de sus alarmas pasadas y presentes.

Durante esta violenta circulación, en que se habían despedazado no sólo los principios entonces reconocidos del crédito, sino las instituciones que le servían de salvaguardia, y garantizaban los pueblos de la realidad de sus valores, el banco apoyado por la tiranía y la fuerza que habían sucedido a los primitivos arreglos

de su organización, tuvo el crédito y el poder de hacer ahorcar trescientos trece ciudadanos por falsificación de billetes, y de encausar a novecientos noventa y ocho. Estas falsificaciones alcanzaron en su totalidad a 656 mil pesos, y los gastos del banco para satisfacer sus venganzas y asegurar su predominio, a un millón 450 pesos, que costaron los procesos que siguió contra esos infelices, que hacían en el misterio lo que ellos ejecutaban por la fuerza y la tiranía a la luz del día, a la sombra de parlamentos, tribunales y de todas las autoridades que constituían aquel gobierno que se llamaba libre. Por los servicios hechos a la tesorería el banco obtuvo multitud de privilegios, emolumentos y ganancias, que proporcionaban a sus accionistas dividendos de diez a doce por ciento anual, aparte del aumento de sus capitales, que siendo en aquella época de once millones de libras esterlinas, subió en poco tiempo a 29 millones, todos arrancados a la nación con negociaciones escandalosas, cubiertas con el oropel del interés público y con el lenguaje cabalístico que inventaron los negociadores, que han hecho una ciencia de la organización demasiado sencilla del crédito.

Las operaciones del banco, marchando sin estorbo, facilitaban más y más los préstamos de la tesorería, montada ya en una escala de lujo, del que no era posible retroceder. El banco y el gobierno se daban la mano; el uno hacía valer su organización y el crédito forzado, que se le había dado, y que una necesidad de los más ricos capitalistas hacía tolerar, y el otro su poder, que la corrupción de sus parlamentarios había hecho omnipotente, y ambos explotaban las esperanzas del pueblo, para una próxima vuelta al cambio en moneda de las emisiones hechas. Pero vencidos los plazos asignados, la alarma volvió de nuevo, la autoridad del gobierno intervino otra vez, y los que jugaban su fortuna en las negociaciones con la tesorería, observaban la táctica hoy tan común en el comercio de proteger a un deudor insolvente dándole crédito, que sirva de cebo a la credulidad ajena, para obtener valores, que se los apropian después a sabiendas de que sus verdaderos dueños jamás serán pagados. Esto es lo que en el lenguaje de la corrupción moderna se llama viveza y genio mercantil, y que los economistas encomiaron como un rasgo de sublime patriotismo.

Cuando Guillermo III destronaba a Jacobo II, la renta de Inglaterra no era más que de diez millones de pesos, y hoy excede de doscientos cincuenta millones, lo que no podría explicarse ni concebirse sino por el desarrollo que el crédito ha dado a la industria de aquella nación. Los que habían penetrado los secretos del crédito público, como era natural, trataron de monopolizarlo, lo rodearon de un idioma misterioso, ocultando así sus sencillas operaciones a la multitud, que por su parte en la protección que el capital daba al trabajo recogía también algún provecho, que el crédito no podía menos que producir. Pero las grandes ventajas de los capitalistas no se limitaban a sus negocios con el banco y la tesorería, sino que se extendían al comercio, a las fábricas y a la industria, haciendo valer como moneda el valor de los bonos que habían recibido del gobierno. Con tan inmenso capital todas las industrias recibieron un desarrollo prodigioso, y hasta se organizaron asociaciones soberanas, con ejércitos y escuadras para conquistar lejanos y poderosos imperios, y someterlos a la mezquina política del interés, recargándolos de

contribuciones y opresión. A los ojos de la economía política éstos eran los resultados de las verdades que ella había aceptado, y la acumulación de capitales, que obraban tantos prodigios eran para los economistas el *non plus ultra* de esa libertad individual, para hacer cada uno lo que más le conviene en sus especulaciones y sus negocios. Pero a la retaguardia de tan espléndidos triunfos del capital venía el pauperismo, el hambre, la desnudez, la emigración, la decadencia, y ese presentimiento siniestro de un porvenir que aquella nación ya tiene a la vista.

En aquellos días, a la aristocracia de nacimiento, dueña de casi todo el territorio del Reino Unido, se juntó la de usureros y banqueros, donde los antiguos nobles iban a reclutar sus perdidas fortunas, estableciendo en principio que el nombre del marido dejaba intacta la antigua alcurnia, aunque se uniera con la hija del carnicero, con tal que tuviera pingüe dote. He aquí una falange bien poderosa para asegurar al gobierno inglés su reposo, y continuar sobre el pobre pueblo la cadena de sus dolores y sufrimientos, haciéndolo sudar rentas para saciar aquellas arpías que, henchidas con su sangre, rebosan de vida. De aquí también ese espíritu mercantil comunicado a la política, con que la codicia y el interés se erigen en principios, y ayudados de la fuerza se constituyen en derechos. La preponderancia marítima ha puesto a Inglaterra en esta condición, y su historia desde aquella época es como la de los fenicios y cartagineses, que en otras edades alcanzaron igual preponderancia.

Este refuerzo de usureros y negociantes a la antigua aristocracia, desde que el crédito público tomó su vuelo, sólo produjo la actitud estacionaria de aquella nación, que a pesar de las luces y de los progresos morales de los otros pueblos en sus instituciones, no ha dado sino muy débiles pasos en la reforma de tantos abusos, sobre ella aglomerados, efecto de la tiranía de sus viejas leyes y de sus pasadas discordias y anarquía. La revolución francesa, que naturalmente debió sacudir toda Europa, no tuvo más decidido antagonista, que a la par de sus riquezas prodigaba la sangre del pueblo por volver al mundo al feudalismo, que en ella se había hecho ya tan fuerte por los abusos del crédito. El despotismo de Napoleón, tan conforme con sus miras y política, fue combatido aún con mayor encarnizamiento desde que aquel coloso se había levantado del seno del pueblo, y eclipsaba las antiguas dinastías.

Si el poder del crédito ligado a la autoridad política ha producido en Inglaterra resultados de esta naturaleza, en Estados Unidos de Norteamérica entregado a asociaciones individuales, preparaba también la reacción del principio democrático, proclamado por aquella nación como su sistema de gobierno. Felizmente para Estados Unidos, el banco que allí se llamaba nacional no tenía tan íntimas relaciones con la tesorería, y tuvo la arrogancia de ponerse en lucha abierta con la democracia poderosa de aquel pueblo, creyendo su influencia y su poder demasiado bien establecidos para proclamar como en Inglaterra la aristocracia del dinero. Bien sabidas son las cuestiones de Mr. Bidle, presidente del banco y jefe de la aristocracia que la riqueza había organizado, con el general Jackson, jefe victorioso de la democracia, que terminó con la ruina de aquel banco, que, dando gran crédito a sus afiliados, y negándolo a sus adversarios, contaba con una palanca bien po-

derosa sin duda, pero que naturalmente debía chocar con otra fuerza mayor, que aseguraba la permanencia política de la democracia. Ya he dicho cómo el dictador Rosas, de Buenos Aires, con un desprestigiado banco, sin organización y sin base alguna monetaria, sostuvo su dilatada y cruel dominación, y triunfó de tantas tempestades que su política debía naturalmente levantar. La emisión de millones sobre millones, si depreciaba el valor de los billetes, siempre los dejaba como la moneda corriente de aquel Estado. Así una población entusiasta, activa, democrática por convicción, arrastrada por el cálculo del interés, y temiendo perder en un trastorno tantos millones imaginarios, se sometió al despotismo de un oscuro tirano, medio salvaje, que la dominó con el más insultante desprecio, y no hubiera caído si el oro del Brasil no hubiera entrado a competir con sus billetes.

Donde quiera que el crédito público se halle en manos de los gobiernos o de individuos privilegiados, el desorden de la circulación es inevitable. No todos los bancos tienen igual capital, no todos tienen a su cabeza los hombres idóneos, que pudieran inspirar una igual confianza. El crédito entonces es desigual, y en los cambios de la sociedad entera deben naturalmente aparecer los tropiezos y vacilaciones de estas diferencias esenciales, que cada uno aprecia según sus conocimientos y experiencia. Mil veces sería más ventajoso para nosotros desconocer absolutamente las ventajas del crédito, que iniciarlo como los demás pueblos, que lo han aceptado. Ellos por largo tiempo tendrán que luchar con los privilegios, con las costumbres y errores en que hasta hoy se ha basado el crédito, y si los gobiernos se hubieren apoderado de él, sus cadenas tendrán el brillo del oro por algún tiempo, después el hambre, la desnudez y al fin el comunismo. Inglaterra no podrá jamás equilibrar los males del triste futuro que la aguarda, con la efímera opulencia de sus pasados días. Este pueblo, que sólo hace siglo y medio no pagaba más de dos millones de libras esterlinas de renta, paga hoy doscientos cincuenta millones de pesos, de los que ciento cincuenta millones absorbe por sólo réditos la aristocracia de los negociadores con la tesorería. No entra en esta suma el diezmo, que constituye sólo en Inglaterra un valor igual al que gasta el clero católico de todos los pueblos del mundo; no entran las soberbias rentas de una nobleza dueña de todo el territorio, que sólo va a sus propiedades a hacer ostentación de un exagerado lujo; no entran la multitud de banqueros, fabricantes, etc., que todos sacan del trabajo del pueblo su opulencia, y esas colosales fortunas que han llenado de admiración al orbe entero. Fijen el político y el filósofo por un instante su vista en esta gran desigualdad social, y calculen si Gran Bretaña podrá ser un país libre, mientras exista una tal organización, mientras de un lado una poderosa minoría concentra todos los productos del trabajo, y la gran mayoría está sujeta al caprichoso salario que le asigna su opresor.

Muy lejos de esa decantada libertad, aquella nación, donde la multitud de sectas ha hecho tan débil el sentimiento religioso, hoy mera hipocresía de su peculiar carácter, la tiranía lleva sus excesos hasta imponer una enorme contribución a todas las sectas en favor de la que se llama Iglesia Anglicana, obra del más bárbaro de sus reyes, conjunto de tiranía y de caprichos, Iglesia formada por los cadalsos, por el fuego y por todos los crímenes que su historia nos revela. Estos obispos,

verdaderos soberanos por sus espléndidas rentas, miembros natos del Senado, que constituye el gobierno más aristocrático de la tierra, son los agentes de la autoridad, los que sostienen su política, apoyan sus resoluciones y marchan a la par con el ministerio, al que deben su nombramiento y elevación. El gobierno por su parte cuida paternalmente de su engrandecimiento, y las módicas rentas de otro tiempo con el aumento de la industria y el gran desarrollo de la agricultura por medio del crédito, han elevado el diezmo a una renta extraordinaria, en que gran número de obispos tienen más de cien mil pesos anuales, sinecuras que el gobierno reserva a los segundos hijos de aquellos nobles, que mejor sirven sus miras, y que por la ley no tienen título ni territorios.

El crédito que ha ensanchado todos los límites de la producción en aquella nación ha traído la completa desnivelación aun de estos sacerdotes, que también se llaman los representantes del Salvador, que predicó a sus apóstoles la pobreza y la humildad. Si tales debieran ser entre nosotros los efectos del crédito, lo repito de nuevo, más valdría esperar largos años, que pasar por tan tristes escenas y por tan cruel aprendizaje. Pero independiente el crédito de la autoridad política, sin que ésta por ningún título ni pretexto pueda meter la mano en tan sagrados intereses, nada hay que pueda oponerse al completo desarrollo de una institución de que la humanidad recogerá los más benéficos y extraordinarios resultados. He indicado ya las formas con que el crédito podría ser organizado y establecido, para obtener esta indispensable independencia, que completaría infaliblemente el equilibrio de los otros poderes políticos, terminando la acción constante de todos los gobiernos hacia el despotismo, al que sin grandes esfuerzos lo conduce la organización aristocrática, que hoy gobierna y oprime a la gran mayoría del género humano. La democracia, que hoy es la tendencia irresistible de todos los pueblos que han alcanzado alguna civilización, después de tantas oscilaciones en sus conquistas y triunfos, hallaría sin la menor duda en la dirección independiente de la riqueza pública la resolución de ese gran problema que hoy agita a la tierra, y que las constantes reacciones contra la libertad han hecho dudar pudiera algún día alcanzarse.

Un banco nacional independiente en su acción anularía ese poder, de que tan fácilmente abusan los gobiernos, para desnaturalizar todas las instituciones que se han erigido a nombre de la libertad. Desde que el oro corruptor no puede prodigarse por el encargado de las fuerzas públicas, la ambición de los que mandan, sus odios, sus pasiones, todo iría a estrellarse contra la autoridad del banco, que a su vez para resistir tiene toda la fuerza moral de la nación, ligada con él del modo más indisoluble, desde que ella es la depositaria de todas sus emisiones, o más bien de todo el capital circulante, que perdería si un gobierno intentara trastornar la institución y la autoridad que le sirve de base. Del mismo modo esas asociaciones individuales de capitalistas, fabricantes, y negociantes para monopolizar el trabajo de la gran mayoría del pueblo, fijando los salarios o la tasa de los réditos, desaparecerían sin esfuerzo, sin que por eso la industria, las artes, las fábricas, y las grandes empresas dejaran de recibir un poderoso impulso, sea por el crédito o la asociación o bien por el trabajo mismo, que siendo la mayor riqueza humana, no dejaría de tomar esa vitalidad que la ciencia y su propio interés le señalan. Este crédito pa-

cificaría también esa fiebre que se ha apoderado de las modernas sociedades, que las agita convulsivamente, y llenándolas de desconfianza y temores prepara ese sacudimiento que todos ven venir, que nadie se prepara a conjurar, si no es por la fuerza, cuando es esta misma fuerza la que se robustece y organiza para triunfar. Sin apelar a la ciencia, que no es más que la razón ilustrada por la experiencia y el análisis de lo que hemos observado, en vano se preparan las aristocracias a una resistencia contra esas ideas y principios invasores, que son la expresión de la miseria, del sufrimiento, del dolor, y si se quiere de esa envidia tan natural, viendo tantos goces y tanta riqueza al lado de tanta hambre, pobreza y desnudez.

La autoridad de un banco nacional no podría fácilmente abusar, desde que los otros poderes lo vigilan tan de cerca, desde que carece de esa fuerza material con que se sostiene un capricho o una injusticia, y desde que todo apoyo moral le faltaría en el momento mismo que saliera del sendero que la ley le hubiera trazado. El interés de sus directores naturalmente debía identificarse con el de la opinión pública, desde que elegidos temporalmente tenían que ser rígidos observadores de sus derechos, y de los de la sociedad entera, con la que iban a quedar más en contacto por la naturaleza misma de sus funciones. Sería ésta una nueva magistratura preparada de antemano por la ciencia económica, cuyos resortes forman la vida de los pueblos modernos, que avanzan o quedan estacionarios según la inteligencia de los que se hallan a la cabeza de sus destinos.

CAPÍTULO XI

CUÁNTO PODRÍA EMITIR UN BANCO NACIONAL A LA CIRCULACIÓN, CALCULADO EL ESTADO DE NUESTROS CAPITALES E INDUSTRIA

Creía poder agotar la materia de bancos en el capítulo anterior, y aún me queda mucho que decir; justo es dar ensanche a tan importante materia, y sacrificar el plan que me había propuesto a la difusión de estas ideas, tanto más importantes cuanto más analizadas.

Desde que un banco hace préstamos y descuentos a un bajo interés, los usureros tienen que someter sus capitales a la tasa que aquél les asigne, o bien retirarlos de su antiguo y funesto acomodo. Tres beneficios recoge la sociedad de este primer ensayo del crédito público: se protege al hombre industrioso con la baja del interés, se obliga al usurero improductivo a buscar una industria para acomodar sus capitales, y de la concentración del crédito en manos de una autoridad pública se forma una renta nacional de la más alta importancia.

Cuando se llega en civilización a cierta altura, la moneda no puede de modo alguno llenar las necesidades de las naciones que se hallan en el camino del progreso, y es por esto que en los pueblos donde el crédito es desconocido hay una paralización, que contiene al genio y al espíritu, que la industria y el trabajo llenaría de vida, si contasen con los capitales que necesitan. Se puede asegurar que la falta de instituciones de crédito tiene inactiva a la mitad al menos de las fuerzas productivas de una nación, que las desconoce si se compara el poder, la riqueza y recursos de otra que las acepta aunque sean iguales en población, en territorio, y en productos naturales. Para resolver estas cuestiones, como ya lo he dicho, se ocurre a los privilegios de raza, en lo que hay tanto error y alucinación, que no dejaré de consagrarle un capítulo en este escrito.

En una nación que carece de datos estadísticos no es posible fijar la cantidad de dinero que circula, ni tampoco pasa de una probabilidad, la que pueda necesitarse, lo que depende de la riqueza del territorio, de las facilidades de su comercio, y de la industria, que la baja del interés debe despertar. Pero como un banco entre nosotros debe comenzar ensayando su crédito, él irá conociendo estas necesidades, y haciendo sus emisiones en proporción a ellas; sin olvidar que el dinero en caja para

satisfacer la desconfianza, y cambiar al instante sus billetes, es la base actualmente reconocida del crédito, y como lo conciben los que no creen en otros signos de riquezas que el oro y la plata. Año por año, día por día, la industria y la confianza han de despertarse, la una con la baja del interés, que la anima a emprender todo, la otra al ver la exactitud con que se le cambian sus billetes por monedas.

Que la usura queda anulada, y que la industria tomará un vuelo, que hoy no alcanza nuestra imaginación, es indudable. Los agentes indispensables del trabajo, comprimidos por el monopolio, puestos al alcance de todos, obrarán una revolución en nuestra condición, que hará la felicidad común, sin que la ambición de dominar y explotar el trabajo ajeno pueda encontrar sus antiguos resortes, ni esos privilegios que las aristocracias se dieron a sí mismas en sus épocas de dominación. En la misma proporción que los individuos, el banco aumentará sus provechos, la necesidad de capitales traerá nuevas emisiones, siempre proporcionadas, como ya lo he dicho, con la suma de dinero que le sirve de base, sin prestarse a esa fiebre industrial que no tiene más impulso que la codicia, y en que los capitales se aventuran como en una mesa de juego. La marcha de los negocios ilustrará a la autoridad, hasta donde un pueblo puede llevar prudentemente su industria, y para contener el vértigo que produce el amor del lujo y de los goces, no hay mejor remedio que disminuir las emisiones, por más que se ofrezcan garantías, si se acometen empresas ruinosas; o el incentivo de los placeres y del lujo son la causa de aquellos préstamos. Entre nosotros una vez destruida la usura, que por su interés fomenta todos los vicios, el banco hasta cierto punto puede producir el efecto de las leyes suntuarias sobre la fortuna individual. Concentrado en sus manos todo el crédito social, porque sin duda a este punto llegará algún día, el directorio que lo gobierna hará su principal estudio de la fortuna individual, conocerá las rentas de cada uno, observará sus gastos, y por cierto que sus vicios y virtudes entrarán en gran parte en las transacciones y arreglos que él haga con los ciudadanos.

Los establecimientos de crédito, cuyo primer resultado es la baja del interés, después de haber encontrado una oposición encarnizada antes de existir, hallarán aun después de planteados, enemigos terribles, armados de todas las intrigas y mala fe, que el interés debe hacer más formidables. Éstos se revestirán de todas las formas imaginables para desacreditar un banco que les arrebatara no sólo la importancia que el dinero da en nuestra actual organización social, sino también que no les deja acomodo a sus capitales, superior al interés que el banco ha asignado. Esta circunstancia traerá los más benéficos resultados, colocando todos los capitales acumulados por los individuos en empresas mercantiles, en fábricas, caminos, etc., estableciéndose sin esfuerzo el espíritu de asociación, que en vano en el actual orden de cosas nos afanamos en promover entre nosotros, mientras la usura halle un camino expedito donde poner sus fondos con grandes seguridades a ganar créditos tan gravosos a la industria. Esto es lo que pasa en Inglaterra y en Estados Unidos, donde la excesiva circulación de valores de crédito ha casi inutilizado el dinero, que sólo les sirve para extender su negocio sobre el resto del mundo, que aún marcha encadenado por las preocupaciones y errores difundidos contra el crédito, por aquellos mismos que más de él se aprovechan.

Es una pretensión inútil de todos los otros pueblos el plantear la asociación, en que las fuerzas reunidas de los capitales obran tantos prodigios en las dos naciones que acabo de citar. Se han escrito sobre esto tratados llenos de erudición y razonamiento, autorizados con brillantes ejemplos; pero el resto de Europa ha tenido los ojos vendados para no ver que sólo el aumento de capitales por el crédito podría producir este fenómeno. La asociación es una declamación, una palabra sin sentido, donde la usura pueda hallar acomodados ventajosos a sus capitales. En América española aún estamos más lejos que Europa de alcanzar estos beneficios por la dificultad de hacer acumulaciones con nuestros hábitos de lujo, con nuestras ideas económicas y el predominio del principio aristocrático, que cuenta con la falange de extranjeros, para inutilizar lo que constituye el verdadero crédito. La asociación, económicamente hablando, es el crédito; lo que el individuo no puede gastar de sus provechos o rentas forma un capital más o menos grande, que o se guarda en una caja o va a servir a alguna industria. La humanidad cada año obtiene un sobrante que va a enriquecer a las futuras generaciones; las sumas de esos capitales son casi nada individualmente, reunidas forman una masa enorme de riqueza, que toda irresistiblemente se encamina a la asociación. El individuo no puede distraerse de sus negocios establecidos, para girar en alguna otra industria el corto capital que le sobra anualmente, y toma alguna pequeña acción en tal o cual empresa que le promete un buen provecho. La moralidad de estas asociaciones para dar una dirección económica, activa y honrada a los capitales, no podía hallarse en nuestras costumbres, en nuestro egoísmo, ni aun en nuestras convicciones. Todas las empresas de esta naturaleza comienzan y acaban por pleitos, el capital reunido siendo de muchos se malgasta por unos pocos; nadie recibe un gran mal y algunos quedan favorecidos; tales empresas son consideradas con suscripciones en beneficio de sus directores. En los pueblos donde el crédito domina hay dilapidaciones, sin duda mala dirección, bancarrotas, etc., pero los asociados nombran generalmente hombres especiales reconocidos por su honradez y capacidad, y como estas asociaciones no son como entre nosotros de grandes capitalistas sino de cuantos pueden reunir una pequeña suma, que baste a tomar una acción, la cuenta ha de ser tan exacta como la responsabilidad. Si las leyes protegen la asociación, y alcanzamos entre nosotros a organizar el crédito, por cierto que llegaremos aún más adelante que esos pueblos que nos esforzamos hoy en vano por imitar en esta parte.

Si mi pensamiento abraza la humanidad entera, si mis ideas recorren las revoluciones que la agitan, y salen de la reducida esfera de nuestro país, no por eso dejaré de hacer aquellas explicaciones particulares que influyen directamente sobre su gloria y bienestar. ¿Qué capital sería bastante para arruinar la usura que nos es tan funesta? Ésta es la primera pregunta que debemos hacernos. Difícil es resolverla con acierto en un país donde todas las transacciones se realizan con el oro, y donde no hay ni puede haber estadística que designe la circulación monetaria; pero por un cálculo prudente y aproximativo, 25 millones de pesos bastarían para obtener tan extraordinario beneficio. Para una emisión de esta cantidad se necesitaría un fondo de seis millones en oro, que podríamos reunir muy fácilmente. Cuatro millones ha reconocido Perú y de ellos, dos vamos pronto a recibir, un

millón habrá en sobrantes por más que se haga sonar en las cuentas de la tesorería mayor suma; podría aplicarse por diez años para capital del banco el producto del Estanco, quedando destruido irrevocablemente para aquella época, y sacando de las manos de los gobiernos la renta pública, ¿cómo una nación que en 1836 gastaba millón y medio no podría ahorrar un millón de los cinco a que han subido sus rentas? El gobierno podría además absorber todas las capellanías, tomando anualmente el capital un tres por ciento, y en treinta y tres años se hallaría depositario de la enorme suma que hoy está impuesta en esta forma, reconociendo por cierto el interés a sus legítimos dueños, que el banco pagaría religiosamente todos los años.

Esto es demasiado para una emisión de 25 millones de pesos, que bastarían para destruir la usura; y si la industria, las fábricas y el comercio tomaban un rápido ensanche, el gobierno podría fácilmente atraer todos los capitales que antes constituían el negocio de la usura. Si el banco ha fijado la tasa del interés al cinco por ciento, él podrá levantar todos los fondos monetarios que antes circulaban a subido interés. El usurero inerte, que sólo se ocupa de revisar las fechas de sus documentos para mandar cobrar sus recibos, antes que ocuparse de alguna industria, aceptará más bien la responsabilidad de la nación entera que la de cualquier individuo, y depositará en la caja del banco sus valores. Hoy mismo que el interés vale el doce por ciento anual, muchos prefieren comprar los fondos públicos que no producen sino el siete por ciento del capital invertido. Para obtener estos resultados preciso es haber antes triunfado sobre la usura, estableciendo el crédito sobre las sólidas bases que he indicado. Un ejemplo demostrará la evidencia de estas ventajas: a pesar de la defectuosa organización del crédito en Inglaterra, Francia tiene en circulación monetaria tres mil millones de francos, mientras aquella nación tan industriosa y productora sólo tiene una tercera parte de esta suma en dinero. Francia tiene un tercio más de población; el genio nacional es emprendedor, aplicado a las fábricas, al comercio, abraza todas las artes, conoce y posee todos los grandes descubrimientos de la época, ha hecho otra vez sus ensayos ruidosos de crédito, hoy débilmente lo acepta, y no obstante no producirá más de la mitad de los valores que el pueblo inglés, en cuyo trabajo no deben contarse ocho millones de irlandeses, ignominiosa y bárbaramente oprimidos.

Tenemos abierto el gran libro de la experiencia y de la historia para conocer y analizar los errores de los pueblos, la fiebre que se ha apoderado de ellos en determinadas épocas, la mala fe y la violencia de los gobiernos para explotarlos, y no son desconocidas las artes miserables con que una nube de ávidos especuladores ha burlado la confianza y lealtad de los hombres industriosos, y de naciones enteras. Francia no ha podido curarse de la profunda herida que el regente le hizo con el sistema de Law. Inglaterra es la gran escuela de los fenómenos del crédito; allí podemos seguirlo desde su infancia hasta la decrepitud, en que el mal uso de sus poderosos y enérgicos resortes han quedado gastados con la enormidad de su deuda, y los horribles réditos que el pobre pueblo es obligado a pagar. El pauperismo y la rica aristocracia, los privilegios de los unos, la nulidad de los otros; el cartismo, el comunismo, la asociación de un lado, y del otro la corrupción, la fuerza y la concen-

tración, todo nace del abuso del crédito y del desprecio de sus principios más reconocidos. Los americanos del norte, impulsados por una fiebre industrial, sean cuales fueren los defectos de su sistema de crédito, no pueden detenerse un momento para reorganizarlo; la necesidad de capitales no les da tiempo tampoco para mirar hacia adelante, para analizar su actual condición ni calcular las mejoras que podrían alcanzarse. Quizás ellos han llegado a persuadirse que toda organización en intereses es un freno insufrible, que detiene el movimiento febril que los impulsa y los agita, y que la anarquía del crédito es democrática, y los ha lanzado en esa aventurosa existencia, todo material, en que se busca y se ama aun el mismo peligro.

Nosotros con nuestra ignorancia estamos bien distantes de este triste aprendizaje, y teniendo a la vista los errores de estos dos pueblos extraordinarios, podemos con paso firme marchar a la realización del verdadero crédito, ya reconocido por sus principios inmutables. Esta institución es demasiado sencilla en su teoría y en la práctica, a pesar del empeño de hacer de ella una oscura ciencia, que debía sólo estar al alcance de sus iniciados. Ese lenguaje técnico no es más que la expresión convenida de ciertas combinaciones, que se presentaban como los oráculos de las Pitonisas con un doble sentido, en que la realidad es muy distinta de lo que el pueblo comprendía.

Ya he indicado mi opinión sobre la futura condición de la moneda en el mundo civilizado; sin duda alguna el crédito va a anular al oro y la plata, lo que puede deducirse del ejemplo que acabo de presentar, sobre la cantidad de moneda circulante en Francia e Inglaterra. En efecto, aceptando y reteniendo un banco nacional los documentos de cuantos le piden préstamos, y hacen descuentos, conserva los títulos de todos los valores que ha emitido; su seguridad es tan grande como su responsabilidad. Si a esta condición de su existencia se añade la mancomunidad de la nación entera que afianza sólidamente todas sus emisiones, ¿podrán hallarse sobre la tierra valores mejor garantizados que los billetes emitidos por un banco de esta naturaleza? En la rapidez de este escrito la sola indicación de estos fenómenos es bastante, pero quizá más adelante pueda analizar esta idea, que apenas bosquejo, y que sin duda es de la más alta importancia para asignar al crédito sus futuros destinos.

El crédito es seguro que brillará sobre todas las instituciones humanas, es el complemento de una gran ciencia política y moral, que elaborada en el transcurso de los siglos pondrá término a la triste crisis por que atraviesa la humanidad. El trabajo por su medio saldrá de su desastrosa condición, si se eleva en la proporción de su verdadera importancia, una vez emancipado del cruel pupilaje del capital. La democracia, como ya lo he dicho, no hallará estorbos en su marcha, los privilegios no podrán existir, la desigualdad social no vendrá de las instituciones sino de la virtud, del mérito, de la inteligencia, y del trabajo; la riqueza si se quiere será goce, comodidad, placer, pero nunca poder social ni político; la tiranía se alejará insensiblemente de la tierra, a la par que el crédito extienda su influencia, concentre sus relaciones, y ligue al ciudadano con el Estado.

Con una emisión de veinticinco millones de pesos veríamos transformarse nuestra sociedad, y ese furor por los empleos, manía heredada de nuestros pa-

dres, tomaría su dirección hacia el trabajo. Los pueblos dejarían de ser el punto de reunión de una brillante juventud, ilustrada, llena de aptitudes, que no hallan otro porvenir que la heredad de sus padres o un empleo. Para alcanzar aquélla es necesaria la muerte de lo que debe serle más caro, y para el otro, sacrificar a sus intereses su delicadeza, prostituir su conciencia, aceptar todas las injusticias y errores del poder que los ocupa, envilecerse y degradarse hasta perder la idea de su propia dignidad. Abierta la puerta al trabajo, allanados los estorbos para obtener un capital a bajo interés, ¡qué distinta existencia!, la independencia, esta necesidad de toda alma elevada y generosa, ¿habrá algún bien en la tierra que la pueda igualar? Éste sería el primer fruto de la emancipación del trabajo por medio del crédito; las fábricas, el comercio, la navegación, las minas, la agricultura, todo recibiría un impulso proporcionado. Las artes mismas, desdeñadas por las bárbaras preocupaciones de nuestros padres, despertarían el genio de los jóvenes que lejos de ver una ocupación degradada, harían el orgullo y la fortuna de los que en ellas sobresaliesen.

Las revoluciones, esta epidemia de los pueblos americanos, obra exclusivamente de nuestra condición social, donde los elementos de dominación son tan fuertes y enérgicos, ya por la extrema desigualdad de condiciones y clases, o ya por la legislación, que presta tantos recursos al despotismo, no podrían ni hallar prosélitos para trastornar los gobiernos elevados por la opinión, ni éstos los elementos para sobreponerse a las instituciones y aumentar su poder. Lo que en Inglaterra sostiene principalmente al gobierno es el interés de sus acreedores, que ven en una revolución la ruina completa de sus créditos contra el Estado. ¿Cuál sería la fuerza conservadora de la unión, del interés popular con el de la administración, que no puede tener más camino que el que le asigna la opinión pública, ni más intereses que los del pueblo, que le confió sus destinos? Una emisión de 25 millones daría a Chile la garantía de todos sus tenedores, que en una revolución contra las instituciones y la libertad verían comprometidos sus intereses. Lo que no pudiera el patriotismo en este siglo tan árido y escaso de virtudes generosas, lo obtendría el egoísmo tan activo y exigente del interés.

Estos 25 millones darían desde luego un millón 250 mil pesos de renta anual a la república, sólo cinco por ciento de interés, y cuando concentrado el crédito e impulsado el trabajo y la industria se multiplicasen las necesidades de capital, y se hiciesen los cambios más activos, esta renta no tendría más límites que el genio y la laboriosidad de un pueblo. La suma indicada para un primer ensayo es bastante lisonjera, y no puede dudarse que a la altura que hemos llegado, Chile aceptaría desde luego aun mayor cantidad en su circulación. Mil empresas lucrativas de una reconocida importancia aparecerían desde luego. Que el especulador y el industrial obtengan la mitad de lo que antes absorbía la usura, y veremos plantearse aquellas fábricas que valorizasen nuestras primeras materias, que hoy salen recargadas de derechos, intereses y comisiones, para ocupar la industria europea, y que se nos vuelven elaboradas, y a precios que comparados con el valor primitivo de la materia nos parecen fabulosos. Nuevas comisiones, nuevos intereses, fletes de retorno, nuevos derechos de exportación, contribuciones locales, etc., todos estos

son recargos para obtener los efectos y manufacturas que se fabrican con nuestros productos naturales, los que ocuparían ventajosamente el excedente de nuestra población, muchas veces inerte por falta de trabajo.

Todos los bancos que el interés particular pudiera organizar, antes que estas ideas puedan realizarse, y lleguen los pueblos y los gobiernos a convencerse de sus verdaderos intereses, deben concentrarse en el banco nacional, que bajará sus réditos hasta no admitir competencia de esta naturaleza. Sea que la condición de nuestra organización política se preste con tanta facilidad a todo privilegio, sea que los conocimientos inciertos de los que mandan no alcancen a conocer los resortes del crédito, o bien que la usura, revistiéndose de las formas lisonjeras de este mismo crédito, se presente a llenar las necesidades de capitales que tan imperiosamente se sienten, el banco nacional más generoso que todos, debe hacer desaparecer estos establecimientos particulares reduciendo sus intereses. Así se concentrarán todos los provechos del crédito público, que deben formar la más interesante renta de un Estado, si no la única, suficiente para todas sus necesidades, para el fomento de la riqueza nacional, y hasta para un cierto lujo en todo lo relativo a su administración. Tales ideas a la primera indicación se presentan como quimeras, o delirios de una imaginación enfermiza, y entre tanto ésta es una verdad matemática, que la ciencia y el tiempo pondrán al alcance de todos.

CAPÍTULO XII

EL SOLO CRÉDITO PÚBLICO CONCENTRADO POR UNA AUTORIDAD NACIONAL DEBE PRODUCIR UNA RENTA SUPERIOR A TODAS LAS NECESIDADES DE UN ESTADO

Hay pensamientos que parecen, a pesar de su realidad, paradojas insostenibles, pero una vez analizados y convertidos en hechos, forman una evidencia, a que no puede resistirse ni aun la inteligencia más preocupada: tal es el epígrafe de este capítulo.

Debemos partir del principio de que el crédito público no pertenece a ningún individuo ni asociación, desde que la emisión de billetes de crédito equivale al derecho inherente a todo gobierno de acuñar él solo la moneda. Pudiendo suplirse toda la moneda circulante en un país con billetes que la representen, es claro que la autoridad nacional puede absorber todos los provechos y ventajas que hoy obtienen los individuos por la desorganización del crédito. Por medio de privilegios que los gobiernos no pueden otorgar en perjuicio de las naciones, se ha privado a éstas de una renta, que a poco andar llenará todos sus gastos; y estos privilegios han introducido en la circulación tal anarquía y desorden, que crisis frecuentes deben sostener la incertidumbre del verdadero crédito, y dar a este ramo de la ciencia económica esa vacilación, que intereses tan diversos no pueden dejar de presentar.

Cuánto pueda producir a la renta pública el solo crédito público es cuestión que sólo el tiempo podrá matemáticamente resolver; pero sin duda es ingente, lo que puede demostrarse con la irresistible lógica de los hechos. Cuando las ventajas del crédito se hagan perceptibles a nuestras poblaciones, cuando el hombre industrioso y el pobre vean las facilidades de obtener un capital a un rédito moderado, que proporcione a su trabajo una justa retribución, ¿quién puede dudar que todas las industrias, fábricas y artes que hoy nos importa el comercio de Europa se establecerían desde luego entre nosotros? El sólo plantear el crédito traería una revolución en la marcha lenta a que hasta ahora nos ha condenado la escasez de capitales, monopolizados por el privilegio, revolución que terminaría la crisis por que pasa la humanidad, si además se arregla el dominio de la tierra conforme a alguno de los medios que he indicado.

Concentrado el crédito en un solo banco, que se procuraría todos los conocimientos imaginables sobre la propiedad y capital de cada individuo, el orden de la sociedad se simplifica extremadamente en sus relaciones, siendo las ganancias y pérdidas, que la ignorancia o confianza de sus directores pudiera traer, puramente nacionales. El agricultor y el comerciante más trabajan hoy en la averiguación de la responsabilidad de sus compradores, que en todos sus demás arreglos. Desde antes de venderles nada, comienza una inquisición degradante; se buscan las relaciones y amistades de los que los conocen, se registran las oficinas públicas, los archivos de hipotecas, se recorren las casas de comercio, que si tienen alguna cuenta pendiente dan falsos informes, y se pagan con los valores que a otros arrancan. Esto es extremadamente embarazoso, hasta cierto punto inmoral, y casi siempre inútil, porque la mala fe se reviste de una importancia que alucina; ostenta responsabilidades y riquezas que no tiene, y la codicia de los usureros se ciega a la vista del cebo de un enorme rédito que se les ofrece. El negociante y el agricultor en la venta a plazo aseguran su comisión, obtienen una utilidad superior a toda compra de contado, pues van recargados los intereses más allá del corriente en el mercado, y se desprenden de un producto sujeto a las alteraciones del tiempo y a las vacilaciones de un comercio libre.

Un banco, por el contrario, traería la seguridad en todas las transacciones, porque todas ellas se harían de contado. El que no tuviera crédito para obtener un préstamo o un descuento del banco, no lo tendría ante ningún particular. Estos establecimientos, ocupados exclusivamente de formar un catastro, no sólo de los valores agrícolas sino de todas las industrias, fábricas, navegación, comercio, etc., llegarían a obtener datos más o menos aproximativos, y siempre muy superiores a cualquier individuo, de todas las responsabilidades de una nación. En Inglaterra y Estados Unidos todos los cambios de la sociedad están casi exclusivamente concentrados en los bancos; por medio de sus emisiones se verifican todas las transacciones, y en estas dos naciones el crédito público es aún muy imperfecto, desde que parte de mil bancos cuyos capitales son desconocidos, cuyos negocios impulsados por el deseo de excesivas ganancias son ruinosos, aumentan sus emisiones según sus necesidades y compromisos hasta traer la vacilación y la anarquía en los mercados. Esto aún sube de punto, desde que las deudas de los gobiernos, sin base alguna y sin otra responsabilidad que la buena voluntad de las generaciones futuras, tienen circulación como el oro y la plata, y sirven de capital monetario a los bancos particulares para responder del cambio de sus billetes.

Nada de esto habría que temerse de un banco nacional que, uniforme en su acción, y garantizado por toda la riqueza de una nación, haría sólo sus emisiones, según las necesidades de los individuos, proporcionándolas al capital con que cuenta en su caja. Éstas dejarían por responsabilidad equivalentes valores en la caja nacional, de manera que todos los inconvenientes de los bancos particulares desaparecerían desde luego.

Una superabundancia de circulación de crédito será un inconveniente, que hoy es la causa más activa de las crisis a que los pueblos están sujetos. El crédito tal cual hoy lo comprendemos, tiene una base monetaria y metálica, y una

abundancia de billetes la inutiliza hasta cierto punto en la caja de los banqueros, que seguros de su crédito mandan su dinero a países extranjeros, que sólo hacen sus compras y ventas en especie, a ganar réditos, o colocarlos en especulaciones de pronta realización, para poder estar prontos y hacer frente a cualquier alarma de desconfianza. Pero ésta es casi siempre violenta, pende de los accidentes de las mismas negociaciones en que se engolfan, y aún de los celos y malquerencia de los mismos banqueros, que unos con otros se hacen competencia. Una alarma cualquiera trae una crisis, el banco procediendo honrosamente tiene responsabilidades, pero no las puede realizar en el día, los billetes están en manos de la sociedad entera, que impulsada por la desconfianza pide instantáneamente el cambio en dinero, que no pudiendo cobrarse con la misma presteza trae una inevitable bancarota, en que los tenedores pierden al menos la mitad, y los banqueros quedan ricos haciendo una liquidación tranquila, con la que van comprando sus billetes con rebajas muy exorbitantes.

Es seguro que estas escenas no se verán jamás en un banco nacional. Además de la responsabilidad individual de todos los que piden préstamos o hacen descuentos, que sin duda alguna es de propietarios, ricos comerciantes e industriales y fabricantes, existe una mancomunidad de la sociedad entera para responder de cualquier déficit que pudiera ocurrir, lo que no es posible imaginarse si se atiende a la soberbia renta que una nación retirará anualmente del solo crédito público.

En el año de 1837 Inglaterra gastó en su marina, en su ejército, y su lista civil y judicial, la enorme suma de ciento dos millones de pesos, lo que demuestra un lujo excesivo en una nación donde la administración interior es en su mayor parte municipal y gratuita, y en una época de perfecta tranquilidad política y social. En ese mismo año pagó aquel gobierno por intereses de su deuda interior ciento cincuenta millones de pesos, es decir, los acreedores del Estado recibieron un valor equivalente a todos los gastos nacionales y un exceso no muy pequeño de 48 millones más. Si el crédito que los ciudadanos han dado a su gobierno lo hubiera este otorgado a la nación, es claro y aun matemático, que Inglaterra tendría hoy de su solo crédito público la enorme suma de 150 millones de pesos de renta, es decir, una suma para cubrir todos los gastos de su pródigo gobierno, y un sobrante de 48 millones, que en lugar de sostener una aristocracia de 300 mil acreedores, que hoy tiene aquel gobierno, servirían para impulsar la prosperidad de 28 millones de ingleses, formándoles un paraíso de lo que hoy es la triste morada de un trabajo ímprobo, que no alcanza a saciar el hambre ni cubrir la desnudez. ¿Es éste un hecho que todos tenemos a la vista y podemos palpar, o una teoría de las que inventa el socialismo para resolver las cuestiones que más lo agitan?

Por la carencia de datos y libros en el retiro en que redacto este escrito, no he podido aplicar a Inglaterra lo que ella paga y obtiene de su renta pública, en este año, pero de 837 cuyas cifras tengo, a 852, no habrá notable diferencia, siendo la renta y el gasto poco más o menos uniforme y la amortización casi nula. Tanto sobre Inglaterra como sobre Estados Unidos no tengo otros datos que los del acreditado *Diccionario de Comercio* de M. Culloch, al que de una vez por todas me refiero, para autorizar mis observaciones y datos en todo este escrito.

La cuestión más natural que aparece de este fenómeno rentístico, que la estadística de Inglaterra nos presenta, es el determinar que sea más sencillo y más útil para una nación el que ésta dé crédito a su gobierno o que el gobierno dé crédito a los ciudadanos. Cuestión es ésta en que mil bienes y ventajas aparecen desde luego dando el gobierno y la sociedad el crédito a los individuos, y haciéndose prestamista en lugar de deudora. Muchas verdades y principios de que ya antes me he ocupado son aplicables, pero hay otras muchas que poner de relieve para resolver una cuestión de tan gran importancia.

Desde luego el gobierno no tiene en sus manos los recursos de corrupción y tiranía, habiendo una autoridad consagrada exclusivamente a la dirección de los intereses públicos. El ministro Luvois de Luis XIV tuvo una disputa con éste sobre la colocación de una ventana, en un palacio que se hacía; el rey llamó al arquitecto, el que le dio la razón, y Luvois se retiró humillado y perdido en la gracia del rey. Al llegar a su casa uno de sus amigos captó su situación, y le preguntó la causa – *Yô, dijo Luvois, estoy perdido, pero lo haré distraer de las ventanas metiéndolo en una guerra en que le sea necesario.* En efecto, la cruel e infeliz guerra que duró tantos años, en que perecieron tantas víctimas, se gastaron tantos caudales, y que puso a Francia al borde de su ruina, todo fue el resultado de la disputa por la ventana. Esta escena se repetirá siempre no sólo donde haya tiranía sino donde los gobiernos tengan el inmenso poder de disponer de la renta pública. El gobierno inglés, corrompiendo con empleos o pensiones la cámara que representa al pueblo, y donde la mayoría pertenece por sus relaciones a la aristocracia, divide con ésta su poder y deja a la nación las formas democráticas de un gobierno, que bien puede ser aceptado por todos los ricos, pero que es para el pobre una prensa de enorme peso que le extrae todos sus jugos.

Por este aspecto la autoridad de levantar empréstitos siempre funestos y onerosos, recargados de enormes usuras, queda anulada, y las fuerzas reaccionarias de todo gobierno comprimidas, desde que no tiene dinero para organizar fuerzas ni para corromper. Estos resultados políticos, cuánto influyan en la armonía social de una nación, y cuánta moralidad traigan en pos de sí, sólo lo veremos cuando la humanidad ilustrada por sus desgracias, y después de recorrer todas las fantásticas teorías de los que la halagan y descarrían, llegue al término que hoy desde lejos le muestra la ciencia, que la economía, la historia, la estadística, la política, la moral y la religión formarán de lo más puro y razonado de sus principios y del análisis más profundo de nuestra inteligencia. La manía de hacer desaparecer todo lo que existe para reorganizar la sociedad de nuevo es una locura de nuestra época, como si la experiencia de los siglos y el trabajo de los sabios fueran una quimera, como si todas las fases y revoluciones, por que la humanidad ha pasado fueran estériles para su grandeza y felicidad y como si las instituciones aglomeradas en tantos siglos pudieran borrarse sin sepultarnos en la barbarie.

Mirada la cuestión por el aspecto económico, los réditos o deudas de un gobierno traen un recargo de contribuciones, que necesariamente debe producir funestas consecuencias sobre la riqueza pública y privada, y una desorganización completa en la retribución o valor del trabajo. Esta desorganización trayendo la miseria de un lado, levanta del otro la holgazanería y el orgullo; y la desnivelación

absoluta de todo orden social es el resultado de la acumulación de las riquezas en la clase más inerte e improductiva. A la aristocracia de antiguos blasones se reúne la aristocracia del dinero, que buscando elevación y dominio es en nuestro siglo la más funesta, la más servil y despreciable, sin dejar de ser por eso un poder político y social, que sostiene con sus esfuerzos y riquezas todo cuanto las luces, la civilización y la moral condenan, todo cuanto la barbarie y la tiranía han inventado para oprimir y degradar a la especie humana.

Si descendemos a la influencia poderosa que sobre el bienestar de los pueblos traería la abundancia de capitales para emprender todas las industrias que un pueblo puede abrazar para bastarse a sí mismo, si calculamos el desarrollo del trabajo y de la industria humana, tan luego como ella pueda desprenderse del peso con que la oprime la usura, hallaríamos el principio democrático tomando sus verdaderas dimensiones y elevándose a la grandeza colosal que hasta hoy sólo ha bosquejado la humana inteligencia. Sin el valor y retribución que el derecho y la justicia, a la par que la ciencia y la moral asignan al trabajo, la democracia es sólo una deducción lógica, una verdad sin aplicación, un principio reconocido, pero no más que una utopía sublime, lisonjera y brillante, si no tiene por base la apreciación exacta de lo que vale el brazo del hombre. La economía da a este brazo toda la importancia de la riqueza, él es el criador de toda ella, y de cuantos valores la sociedad humana ha aumentado, y no obstante él es el más degradado, no bastando al presente su producto para cubrir ni las más urgentes necesidades de la vida.

Por lo que respecta a la responsabilidad del deudor, ¿cómo podrá ponerse en paralelo la de un gobierno, obra las más de las veces de la violencia, de la intriga, de la venalidad, y casi siempre del poder de las armas, con la de la sociedad entera que se constituye responsable de las emisiones que a su nombre se hacen? Se dirá que un gobierno hace intervenir a la sociedad entera como garante de sus emisiones, pero esta responsabilidad es nominal, incierta, sin derecho, y muchas veces nula. Los gobiernos como los individuos hacen bancarrotas, y para borrar hasta los recuerdos de sus deudas hacen intervenir entonces la voz de los pueblos, se escudriñan los títulos de aquellos créditos, se busca su origen, se analizan las usuras y los provechos que han obtenido, y siempre se hallan las combinaciones más fraudulentas de los gobiernos pródigos con los prestamistas sanguijuelas de la riqueza pública. El capital prestado no es muchas veces la mitad de lo que aparece, y los intereses se cobran no por la suma recibida sino por el valor nominal que aparece, con lo que se engaña a los pueblos. Estos préstamos emitidos a la circulación, si hay regularidad en el pago de intereses, se ponen luego a la par con el dinero, el negociador de un golpe ve duplicarse sus capitales, recibiendo desde el principio un doble rédito de lo que en realidad ha prestado. Estos provechos extraordinarios sirven de cebo a un ejército de prestamistas, que rodean los ministerios ofreciéndoles dinero, que sólo sirve para armar soldados y sostener un lujo que hace horrible contraste con la miseria del pobre pueblo. Así es como Inglaterra ha formado su enorme deuda, así es como los demás gobiernos de Europa van amontonando sobre sus pueblos deudas sobre deudas, para sostener las fuerzas que los encadenan, y pagar la corrupción que les sirve.

Estas deudas a las que comúnmente se asigna una amortización nominal, jamás el gobierno que las contrajo ni la generación que las autorizó las pagan; ellas son lanzadas sobre las generaciones futuras, que tienen que trabajar hasta agotar sus fuerzas para satisfacer los desaciertos de gobiernos tiránicos y corruptores, que les han legado en lugar de bienes e instituciones que mejoren su condición, todas las miserias que sus guerras y su lujo debían naturalmente producir en la época que los contrajeron. Una generación, legalmente hablando, no está obligada a responder por los gastos de las que la precedieron; la razón, la justicia, todos los principios de equidad, y hasta el buen sentido se oponen a esa transmisión, al que se ha querido dar un carácter sagrado llamándola crédito público. Este tácito consentimiento de las generaciones futuras a pagar las deudas de anteriores gobiernos es una de las preocupaciones que el interés ha sugerido, y que la gritería de falsos economistas ha llegado a establecer como principio. Si tal fuese la marcha de la humanidad, si los vicios, la prodigalidad, el lujo, y cuanto gasto puede sugerir el tesoro inagotable que un gobierno pueda lanzar sobre las generaciones futuras fuere admitido como un principio, que éstas debían aceptar, el trastorno completo del orden social seguiría inmediatamente. Todo lo que una generación hereda de la otra sería poco para satisfacer las deudas que un gobierno pudiera contraer, y no es justo dejar abierta una puerta a tanto abuso y a tantas desgracias. Si un gobierno por un alto interés social, y autorizado competentemente por toda la sociedad, se hallara en el caso de contraer alguna deuda, el pago de ésta debe hacerlo la generación que obtuvo aquel beneficio, y los intereses y la amortización entonces no pueden exceder de 25 años o 30.

Preciso es que la ciencia económica se vaya depurando de los errores que han sido aceptados sin el análisis de los resultados, sin discernimiento ni filosofía. El brillo deslumbrador de los empréstitos del gobierno inglés, que tan alto había elevado la importancia de este país, el capital ingente que obtuvo la circulación interior, el desarrollo de su comercio, de sus fábricas y de su industria por medio de este capital, todo ha servido para fascinar a las mejores inteligencias, y dar a una de las más lamentables desgracias de una nación el nombre de crédito público, que no es ni puede ser sino la representación de los valores que tiene acumulados un país, para hacerlos servir de capital al trabajo y a la industria humana. Desde que las deudas que un gobierno contrae las tiene que pagar la generación que los autoriza, es seguro que ni aquél ni ésta serán tan pródigos; el uno no se atreverá a pedir autorizaciones, ni la otra aceptará un gasto inútil, que ella sabe tiene que satisfacer. Así se liberarán en adelante las naciones de esta plaga que sólo les prepara revoluciones, que es la causa de la extrema desigualdad social, en que una minoría absorbe todo, y la mayoría sólo tiene por lote el trabajo y la miseria. Se puede, a la vista de todos los males que ha acumulado las deudas públicas, establecer como principio que todas ellas son funestas, y que un pueblo siempre tiene el poder y la fuerza para defender sus instituciones, su libertad e independencia, haciendo valer el verdadero crédito público en esas épocas de crisis siempre cortas y transitorias, cuando la ambición o conquista lo amenazan de un trastorno.

Después de haber dado una ligera idea de los inconvenientes y desgracias, que son inevitables a una nación que da crédito a su gobierno, el que esta nación lo reciba de su gobierno es el brillante reverso del triste cuadro que acabo de trazar. Una sociedad que recibe el crédito de su gobierno no es para transmitirlo a otras generaciones, por el contrario, sus plazos no pueden extenderse a más de un año. El billete que recibe del banco nacional no es sino un certificado de los valores que tiene el individuo que reclama un empréstito, certificado que además expresa que en la caja del banco queda con documentos, con fianza o hipoteca, que da completa seguridad a cuantos lo reciban en pago; y para que esta garantía tenga toda la fuerza imaginable, la autoridad se constituye responsable a su pago, a nombre de la sociedad entera, entregando al portador de aquel documento, en el instante que él quiera, igual valor en oro o plata. Un banco nacional no es más que un seguro mutuo, igual a muchas asociaciones que hoy existen de esta clase. La sociedad entera es a la vez prestamista y deudora; el banco no es sino una autoridad encargada de evitar el fraude y el abuso; el interés que cobra andando el tiempo será la única contribución de los gobiernos, la más inútil a los pueblos, la más sencilla y menos dispendiosa en su recaudación. Los pueblos por su medio se emanciparán de la usura, que todos los sabios de otro tiempo, el consentimiento de todos los pueblos, y todas las religiones proscribieran como el azote más cruel de la humanidad. Del cielo y de la experiencia emanaban estas profundas convicciones contra ella, pero estaba reservado a nuestro siglo el pretender destruir este anatema como una preocupación, apoyando el más trise de nuestros desvaríos sociales con la economía política, que errando en los principios y objetos del verdadero crédito público, debía naturalmente estrellarse en el escollo opuesto, deificando la usura, ensanchando su camino, desnivelando el mundo entero, y haciendo nacer el socialismo y el comunismo, que organiza y prepara la más grande revolución por que tenga que pasar la humanidad.

El ejemplo que he puesto de las rentas de Inglaterra, y lo que le cuestan todos sus gastos, comparado con los réditos que paga de su deuda interior, establecen como una verdad matemática que el crédito público producirá él solo a una nación una renta tan grande, que hoy apenas lo vislumbra nuestra imaginación. Concéntrase por el banco nacional todos los cambios de una nación, salgan de allí todos los capitales que la industria reclame, y un cinco por ciento o menos de retribución que el gobierno reciba bastará no sólo para llenar todos los gastos de un estado, sino que dejará ingentes sobrantes, que podrán destinarse a obras públicas, a la apertura de nuevos caminos, mejora de los puentes, salubridad de los pueblos y cuanto puede engrandecer a una nación. El capital circulante en Inglaterra no es posible avaluarlo, desde que nace de centenares de bancos, que hacen emisiones según sus necesidades eludiendo las leyes que se han dictado para reprimir los abusos que diariamente hacen surgir la codicia, la mala fe, o la desconfianza pública. La circulación es en Inglaterra un verdadero caos, la deuda del Estado constituye un enorme capital, que se moviliza desde que se transfiere, que sirve de capital o seguridad a los bancos, y éstos a más del banco nacional que tiene una emisión de 125 millones de pesos, arrojan a la circulación sumas inmensas sin más

medida que sus conflictos o su interés. Esta anarquía constituye allí una verdadera ciencia, liberándose de las bancarrotas y suspensión de pagos, los que han alcanzado a penetrar sus secretos, pero el pobre pueblo nunca deja de ser la víctima de todos estos misteriosos manejos. Toda circulación quedaría uniforme y en el más perfecto arreglo, si el crédito saliera de una sola fuente y fuera dirigido por un solo banco nacional. La riqueza que hoy obtiene la usura, y constituye un poder social y una influencia política de las más funestas y peligrosas al principio democrático, pasaría completamente a manos del Estado; y por el brillo, el lujo, el poder y la importancia de tanto usurero que hoy se creen los dioses de la tierra, se calculará si tal renta será más que suficiente a todos los gastos de una nación.

En el resto de la Europa se despierta la idea del crédito tal como existe en Inglaterra, sus provechos son ya muy conocidos, y los capitales sin ocupación se dirigen a esta especulación en que sin trabajo y sin esfuerzos triplican los naturales intereses que podrían obtener haciendo sus préstamos en plata u oro. No está muy lejos que la influencia aristocrática sobre los gobiernos militares de América española revista de privilegios a los usureros, para que cambiando de nombre se hagan banqueros, y multipliquen más rápidamente los provechos que hoy obtienen, y desnivelen más y más la armonía social, hasta llegar a los inminentes peligros que amenazan a los pueblos más cultos de Europa, próximos a despedazarse, no más que por los errores económicos de haber dado a la usura y al capital una importancia muy superior, hasta sobre la virtud y la dignidad humana.

Podríamos acercarnos algún tanto haciendo un paralelo proporcional con otros pueblos sobre las ventajas que el crédito público traería a nuestra sociedad. Inglaterra, por ejemplo, tiene en circulación un capital nominal derivado de sólo la deuda de su gobierno de 4.620 millones de pesos, y las emisiones de sus bancos en las provincias y en los tres reinos no bajarán de mil millones. Partiendo de esta suma aproximativa de los valores de crédito que tiene aquella nación, y dándose una población de treinta millones de habitantes, nosotros, que tenemos millón y medio, podríamos obtener una vigésima parte del crédito público de aquel país, es decir, poco más de 250 millones, de los 5.620 millones que en él hoy se giran. Nosotros sin duda no tenemos ni su comercio, sus fábricas, industria, ni su marina; no estamos a la altura de sus acumulaciones y progresos, pero si se trata de lanzar deudas sobre las futuras rentas de la nación, y comprometer el porvenir al pago de ellas, por cierto que nos hallamos con mil ventajas para disponer de una vigésima parte de las rentas que aquella nación tiene comprometidas al presente. Para lo futuro tenemos un territorio igual o más extenso al de aquella nación, mucho más fértil, más productivo y más benigno, tenemos minas de fierro y de carbón fósil, sin duda en más abundancia, como su reciente explotación lo indica; la plata, el oro, el cobre y todos los demás minerales abundan como en cualquiera de los países más privilegiados, y una extensa costa que baña el Pacífico, centro futuro del gran comercio del mundo, rodeado de puertos a donde fluyen las ricas producciones del interior.

Al solo examen de este ejemplo comparativo, ¿quién podrá dudar que la mezquina circulación de 25 millones de crédito público que establecí en el anterior ca-

pítulo como urgente para el desarrollo actual de nuestra industria, podría ascender a 250 millones de pesos, que al 5% darían a Chile una renta de 12 y medio millones de pesos al año? Por más que nos sorprendan estas deducciones, por más que las preocupaciones nos cierren los ojos para no leer en el porvenir de la humanidad más que la repetición incesante y monótona de lo que ella ha sido en los siglos pasados, la luz rompe las tinieblas, la razón ilustra y fortifica nuestra inteligencia, y en la historia contemporánea vamos hallando que éstas, que el común de los hombres llamara utopías, se convierten en hechos, a pesar del desarreglo y fluctuación del crédito público, sólo impulsado por la ganancia y el interés de centenares de bancos, sin base, sin capitales y sin unidad alguna.

Nosotros marchamos sin deudas a la democracia, Inglaterra se encamina hacia ella del mismo modo, pero horriblemente recargada; la única base de su futuro pago es la conservación de su gobierno aristocrático, y la continuación indefinida de la opresión del pueblo, con un recargo espantoso de contribuciones, que hace improductivo su trabajo. Si esto es posible es una cuestión que sólo podría resolver el retroceso de la humanidad a la barbarie, pero mientras el progreso y la civilización sean el apanaje de nuestro siglo, todo lo que se oponga a la igualdad, todo lo que dañe la condición de la mayoría de nuestra especie en beneficio de un reducido número, irá desapareciendo. Pero aquel gobierno de puras fórmulas donde la corrupción política es igual a su hipocresía, acelera su acción disolvente por los mismos medios que hasta hoy lo han sostenido. En esta nación los hechos constituyen el derecho, lógica de su pasado poder, pero que al mismo tiempo son una lección a la fuerza democrática que allí se desarrolla, no siendo el cartismo que se generaliza en nada distinto del socialismo y comunismo, que en el resto de Europa reúne tantos afiliados. No hay que dudarlo: mientras el orden social no se armonice con la legislación, y ésta no se derive de las leyes eternas de la justicia y de la naturaleza de nuestro ser, dotado de inteligencia y de razón, el mundo no quedará tranquilo.

Estados Unidos son otro ejemplo no sólo de la influencia y el poder del crédito sino también de la enorme renta que podría el gobierno organizar al erario nacional solamente él. El primer establecimiento de crédito fue organizado por el ministro de hacienda, Roberto Morris, durante la revolución, con un capital sólo de 400 mil pesos, de los que el ministro puso 250 mil personalmente. El descrédito del papel moneda durante la guerra, que llegó hasta cero, había reducido a tan módica suma el capital de aquel primer banco que en los apuros del Estado tuvo que suplirle 330 mil pesos, quedando limitado a sólo 70 mil pesos. Muy luego este banco se halló en estado de pagar hasta 16 por ciento de dividendos anualmente, lo que excitó el interés de otros especuladores, y aquella nación extenuada, sin industria, sin arte y sin más riqueza que un extenso territorio, a los 65 años se presentó la rival de su antigua metrópoli, no más que por el desarrollo prodigioso del crédito, que le proporcionó los capitales que su industria reclamaba. El banco nacional que promovió el ministro Hamilton, como era natural, con sus ganancias y su influencia, llegó a constituir un poder político que se creyó bastante fuerte para cambiar el sistema democrático, y elevar la aristocracia de la fortuna. Bien conocida es la

lucha del banco de Estados Unidos, que creyó poder disputar al pueblo la elección de un candidato a la presidencia de la nación. El triunfo de Jackson trajo la ruina de aquel banco, que procuró aparecer en sus antiguas formas bajo los auspicios del estado de Pensilvania; pero de la concentración que él había obtenido, habiendo nacido sus pretensiones y orgullo, los bancos en aquel pueblo celoso de su libertad y derecho debieron democratizarse, y perder la unidad que la importancia y el crédito del banco nacional les comunicaba.

En efecto, en 1837 había 634 bancos que con sus sucursales subían a 788; tenían en emisión, en descuentos, préstamos y depósitos 780 millones. El capital que garantizaba esta extraordinaria cantidad de billetes emitidos era de 290 millones, y para responder a los cambios en metálico que estaban obligados a hacer por todas sus emisiones, no tenían todos ellos en caja más de 38 millones de pesos y el valor de los depósitos.

De esta multitud innumerable de bancos naturalmente debía nacer una anarquía en la marcha y organización del crédito, pero desde luego los 38 millones que tenían en dinero se reprodujeron por el crédito, que una necesidad industrial sostenía a todo trance, en 780 millones, que movilizaban el trabajo de aquel pueblo industrial, liberándolo de la usura, que no le había dejado dar un paso, como hoy sucede en América española.

Si Estados Unidos hubiera organizado un banco nacional, dirigido por un poder independiente, ¿no es seguro que con mayor facilidad y haciendo el bien público, habría éste emitido aquellos 780 millones y ganado anualmente con el interés de seis por ciento, que es allí el corriente, 46 millones ochocientos mil pesos? En veinte años la industria de aquella nación ha más que duplicado, y en las mismas proporciones el crédito y sus emisiones han de haber crecido. Hoy Estados Unidos tendría por este cálculo una renta nacional de 93 millones 600 mil pesos, suma poco más o menos igual a la que hoy formará su renta, recaudada sobre la producción y de un modo tan gravoso por sus gastos y gran número de empleados como porque arrebata al pobre tan considerable parte de su trabajo.

La renta del crédito público, por el contrario de las demás rentas reconocidas hasta hoy, obtiene sus valores beneficiando al contribuyente, a quien le presta un capital al más módico interés que él pudiera alcanzar para impulsar su trabajo, y asegurar una ganancia de la que hasta hoy se ha apropiado la usura. En punto de contribuciones, ninguna de cuantas han inventado la codicia o la filosofía de los grandes legisladores puede llegar a compararse con ésta. Su realidad está demostrada con los dos ejemplos que he señalado de los dos pueblos que más se han aventajado en la aceptación y organización del crédito. No hay más que cambiar de actores; que la nación en Inglaterra dé el crédito a los ciudadanos, y no los ciudadanos al gobierno como al presente, y obtendrá una renta de su solo crédito de 150 millones de pesos, y que Estados Unidos, en lugar de autorizar bancos particulares, organice uno nacional y tendrá 93 millones y 600 mil pesos. Ésta solamente sería una de las más grandes revoluciones de la humanidad, como también uno de los más grandes acontecimientos que cambiarían la condición de nuestra especie, dando a las naciones una garantía de la permanencia de sus instituciones, y de que

jamás la tiranía podría sobreponerse a la opinión compacta y uniforme, más que por sus luces y convicciones, por los lazos del interés, tan fuertes en todo tiempo, y principalmente en nuestro siglo.

La idea de una sola renta, en que el contribuyente va él mismo a constituirse como tal, solicitando como un favor, y dando una fianza por el crédito que la sociedad le concede, es el *non plus ultra* de todas las combinaciones financieras. No son éstos felizmente ensueños, son realidades tan palpables como las del sol que nos alumbra, son hechos a los que sólo falta el análisis y la aplicación sistematizada que el mismo crédito ha ido señalando. Esta idea confusa, sin base, incierta, pero cuyos destellos llenan de luz, es hoy una de las reformas que el socialismo pretende hacer servir a sus planes, pero el crédito, sin independencia política, sin unidad, sin una base que lo garantice, es más bien una plaga que una fortuna. Para alcanzar estas tres condiciones ¡cuántos estorbos tiene la humanidad que vencer! Sin democracia jamás consentirán los gobiernos en verse despojados del derecho o poder de gastar a su antojo las rentas públicas, y muchas revoluciones habrá antes que arrancar a los que mandan este cebo de todas las ambiciones y crímenes.

CAPÍTULO XIII

À LA INDEPENDENCIA DEL PODER SUPREMO DE LA RIQUEZA PÚBLICA DEBE AÑADIRSE EL NOMBRAMIENTO DE TODOS LOS EMPLEADOS DE HACIENDA, SIENDO ÉL SOLAMENTE EL RECAUDADOR Y DISTRIBUIDOR DE LA RENTA NACIONAL

De todo cuanto he dicho sobre el crédito público, y sobre la organización de un banco nacional, aparece como una deducción tan lógica como natural que la dirección de este banco no sólo debe ser independiente de los otros poderes políticos hasta hoy constituidos, sino que debe concentrar la acción rentística de toda nación. Sólo así podría ser completa la independencia del crédito público, y así sólo se simplificaría la complicada máquina de nuestra actual organización, desde que la tendencia irresistible de todos los gobiernos es dominar y centralizar. La centralización requiere una voluntad única, y la acción enérgica de una sola inteligencia; el imperio de la fuerza sigue de cerca; desde luego, aparecen la tiranía e interés de un individuo o de una clase de la sociedad. La centralización en manos de un individuo constituye la monarquía, y aunque una aristocracia sea el conjunto de muchas voluntades, que la harían perder su unidad, el interés es más fuerte, más activo y más enérgico en esta clase de gobiernos, y su unidad si no es tan completa como la de un rey, es bastante fuerte y poderosa para dominar. En cualquiera de estos dos sistemas políticos la democracia debe ser anulada y una serie de leyes y reglamentos, jamás interrumpidos, complica toda la organización social, a tal punto, que es una verdadera ciencia, no sólo la legislación sino el sistema administrativo que monarquías y aristocracias tienen que organizar.

La acción democrática por el contrario simplifica la máquina social, y el sistema rentístico tan recargado de leyes y reglamentos, a la par que los pueblos ensanchan el sendero de su libertad y la pública opinión domina, va desapareciendo, para volver a la sencillez que la equidad y la disminución de las contribuciones deben necesariamente producir. La democracia, en el verdadero sentido que se debe tomar, es el gobierno en que sólo domina el interés de todos, donde no hay

reyes que deslumbren con su fausto, su lujo, y su grandeza, donde no hay nobles llenos de privilegios, de rentas, y de honores. Cuánta economía haya en los gastos públicos, desde que desaparezcan para la humanidad monarquías y aristocracias, se deja bien concebir. Pero los ahorros del erario se hacen más perceptibles en la carencia de grandes fuerzas militares para sostener aquellos gobiernos impopulares; en esas guerras exteriores que el capricho, la venganza, el interés, o el plan de distraer la pública atención hacen surgir, en esa diplomacia de intrigas y cohechos, y finalmente en los gastos de una policía, compuesta de una nube de delatores, origen de un desorden moral que afecta hasta el asilo doméstico de las familias. En la democracia que es el gobierno de la opinión ni estos gastos ni estos desórdenes pueden sobrevenir, estando todos interesados en su orden y conservación.

Se ha llamado democracia hasta a los gobiernos militares que ha tenido América, mezcla confusa y heterogénea de nuestras viejas costumbres coloniales, de la administración y legislación española, de la aristocracia feudal que dejó existente la conquista, todo confeccionado con un poco de ilustración, con formas democráticas, y una palabrería de progreso, instituciones y libertad, que sólo han servido para detener el vuelo de los más ricos y hermosos países de la tierra. La democracia, como ya lo he dicho, no existirá sino cuando el trabajo obtenga su verdadera importancia, y el pueblo valga por lo que produce; cuando cese la usura, cuando desaparezcan los privilegios, cuando el crédito proporcione todos los capitales que la industria necesite, y principalmente cuando este crédito sea una institución nacional, un verdadero poder político, independiente de los otros poderes organizados, y pueda él solo concentrar y dirigir cuanto tiene relación con las rentas y la hacienda pública. Sin esto la democracia es imperfecta, aun en los gobiernos que más se acerquen a sus verdaderos principios; su dominio y su existencia serán transitorios, siendo a poco andar rechazada por los gobiernos, o el principio aristocrático, siempre expedito para aceptar todas las combinaciones, que traigan consigo la desigualdad social.

La tendencia irresistible de todo gobierno es la concentración y aumento de su autoridad, sobreponiéndose insensiblemente a todas las leyes inventadas para contenerlo, y cuenta para esto más que con su organización y las fuerzas de que dispone, con el elemento más poderoso, cual es la riqueza pública de que puede usar. Los gobiernos y las aristocracias, por sus naturales impulsos de dominación, fácilmente llegan a entenderse y uniformarse, para completar la desnivelación social de que ambos obtienen su importancia. En nuestra época, más que la fuerza impera la corrupción, y el oro es su móvil y su agente más activo. Se llama política la ciencia de la perfidia, en que alternan a la vez la mentira, la hipocresía, la violencia y el dinero, y es más gran político el que reúne todas estas dotes del genio del mal, y causa mayores desgracias a la humanidad. Esta ciencia desde Maquiavelo y Hobbes, que escandalizaron su época, ha recibido un aumento de reglas, deducidas todas de ciertas capacidades e inteligencias, que horrorizarán a las edades futuras. Richelieu, Mazarin, Dubois, Walpole, son los modelos de Pitt, Talleyrand, Nesselrode y Metternich, que a su vez nos han llenado la tierra de sus discípulos y sistematizado su infame ciencia. Volver a la tierra el dominio de

la justicia, de la verdad, y virtud, no puede hacerse sin poner en práctica lo de la fábula del León, que enamorado de una joven hermosa pretendía casarse, lo que ella resistía, hasta no cortarle sus uñas y desarmarlo. Aristocracias y mandatarios, mientras puedan disponer de la renta pública, jamás consentirán ningún principio de igualdad, ninguna barrera que los pueda contener; desarmarlos como al león es cuanto los pueblos deben desde luego procurar. La independencia del crédito no es bastante, es preciso que la autoridad de la riqueza pública absorba todas las funciones de la tesorería y el ministerio de hacienda, con lo que se completará en esta parte la organización del principio democrático.

Un banco independiente, pero traspasando al ejecutivo todas las rentas que iba acumulando, sólo serviría para dar pábulo a la injusticia, al desorden, a la corrupción y tiranía de los gobiernos; sería darles nuevas armas para levantar prosélitos, aumentar su autoridad, oprimir el patriotismo, despreciar el mérito y la virtud. Dejarle el nombramiento de todos los empleados sería formarle una clientela, un nuevo ejército, donde por cierto no estaría lo más selecto de la sociedad sino todo lo que prometa servilismo y prostitución. Con las ideas recibidas sobre la organización política, con las preocupaciones inherentes a todo sistema, yo veía a este conjunto de males sin poder hallar combinaciones con que completar el equilibrio de los poderes que debían gobernarnos; pero el recuerdo del banco nacional de Inglaterra convertido en tesorería nacional para recibir la mayor parte del producto de las rentas de este país, y pagar los intereses de su deuda, vino a sacarme de mis vacilaciones, y resolver una de las más importantes cuestiones que se presentan en busca de este equilibrio político, buscado con tanto tesón. Cuando una idea tiene la sanción de los hechos, es más lisonjera que si la resolución teórica de un gran problema fuera sólo la inspiración de la inteligencia. Para el que sólo busca la verdad y es conducido por el deseo de ser útil a sus semejantes, la realidad y la evidencia son la mayor gloria; es en este sentido que siempre descubriré el origen de mis inspiraciones.

El banco nacional de Inglaterra recibe anualmente del gobierno un millón 240 mil pesos por coleccionar y pagar los dividendos de su deuda, y llevar la cuenta de este ramo tan importante, que absorbe las tres quintas partes de la renta nacional. ¿Por qué el banco organizado bajo los auspicios de una democracia con una autoridad independiente no sería más a propósito para cobrar y pagar las rentas públicas, que un gobierno recargado con tantas otras atenciones y cuidados? No sé si sea la inspiración de un convencimiento, pero en realidad nada veo más sencillo ni expedito, y esta sola reforma sin duda alguna establece la libertad e igualdad del hombre bajo bases indestructibles. Los resultados benéficos que los pueblos obtengan del equilibrio político, que necesariamente debe resultar, formarán un sistema práctico del actual embrión democrático, que batalla la humanidad por establecer, sin penetrar aún el origen de esta acción reaccionaria, que anula sus más soberbios triunfos. El día mismo de la victoria comienza la reacción, la tiranía vuelve a su antiguo dominio, y los ecos de libertad quedan vibrando en los oídos del pueblo, a cuyos dulces arrullos se duerme para despertar encadenado. Sin establecer el equilibrio perfecto de los poderes políticos, imposible es la democra-

cia, y en esta parte las repúblicas de la antigüedad eran más perfectas, teniendo los gobiernos de contrapeso al pueblo mismo, o a sus tribunales, que anulaban o entorpecían el poder excesivo que les comunicaba la fuerza y la distribución de los tesoros públicos. En la lucha de la aristocracia y el pueblo las ventajas debieron ser las mismas, algunas veces el equilibrio era despedazado, pero volvía a restablecerse, y cuando las pretensiones de un lado y otro llegaron a ser excesivas la tiranía de uno solo venía a dominar, exactamente como hoy sucede en Francia con Luis Bonaparte. La organización de lo que existe, el derecho que da la prescripción, y la ambición de dominar y sobresalir, junto con el interés que hoy es el móvil más poderoso de nuestra época, son estorbos invencibles a una transacción. En el pueblo está el mayor número, lo que constituye la fuerza, tiene, como ya lo he manifestado, derechos que reconoce y no sabe reclamar, se organiza bajo las banderas del comunismo y socialismo, y tocando como la aristocracia los extremos, han empezado las batallas sangrientas y los destierros en masa. Bonaparte prometiendo seguridad a los unos y democracia a los otros, se ha elevado él solo, pero los tiempos han cambiado, y él ni es Mario ni Sylla, ni César ni Pompeyo, las ideas y los intereses son más fuertes que los hombres, será su imperio arrastrado por la corriente y se volverá a la antigua lucha.

El día que los gobiernos sean privados del manejo y distribución de las rentas públicas, no hay temores de estos excesos y atentados que a fuerza de repetirse, llegamos a creer que tal es la marcha asignada a nuestra especie en la morada de la tierra. El banco, pues, no sólo debe cobrar todas las rentas y distribuirlas, sino también nombrar todos los empleados de la hacienda, velar sobre la observancia de sus leyes y reglamentos, y someterlos a juicio por sus faltas. La tesorería en su actual organización debe desaparecer, y también el Ministerio de Hacienda, que deben quedar reasumidos en las atribuciones del supremo poder de la riqueza pública. Esta reforma mirada por su aspecto político produce los bienes sociales de que me he ocupado, y considerada por su lado económico, no es menos ventajosa al buen orden y sistema administrativo de una nación.

Debe suponerse que el directorio del banco nacional sea compuesto de las inteligencias más sobresalientes de un país, y que unos tengan el talento de penetrar el objeto y el espíritu de la institución que se les confía, y los otros el genio administrativo que arregla y organiza. La reunión de cinco inteligencias, donde no pueden levantarse las ambiciones y celos, que siempre se observan en los gobiernos colectivos, en que tienen la misma autoridad todos los que lo componen, no pueden encaminarse sino al desempeño más exacto de su misión. Desde que no hay fuerzas de que disponer, desde que los otros tres poderes políticos tienen fijas sus miradas sobre los recaudadores y distribuidores de la hacienda pública, y desde que todos los ciudadanos están más o menos ligados con todas las combinaciones del crédito y de la circulación, imposible es el abuso, y si por desgracia lo hay, no puede de modo alguno quedar oculto. La diferencia de este directorio, respecto de un gobierno cualquiera, es inmensa en esta parte. Los que mandan, por más patriotismo de que suban animados, al llegar al poder ven cambiarse la escena de la individualidad, y el hombre privado es otro ser, al tocar la altura en

que domina. Sea hipocresía de los ambiciosos, o bien la lisonja que los rodea al obtener la autoridad, lo cierto es que el cambio es súbito y extremo, y cuando se ha dicho que sólo Vespasiano en la historia fue mejor en el poder, no se avanzó una paradoja. Si hay algún interés en los gobiernos por la renta pública, no es para ellos sino un cálculo egoísta que sólo se encamina al aumento que debe producirles, pero de ningún modo a la parsimonia y economía con que deba gastarse. La renta arrancada toda entera del trabajo del pobre es la que forma el elemento principal de la desigualdad social, y sin duda que es una de las más deplorables desgracias para la humanidad que producto de su trabajo, de su economía, las más veces del hambre y de la desnudez, vaya a ornar los espléndidos salones de un ejército de empleados, de negociadores con el fisco, de espías, de escritores corrompidos, y de cuanto instrumento necesitan hoy los gobiernos, para ajustar su marcha a las lecciones de lo que hoy la corrupción y el vicio llaman política.

Los gastos de un gobierno disminuyen en proporción de la escala democrática que ha alcanzado; y cuando este sistema llegue a ser perfecto, las naciones no tendrán otros gastos, sino aquellos que no alcancen a abrazar las fuerzas individuales, y sean necesarios al bien de la sociedad entera. La democracia ilustrada sobre sus propios intereses llegará a palpar que el pobre pueblo es el único contribuyente. El propietario, el fabricante, el especulador, todos cargan al trabajo del pobre la contribución que los gobiernos imponen; cada uno en sus cálculos pone a un lado lo que él y su inteligencia valen, lo que él y su familia necesitan, sin olvidar algunos ahorros para la vejez u otras épocas de desgracia; pone también aparte el interés de su capital, que le reportaría las mismas ventajas, dándolo a rédito; y a renglón seguido va el diezmo, el catastro, los derechos de internación, los de exportación, la patente, etc., y todo se ha de deducir precisamente del trabajo del peón y del inquilino. Éstos son hechos y verdades de antaño, y cuando se oye quejar al propietario y capitalista de las onerosas contribuciones que paga, no es más que la expresión del sentimiento que le causa el no poderse apropiar aquella parte de la contribución que paga con el salario del pobre trabajador. Las clases improductivas, las únicas que gozan de todas las ventajas del trabajo humano, los que viven en el lujo y la holganza, tendrán que nivelarse y someterse a un sistema de igualdad, y ganar en proporción de sus acumulaciones anticipadas, es decir, de su capital, que expresa un trabajo anticipado, cuyo fruto se conserva por el orden y la economía. Las contribuciones, aplicados los principios que he establecido antes, para valorizar el trabajo, no serán en un gobierno democrático deducidas exclusivamente del pobre sino también de la propiedad territorial y del capital, que hoy nada pagan.

Nada extraña es la preponderancia de los usureros y sus grandes riquezas, desde que ellos además de no producir nada, no pagan absolutamente la más mínima contribución, limitándose todo su trabajo a formar y organizar sus documentos; cobrar los réditos cada tres o seis meses, y espigar hasta los más inocentes movimientos de su infeliz deudor. Esta preponderancia dada por la economía política al capital debía producir el triste fenómeno de que la clase más funesta al trabajo, a la industria, y a la sociedad entera, quedara libre de todo cargo, abriendo más y más

el sendero de la desigualdad política y social, que había de encaminar al mundo a la condición en que hoy le vemos.

La diferencia es extrema para un pueblo (aparte del equilibrio político que en mi concepto no puede de otro modo alcanzarse) al poner toda la hacienda pública en manos del poder que, consagrado sólo a ella, debe celar más los intereses públicos, ligados con su reputación, su gloria y sus deberes, y también sus intereses privados, desde que una renta valiosa y una consideración social acompañan al empleo que desempeña. La esperanza, o más bien la certidumbre de poder ser reelegidos cuando concluyan su período, los hará más activos, más inteligentes, más dignos de merecer la confianza pública, y por cierto que éste no es el menor de los estímulos. El supremo poder político de la riqueza compenetrado de que su origen y permanencia en la autoridad son puramente democráticos; que su existencia está íntimamente ligada a ese equilibrio, sin el que sería anulado y absorbido por los otros poderes, cuidará de que su independencia no sea alterada; buscará su apoyo en el pueblo, donde siempre le hallará por el bien que necesariamente debe producir. La distribución de las contribuciones será repartida equitativamente, y el salario del pobre no será el único que las sufra. El conocimiento cada día más perfecto del interés nacional le hará indicar las demás reformas que las necesidades públicas y la opinión reclamen, y él mismo se pondrá a la cabeza de estas exigencias, ilustrándolas, para que toda la acción política coopere a su aceptación, y las instituciones sean la expresión de la sabiduría y de la convicción general.

Déjese a los gobiernos y a su ambición el extenso campo de tantos bienes que efectuar y promover; el cuidado de la industria, la educación, la moralidad, el mando de las fuerzas militares, el nombramiento de todos los empleos de su resorte, la policía, la política interior, las relaciones exteriores, los caminos, los trabajos públicos, la marina, y también la iniciativa de todas las reformas peculiares de los otros poderes políticos. Esto es demasiado para ocupar el patriotismo y la virtud de los que elevados por la pública opinión quieran aspirar a la gloria de servir noblemente a su país; esto es nada para el ambicioso y egoísta que busca su poder y elevación en la corrupción o en la violencia, y necesita del oro para reunir satélites que sostengan sus atentados. A los que suben al poder con honrosas intenciones nada se les quita, se les conserva toda su acción bienhechora; para ellos el nombramiento de los empleos de la hacienda, la vigilancia y diario arreglo de tan espinosas y molestas transacciones, que ningunas leyes ni reglamentos pueden abrazar, son una penosa carga, y se les hace un bien en separarlos de esa tendencia abusiva y corruptora, que engendra la lisonja y el brillo del poder.

La política en la acepción que hoy se toma, ciencia de engaños y perfidias, de violencias y atentados, no es el resorte de los hombres a quienes la opinión eleva, pero la política que enseña los medios de gobernar a los hombres, de hacerlos felices, de dar permanencia a las instituciones, y establecer una paz sólida y estable, quedará intacta, cuando los gobiernos dejen de ser los depositarios y distribuidores de la riqueza pública. Desaparecerán esos sistemas engendrados por la corrupción, en que hasta la iniquidad se ha erigido en principio, y donde el vicio, la falsía y el arte de engañar a los hombres era el más privilegiado talento. Estos errores

son los que han conducido al mundo a este caos, en que todo se combate, donde las revoluciones son el principio de otras que les siguen, donde todo ha logrado confundirse, y cuando parece abrirse un nuevo camino, nuevos conflictos vienen a obstruirlo. Un sistema anula al otro, una teoría suplanta lo que se creyó un principio, y el laboratorio de tanto desorden y anarquía no es más que la riqueza pública de que los gobiernos pueden disponer. Ella es la que excita las sublevaciones y establece gobiernos militares, la que da permanencia a la tiranía, la que anula los esfuerzos de la opinión, la que tiene encadenada la virtud, el mérito y el patriotismo, es la caja de Pandora que, abierta por los que mandan, ha lanzado sobre la tierra todos los dolores e infortunios, todos los vicios y crímenes que hoy la oprimen.

Estos resultados de la corrupción son bien lógicos, desde que parten del poder, que elevado para ser el regulador y la salvaguardia de la justicia y de la virtud, es el que la difunde a manos llenas. Las necesidades que la industria y las artes han creado al hombre, ese lujo deslumbrador que de los ricos pasa a las clases medias, y estimula a la sociedad entera, con todos los incentivos de los romances con que nos ha plagado Europa, con todos los coloridos de la pasión, y con la fantasía del placer, también se deriva de la misma fuente. Los negociadores de la tesorería que amontonan riquezas sin trabajo alguno son los primeros que se vengan del odio público, con el brillo y ostentación de las contribuciones del pueblo. Los empleados, los ministros, por grandes que sean sus rentas, en estas mismas negociaciones toman su parte de los despojos del trabajo del pobre, y su ejemplo abraza todo, y prostituye todo. Sin el manejo de la riqueza por los gobiernos no existirían estos desórdenes tan funestos a la sociedad, no se elevaría el crimen en proporción de su insolencia, no se despertaría la ambición de estos espíritus que miden su importancia por los vicios de su corazón, y su sed de riquezas, poder y dominación.

El banco con el poder de la riqueza pública concentrando en sí todas las sumas de la hacienda nacional, proporcionaría grandes ahorros, y establecería una regularidad que formase un verdadero sistema de administración. A cada cambio de gobierno hay transformación casi completa de sistemas y planes, no sólo en el orden económico sino en el administrativo, lo que produce una oscilación permanente, de las más fatales consecuencias al buen orden que sobre tan importante materia debe reinar. Las funciones de la tesorería tan anárquicas y desorganizadas en todos los pueblos lejanos de la capital, partirían, existiendo un banco nacional de una sola mano, y la exactitud y regularidad aparecería desde luego, no teniendo entre nosotros más barrera que el Tribunal de Cuentas, que mucho hará con examinar si los números de cargo son iguales a los de la data. Este mismo Tribunal con sus numerosos empleados pasaría también al banco y tomaría otras formas, que hiciesen efectiva la moralidad y responsabilidad de los empleados, que hoy sólo descansa en su honradez más o menos reconocida. Entre el que manda pagar y el que revisa la cuenta de su inversión debe haber cierta unidad, que de otro modo no podría obtenerse.

Otra de las reformas más esenciales, y que debe ser anexa al banco, es ser el único depositario de las hipotecas, y donde toda escritura debe registrarse. En cada capital de provincia el banco debe tener su agencia y así se facilita todos

los medios de escriturar los documentos. Ésta, además, era una necesidad de una institución que debe tener un conocimiento el más exacto posible de todas las propiedades y transacciones, para asegurar sus préstamos y descuentos. Del mismo modo, todos aquellos bienes que se fueren tasando debían ponerse en conocimiento del banco, registrándose en él, para que así se formara el catastro más aproximativo, y la estadística obtuviese sin trabajo todos los datos que a este respecto necesitase. Así, concentrándose el crédito público en un solo establecimiento, la circulación y el capital serían proporcionados a las necesidades de los cambios, y de la industria. La usura lamentaría la ruina de su imperio, pero la sociedad entera ganaría infinito, tanto por la unidad monetaria como por tener todo el capital que el brazo del hombre necesitase, sin más que pagar una prima o un corto interés a la sociedad, por la garantía y seguridad con que abona la circulación de un determinado valor, de que él es dueño. El complemento de tan portentosa reforma es el que después de producir el más gran bien social e industrial, pueda ser ella andando el tiempo la única renta de una nación. La resolución de este gran problema importa mucho a la humanidad; ojalá estas líneas sirvan para excitar una discusión que ilustre a los pueblos, y les haga ver dónde está su libertad, su prosperidad y su grandeza, como también el triunfo definitivo del orden y moralidad política y social.

CAPÍTULO XIV

EL ORO Y LA PLATA, CUANDO LA CIENCIA ECONÓMICA ESTÉ MÁS ADELANTADA, SERÁN REEMPLAZADOS POR EL CRÉDITO PÚBLICO COMO MONEDA Y AGENTE DE LOS CAMBIOS

El crédito es una institución moderna en cuanto a su organización pública, pero su acción individual data desde que hay propiedad, no siendo aquél más que la representación de ésta, lo que está al alcance aun de las tribus salvajes, por imperfectos que sean entre ellos los derechos anexos a la propiedad. He dicho antes que el crédito anulará el oro y la plata, y ésta no es una teoría, desde que hay pueblos donde sólo sirve la moneda de garantía a la desconfianza, y donde es completamente inútil cuando hay seguridad.

Una de las razones que se han dado contra la organización del crédito público entre nosotros es que esta institución sería el término del crédito privado, con que se arreglan todas nuestras transacciones, lo que dificultaría en extremo los negocios, y traería una paralización completa en el sistema mercantil hoy organizado. Este argumento lo han hecho los extranjeros, manifestando la generosidad de los créditos que otorgan al comercio interior, y que este crédito es la vida de los convenios y las transacciones, a pesar de las continuas pérdidas que las bancarrotas de sus deudores les traen. En todas estas generosidades no hay más que un interés individual; los cálculos de los negociantes son siempre egoístas, sea cual fuere el lado brillante por que se presenten, siendo este crédito privado el origen fecundo de sus principales ganancias. Los plazos asignados a todas las compras no son otorgadas al individuo sino a la representación de los valores que tiene, valores que son la caución del crédito que recibe, y que definitivamente responderán de sus compromisos. Las ventas hechas a individuos que no tienen una propiedad reconocida es un cuento; se da crédito, es verdad, a la inteligencia, a la honradez, al trabajo, y a la industria, pero esto vale como cualquiera otra propiedad, y cada uno lo estima según su criterio y el conocimiento que tiene de las personas dotadas de estas capacidades. El crédito, en cualquier sentido que se tome, no es más que la representación de un valor, sobre el que podemos equivocarnos respecto de la

seguridad que nos presta, pero este error casi siempre es el efecto de la codicia y de las usureras ganancias del especulador, que cobra siempre un seguro vendiendo a más alto precio.

He dicho que el que vende a plazos se constituye en espía de su deudor, le sigue los pasos, le forma una especie de proceso, le apunta sus gastos, le lleva cuenta de sus vicios, y espera impaciente el día que se cumpla el plazo, no para predicarle el orden en sus negocios, la economía, la moralidad, sino para caer sobre él como un ave de rapiña, rodeado de esbirros, con orden de prisión si no paga o asegura al instante el valor que debe. Así armado, el acreedor propone un acomodo, él dicta la ley, él fija las condiciones, y el que antes era libre ya pasa a ser esclavo, el que antes tenía alguna fortuna, así encadenado, la ve pasar a manos de su tirano peso por peso, sin que pueda oponerse, sin ser una segura víctima y empeorar su condición. Ésta es la ocupación más seria de todos los negociadores con el crédito privado; es una verdadera ciencia que tiene sus doctores, ciencia que esteriliza todas las nobles inspiraciones del corazón, ciencia abominable, que descubre el fondo de codicia insaciable, y una crueldad que atormenta a los que en ella sobresalen. Por el contrario, el hombre modesto, de leales sentimientos, de generoso corazón, imitando a los otros sin aquellas precauciones, y vendiendo a plazos, es casi seguro que siempre es una víctima, lo que naturalmente lo hace tímido y desconfiado, y vende con grandes desventajas sus productos, si obtiene su pago en dinero. El crédito público iguala a los unos y a los otros, todas las transacciones se hacen en billetes del banco nacional, cuyo valor es más seguro y más intrínseco, desde que descansa sobre toda la sociedad que lo garantiza, sin exponerlo a las fluctuaciones a que el oro y la plata están sujetos, condición preciosa e inapreciable del crédito, de marchar siempre al corriente de todos los valores.

Estas razones son de gran peso en la futura importancia de los metales que hoy llamamos preciosos, y que andando el tiempo entrarán a servir como los demás metales a otros usos, que le darán sólo un valor relativo al trabajo de su explotación, y a las necesidades que de ellos tenga el hombre. El crédito los reemplazará completamente, y aunque hoy esté en su infancia, respecto de su influencia pública, es ya bien conocida su importancia y sus admirables efectos. De ensayo en ensayo hemos llegado ya a la convicción de que él no puede partir de la acción individual, sino que debe nacer de una combinación social y política, debidamente organizada. Este crédito después de obtener una renta nacional igual a todas las necesidades públicas, lo que he demostrado con ejemplos incuestionables, nos conducirá infaliblemente a la resolución de los más grandes problemas sociales y económicos que hoy dividen la ciencia y la hacen vacilar. Hallado por su medio todo el capital que una nación necesita, ¡qué revolución en los destinos del hombre! La democracia, de teoría que hoy es, de un bello ideal que ha costado al hombre ya tanta sangre y sacrificios, es desde luego un hecho. Pero no olvidemos que las bases de este crédito son su independencia y regularidad, y que para obtener estas condiciones debe ser él mismo un poder supremo, que equilibre los otros, hoy imperfectas barreras del despotismo. No olvidemos tampoco que toda institución debe arreglarse a la inteligencia del pueblo que la recibe, acomodo-

darse con sus preocupaciones, que sólo pueden vencerse poco a poco, ya por la difusión de los verdaderos principios económicos, o por el análisis de los hechos que vemos realizarse. La moneda metálica es hoy una condición de todo crédito; la generalidad de los hombres no examina su origen, su objeto ni sus efectos; el oro y la plata con la sanción de tantos siglos, no son a sus ojos sino la riqueza por excelencia, el término comparativo de todos los valores, y estas preocupaciones no se desarraigan sino por la organización lenta, pero constante, del crédito, pudiendo hallar en los billetes de banco todas las condiciones de la moneda aún en su mayor perfección, como su divisibilidad en pequeñas cantidades, su consistencia sin deterioro, un gran valor en un pequeño bulto, la seguridad de que una moneda del mismo peso y pureza es igual a otra que representa las mismas condiciones, y al fin la cualidad de ser el menos variable de todos los valores que forman la riqueza de los pueblos.

Insensiblemente el uso del crédito, la seguridad de poder convertir el papel del banco en plata, la difusión de los conocimientos económicos, la seguridad que debe inspirar una institución garantida por la sociedad entera, las necesidades de la industria y del comercio de recibir y girar los capitales a más bajo interés, el impulso maravilloso que una sociedad debe sentir al ver romperse las cadenas de la usura, manantial eterno de desnivelación social, plaga de toda industria, apoyo de todas las tiranías, y el ver alzarse el trabajo restableciendo la igualdad y dignidad humana, descorrerán el velo de las preocupaciones, y harán aparecer el crédito como la lumbrera que guiará los destinos del hombre a la perfección compatible con nuestra existencia social y política, y con los medios que la providencia puso a nuestra disposición.

La humanidad ganará aun en otro sentido, que influirá poderosamente sobre una porción muy considerable de nuestra especie, arrastrada casi siempre por la violencia al trabajo de las minas de oro y plata. En América la decadencia que se hace sentir desde la revolución de independencia es el resultado de la cesación de los trabajos forzados a que la raza conquistada fue sometida desde el descubrimiento de América. Las mitas o encomiendas, con que al dominio de la tierra se añadió la servidumbre de los indios, impulsó el trabajo de muchas minas pobrísimas en sus resultados, pero que proporcionaban cuantiosos valores a sus explotadores, que no daban a los trabajadores más que un mal alimento que en aquellos tiempos valía también muy poco. Así, hoy que el trabajo es libre no se explota en Chile el oro y la plata sino cuando aparece como en los ricos veneros de Copiapó. Si de estos metales ha habido una explotación lucrativa y extraordinaria, los robos, la embriaguez, el juego y todos los vicios han seguido de cerca a estas prodigalidades de la naturaleza. El oro y la plata no han sido jamás explotados sino por pueblos esclavos; los romanos sacaban de la España conquistada grandes riquezas, los gobiernos de Asia hacían trabajar a sus cautivos, y todos sus reyes amontonaron de este modo riquezas que hoy son admirables. Los griegos y principalmente los reyes de Macedonia más que con sus armas vencieron con el oro corruptor que los prisioneros sacaban de las minas. Hoy mismo las minas tan famosas de *Oural* en Siberia no son más que el fruto de millares de siervos y proscritos condenados

al trabajo de aquellos veneros, donde jamás un trabajo libre justamente retribuido no se compensaría con todas esas ponderadas producciones, que enriquecen al emperador y unos pocos especuladores, que en el número de sus siervos tienen ya una gran fortuna y propiedad.

La igualdad humana, el día que la codicia no hallara estos incentivos poderosos, ganaría infinito con el abandono de estas minas, que sólo la ignorancia del crédito y la necesidad de los cambios han hecho buscar con tanto tesón, y han costado al hombre tantos sacrificios. Parecería, a la vista de esta unánime convicción de todos los pueblos de la tierra, y de la cantidad casi fabulosa que en tres siglos ha producido la América sola, que el mundo debía estar lleno de estos tesoros que el hombre busca y conserva con tanta avidez; pero el movimiento que le comunica la necesidad de los cambios los gasta extraordinariamente, una moneda en dos siglos ya está concluida, sus restos están refundidos con otros nuevos productos, y el oro y la plata vienen a ser para el hombre como la tela de Penélope que jamás debía concluirse.

Si se quiere, el oro y la plata tendrán un valor relativo con los gastos de su producción, pero no serían para el hombre una necesidad; ocuparían por su rareza una apreciación como la de los brillantes y piedras preciosas, sin las que podemos pasarnos, sin que nos hagan alguna falta. Como ya lo he dicho, los poderosos de la tierra tendrán de oro y plata sus vajillas; de las arcas en que el crédito los dejará inútiles pasarán a adornar las mesas y salones de la opulencia; pero su valor decaerá de su actual precio, y las costosas minas de oro y plata se cerrarán indefinidamente para dar su lugar al crédito, cuyo dominio han usurpado, desde que el hombre necesitó cambiar los productos de su trabajo, operación que data quizás desde su existencia en la tierra.

Las altas y bajas que la historia señala en estos metales, relativas a su escasez o abundancia, las desproporciones de uno respecto del otro, desigual es en todos los mercados de la tierra, subiendo o bajando de un siglo a otro, según la mayor o menor cantidad que circula. A veces el oro ha valido doce veces más que la plata y otras llegó a valer hasta 9 veces; en las épocas modernas estas alternativas se hacen sentir diariamente, aunque las diferencias sean menos notables. La representación por medio del crédito es inalterable, el que recibe el préstamo o descuenta tiene que devolver valores absolutamente iguales, y si el banco nacional llega a sufrir algún error, éste recae sobre la sociedad entera, sin que el valor emitido sufra la menor alteración para su poseedor.

Se supone que toda la plata y oro circulantes en el mundo no pasan de 43 mil millares de francos, acumulación que data de la oscuridad de los siglos, en que la luz de la historia no penetra, porque sea cual fuere la disminución que el uso ha hecho, el interés que siempre han inspirado estos metales ha influido en su conservación. Si estos valores que tanto resaltan a los preocupados ojos de los que desconocen el mecanismo de la producción humana, resultado del trabajo y de la industria, se comparan con las minas de fierro y de carbón que encierra Inglaterra, se verá que este solo país produce en pocos años aún más que todo lo que América ha sacado en tres siglos de sus codiciadas minas. Esto probará siempre

que el trabajo debidamente compensado por cualquier industria es el único productor, y que los productos extraordinarios de algunas minas de metales preciosos se compensan con las grandes pérdidas que otros sufren tras esperanzas inciertas, a que los arrastra como a un jugador la idea fascinadora de montones de oro, idea inseparable de todos los romances que tocan y exaltan nuestra imaginación.

Al presente se observa ya uno de los fenómenos que no aceptará de modo alguno la mayoría de las sociedades humanas, preocupada por sus antiguos errores. El oro que hoy producen las minas de Oural, las de California, y que se dice sobrepasarán los lavaderos recientemente descubiertos en Nueva Holanda, ha traído una baja en el mercado del mundo, por más que se conserve su valor nominal, por los esfuerzos de todos los bancos y capitalistas, que el interés ha unido en ambos continentes y en todas las naciones instintivamente. El oro ha bajado desde que todos los demás productos de la industria humana han subido, sin que se perciban ni conozcan otras razones ni motivos que puedan haber influido en esta desnivelación tan repentina. Por el contrario, la perfección de las artes, el incremento de la industria en todos sus ramos conocidos, la multiplicación de las máquinas, los nuevos descubrimientos de las ciencias, todo lo que hoy engrandece nuestro siglo, naturalmente debía traer la baja en los productos del trabajo del hombre, sometido a una competencia ruinosa, no sólo en el interior de cada país sino de unos pueblos con otros, que para abrirse mercados bajan incesantemente el valor de sus productos. Pero el aumento de éstos en su valor es la obra del mecanismo invariable, aunque imperceptible de la marcha social de nuestra especie, es la ley a que todas las combinaciones financieras y el poder de los capitalistas tienen que ceder. La abundancia de un producto en un mercado trae la baja, su demanda es más lenta, y las combinaciones para sostener su antigua importancia por más que admitan un valor nominal, no son sobre la antigua base ni sobre las mismas relaciones que otra vez tuvieron. Así, al fabricante nada le importa que una onza de oro tenga la denominación de diecisiete pesos; en sus cambios la acepta por este valor, pero a sus efectos los sube un tanto por ciento calculando el mínimo que el oro ha bajado en el mercado del mundo.

El sistema mercantil que establecía una balanza entre la exportación de los propios productos y la importancia de los que venían de otros países, considerado hoy como una quimera de las más funestas que podrían sobrevenir a la humanidad, ha tenido sus fundamentos que eran peculiares de la época industrial en que se hallaban en aquella época los pueblos de Europa, fundamentos que existen en parte entre los modernos que la economía política ha anatematizado sin hacerlos desaparecer, porque todas estas materias, como ya lo he dicho, están sujetas a una ley instintiva e invariable, que la ciencia aún desconoce y por lo mismo rechaza.

En aquellas épocas se reconocía al oro y la plata como la riqueza por excelencia, y el ansia de los gobiernos por atraer a sus estados estos metales fue causa de perturbación, de guerras y de funestos errores. Pero subiendo a los comienzos de la verdadera ciencia, hallamos que los pueblos industriales de aquellas edades, para sostener en el interior mismo los precios de sus productos, necesitaban exportarlos y abrirse mercados, que además de conservar las fábricas bajo una

producción lucrativa, alimentaban el espíritu especulador de la época, que hacía grandes ganancias repartiéndolas donde quiera que hallaba una venta favorable. La marina mercantil hallaba así un incremento y desarrollo, que la historia ha señalado a todos los pueblos que por su comercio se han elevado a poderes marítimos, y han podido ejercer los monopolios sosteniéndolos por la fuerza en todos los mares que dominaban. Los fenicios, los griegos, los cartagineses y los romanos, de su marina mercantil formaron las grandes escuadras con que a su vez, unos tras otros, dominaron la tierra y los mares. Génova y Venecia, en Italia, llegaron por este medio a una importancia que su población y territorio de ningún otro modo podría alcanzar. Portugal, España, Holanda, Inglaterra y Francia se han disputado alternativamente este poder que en el pasado siglo asumió Inglaterra, y cuyo cetro tendrá que abandonar a las que fueron sus antiguas colonias.

El sistema mercantil no era entonces una quimera, y no lo es hoy bajo ciertos respectos. La plata y el oro representaban el valor del trabajo, formaban el único capital que movilizaba todas las industrias; naturalmente debía ser el objeto predilecto de la política de los gobiernos, que impulsando el sistema que los dominaba tenían que proteger las artes, la agricultura, y toda clase de industrias, para mandarlas al exterior a cambiarlas por oro. El sistema mercantil era pues una protección a toda clase de trabajo, que engrandeció a los pueblos que pudieron sostenerlo, y ha hecho la colosal fortuna de Inglaterra, que por su industria, su comercio, y su marina ha dominado los mares y abiértose mercados en todos los pueblos de la tierra, sosteniendo sus leyes restrictivas.

Todos los demás pueblos deberían sucumbir ante el colosal descubrimiento del crédito público, que los ingleses por su fortuna ensayaron primero. El error capital de los gobiernos fue creer que sólo la plata y el oro eran riqueza y el único objeto de sus afanes y codicia. Los ingleses, por el contrario, representaban sus valores por el crédito, y su oro y su plata fue a explotar en todos los países de la tierra los errores de los pueblos y de sus gobiernos. Así pudieron apropiarse de todas las primeras materias que fomentaban su comercio y su marina, y las encaminaban a los focos de industria y de trabajo, que naturalmente debió producir la acumulación de tantos capitales, y de tantos elementos de producción. El sistema prohibitivo quedó en Inglaterra en sus antiguas formas para todas las manufacturas de las otras naciones de las que sólo recibía productos en bruto que valorizaba por medio de su trabajo y de su industria, para volver a los mismos países que las producían recargados con el valor de la mano de obra, con los intereses del capital, con los provechos del especulador y del fabricante, con comisiones, seguros y fletes de ida y vuelta. Nuestras lanas, nuestros cobres, cueros, etc., ¿no vuelven a Chile con estos gigantescos recargos? Inglaterra conoció la primera, la ninguna importancia del oro y la plata, rechazó en esta parte el sistema mercantil de los otros gobiernos y estableció otra balanza mercantil, que ha podido sostener por su industria y su poder marítimo, balanza de que no he oído hablar y que es desconocida quizá hasta el presente. Consiste ésta en apropiarse todos los productos en bruto, elaborarlos por su trabajo e industria, y repartirlos después por todo el mundo conocido. El crédito público ha obrado este fenómeno, la ignorancia de los demás pueblos

sobre su influencia, ha sostenido el monopolio, que sin sus formidables escuadras no habría sido de larga duración como aparece de las últimas guerras que Napoleón sostuvo para abatirlo y arruinarlo.

El sistema prohibitivo, objeto de tantas disensiones de los economistas, falso en cuanto a considerar la plata y oro como la balanza de comercio, es efectivo como una protección al trabajo e industria interior de todo país. Se dice que esta protección es un monopolio en beneficio del fabricante, desde que el consumidor puede comprar del extranjero lo que necesita a más bajo precio, pero como debe suponerse que todos trabajan, que cada uno tiene una industria, y que no hay sistema prohibitivo para la producción y comercio interior, todas las industrias guardarán entre sí un equilibrio, que el trabajo y el capital necesariamente deben nivelar, porque se dejará la industria menos productiva para trabajar en la que se reciba mejor recompensa o salario.

Subiendo al principio económico, de que el trabajo es el solo productor, todo sistema que lo estimule y proteja naturalmente debe ser el mejor. Una nación que todo lo compra al extranjero dejará inerte el trabajo de sus habitantes, le sucederá como a España, que dueña de todos los caudales y riquezas que América producía en plata y oro, desde que se halló este tesoro empezó a decaer en toda industria, hasta llegar a una postración en que se le considera, después de haber sido la primera, una potencia de tercer orden. La plata, por más esfuerzos de los gobiernos, por más prohibiciones y barreras para contenerla en el interior, saldrá como un torrente en busca de las manufacturas de otros pueblos industriosos, que proporcionan más comodidades, más placeres y bienestar que la posesión de un tesoro en arcas, que sólo podrá contentar a un avaro.

Éstos han sido siempre los resultados del error de los gobiernos sobre los metales llamados preciosos, errores que la ignorancia del crédito público hacía quizá inevitables. En adelante, aún habrá que luchar contra preocupaciones tan arraigadas sobre la importancia de la moneda, pero la ilustración abre ya una ancha huella que todos hemos de seguir. El crédito, no es posible dudarlo, reemplazará completamente las funciones del oro y de la plata. El crédito, riqueza puramente nacional, no excitará la codicia de los otros gobiernos, no habrá otra vez un sistema seguido con tanto tesón para atraer los metales que hoy sólo fijan nuestras miradas. Las prohibiciones tendrán un objeto más noble, y probablemente volveré sobre este asunto, que tan rápidamente he bosquejado, siendo tanta su importancia cuanto la ciencia económica ha fulminado horribles anatemas contra todo sistema protector o prohibitivo, desconociendo sus verdaderos principios, o más bien las justas deducciones que ellos deberían hacerse.

CAPÍTULO XV

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA DEBEN AL CRÉDITO PÚBLICO Y A LA EXTENSIÓN DE SU TERRITORIO VACANTE, LA PERMANENCIA DE SU DEMOCRACIA

Como una consecuencia precisa de la condición de nuestra sociabilidad, y de las tendencias irresistibles de todos los pueblos civilizados, a reaccionar todos los principios de la democracia, por medio del capital y de la propiedad, la república de Estados Unidos de Norteamérica dos veces ha estado amenazada, y a los bordes de su ruina. Los militares que habían obtenido la independencia se iban a hallar confundidos por los principios de igualdad proclamados por las demás clases que ellos creían ver desde muy alto. Un espíritu aristocrático los animaba, y sin el noble ejemplo de Washington, de retirarse a la vida privada, sin pretensión alguna, los gérmenes revolucionarios se habrían desarrollado, como ha sucedido en toda América española, con los militares que la guerra de la independencia dejó llenos de ambición, y que creyeron ser los herederos de la autoridad y poder que habían destruido. El célebre ministro de la Tesorería, Hamilton, que había sido uno de estos militares, a pesar de servir a las órdenes de Washington, que había sido llamado a la Presidencia de la República, calculó renovar las pretensiones aristocráticas, reuniendo a la ambición de los militares la falange de capitalistas y especuladores, insignificantes en aquel período, pero que se proponía engrandecer, creando una deuda interior, a imitación de Inglaterra. Todos los que podían servir las miras del ministro fueron puestos en el secreto de que iba a reconocerse la deuda interior, que se había formado durante la guerra de la independencia. Esta deuda nominal en cierto respecto, porque se derivaba de emisiones en billetes o papel moneda sumamente desacreditado (como hoy sucede en Buenos Aires, en que un peso vale 23 de los emitidos por el banco) debía ser reconocida a la par, y asignado un fondo de amortización y un interés correspondiente. Fácil es concebir el movimiento febril que debía agitar a los favorecidos de Hamilton, y con qué ansia se absorbió casi por nada una deuda de más de cien millones, que un Estado naciente y virgen fácilmente podría pagar. La voluntad firme de Washington, que había aceptado el republicanism, bajo los

principios democráticos, y la intervención del ministro Jefferson, que marchaba sobre los mismos principios, conjuraron la tempestad, pronta siempre a renacer durante la presidencia de Adams; hasta que definitivamente triunfó la democracia, siendo Jefferson, que era su jefe, elevado a la presidencia.

El otro gran peligro era la combinación del capital y del crédito a la vez, para abatir o arruinar el principio democrático que se había sobrepuesto a la riqueza y a la propiedad, y se enseñoreaba en la política. El presidente del banco nacional, dueño de dar o quitar el crédito a cuantos necesitaban empréstitos o descuentos de aquel establecimiento, conociendo la tendencia de todos los propietarios, ricos comerciantes, y grandes capitalistas de sobreponerse a la democracia, que los abrumaba con sus elecciones y triunfos, quitándoles toda su importancia política, y anulando el espíritu de dominación que la riqueza inspira, se puso a la cabeza de la reacción, que debía cambiar el sistema político de aquella nación. La elección de Presidente de la República era el campo de batalla, ésta fue ruda y decisiva, pero el jefe del pueblo triunfó, y el general Jackson, subiendo a la presidencia y arruinando al banco nacional, cortó la cabeza a la hidra, que, subsistiendo, habría siempre amenazado la igualdad social y política, que aquella nación hasta hoy disfruta. Estos dos grandes triunfos de la democracia han dejado existente un ejemplo vivo de igualdad política, prosperidad, bienestar, y de una paz interior que conmueve a todos los pueblos de Europa, que aún están encadenados por viejas instituciones, por soberbios y grandes ejércitos, que absorben las rentas públicas, que la tiranía les arrebató sin piedad, para sostenerse contra la corriente irresistible de la civilización, y contra esos principios de libertad e igualdad que hoy agitan a todos los pueblos que procuran mejorar su condición.

En efecto, todos los gobiernos de Europa coligados, sembrando las viejas doctrinas de su legitimidad en un terreno ya cansado y estéril, y sólo preparado para otros gérmenes, sólo por la fuerza de las armas y con el apoyo de la aristocracia del dinero, más que con el gastado feudalismo, se conservan contra los embates siempre crecientes del espíritu democrático, que sostiene ese astro brillante de igualdad y libertad, de prosperidad y grandeza, de un pueblo que por sí mismo lo hace todo, y que ensayando todos los caminos de la perfección social llegará al punto de felicidad que es dado al hombre alcanzar en la tierra. El orgullo de su importancia y el camino de su engrandecimiento siempre abierto a este pueblo, creyéndolo todo posible porque todo le ha salido bien, lo ha lanzado en la conquista, lo ha hecho creerse una raza privilegiada, le ha infundido el orgullo de la dominación, lo ha extraviado; pero estos ensayos costosos a su erario, en que ha sacrificado una brillante juventud, sin que sus conquistas sirvan más que para relajar su unidad, son caprichos pasajeros más de los gobiernos que de aquellos pueblos, donde si se exceptúa esa minoría agitadora y bulliciosa, que nunca falta en toda sociedad humana, estos descarríos han sido lamentados por la parte sana y sensata de aquella nación, que tiene en su mano más nobles y sublimes conquistas, las de su ejemplo, las de su libertad y prosperidad.

Una república siempre en el camino del progreso, en ideas, en poder, en prosperidad y gozando una tranquilidad interior inalterable, era un fenómeno que no

podían explicar los hombres más eminentes que han estudiado sus instituciones y visitado aquel país. Los políticos buscando en la historia ejemplos de una situación igual, pronostican la ruina y disolución de esta democracia como sucedió en las repúblicas antiguas. Unos atribuyen a la energía de su raza tanto engrandecimiento, otros a su constitución política, otros a la industria, a las fábricas y al comercio, que como colonos de Inglaterra hallaron establecidas al tiempo de su emancipación, no haciendo más que seguir el mismo sendero de su antigua metrópoli. Pero nadie se ha fijado en dos condiciones de aquel pueblo que debían producir este resultado: la una el crédito público aceptado generalmente, a pesar de sus defectos y desorden, y el otro, el que la propiedad territorial no ha podido ejercer el monopolio de la tierra ni erigirse por consiguiente en poder y autoridad social, como lo es en el resto de la tierra. En estas dos condiciones de aquella nación se hallan explicados los fenómenos de su grandeza.

Después de escritas mis ideas sobre el crédito y la propiedad territorial, a pesar de mis fuertes convicciones, decía para mí, éstas son teorías para el resto de la humanidad; las llamarán utopías de una imaginación exaltada por el espíritu de reforma, y mis ojos se cerrarán antes que vea la realización de uno de estos pensamientos que tanto me ocupan. Pero al llegar al examen de la democracia americana he hallado tanta similitud con las ideas que me ocupaban, que el desarrollo de aquella nación y su grandeza no son, ni pueden ser más que el lógico resultado de la abundancia del capital por medio del crédito, y de la nulidad absoluta de la propiedad territorial, como poder social y político. En un país donde todos pueden ser propietarios, y donde hay un inmenso territorio, que anulará por muchos años la importancia de que goza en el resto del mundo el dueño de la tierra, no podía menos de suceder esto.

Cuánto ha sido mi satisfacción y mi placer al ver mis ideas realizadas en hechos, no es fácil calcular. En efecto, donde quiera que la propiedad territorial está limitada a un cierto número de individuos, el monopolio de ella es una consecuencia. Este monopolio de la naturaleza, de esta madre común que nos alimenta y por la que sólo existimos, nos liga a pesar nuestro, y nos obliga para con el propietario, quien en el orden natural de las aspiraciones y ambición humana, pone las condiciones no sólo del precio que debe pagársele, sino del respeto y consideración que su inquilino o arrendatario debe prestarle. La propiedad sin más que esto, obtiene la importancia que todo monopolio lleva consigo, y además el poder y autoridad social que ella ha reclamado y que no se le puede negar al arbitrio de nuestra subsistencia. En Estados Unidos hay millones de acres en venta por un precio que no excede de un peso, y el trabajador con el salario de tres o cuatro meses, aunque sea un mero jornalero, tendrá bastante para hacerse propietario y vivir independiente y feliz con su familia. La tiranía de la propiedad territorial no puede allí existir desde que el inquilinaje no existe, tal como lo comprendemos. Si el rico propietario tiene sus sirvientes que trabajan su hacienda, no es sino sobre bases de un mutuo interés, derivadas de convenios, en que todo es recíproco, sin nada de servil ni humillante, conservando el sirviente su independencia, su dignidad, y su carácter, y votando casi siempre contra la opinión del propietario en la elección de los altos funcionarios de la república.

Una combinación de los ricos propietarios tampoco es posible para imponer obligaciones al trabajador, exigirle consideraciones o bajarle los salarios. Allí están las tierras de la república, a donde el pueblo se retirará dejando al propietario abandonado a sus propias fuerzas y en un aislamiento que debe serle terrible. El propietario americano no puede imponer condiciones onerosas, él parte sus provechos con los que le sirven; los salarios son subidos, y bastan para llenar las necesidades de la vida. Si él obtiene algunas ventajas respecto de algunos sirvientes, son pasajeras, las debe a una inmigración desvalida, que al pisar aquel suelo hallan todo grande y rico; es el esclavo liberado de Europa, que arrojado por el hambre y la tiranía se contenta con la saciedad y una cierta independencia, hasta que recordando sus fuerzas y dignidad se hará ciudadano como cualquier otro.

Por lo que respecta al capital, el pobre lo tiene allí en sus manos y en su trabajo; puede elegir entre ser o propietario, o bien retribuido por un salario. Colocando en esta condición su suerte es feliz e independiente. Si él se eleva por sus talentos, su industria y su saber, sobre la condición del jornalero, mil bancos ansiosos de descuentos y préstamos, conociendo su capacidad y honradez, le abren crédito a un bajo interés, que no excede de seis por ciento, y desde luego él se halla en el camino de la opulencia. La usura, tal cual se practica entre nosotros, arreglada a las necesidades del que busca capitales, calculada para no dejar a la industria ni aún el equivalente de un salario, y destinada por la codicia para arruinar cuanto toca, es allá desconocida. La multitud de bancos, por el contrario, no puede sostenerse sino por préstamos y descuentos, y éstos sin una protección decidida al trabajo y a la industria, a poco andar no hallarían, como nuestros usureros, dónde colocar sus capitales. Como ya lo he dicho, el crédito en Estados Unidos ha excedido los límites de la prudencia, y atraído trastornos y crisis por un exceso de circulación desproporcionada con el capital que la industria de aquella nación necesitaba, pero la industria siempre ha progresado.

El fenómeno de tanta opulencia y libertad ha sido estudiado por dos sabios que han ido expresamente a analizar las instituciones que producían tanto bien. Tocqueville ha creído encontrar la solución de esos grandes problemas en las primitivas instituciones de este pueblo, y en el desarrollo que la libertad les ha ido dando. Sus investigaciones sagaces y profundas no han bastado para esclarecer las causas de los hechos que observaba; su obra, resultado de observaciones exactas, no era lógica al fijar el principio de que las derivaba. Para suplir esta falta ha acudido, como otros muchos y como los mismos americanos lo creen, a los privilegios de su raza, a su constancia infatigable, a ese amor al trabajo, al genio de la invención y a otras dotes, que no son más que la retribución justa y racional al trabajo del hombre, obtenida por la ruina de la usura y conservada por la abundancia del territorio, que ha impedido hasta hoy el monopolio de la propiedad, su dominio y su importancia social.

Chevalier ha creído resolver estas cuestiones estudiando la industria de aquel país, y por cierto que ha andado más cerca que Tocqueville, pero como éste, llena el vacío de lo que no alcanza a penetrar con los instintos de aquella raza. Uno y otro viajero han estudiando perfectamente los fenómenos que tenían a la vista,

pero tomando los efectos por la causa, no han podido subir al principio social, esa ley invariable que rige los destinos del hombre, ley que muchas veces no alcanzamos a conocer, pero cuyos resultados obran sobre todas nuestras relaciones, dirigen la opinión, y fijan la política de las naciones.

La riqueza donde quiera que exista es un poder social; la hay en Estados Unidos, y muy grande; pero allí está completamente equilibrada con el poder político que el pueblo retiene y conserva, desde sus pasados triunfos. Él elige las grandes magistraturas, los cuerpos legislativos, el presidente de la república, y a estos puestos no alcanza quien no haya dado muestras de sus sentimientos políticos, y de su exacta adhesión al principio democrático. El pueblo ha podido conservar su unidad en esta parte, porque allí está su interés, y principalmente porque es independiente del capital y de la riqueza territorial que domina en el resto de la tierra. La aristocracia de la fortuna está encadenada al goce indefinido de sus riquezas; su libertad es absoluta en esta parte; el que trabaja, el que es económico, el que sobresale por su inteligencia y su honradez tiene asegurados los frutos de sus fatigas; pero su riqueza no es poder, su influencia política es más que nula, desde que la riqueza es más bien un estorbo para alcanzar las magistraturas que dan autoridad. Desde luego la igualdad social ha sido definitivamente establecida, valiendo cada uno por su trabajo, su talento y sus virtudes, gozando del mismo modo en la misma proporción de las ventajas que estas cualidades debe proporcionar. Cómo ha podido realizarse todo esto sin revoluciones, sin choques violentos entre la aristocracia de la fortuna y el pueblo, es difícil concebir a primera vista, pero si subimos al origen de esta república, en la que todos eran pobres, y donde la desigualdad social era imperceptible; si examinamos que los triunfos del pueblo datan desde aquella época, y que su ilustración política ha acrecido con los amagos de un cambio en el interés aristocrático, hallaremos que todo es lógico en el orden social, y que la providencia ha elegido este pueblo para dar el ejemplo de esta democracia en acción, que imitará toda la tierra, a pesar de los esfuerzos del despotismo y de las renacientes tramas de los que quisieran volver el mundo a su antigua ignorancia y nulidad.

Desde que el pueblo no ha podido ser encadenado ni por el espíritu militar, por el capital, ni la propiedad territorial, el sendero de su engrandecimiento estaba abierto, y fijado el principio democrático sobre sólidas bases. De conquista en conquista la libertad y la igualdad social se han ido rodeando de instituciones, que con la sanción de los resultados y del tiempo, que rectifica todos los hechos humanos, asegura su imperio y duración. En Europa la conquista que organizó el feudalismo, y en América española, donde otro feudalismo se levantó con la servidumbre de sus primitivos habitantes, la tierra y el trabajo del pobre fueron el premio de los conquistadores; doble monopolio que Europa ha sufrido por tantos siglos, y que nosotros estamos pagando agitados por revoluciones incesantes, que el antiguo orden de cosas opone al desarrollo de la libertad y de los principios que pudieran afianzar la democracia que hemos proclamado. En Estados Unidos, a la repartición de tierras de las primeras colonias, reducidas a las que podían cultivar y defender de las tribus salvajes que las rodeaban; han seguido leyes que no permiten la venta sino en pequeños lotes, conforme al número de la familia que las

solicita, y a un módico e invariable precio. ¡Qué diferencia entre esta parsimonia del norte y la prodigalidad con que entre nosotros se daba a un soldado lo que podría encerrar una provincia! Diez, veinte y treinta mil cuadras son aún entre nosotros la herencia de uno solo, y la dominación y el monopolio de la tierra por el lujo naciente es hoy aún más exigente y enérgica que en la época de la conquista, sobre lo que ya he hablado.

La reforma social se ha desarrollado en América del Norte de un modo peculiar y lógico, inherente a la naturaleza de su territorio y a las ideas heredadas de su antigua metrópoli sobre el crédito público. Inglaterra fue republicana, anuló la nobleza y decapitó un rey; pero la riqueza territorial no sufrió notables alteraciones, y el crédito público le era desconocido. La reacción debía desde luego aparecer. Cromwell fue aún más despótico que los antiguos reyes, la libertad fue encadenada, y los descendientes de Carlos I volvieron naturalmente al trono. Lo mismo ha sucedido en Francia con Napoleón; el soldado del pueblo comparado con Luis XVI fue un tirano; esta Francia socialista y republicana tenía que ahogarse en sangre antes que recibir instituciones protectoras de su libertad. Napoleón pudo dárselas y asegurar la revolución, pero él quiso ser el heredero de los Borbones. Las instituciones de crédito eran para él idealidades e Inglaterra lo venció con ellas. La riqueza territorial y el capital acabaron por reaccionarse y aceptar la antigua dinastía. No obstante, estas revoluciones han dejado sus cambios y reformas, y los gérmenes que incendiaron aquellos dos grandes pueblos fermentan con fuerza irresistible, que el ejemplo de Estados Unidos atiza e inflama cada día con nuevo ardor.

Europa exaltada a la vista de la condición social del americano del norte, sin conocer los hechos peculiares de aquellos pueblos, se conmueve a la voz de ciertas ideas y principios, que son utopías si no se sube al origen de donde América del Norte ha derivado aquellos hechos particulares de su condición, y las instituciones que los han organizado y sistematizado, hasta formar una política especial muy distinta de la que allí se conoce. El socialismo y el comunismo sin duda son remedios radicales, que cambiarían la existencia social y política de Europa, pero es casi seguro que antes de alcanzar las combinaciones de sus instigadores, la ruina de lo grande que ha reunido la sabiduría humana, desaparecería de la tierra, y nuestra especie entrando en la barbarie principiaría la carrera de que ha salido después de tantos siglos, de tantos ensayos y tan numerosos trabajos. El verdadero Socialismo es el estudio práctico de este pueblo, y si la abundancia de su territorio no la pueden alcanzar las demás naciones, el quitar a la propiedad territorial toda importancia y poder social, es el camino más expedito de anular a los reaccionarios permanentes de toda libertad y a los enemigos naturales de todo sentimiento de igualdad. Lo repito con satisfacción, en mis ideas ya expresadas sobre la organización de la propiedad territorial encuentro la solución de este gran problema social, sin que sufran alteración alguna los grandes hechos y descubrimientos con que el hombre ha subido a su actual condición. La redacción de este capítulo principiada sin aplicación alguna, sino es respecto del crédito público, me ha conducido al descubrimiento de un fenómeno que no solo explica el principio vital de las instituciones de la América del Norte, sino que sirve de apoyo práctico a mis anteriores

ideas, sobre los abusos de la propiedad territorial, confirmando los remedios que había yo calculado.

No se me oculta que aquella nación impulsada por la idea de la ganancia, materializa todo lo que nuestra inteligencia tiene de más sublime. A esta ganancia ha seguido el lujo y la idea del goce; y el interés reproduciéndose bajo otras formas, ha organizado la esclavitud y la defiende, no por razones ni justicia, sino por la fuerza. Esta misma fuerza organizada políticamente, estimulada por el orgullo de raza, que una insensata preocupación les comunica, los ha hecho también conquistadores. Su invasión de Texas, sus guerras con México, su conquista de California, sus expediciones a Cuba, son hechos degradantes a aquel gran pueblo. Estos son los ensayos de una fuerza que no modera un principio moral, son el impulso materialista de las riquezas y goces que atormenta a la demagogia americana, que a la vista de la opulencia y lujo de los ricos, no pudiendo apropiárselos en el interior, porque la opinión domina, los busca fuera. Esta demagogia no es el pueblo, no es la democracia, son los agentes electorales, son sus vigías contra la aristocracia, los diaristas de profesión, son ciertos políticos y especuladores que no por gloria y honor sino por míseros intereses se abandonan a los instintos del pillaje y latrocinio, y tienden su vista hacia las fértiles y ricas regiones de la América Española, adonde los convidan nuestras preocupaciones, nuestro fanatismo, nuestras revoluciones. Un soldado raso que hizo la campaña de México como voluntario, es el actual Presidente de la República, su mérito no era otro que su entusiasmo aventurero. Pierce, de soldado elevado a coronel y general, sin poder cambiar la política interior como Presidente, en el exterior era el jefe de la demagogia; pero ni su política ni sus principios pueden prevalecer en aquel gran pueblo, donde esta fiebre de conquistas será transitoria, o disolverá la Unión: la prueba más evidente la hallaremos en la reprobación general que la política de este jefe obtendrá al fin.

La nación en todo lo que a ella nos toca, si reprueba la conducta de sus mandatarios en el exterior, no la contraría, lo que supone una relajación moral de tristes consecuencias. Quizá ella no ve de mal ojo los proyectos de estos aventureros, que limitados a su propio país, se ocuparían de proyectos y cambios peligrosos que mejorasen su condición personal. Sucede en Estados Unidos de América lo que en las repúblicas de Grecia y Roma, en que si había una rígida moralidad interior, se fomentaban las expediciones de los tribunos exaltados, y de aquellos caracteres peligrosos a la tranquilidad pública, a quienes se prestaban ejércitos y protección que en cambio proporcionaban riquezas y conquistas. Pero el mundo ha cambiado en sus principios y en sus relaciones políticas y sociales. Los americanos sin alcanzar sino costosos y efímeros triunfos, que solo les han proporcionado la conquista de dos miserables provincias de México, que no les reportarán en muchos años 300 millones de pesos y 30 mil hombres que le costó la sola adquisición de California. Estas dos conquistas han levantado en el interior la cuestión de la esclavitud, han relajado la unidad nacional, dividido su política, criado facciones y partidos, fomentado la discordia, y amenazado la existencia de aquel gobierno. Pero no existiendo allí el poder territorial ni su influencia social, y estando la usura dominada por la multitud de establecimientos de crédito, yo no dudo que la moral

política de esta nación vuelva a hallar su antiguo centro, ejerciendo sobre el mundo la poderosa influencia de su ejemplo, de su prosperidad, y grandeza, como de su libertad e igualdad interior.

La moral política que en Estados Unidos no fomenta, pero que consiente este espíritu invasor de sus aventureros, trae también su relajación del principio religioso, dividido allí en tantas sectas, en que cada uno puede a su antojo formar sus creencias. El espíritu religioso manifestado allí con rígida escrupulosidad se dirige más bien a las formas que al corazón, si no es una hipocresía es una costumbre. La diversidad de ideas y principios religiosos necesariamente trae la debilidad de este sentimiento, y de las fuertes convicciones que elevan nuestra conciencia a la altura de un tribunal supremo que no transige jamás con el vicio. Estados Unidos es un ejemplo del progreso material a que el trabajo y la democracia pueden elevar los destinos del hombre. Ellos más tarde alcanzarán la unidad religiosa y moral a que los pueblos civilizados están llamados, lo que completará su grandeza y felicidad.

Pero en mi concepto, la causa y móvil principal de sus conquistas es una preocupación vanidosa, que en medio de su republicanismo los atormenta. Esta preocupación es el privilegio de su raza, su poder, su genio y su inteligencia. A pesar de su odio a los ingleses, ellos se enorgullecen de su origen, y su sentimiento democrático es exclusivo de su raza, despreciando a los demás hombres como inferiores. No se puede calcular los efectos que puede producir una tal manía. Francia republicana, a nombre de la libertad y cantando la Marsellesa, venció a toda Europa coligada; más tarde Napoleón, que en nada menos que en la libertad pensaba, inventó la gloria como grito de victoria y se sobrepuso a la república, en proezas militares conquistando toda Europa que puso a sus pies. Los americanos, dominados por la grandeza de su raza, han entrado en un camino de que tendrán que salir conociendo las causas verdaderas de su elevación, que bosquejaré más adelante.

Este mismo error o manía los ha conducido a mirar en los esclavos no una parte de la raza humana sino una especie distinta, destinada a ser el instrumento de su riqueza, una verdadera máquina cuya vista los ofende, cuyo contacto los degrada, cuya sola acción productiva codician. El hombre, en el pueblo más libre, ha llegado a ser mercancía, contraste bizarro del interés y el egoísmo con la justicia y dignidad humana. El que es de raza africana, aunque haya variado sus formas en tres o cuatro generaciones, es allí brutalmente desechado de la sociedad, sea cual fuere su mérito; América española felizmente sin orgullo de raza tiende a confundir las que contiene su población. Aquella esclavitud será la ruina de los Estados que la han aceptado y, no hay que dudarlo, la unión federal será rota por este cáncer que encierra, en un siglo en que el derecho será la fuerza, y en que la justicia se sobrepondrá a la tiranía. Su espíritu de conquista les enseñará también que hay otra raza más inteligente aunque menos activa, a la que no mueve el interés sino el honor, a la que han encontrado desunida, cansada de la dominación militar y han podido momentáneamente vencerla. Su unidad no está lejana, la ruina de las preocupaciones y fanatismo toca ya su término, el impulso comunicado al trabajo y a la organización del crédito público levantarán a esta raza a una altura que jamás alcanzarán las razas anglosajona y normanda, materialistas en sus tendencias e instintos.

CAPÍTULO XVI

PREOCUPACIONES SOBRE LA RAZA ANGLOSAJONA, CAUSAS DE LA PROSPERIDAD DE INGLATERRA, SIGNOS DE SU DECADENCIA, SU ESTADO ACTUAL*

El príncipe Guillermo de Nassau, que con una división militar que en Europa no podría llamarse ejército, invadió desde Holanda a Inglaterra, y arrojó a su suegro al trono, halló a esta nación en un estado en que ni su riqueza ni su poder eran envidiables. En aquella época nadie hablaba de la raza anglosajona, sus progresos sociales eran inferiores a los de muchos pueblos del continente; sus cámaras y parlamentos, tan afamados en nuestros tiempos, en su origen eran los serviles agentes de la tiranía de sus reyes; su literatura mediocre, su comercio y su marina no eran superiores a las de un pequeño Estado como Holanda, sus fábricas en la infancia, su legislación semibárbara, su política una mezcla hipócrita de autoridad real, de corrupción aristocrática, sazónada con nombres democráticos; su riqueza casi nula, su agricultura atrasada y su historia cruel y sanguinaria la reseña de un pueblo, que no tenía en su sangre sino el privilegio de su servidumbre, de su humillación y nulidad.

La historia de esta raza anglosajona es bien triste y melancólica como para alcanzar la importancia que su orgullo hoy le da, y que las preocupaciones de los otros pueblos acepta, por no poder de otro modo explicar su actual elevación. Los sajones dinamarqueses y demás conquistadores que asaltaron aquella parte del imperio romano eran tribus salvajes. Inglaterra debió, como el resto de Europa, pasar de las envilecidas manos de los pueblos y gobiernos degradados a otras más fuertes, cuyo temple no habían gastado la tiranía, ni una civilización en que el capital y la tierra pertenecían a la aristocracia, y donde el pueblo no podía ser más

* NOTA. Quizá hay alguna pasión contra los ingleses en la pintura de su raza, pero me hallaba oculto y perseguido y estaba muy reciente el rapto del vapor *Arauco* por las fuerzas inglesas, de lo que dependió el resultado de la campaña de 1851 que tanta sangre costó a la república. Por lo demás, el carácter individual de aquella nación es para mí muy respetable y he tenido ocasión de conocer y admirar las virtudes privadas de muchos de ellos.

que un impasible espectador de las conquistas y cambios que sobrevinieran. Los verdaderos bárbaros eran para el pueblo los que absorbían todo su trabajo, y los que se habían apropiado cuanto existía; y entre ellos y las tribus salvajes que asaltaban el imperio romano el pueblo quedó casi inerte. Así se explica la conquista de provincias que habían alcanzado una alta civilización y donde corría aquella sangre romana que se creyó tanto o más privilegiada que hoy lo pretende la raza anglosajona. Algunos acontecimientos aislados perdidos en la oscuridad de la primitiva historia de Roma dieron a este pueblo ese impulso, que la guerra y la conquista llevó tan adelante. De algunos hechos afortunados formaron los romanos su orgullo y su valor y de éstos dedujeron los privilegios de su raza. Los anglosajones, apagaron el brillo de esta raza, ¿y quiénes eran ellos? Tribus salvajes e incultas, piratas de todos los mares que robaban y destruían los pueblos de la costa, y que hallaron aquellas islas como una fácil presa en que fundaron siete monarquías, que parecían ocupadas de borrar hasta los vestigios de la antigua civilización que allí como en el resto de Europa ni aun se retiró y concentró en los solitarios claustros de los monjes, para salir débil y vacilante a comenzar de nuevo su misión regeneradora sobre aquellas hordas de guerreros salvajes, que todo lo habían sujetado al imperio de la fuerza, sin más razones ni justicia que su lanza y su espada. Estos son los primitivos blasones del orgullo de raza con que los ingleses y los americanos del norte se creen llamados a dominar el mundo. Sigamos rápidamente su historia, y muy lejos de hallar algunos privilegios en esta raza, hallaremos su degradación y servilismo, cual nunca se vio en el resto de Europa.

Los primitivos pobladores son los mismos sajones que hoy ocupan una parte de Alemania, los dinamarqueses, noruegos y algunos otros piratas y aventureros. Estas razas existen hoy puras en su propio país y sin ningún privilegio, que las distinga, ni las haga sobresalir del común de los demás hombres, ¿qué ha podido pues engrandecerlos en la antigua Albión? La mezcla con los antiguos britones, los primitivos habitantes, que halló César al tiempo de su invasión, no ha podido producir este resultado porque los sajones pasaron al filo de la espada a todos los pueblos conquistados, no escapando de aquella cruel matanza sino los que pudieron asilarse en las montañas que hoy forman el país de Gales, donde aún se conserva intacta esta raza. Los sajones a su vez fueron conquistados por los dinamarqueses, más bárbaros que ellos, y los degradaron y anularon completamente, hasta que casuales acontecimientos volvieron el trono a la raza sajona. Ésta, cuando el continente brillaba por el renacimiento de las ciencias y las artes, aún conservaba su antigua rudeza e ignorancia, y debía pasar por otra conquista, que iba a cubrir de baldón a estos sajones que hoy vemos tan orgullosos de su origen. Guillermo duque de Normandía invadió Inglaterra, y después de la batalla de Hastings se apoderó del reino que trató como país conquistado, y consumó una revolución social quitando a los nobles sajones sus títulos y propiedades que dio a los normandos y a otros aventureros que lo habían acompañado en su conquista. Estos nuevos nobles, esta nueva raza que en Normandía, provincia de Francia, jamás han sobresalido por ningún privilegio de su inteligencia y energía, son los actuales dominadores de la raza sajona, destinada hoy a las fábricas, a la agricultu-

ra y a todos los rudos trabajos que engrandecen a los dueños de la tierra, y les dan las soberbias rentas de que gozan en los ejércitos, en la Iglesia, en la diplomacia, y demás sinecuras, con que los nobles absorben aparte de los productos de la tierra las contribuciones del Estado, que la degradada sangre sajona paga hoy como antes a los aventureros normandos.

Guillermo el conquistador llevó a Inglaterra junto con su tiranía los gérmenes de la ciencia y las artes que se desarrollaban entonces en los demás pueblos de Europa, y la civilización puede decirse penetró en Inglaterra con la punta de la espada. Su historia hasta esta época es oscura y bárbara, pocos nobles sabían leer y escribir; el Grande Alfredo, hijo de un rey, había llegado a una edad adulta sin obtener estos elementales conocimientos; quiso aprender el latín, y en todo el reino no hubo quién se lo enseñara. El pueblo en los campos era siervo, como hoy lo vemos en Rusia; la propiedad territorial se valorizaba junto con los habitantes que ella contenía, y la esclavitud doméstica era numerosa y aún más miserable. La dominación anglosajona duró 460 años, la de los normandos hasta nuestros días, variando sólo en las formas la antigua esclavitud por más revoluciones hechas a nombre de la libertad, por más denominaciones democráticas con que se lisonjea a la multitud, y un sistema electoral que parecía colocar la soberanía nacional en manos del pueblo.

Aunque la raza sajona volvió al trono después de cien años, tuvo que respetar a la nobleza normanda, como Luis XVIII a los regicidas que habían votado la muerte de su hermano. La línea nombrada Plantagenet no puede ser, a pesar de su origen sajón, más que la continuación del pueblo normando. Enrique II, que la inició concedió al pueblo una carta de privilegios; pero estos ensayos del poder real para buscar una barrera contra el gran poder de la aristocracia se anulaba sin esfuerzo, ya por el sistema y organización social que existía, ya por la ignorancia y degradación en que el pueblo se hallaba. Juan Sin Tierra, que se declaró feudatario del Papa, a quien pagaba tributo, fue obligado a firmar la magna carta de que tanto se enorgullecen los ingleses. Los sesenta y tres artículos que la componen no son más que los más usuales principios de los derechos humanos, que las más bárbaras legislaciones de Europa reconocían entonces, lo que supone la degradada condición a que en aquellos tiempos se hallaba sometida la raza sajona. España toda después de ser la presa de las invasiones del norte antes de esta época, poseía una legislación más completa, en que los derechos humanos y los de la propiedad estaban asegurados y garantizados, y a mediados del siglo XIII en que pasaban estos acontecimientos en Inglaterra, las naciones del continente habían adoptado los principios más reconocidos del derecho romano, y aplicándolo a sus progresos y condición.

Por este tiempo comenzaron a reunirse los parlamentos, que los reyes convocaban para sólo sacar contribuciones a los pueblos, con una nueva autoridad que daba más peso a sus reclamos. Más tarde estas insignificantes funciones se erigieron en derechos por la debilidad de algunos reyes, y su autoridad llegó a subir tanto, que el famoso Largo Parlamento levantó bandera contra Carlos I, lo venció, declaró en república la monarquía, y condenó a muerte a uno de sus mejores reyes.

Para llegar a esta situación la sangre había corrido antes en los campos de batalla y en los cadalsos, por las divisiones de las familias de Lancaster y York. Los reyes y los nobles parecían llenos de emulación en la carrera del crimen, del asesinato y del veneno; las represalias seguían de cerca a aquellos atentados. A la inmoralidad se unía también la superstición y el fanatismo, resultados de la ignorancia.

La tiranía de Enrique VII, que llevada de su codicia fomentaba la enajenación de las propiedades de la aristocracia, y que por hacer subir sus rentas impulsó la navegación y el comercio, y toda clase de industria, levantó al pueblo de su antigua postración. Los siervos pagaban entonces en dinero los servicios a que eran obligados; las tierras que recibían para cultivarlas y vivir de sus productos empezaron a arrendarse por una determinada renta, la servidumbre insensiblemente desapareció. La nobleza anulada por aquel Rey no pudo impedir aquella revolución social, que en cierto modo cambiaba los destinos de aquel pueblo, y lo impulsaba a la industria y al trabajo, que la esclavitud hace imposible. ¿Cuánta similitud no se encuentra en la condición de nuestros campos a pesar de nuestras instituciones? Los propietarios prevalidos del monopolio de la tierra vuelven sin cesar a las antiguas costumbres de la conquista. La raza condenada entonces a la servidumbre, a pesar de su mezcla con la sangre de los conquistadores, a pesar de las leyes de los monarcas españoles en la época colonial para emanciparla, y a pesar de la revolución que hemos hecho a nombre de la libertad e igualdad social, aun está sujeta a mil obligaciones gratuitas, y a una servidumbre que podemos llamar forzada, desde que todos los propietarios se han unido, para imponer a sus inquilinos unas mismas obligaciones y a un mismo salario. El habitante de nuestros campos tiene la libertad de mudar de domicilio, de abandonar la hacienda en que se le oprime, ¿pero a dónde va que no se le impongan iguales o peores condiciones? Él lo sabe de antemano, y se resigna a la tiranía establecida en la propiedad en que nació, donde están sus padres o descansan sus cenizas, donde se casó, donde nacieron sus hijos, donde están los sitios risueños en que vivió, y que los recuerdos de su juventud hermocean. El propietario reconoce todos estos arcanos del corazón, todas estas inspiraciones del sentimiento, y los usos y costumbres de sus abuelos son leyes inmutables. ¡Ah!, ¡felices los habitantes de los campos si aquellas costumbres coloniales existieran! Hoy los recarga el amor de la riqueza y del oro, que el lujo ha despertado en el propietario. Pero ya antes me he ocupado de esto, y es preciso volvamos a esta raza anglosajona, a esta preocupación de nuestro siglo.

Enrique VIII, tirano sombrío y cruel, brutal en sus amores, que hizo degollar cinco de las siete mujeres que tuvo, para saciar con otras sus libidinosas pasiones, más sanguinario que Tiberio, más caprichoso que Calígula, fue el jefe y el Pontífice de la Iglesia Anglicana. Él quemaba los herejes y los católicos, él se hacía reformista, y al que disentía de sus extravagancias lo entregaba al verdugo. Cubriendo de luto a Inglaterra, sin los talentos de un reformador, sin una sola virtud, que le captase benevolencia, hizo con el brazo del verdugo lo que Mahoma con su espada, con otros talentos y otras virtudes. La religión formada por este furioso e implacable tirano, con su liturgia y cuantos errores puede amontonar el orgullo herido por la resistencia del Papa a legitimar su brutal amor, es la religión por excelencia

de esta raza anglosajona, religión a cuyas altas dignidades y cuantiosas rentas sólo alcanza la nobleza, que absorbe todos los diezmos, y una riqueza igual o superior a la del clero católico y demás sectas protestantes de Europa y América reunidas. Esta religión que no es ni puede ser sino un resorte de la política, un medio de corrupción para dominar el Parlamento, y la Cámara alta, donde tienen asiento todos los obispos, cobra los diezmos a todas las demás sectas disidentes, lo que hace subir sus rentas a una suma que parecería fabulosa si el lujo y el esplendor de los discípulos de Enrique VIII no revelasen lo violento y bárbaro de su origen.

En política este tirano apropiándose todas las riquezas del clero, las repartió entre sus agentes, corrompió el Parlamento, que se adelantaba a su imperiosa voz, para sugerirle proyectos inicuos que lisonjeaban sus perversas inclinaciones. Los jueces, estas últimas esperanzas de la virtud y honor ultrajados, no consultaban más que los deseos sanguinarios de aquel monstruo, a quien nadie se acercaba sin temblar, que se irritaba más y más con sus enfermedades, con los años y la inmensa corpulencia y obesidad que lo retenía en su palacio, como al tigre que en una jaula asalta al primero que se le presenta.

En esta época en el continente sobresalía la cultura que las ciencias y las artes llevan consigo; las maneras de los nobles y del pueblo habían perdido su antigua rudeza, pero en Inglaterra todo se resistía de aquella reforma semisalvaje. Tomas Morus y lord Surrey fueron los dos literatos de que Inglaterra puede vanagloriarse, los dos fueron víctimas de aquel tirano impiadoso, que perseguía a cuanto sobresalía de la esfera ordinaria de su propia inteligencia.

¿Es ésta la reforma a que después de los privilegios de su raza atribuyen los ingleses el desarrollo de su genio y grandeza? Una reforma tal no podía sino producir un resultado equivalente; una tiranía religiosa, que si hoy no ejerce su imperio sobre la conciencia, absorbe el trabajo y las rentas de todas las demás sectas, que tienen que pagarle el diezmo, y trabajar para sostener el lujo, la molicie, y el orgullo de los que se llaman los reformadores del culto católico. Estos sacerdotes, en retribución sostienen en el Parlamento todas las maniobras e intrigas del ministerio, son su falange más segura: es ésta la condición de su grandeza y elevación. El pueblo, que suda para pagar sus enormes rentas, no encuentra en ellos más que los agentes activos del gobierno, y los promotores de todos los planes aristocráticos de una administración en que la gran mayoría de la nación perece de miseria, al lado de la hartura, lujo y riqueza de una minoría, que explota hasta sin parar el trabajo del pobre. Los talentos y las virtudes no son, por cierto, camino el de alcanzar estas altas dignidades; las pruebas de un servilismo permanente, y las relaciones con poderosas familias, son las que abren el sendero a las riquezas y poder de estos que se llaman representantes de un Dios que amó y predicó la pobreza.

Los reinados de Eduardo VI, de María, e Isabel, fueron la continuación de aquel despotismo y corrupción. El genio más sobresaliente y extraordinario de su época, Francisco Bacon, que abrió tan espacioso sendero a las ciencias, se prostituyó al dinero, vendió la justicia. María llevaba al cadalso a todos los reformadores que con su padre habían cambiado de religión. Crammer, el hipócrita agente de Enrique VIII, que quemaba a los anabaptistas como herejes, María instigada por

el famoso Felipe II de España, a su vez lo quemó a él, y a cuantos obispos y sacerdotes habían abrazado la reforma. Este furor de los católicos fue llevado al extremo que trescientos individuos que sobresalían por su moderación, sus talentos y virtudes privadas, fueron quemados vivos por aquella hija muy digna de Enrique VIII. Los crímenes políticos, y las ejecuciones sanguinarias se multiplicaron del mismo modo durante el reino de María, y el cansancio y el hastío de tantos crímenes, sirvieron para la tranquilidad del reinado de Isabel, que volvió a restablecer el protestantismo sin las violencias anteriores, lo que debía necesariamente traer la tolerancia religiosa en aquel país dividido por tantas sectas.

Inglaterra no era industriosa ni rica en aquella época, el pueblo era ignorante, y si había algunos hombres sobresalientes, eran muy pocos para que pudiera formarse una literatura nacional que pudiera llevar este nombre. En el reinado de Isabel se inició la difusión de las luces; pero esta reina, a quien han llamado ilustrada, prefería las pruebas de manos y las farsas ridículas, a las sublimes tragedias con que Shakespeare se adelantaba a su siglo. Bacon no fue grande sino por sus intrigas y bajezas, su gran obra con que abría a las ciencias y a los conocimientos humanos tan espacioso camino lo habían hecho morir de hambre.

Jacobo I, que subió al trono después de Isabel, era un pedante que se mezclaba de teología, que escribía latín, y gustaba de la controversia a manera de los reyes para ser adulado y lisonjeado, como lo fue Enrique VIII por su libro en latín que le valió el título de defensor de la fe. Las ideas democráticas empezaron a tomar la vida a la par que la ilustración se extendía; a la sombra de la tolerancia religiosa cundía el calvinismo, secta verdaderamente democrática que habría de hallar en su camino a la iglesia anglicana, cuyos fundamentos destruía, anulando la jerarquía episcopal que ésta había establecido. Las luchas de religión necesariamente debían tomar un carácter político, y Carlos I, sin calcular las variaciones de los tiempos, ni la revolución que se había consumado en las ideas, no miraba sino atrás, para contemplar el poder de sus antecesores, del que deducía sus derechos. En sus luchas con el Parlamento se hundió la monarquía, él pereció en un cadalso, y un tirano lo suplantó en el poder. Esta revolución fue más religiosa que política, el fanatismo obró más que la convicción. Cromwell, el verdugo de Irlanda y de los católicos, tomando el nombre de Dios, entró a la sala del Largo Parlamento, motor activo y celoso de aquel trastorno, y les dijo: *salid de aquí, que ya la obra de Dios no necesita de vuestras manos*. La revolución quedó terminada, un dictador tomó las riendas del gobierno, y durante toda su administración no hizo más que preparar la restauración de Carlos II, porque el pueblo, entre un tirano y otro tirano, no podía vacilar en aceptar la antigua raza de sus reyes que, aleccionados por la experiencia, respetarían los derechos que aquella gran revolución no pudo menos que establecer.

Carlos II estaba vacilante entre lo pasado y lo presente, sin decidirse por nada, su política no fue más que corruptora, y él mismo un corrupto sin moralidad alguna. El rey de Inglaterra y todos sus ministros se pusieron a sueldo de Luis XIV, que desde Francia gobernaba la monarquía de Enrique VIII y de su hija Isabel, tan celosos de su autoridad. Jacobo II, como Carlos X de Francia, quiso restablecer su antigua autoridad y la antigua religión, y cayó del trono para ir a vivir a expensas

de Luis XIV, su protector. Guillermo de Nassau, que consumó en su interés esta revolución, halló a Inglaterra en tal condición, que él prefería el pequeño Estado de Holanda, del que sólo era primer magistrado, a la corona de una nación, que desde su reinado iba a subir tan alto.

¿Qué era Inglaterra en aquella época comparada con Francia, España, y Alemania? Como poder político no pesaba más en la balanza de Europa que Suecia y Dinamarca; como poder marítimo, Holanda le era superior, y unida con ella sólo pudo contrarrestar las escuadras de Francia. Su poder industrial se hallaba en la infancia la más atrasada, y sólo le daban algún renombre el genio de Newton, y de algunos sabios y sobresalientes literatos como Locke, Dryden, Pope, Steele, Addison y Swift.

En estas circunstancias un escocés Peterson propuso al rey Guillermo un préstamo de un millón doscientos mil pesos, si se le otorgaba el privilegio de girar con el crédito público. Las guerras en que este Rey se hallaba empeñado lo obligaron a aceptar la condición, y un nombre apenas recordado en la historia inglesa improvisó la gran nación, otorgó privilegios a la sangre anglosajona, que hasta allí había sido contenida por el peso de su nebulosa atmósfera, y le comunicó ese fluido ardoroso, con que hoy se cree llamada a la dominación universal, anulando las otras razas, que en la historia han dejado tantos monumentos de su grandeza, bravura e inteligencia.

¡Cómo las preocupaciones imperan sobre la humanidad! ¡Cómo los errores forman sistemas, y los acasos que obran sobre la vida de las naciones las levantan a tanta altura! El crédito público conocido entre los ingleses primero que en ninguna parte, es la palanca con que se ha obrado tan poderosa transformación. La historia financiera de este pueblo, paso a paso descubre los extraordinarios resortes que el crédito puso en movimiento, y la revolución social, que este arcano antes desconocido a la humanidad debía producir. Inglaterra, elevándose sobre todos los pueblos de la tierra, por su poder, su fuerza y su industria, todo debido al crédito que aceptó la primera, por el abuso que de él ha hecho, va también a descender, a la par que las demás naciones ilustradas por la experiencia, de lo que en ella pasa, y del porvenir que espera, comienzan a subir fecundadas por este crédito, que mata una de las tiranías más horribles que hayan gravitado sobre la humanidad, cual es la usura.

Con la organización del banco que inició Peterson, el gobierno inglés halló los medios de cambiar su política sanguinaria, sustituyendo al cadalso la corrupción. Los antiguos barones que periódicamente conmovían aquel pueblo se tranquilizaban siempre con rentas soberbias, con pensiones, y con el engrandecimiento de sus familias, sobre las que reflúan los honores y el oro de una deuda nacional, que se lanzaba sin misericordia sobre las futuras generaciones. Los Parlamentos que durante la república habían obtenido tanto poder e importancia por la corrupción, quedaron después como silenciosos simulacros y testigos de las libertades anuladas que aquel pueblo había conquistado con tanta sangre y tantos sacrificios. En la alta Cámara, los jefes de aquella aristocracia que había hallado el secreto de su grandeza, de su dominio y riqueza en la falsa organización que se había dado al crédito

público, vieron que su uniformidad con el ministerio era una consecuencia lógica de sus mutuas necesidades. Los obispos que tenían asiento en esta Cámara, y eran nombrados por el Rey, aparecían como otra falange que en todas las crisis que pudieran surgir debía estar siempre del lado del gobierno. La seguridad del ministerio en esta parte del cuerpo legislativo era extrema, faltaba sólo la organización de la Cámara, que debiendo representar al pueblo, era elegida por éste. El oro que el crédito debía siempre reproducir, y los antiguos abusos que la restauración había ido aglomerando, sirvieron poderosamente para anular del mismo modo la influencia popular de esta representación, dejando sólo una sombra de poder o, más bien, una forma democrática, que debió lisonjear al pueblo, desde que por el sistema electoral podía creerse el origen y dispensador de toda autoridad. Los antiguos pueblos que habían desaparecido con el transcurso de los años y de los siglos, las universidades y otras corporaciones, que en otro tiempo tuvieron un representante en la Cámara de los Comunes, quedaron siempre mandando sus diputados, sin más elección que la del dueño del terreno, donde otra vez hubo una población, o más bien según la buena voluntad de los ministros del Rey, que regenteaban en las universidades, e imponían su voluntad sobre los dueños del territorio, que conservó aquellos privilegios. El sistema electoral se cambió en un campo de batalla, en que los más ricos sólo podían entrar en la lid desparramando el oro a la par que las promesas de protección, para obligar a los electores. La aristocracia naturalmente obtenía los sufragios, y si algún pueblo tenía la valentía de oponerse a la seducción, y elegía un representante de luces y carácter, a su primer discurso en la Cámara llovían sobre él los empleos, las pensiones, las rentas, y entre la segura ruina que su oposición al gobierno debía traerle, o la perspectiva brillante de una carrera de honores y riqueza, poco había que vacilar. Así se explica la armonía que desde la creación del crédito público ha reinado por cerca de dos siglos entre la Corona y las grandes autoridades, organizadas para contener sus naturales tendencias al despotismo, y los abusos de su poder, que tanta sangre costó enfrenar.

El sistema corruptor establecido por el gobierno levantó una nube de usureros, que organizando una cabalística ciencia, comenzaron con el ministerio y el banco esas negociaciones que han amontonado sobre el pueblo inglés esa deuda que parecería fabulosa si año por año no costara a la nación el solo pago de sus intereses 150 millones de pesos. La nueva ciencia se reducía a hacer los préstamos por sumas nominales, que el ministerio reconocía como íntegras, les asignaba un interés y un fondo de amortización. Si las rentas del gobierno bastaban a sus gastos ordinarios y al pago de los intereses, su crédito quedaba establecido, la deuda nominal quedaba en la circulación a la par del oro y la plata. Tan grande usura y provechos levantaban nuevas negociaciones con el ministerio, al que nada le importaba cualquier déficit de las rentas, viéndose rodeado de prestamistas que llenaban a su antojo el tesoro público.

La riqueza que adquirieron estos negociadores formó, como era de esperarse, una nueva aristocracia brillante de oro y de fortuna, barrera inexpugnable que el gobierno inglés levantaba contra la democracia, que desde la República había echado raíces tan profundas en aquel pueblo. Con sus préstamos explotaban al

gobierno, el que a su vez tenía que recargar sobre el pueblo nuevas contribuciones para el pago de réditos y amortización; o bien lanzar sobre la futura generación un recargo de deuda, que necesariamente debía pagarse, mientras existiera una combinación política tan fuerte y poderosa, como la que se derivaba de un gobierno sostenido e impulsado por la aristocracia territorial, y la que se había elevado a la sombra de los abusos del crédito público. Tales combinaciones naturalmente habían de ir zanjando una barrera inmensa, en que de un lado aparecería toda la riqueza, todo el brillo y el lujo, que los progresos humanos nos han traído, y del otro el pauperismo, el hambre y la desnudez, con todo el atavío de la degradación y nulidad.

El gobierno inglés que paga por los solos intereses de su deuda 150 millones de pesos, ¿de dónde los obtiene? ¿Pagan al tesoro público alguna contribución los que absorben estas cuantiosas rentas? El gobierno obtiene todos estos valores del trabajo del pueblo, y su acreedor goza tranquilo de la renta que aquella prodigalidad le ha creado, la que gasta o capitaliza, sin producir nada, si no son los derechos indirectos que todo consumidor paga. Sus riquezas crecen más y más, desde que aparte del interés que el tesoro público le da, el título de su crédito se convierte también en moneda, con el que puede girar en cualquiera industria, como con el oro y la plata. Imposible habría sido con tal sistema evitar la desnivelación social, que en nuestra época ha aparecido armada y amenazante, reclamando a nombre del comunismo y del socialismo un cambio más o menos radical. Esta desnivelación data desde la organización del crédito, habiendo desaparecido desde mucho antes la antigua servidumbre, que en la época del feudalismo encadenó al pueblo. Desde que la sociedad ha sido dividida de un modo tan absoluto, y el pueblo tiene la bastante ilustración para conocer las causas de su miseria, no es posible llevar adelante el crédito público, tal como esta nación lo ha organizado. Inglaterra ha tenido que lanzarse en guerras gigantescas en conquista de ricas colonias, y siempre decidida a empuñar el cetro de Neptuno, para valorizar los productos de su industria. Todos los recursos que necesitaban los ha hallado en los abusos de su crédito; pero las demás naciones se han hecho industriosas y comerciantes, y sus manufacturas para sostener la competencia han bajado extraordinariamente de sus antiguos valores: estos abusos, llevados al más alto punto, son ya impotentes.

Inglaterra, por medio del inmenso capital que creó el crédito público, pudo atraer todas las industrias, que en el resto de Europa el genio había inventado y la protección de los gobiernos hecho prosperar. Los provechos que obtenía de sus ensayos la hicieron artista e inventora, y las máquinas más perfectas y que ahorran multitud de brazos, fueron el resultado de los estímulos que allí recibía toda clase de industrias. Capital y maquinaria dieron un producto enorme a la nación y alejaban en todo los mercados conocidos la competencia. Más tarde sus poderosas minas de carbón, y la elaboración del fierro, que abunda en todos sus condados, dieron nuevo impulso a la industria y la riqueza. Pero el resto de Europa sin penetrar sino muy imperfectamente los resortes del crédito, se ha hecho del mismo modo fabril y maquinista, posee el secreto de sus artes, y aun las ha perfeccionado. América del Norte ha excedido a su antigua metrópoli en esta parte, allí el genio

de la invención y la ejecución perfeccionada a pesar de salarios mucho más altos, forma una competencia que señala aun a la vista más inexperta de decadencia industrial y marítima de que hasta hoy ha gozado Inglaterra.

La competencia industrial la forman hoy todos los pueblos civilizados que, inspirados por unas mismas necesidades y un mismo interés, se han hecho productores. A Inglaterra no le quedó más recurso que bajar más y más los productos para vender más barato, y sostener la preponderancia de su comercio. Esta disminución del precio en las manufacturas ha traído en el interior la baja de los salarios, que no bastan ni aun para las más urgentes necesidades de la vida de aquel pueblo, que perece de hambre, no hallando otro camino que la emigración que día por día, hora por hora le arrebatara sus más activas fuerzas, su más sólida riqueza. No hay abusos sin su necesaria consecuencia en la vida de las naciones. Inglaterra amontonó riquezas y capitales, que hoy no pueden sostenerse ni prosperar sin matar al pueblo, que se halla condenado a una baja siempre creciente de sus salarios, baja lógica e inevitable, marca indeleble del destino de una gran nación tocando a su decadencia y próxima nulidad.

La riqueza y el poder de Inglaterra no podrán ser sino transitorios vistos los elementos que habían servido para su desarrollo. Todos los sistemas y combinaciones inventados para sostener aquella organización nada podían contra el orden irresistible que el encadenamiento de dos sucesos humanos lleva consigo. Los políticos de aquella nación muy cercanos al foco de donde partían los fenómenos, que el crédito público producía, no lo aceptaban sino como un medio de corrupción, y como un poder que cambiaba los antiguos elementos de la autoridad. Hallaron, y no sin razón, que más que la fuerza podía el dinero, y creyeron encontrar en el crédito la piedra filosofal, que todo lo convertía en oro. Así seducidos, desde que hallaron en esta institución un medio de represión y poder, caminaron a ciegas sin un principio ni base, que pudiera conducirlos en tan peligroso e incierto camino. En los primitivos tiempos bien pudo ser éste un vértigo que se apoderó de los que mandaban, y del pueblo que obedecía, pero más tarde todos los hombres sobresalientes de aquella nación vieron en los abusos del crédito la futura ruina de su país, y sus políticos han marchado después, a sabiendas que con las deudas que recargaban la nación elaboraban todos los infortunios que hoy la rodean. Lo que veían los otros pueblos realizarse en Inglaterra tenía para ellos algo de los prodigios de los cuentos asiáticos de las *Mil y una noches*, ellos no podían ver que estas fiebres que levantaban tan alto la energía de una nación eran producidas por un mal oculto, que minaba la vida del cuerpo social.

Inglaterra ha levantado un crédito que la recarga al presente con una deuda de 4.620 millones de pesos durante el corto espacio que ha durado su fiebre de engrandecimiento, sus guerras, sus conquistas y sus pretensiones de dominar los mares. El voto total que encierra toda esta nación en tierras, capitales, casas, fábricas, comercios, marina, etc., es de 13.672 millones de pesos. El gobierno entonces, abusando de su poder y de la ignorancia del pueblo, ha comprometido más de un tercio de esta propiedad, de la de él no es dueño, y preparado una de las más grandes revoluciones que pueden sobrevenir, bien sea por la insuficiencia de las

rentas, para pagar anualmente 150 millones de intereses por esta deuda, o bien por la desnivelación social, que lentamente se ha ido elaborando a la sombra de un crédito público mal dirigido, y de cuyos abusos ha llegado a formarse un sistema.

Para que un crédito tenga valor es preciso que represente una propiedad igual. ¿Y el que ha contraído el gobierno inglés tiene acaso esta base? ¿Dónde están los valores o propiedades de este gobierno? ¿Son las eventuales rentas de un Estado las que pueden formar un fondo que asegure no sólo los réditos, sino la amortización de iguales deudas? El objeto de estas rentas es subvenir a todos los gastos anuales de una nación, y es por esto que cada año se renuevan. El presupuesto es anual del mismo modo, y la asignación debe serlo también, pero si acontecimientos imprevistos traen un déficit, la nación debe desde luego pagar aquel gasto por una contribución extraordinaria, como la que el mismo gobierno inglés ha establecido bajo la denominación de *income-tax*. Si los sacrificios fuesen extraordinarios, a lo más podría un gobierno extender sobre la generación presente la responsabilidad de las deudas que contrajese, pero lanzarlas indefinidamente sobre las futuras generaciones; recargándolas de capitales, que en su origen fueron nominales en su mayor parte, y de onerosos intereses, que se tiene la certidumbre no alcanzarán en el transcurso de los siglos a amortizarse, es un ensayo que va a costar muy caro a Inglaterra, es más bien una pretensión que envuelve a su segura ruina.

¿Cuál ha sido el objeto con que se han gastado las enormes contribuciones que producía este país tan industrial, y se ha aglomerado sobre él una deuda tan excesiva? La corrupción de todos los funcionarios públicos, la nulidad de esos Parlamentos en que reposaban las libertades nacionales, y después las guerras continentales y los subsidios a todos los tiranos de Europa, para contener la democracia, que se levantaba imponente en Francia, que triunfaba en el continente y amenazaba en su isla a la aristocracia inglesa. ¿Y son éstos los títulos de la deuda de aquel gobierno? ¿Es por las cadenas que con ella ha puesto a la nación y a las venideras generaciones, que está obligado a pagar contribuciones eternas que suben a la par que bajan los salarios? Éstas son razones sin réplica; éste es el Cartismo, que allí se levanta; estos son los ensayos triunfantes de Cobden, Fox, Bright y de los que formaron la liga contra los cereales. La aristocracia nobiliaria dueña de todo el territorio, la de los ricos de todo el capital, fábricas, comercio, etc., y también de la deuda pública, forman un cuerpo demasiado poderoso, organizado con un gobierno que es su cómplice en todos sus excesos, dueño de escuadras y ejércitos para que pueda atacarse de frente. Es seguro que la nación jamás aceptará el sacrificio de hipotecar un tercio de su propiedad al pago del capital e intereses de la deuda de su gobierno, y desde luego una revolución rentística y financiera debe sobrevenir en aquel pueblo. Sólo así podrían remontarse las fuerzas de esta nación industrial, desniveladas por cerca de dos siglos de corrupción y de esfuerzos extraordinarios, para sostener una posición violenta, que debía traer la elevación de una aristocracia poderosa y rica, y la extenuación de la miseria, del hambre y desnudez de un pueblo, que así vale más que todos sus opresores, pesados ambos en la balanza de la verdadera ciencia y de los exactos principios que la economía política ha establecido.

El pueblo inglés vale por sus brazos, por su industria, su constancia, sus artes y su ciencia. Valorizado cada hombre por lo que puede producir, en 28 millones de habitantes, aquella nación encontrará su capital verdadero, su fuerza, su riqueza, y esa industria que hoy se apaga, junto con el genio, porque no hay más estímulo que el hambre ni más porvenir que la miseria, y estos males desesperan, degradan y anulan todas las nobles pasiones que engrandecen a un pueblo. Pero si el pobre pueblo llega a esta condición, las luces han elevado guardianes seguros que trabajan por sus futuros destinos y esperan la ocasión favorable para establecer sus derechos. No es posible que la aristocracia de nobles y ricos, que todo lo absorbe, se sacuda de todo el peso de las cargas sociales, que hoy sólo se hace recaer sobre el trabajo del pobre. El dueño del territorio lo arrienda sin gravamen alguno, el capitalista deduce neto el interés de su dinero; si es fabricante o comerciante, cobra además lo que vale su industria; lo repito, imposible es que el pobre sólo pague las cargas del Estado.

Estableciendo rígidamente los principios económicos, el gobierno inglés no ha endosado el pago de su gran deuda a la propiedad nacional, sino al brazo de este pobre pueblo tan degradado y oprimido. Los propietarios así lo han comprendido, y esto explica su tranquilidad a este respecto. La representación de la riqueza por el crédito público ha excedido aquí los límites reconocidos hasta el presente por la ciencia misma; tanta es la verdad lógica de que sólo es riqueza el trabajo, y que el brazo del hombre que lo ejecuta es el verdadero y más grande capital de las sociedades humanas. Pero en su actual condición, el trabajo está allí encadenado por el capital, y la producción tan recargada de contribuciones, que éste y el gobierno absorben, cuanto pudiera en una justa repartición de la riqueza hacer la felicidad y contento de una nación próspera, que debe a su industria aquella retribución justa de sus sudores y afanes. Desde que el trabajo no alcanza ni aún a satisfacer las más imperiosas necesidades de la vida, el ánimo decae: los vicios suplen en los hombres el déficit de estas necesidades y en las mujeres la prostitución. La familia entre los pobres casi no existe en Inglaterra, el marido en la taberna procura olvidar sus dolores, los hijos perecen de inanición y de miseria o por un exceso de trabajo, y las infelices mujeres se venden al que les dé un bocado de comida o un vestido que las cubra. La raza anglosajona ha llegado a un grado inconcebible de degradación, mientras que el normando, dueño de la tierra y de la administración pública, sigue adelante con la política que inició Guillermo el Conquistador.

Inglaterra se halla colocada en una disyuntiva que necesariamente debe resolverse, desde que hay una clase ilustrada, de que me ocuparé más adelante, que sin ser aristocracia ni pueblo guía a éste, ya sea por sus íntimas convicciones o por su propio interés. Esta disyuntiva o dilema es: o la propiedad nacional acepta la deuda interior contraída por el gobierno, o la rechaza. Esta gran cuestión debe proponerse y agitarse la primera, el día que el pueblo salga de su actual postración. La resolución es natural y sencilla: la propiedad rechazará todo este recargo y apelará a sus imprescriptibles derechos tantas veces invocados. Si la propiedad no paga ni reconoce una deuda que el gobierno no ha podido levantar legalmente sino en su beneficio, ¿no es claro que el propietario y el gobierno mismo declaran

tácita o expresamente que el pueblo debe cubrirla? Entonces ese pueblo saldrá de su abatimiento, su trabajo será reconocido como la verdadera riqueza nacional y cada individuo valdrá según su inteligencia y según el trabajo a que la aplique. Que este momento se acerca más y más es notorio a cuantos siguen la historia de este pueblo en su desarrollo social. De aquí proviene el espíritu de resistencia que agita a las poblaciones apelando al derecho de asociación para aumentar sus fuerzas; de aquí los clubes secretos, los sistemas reaccionarios, el ensayo de teorías más o menos atrevidas sobre la organización social; el cartismo, que equivale a la democracia pura, el socialismo aún más extenso en sus aplicaciones, el comunismo exaltado, expresión del odio y la miseria. A los excesos de la autoridad y a los privilegios de la aristocracia el pueblo ensaya oponer otros excesos, cuya ejecución confía a su brazo hoy contenido por la fuerte organización de aquel gobierno, que a pesar de la relajación que obra sobre la sociedad conserva aún bastantes fuerzas para apuntalar aquel edificio, en que a la barbarie del feudalismo se ha unido el endurecido corazón del usurero.

Como una prueba inequívoca de que los propietarios y capitalistas no aceptarán jamás la responsabilidad de la deuda inglesa, se ha visto que en las crisis que han afectado el crédito público en diferentes épocas, en que el banco nacional tocaba a su ruina, aceptaron como moneda los billetes de éste. Naturalmente tanto la deuda pública como las emisiones del banco se hallaban en sus manos; la ruina de unos y otros valores era inevitable en aquel conflicto; los que debían hacer las más enormes pérdidas eran ellos, y mediante aquella aceptación lanzaron sobre el pueblo una deuda que una crisis violenta había hecho gravitar casi exclusivamente sobre sus fortunas y capitales. Así unidos con el gobierno, y autorizados por el Parlamento, un papel sin crédito volvió a ser plata, la fuerza y la costumbre hicieron aceptar la antigua política, y definitivamente él solo será el responsable de una deuda confeccionada para sólo oprimirlo. Los propietarios y capitalistas al aceptar la circulación de aquellas deudas envilecidas, obraron en consecuencia con sus propios intereses, y el rasgo del más imprudente egoísmo nos lo transmite la historia inglesa como la emanación del más puro y sublime patriotismo, que en aquellos aciagos días salvó a la nación y al gobierno. Éste, es verdad que debió mucho a esta combinación, pero retornó como usuras espantosas aquellos interesados servicios, las negociaciones con la tesorería y el banco siguieron en mayor escala, jamás hubo más préstamos, más gastos, más guerras y subsidios y llegó la profusión a tal grado, que parecía que la crisis de que se salía había sido sólo para remontar las fuerzas nacionales y hacerlas producir más riquezas y más oro.

Así llegó el gobierno a dividir la nación en dos porciones bien desiguales, la una numerosa y miserable, la otra limitada pero rica y poderosa; la una tocaba el hambre y la intemperie, la otra reunía para su satisfacción y holganza todos los refinamientos de las artes, todo el esplendor de la opulencia. El gobierno halló además el secreto de hacer la guerra con la sangre de otros pueblos que subvencionaba con el oro que obtenía por medio del crédito. Una necesidad traía otra, y la avidez del ministerio fue igual a la petulancia de los negociadores. Se erigió en principio sagrado la fe pública con los usureros; el gobierno para facilitar los préstamos

prefirió a todos los pagos los intereses de la deuda pública. Esta deuda era de honor como la de los jugadores, los que dejarán de comer antes que excederse del fatal plazo de un día, falta que levantaría un escándalo entre todos los de su profesión, y les haría perder el crédito que tienen de sentarse a jugar sin un centavo de fondo. Así la seguridad de los prestamistas estaba identificada con la permanencia y absolutismo del gobierno; esta seguridad multiplicaba las negociaciones con las que se recogían los despojos del pobre pueblo. Se reunían nuevos capitales, que entraban a hacer nuevas ganancias, se reproducían las comisiones, las agencias, y los préstamos eran en sumas nominales, que el ministerio de la Tesorería y del banco encubría, ostentando como oro los millones para alucinar a la crédula multitud. Un gobierno famélico de préstamos, que lo hacían tan poderoso, rodeado de miles de estafadores, que hallaban en sus mutuas relaciones tantos incentivos de poder, de riqueza y de esplendor, ¿cómo no había de formar ese colosal sistema, que disipando tantos millares, y hablando siempre de las libertades públicas, se presentaba al resto de la tierra como modelo? Pero estudiado en su interior y en sus relaciones con el pueblo ¡qué desengaño!, ¡qué orgullo en los unos, qué degradación en los otros!, ¡qué miseria tan aterrante de un lado, qué brillo tan ofuscador del otro! El crédito público que debió formar de Inglaterra el pueblo más grande y de una prosperidad imperecedera, ha preparado este contraste, porque de él se abusó con un pueblo inocente, al que se señaló el sendero del trabajo, al que se hizo productor e industrial, porque este crédito necesitaba una base, pero al que se le ha ido disminuyendo el salario como consecuencia de otros abusos, que como lo he dicho no podían sostenerse indefinidamente, aglomerando deudas e imponiendo contribuciones que sólo el pueblo paga.

Inglaterra, digámoslo de una vez, que tenía la gloria de haber hallado primero los secretos del crédito público, que debía gozar de la opulencia que él le abrió, ensanchando los resortes a que la producción humana está sujeta por falta de capital, la Inglaterra artística, fabricante, ilustrada, gozando de una libertad anterior, fruto de eternas guerras y de heroicos sacrificios, después de haber sobrepasado a los demás pueblos por su riqueza, su laboriosidad, sus fábricas, su marina, su comercio, sus escuadras, sus principios políticos, se ve ahora detenida y enclavada por una aristocracia que ya nada tiene que explotarle, ocupándose sólo de relegar al pueblo a lejanos continentes, para acallar la gritería de su miseria, para liberarse de enemigos ocultos que por hambre conspiran contra ella.

Las contribuciones de pobres, esta institución que no es la inspiración de la caridad, sino la fuerza de la ley, descubre más que cuanto he dicho, el cáncer de este pueblo y la miseria que ha engendrado, no sólo los abusos del crédito sino los errores económicos, que han servido extraordinariamente a fomentar la desnivelación social que aqueja a esta nación. La caridad pública es allí el cuadro de la miseria siempre a la vista, es el hambre tocando las puertas de la opulencia, es el dolorido acento del infortunio y de la desgracia, que desgarran los corazones sensibles, es la conciencia cuyos instintos justicieros avisan a los ricos y poderosos, que sus riquezas son el fruto del trabajo del pobre, y que no basta obtenerlas por la influencia de las leyes. La caridad pública es un baldón para un pueblo industrial, y

es el sendero de la degradación, el incentivo del ocio, la nulidad de todo noble sentimiento, de toda inspiración generosa. La caridad pública convertida en ley es una enfermedad crónica, un ejemplo funesto a toda la sociedad, es el máximo de estas dolencias a que puede llegar una nación. Inglaterra ha llegado a este punto, del que no podrá salir sin un sacudimiento que cambie su actual organización.

Parecerá ésta una pintura exagerada de un país del que tenemos tan alta idea, se me creerá tocado de alguna de estas inspiraciones que el odio o la envidia de otros pueblos ha sugerido; pero quien ha estudiado a este pueblo, quien se ha familiarizado con su historia, quien conoce los secretos de su brillo y de su grandeza no puede escribir de otro modo. Nadie más que yo admira la colosal industria de este pueblo, sus poderosas máquinas, su comercio, y su marina, sin rivales en ninguna época de la historia, nadie tampoco tiene más alta idea de su literatura. Para mí Inglaterra es tan grande cuanto lo puede ser una sociedad de nobles y de siervos; pero desde que esta servidumbre es ilegal, desde que este pueblo tiene derechos, y sus tribunales los defienden y reclaman; desde que las luces penetran todas las clases de la sociedad, y la asociación es un principio, un hecho establecido, la revolución que cambie los destinos de este pueblo se acerca. Una nación así amenazada es porque encierra los gérmenes de esa disolución, que sólo puede evitar remontando sus destinos, para volver a su importancia, su poder, y esa grandeza que las naciones jamás podrán hallar sino en la libertad e igualdad social, que Inglaterra no puede ahora tener, a pesar de sus declamaciones; porque el crédito público mal comprendido todo lo ha desnivelado, dividiendo la sociedad de un modo absoluto, creando en ella opuestos y rivales intereses.

Yo no lo dudo, las fuerzas productoras de Inglaterra existen y volverán un día a renacer más activas y enérgicas. No se olvidan tantos progresos, tanta industria y tanto saber; la democracia aparecerá radiante después de tantas experiencias e infortunios, llena de sus pasados triunfos y recuerdos, sin temor de nuevas reacciones, desde que sabe la causas que las producen. Inglaterra en su industria, en sus fábricas, sus manufacturas, y sus progresos agrícolas, tiene en sí los elementos más activos y poderosos de la democracia, elementos que constituyen el trabajo, la independencia individual, la prosperidad pública y privada, y arreglan la familia, fuente de felicidad en el orden doméstico, primera base de toda organización social.

CAPÍTULO XVII

SITUACIÓN COMPARATIVA DE INGLATERRA Y DE ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA. INFLUENCIA DEL PRINCIPIO DEMOCRÁTICO SOBRE EL CRÉDITO Y LA INDUSTRIA

Inglaterra tiene la gloria y el honor de haber consumado una gran revolución en los destinos de la humanidad, ensayando el crédito en todas sus fases, y abriendo el camino con su opulencia y su miseria, con sus errores y aciertos a los demás pueblos, para aprovechar las sólidas e inmensas ventajas que esta institución debe producir sobre nuestra especie. Imposible hubiera sido que el descubridor de tan gran secreto no se hubiera extraviado en la senda recta que debía seguir, imposible también es que, después de errores involuntarios, no se abusara del mismo modo de las ventajas de un descubrimiento desconocido hasta entonces, y que debía producir tantas riquezas, a los que habían penetrado los misterios de su organización y los resortes que debían conducirlo y animarlo. Los ministros de esta nación en contacto íntimo con las operaciones del banco, que recibía de la tesorería sus mejores provechos, muy luego penetraron en los arcanos de esta cabalística ciencia, y calcularon todo el partido que podían sacar de aquella institución, mina de oro puro, que debía servir para gobernar y extraviar a una nación que directamente caminaba a la democracia.

Las formas misteriosas de los préstamos, en que sonaban sumas determinadas, que el gobierno recibía, cuando éstas subían o bajaban según las necesidades de este, según el crédito que obtenía, y según la abundancia o escasez de capitales, eran la ciencia con que ocultaba al pueblo todo lo que había de realidad en aquellos préstamos; y también el aliciente de la nube de usureros que debía levantarse alrededor del ministerio, derramando una lluvia de oro, que produjo tanta riqueza y después tanta miseria; que apagó las libertades públicas, y corrompió cuanto tocaba, preparando el porvenir tan desastroso que hoy se le presenta.

El crédito que se había desarrollado sin duda que animó e impulsó la industria, y ésta a su vez atrayendo el oro de todos los mercados (que no podían menos que abrirse a especuladores que abundaban en capitales, y que por sus fábricas y

sus máquinas podían vender más barato que cualquier otro) la traspasaron al gobierno, a cambio de billetes, que encerraban enormes usuras e intereses. Este oro tan fácilmente adquirido despertó la ambición del ministerio; y el dominio de los mares que asegurase cualquier atentado con la fuerza, fue su inspiración más dominante. La historia marítima de Inglaterra es un borrón, donde al lado de heroicas y grandes batallas, y de mucho entusiasmo y valor, se hallará siempre la duplicidad y mala fe, la injusticia y la insolencia, y sobre todo esto el sórdido interés, no de la gloria sino del oro y de la plata. El crédito público también ha ejercido sobre el resto del mundo por esta causa en su desordenada marcha su funesta influencia. Inglaterra necesitaba mercados de donde obtener de los unos las primeras materias, para dar pábulo a su industria y sostener sus multiplicadas y valiosas máquinas, y de otros para vender sus manufacturas. Esta necesidad implicaba para ella el dominio absoluto de los mares, para que su comercio no quedase expuesto a las vicisitudes de la guerra, y su política toda reducida a los hechos consumados, olvidó la moralidad y la justicia, a vista de la conveniencia y del interés. Las guerras en los mares de India, para apartar la competencia de los otros pueblos, y las que han ensangrentado después a toda Europa, eran de puro interés y de comercio; y si se presentaron otras razones fueron pretextos para paliar la violencia, el egoísmo e injusticia que las acompañaban. Las conquistas de la India son buenas pruebas de esta verdad, donde entraron impetrando favor para establecer sus factorías, y de cuya península se han apoderado fomentando las enemistades de los príncipes y reyes, que los recibían como huéspedes, para que se hicieran mutuas guerras de las que ellos recogían los frutos. A la vez, consejeros y auxiliares de los que más prometían, en poco más de un siglo, de todo se han apoderado, y cien millones de hombres de una raza llena de bondad, industriosa y digna de más feliz condición, son hoy aún más míseros que esos irlandeses, verdaderos ilotas de los lacedemonios modernos. La guerra contra sus colonias, sanguinaria y cruel, donde los bárbaros y salvajes fueron armados y a sueldo de Inglaterra, que sacaba de Alemania sus fuerzas para anular las simpatías de origen, pagadas a príncipes venales y corrompidos que vendían la sangre de sus súbditos, más que su interés, fue esta vez el resultado del orgullo de la aristocracia normanda. Los americanos formaban ya un pueblo, su tendencia era democrática, y el resistirse a sufrir las cargas y contribuciones que les imponía el Parlamento era a sus ojos un crimen que debía pagar con su exterminio. Una guerra deshonrosa, un recarga de centenares de millones, la pérdida de un mercado, ya muy considerable a su comercio, sus manufacturas, la muerte de sus mejores militares, y el odio inveterado de una nación que debía subir tan alto, y sobrepasarla antes de un siglo, fue la consecuencia de esta tiranía de contribuciones que bien han podido sufrir los anglosajones de Europa, pero cuya sangre alterada y regenerada en sus hijos de América no podía sufrir ni tanto orgullo ni tan onerosos impuestos.

El ataque imprevisto en plena paz a las cuatro fragatas españolas, que llevaba cinco millones de pesos en las aguas de Cádiz, y su apropiación, sin preceder ni negociaciones ni declaración alguna de guerra; el ataque de Copenhague, en que entraron al puerto bajo los signos de amistad, y que concluyó por incendiar la

escuadra dinamarquesa bombardeando el pueblo y anegando de sangre una gran ciudad que descansaba en la seguridad que da el derecho y la civilización, y todo sin más que lejanos temores de que Napoleón pudiera aprovecharse de aquellas fuerzas, descubre cuál era el derecho marítimo que Inglaterra había sancionado. Nosotros mismos, hace poco, hemos visto a un almirante inglés mandar al vapor *Gorgon* al puerto de Talcahuano, entrar con bandera amiga, la mecha del cañón encendida, pero oculta, y el marinero con espada y pistola en mano caer sobre el vapor *Arauco*, asaltarlo, tomarlo, cortarle sus cadenas y sacarlo, ni más ni menos como lo haría un pirata. Sería larga la historia de estos hechos, todos inspirados por el interés o por el miedo de perder los mercados abiertos a su industria. La guerra de China, porque su gobierno a la par que la religión de este pueblo proscribían el veneno del opio, es uno de estos episodios de la historia inglesa que más la deshonran. Esta guerra para abrir un mercado a una producción funesta, pero productiva de India, en mi concepto tiene además otro objeto, que el tiempo descubrirá. El gobierno inglés ve la aglomeración de los hechos, de que me he ocupado, ve que la producción manufacturera de las demás naciones le hace una competencia ruinosa, que la baja de sus salarios ha llegado hasta prostrar las clases trabajadoras, que uno tras otro se cierran sus mercados, y que es preciso abrir otros, si no por las incentivas del comercio, por la espada y sus cañones. China, este pueblo cuya civilización se pierde en la oscuridad de la historia, cuya industria ha atraído tantos tesoros, cuyo comercio a pesar de su aislamiento le da tantos millones, ¿no estará designada por la política inglesa para dar ocupación a sus cipayos de India, y abrirse junto con un mercado la puerta a los inmensos tesoros allí acumulados? La guerra del opio no ha sido más que un ensayo, un reconocimiento del terreno, que la aristocracia inglesa sin duda se propone explotar. Como las riquezas de la India, hoy Inglaterra codicia las del Celeste Imperio; la idea es bien lisonjera, pero antes que pueda realizarse, Inglaterra tendrá que atender al incendio interior que la miseria produce; también a la emancipación de su derecho marítimo, que las otras naciones reclaman. Estados Unidos de Norteamérica se ha puesto a la cabeza de esta aclamación universal; Inglaterra teme y negocia; pero el destino señala ya un término a este poder, y para evitar que se alce otro coloso marítimo, Inglaterra tiene que asociarse al verdadero derecho de las naciones, proteger la justicia y al débil, o sucumbir ante el poder de sus antiguas colonias, que hoy apelan a los títulos de su raza anglosajona, para arrebatarle el cetro de Neptuno, sostenido por una raza que ha degenerado, raza sin fuerza, sin patriotismo, sin carácter, todo efecto del hambre y de la miseria, que produce siempre la nulidad física y moral de nuestra especie.

El poder colosal de Inglaterra era una enfermedad social, un vicio que nació de un abuso; la fiebre debía naturalmente producir la extenuación, y la sociedad, o debe perecer o remontar los resortes de su vida por una de estas medicinas enérgicas, que terminan las grandes crisis por que pasan los pueblos. Mientras más fuerzas haga la aristocracia inglesa para sostener la organización actual de aquella sociedad, más flancos de debilidad descubre, más se manifiesta la úlcera oculta que produce su mal. Mientras estos fenómenos se desarrollan con más o menos energía

en aquella nación, donde todo es caduco, otro pueblo más joven, conocedor de las ventajas del crédito y favorecido por la naturaleza con un territorio inmenso, aprovechándose de los grandes aciertos e invenciones de Inglaterra, se presenta al mundo impulsando las doctrinas democráticas, y dando con su ejemplo la solución de la realidad de un sistema que, reaccionado sin cesar, desalienta ya a sus promotores, en vista de los inconvenientes, que la organización feudal de Europa aún presenta. Debilitado el antiguo feudalismo, como ya lo he dicho, en la acumulación de la riqueza y capitales, ha hallado nuevos auxiliares, aún más enérgicos y activos, que hoy se presentan como las verdaderas columnas de una época de atraso, de ignorancia y fanatismo, que ya ha pasado para el mundo, pero que la costumbre sostiene en ese estado de crisis y lucha permanente.

Estados Unidos de Norteamérica, emancipado de todo lo pasado, impulsando la democracia hasta los bordes de la licencia, ha dejado a la libertad un anchuroso campo; y a su sombra la industria y las artes y todas las mejoras materiales han recibido un desarrollo lógico y natural, que una ley eterna e inviolable, que rige y gobierna a la humanidad debía necesariamente producir. Esta nación ha adelantado la ciencia del crédito público, al que ha dado una acción puramente individual, pero sin formar deudas públicas, que definitivamente debían recargar al pueblo. Por el contrario, el ejemplo de lo que veía en Inglaterra la ha hecho muchas veces inclinarse al opuesto extremo de buscar en la moneda de oro y plata el móvil de sus cambios, pero la ciencia estaba ya demasiado adelantada en la práctica, para que estas tentativas pudieran tener ni un efecto momentáneo. La aristocracia de la riqueza, los privilegios de que se ha rodeado en Europa; el tesoro público convertido en banco de usureros, donde sólo se pagan réditos y se organizan combinaciones ruinosas al Estado, todas cubiertas con el producto del trabajo del pobre, sin duda debían alarmar a un pueblo celoso de su libertad; pero el interés conducido por sus solos instintos, a pesar de las crisis violentas con que el crédito público ha sido sacudido, al momento lo ha levantado aún más lleno de vida y poder. Esto demostrará siempre que las ideas y convicciones, por más lógicas que nos parezcan, nada pueden contra los hechos de que derivamos ventajas, y cuyo mecanismo desconocemos. Las naciones han ejercido la economía política antes que pudiéramos explicar uno solo de sus fenómenos, y como se habrá visto en mis anteriores observaciones ¿cuántos de estos fenómenos explicados con dogmatismo, como derivados de la ciencia, la han contrariado del modo más funesto?

A Estados Unidos de Norteamérica lo forman los descendientes de todos aquellos hombres libres, que la opresión religiosa y política del gobierno inglés hizo emigrar; su organización es la continuación del principio democrático, que se había organizado en este pueblo, y que desapareció por la crueldad y fanatismo de las persecuciones, o por la corrupción que el gobierno organizó en tan formidable escala. Desde luego ellos han sido los herederos de todos aquellos bienes que sólo pueden aclimatarse en una tierra de libertad, y que al lado del despotismo y la corrupción se convierten en plagas funestas a la felicidad de las naciones. La guerra de su independencia junto con establecer la libertad e igualdad social, que aquella nación hoy goza, la emancipó también de todos los abusos y errores que la

política inglesa había organizado en sistema político, para sostener y engrandecer una aristocracia, que debía ligarse más y más a los gobiernos por su propio interés, haciendo olvidar sus antiguas querellas que tan alto habían levantado el sentimiento democrático. Desde luego la libertad hizo fructificar todos los bienes y mejoras, que aún eran una teoría para la humanidad, y si la historia nos presentaba algunos lejanos ejemplos, se nos decía que eran de otros pueblos, otras costumbres y otras edades; que la democracia era un delirio de imaginaciones enfermizas. Pero el desarrollo del principio democrático es tan enérgico como activo, y hoy Estados Unidos, reduciendo todo a la práctica, se presenta como el modelo de una democracia pura, que si no es posible sea perfecta, se acerca más y más al bello ideal a que el hombre pueda aspirar. Esta práctica social y política ha pulverizado las cansadas y eternas declamaciones de los partidarios del despotismo, de los conservadores de añejas doctrinas e ideas, que desaparecen a los redoblados golpes de reformas tan fecundas en bienes y felicidad. Los tronos de Europa aún permanecerían firmes, después de tantas tentativas frustradas a nombre de la libertad; el cansancio de los hombres generosos que se sacrificaban por ella habría sido una quimera; pero América del Norte es un ejemplo vivo y elocuente, donde los hombres de todos los pueblos y naciones hallan libertad, igualdad, seguridad; donde los privilegios son nulos, donde la propiedad y la riqueza no son poder político ni social, donde la acción de los gobiernos es imperceptible; donde las preocupaciones y los errores no tienen el apoyo del fanatismo ni de envejecidas doctrinas. La prosperidad pública y privada, la tranquilidad y paz interior, y la felicidad de que gozan los que viven bajo la influencia de esta democracia, no hay que dudarlo levantará los pueblos civilizados unos tras otros a pesar de sus reveses pasados, en busca de tanto bien. La lucha de lo pasado y lo presente es interminable; el bien que se conoce no puede cambiarse por un mal que nos abrumba, la posibilidad de alcanzarlo es segura, el ejemplo está a la vista el triunfo más tarde o más temprano para todos es seguro.

En esta nación el pueblo domina por necesidad; su poder y su fuerza están concentrados en el mayor número. Si él abandonase su puesto, la reacción vendría al momento; sólo la costumbre y el tiempo traerán la calma, que hoy no puede tener a la vista de los esfuerzos que las aristocracias y los gobiernos de todo el mundo hacen, para retroceder a épocas de que nos alejan tantas convicciones y tantas luces difundidas en la humanidad. Por lo demás el pueblo ve sin envidia que el rico goza de su opulencia y prosperidad; y contento con la retribución que su trabajo le da, vive orgulloso de su independencia y dignidad. Él ve abiertas las puertas de los honores, del poder, y de la riqueza; sus virtudes, sus talentos, y su honradez son un camino seguro para alcanzar los más altos empleos de la república. El hijo de un artesano gobernando los destinos de una gran nación, lo que allí no es raro, debe colmar las esperanzas y votos de los que han trabajado por el triunfo del principio democrático. Fillmore, hijo de un carpintero, a la par que la reina Victoria y que Nicolás, emperador de Rusia, que gobiernan e impulsan todas las aristocracias de Europa, es un hecho que descubre el poder colosal que aquella democracia ha podido organizar en tan corto tiempo de existencia política. Europa, abismada, no sabe cómo han podido obrarse estos prodigios, ni cómo esta nación marcha con

paso tan firme a afianzar su existencia, y extender sus doctrinas. La represión por la fuerza militar es para los tronos de Europa el único medio de acción; la vuelta a las viejas ideas y errores es la inspiración de su caduco poder; su odio a aquella nación debe ser profundo, desde que su ejemplo más que todo sostiene la conspiración permanente de la libertad. Pero no estando este poder al alcance de las combinaciones que anularon la libertad republicana de Francia, no hay más guerra que las ideas, y en este terreno Estados Unidos tiene inmensa ventaja, como también en prosperidad pública e individual.

Sin el crédito público que ha aumentado tan prodigiosamente sus fuerzas productivas, a pesar de sus defectos, creando cuantos capitales su industria y su comercio necesitaban, esta nación no habría salido de la marcha vulgar de los demás pueblos. Pero fecundizada por esta institución la sociedad entera, y no pudiendo explicar ella misma el fenómeno de su grandeza, ha caído en la puerilidad de apelar a los privilegios de su raza; y envanecida con este error aspira a la conquista por la intriga y por las armas, y también a la propaganda de sus doctrinas políticas, que se excluyen por la diferencia absoluta que hay entre uno y otro medio. Donde imperan el rifle, el revólver y la bayoneta no penetra la doctrina; por el contrario se aleja y se hace odiosa. Sus guerras en un continente que ella habría atraído a su política por medio de sus ideas; y sus intrigas para revolucionar las posesiones que codiciaba la han hecho perder su verdadera fuerza en el exterior y debilitado su unidad política, en que reside su mayor fuerza. Este error de raza y de poder prepara un acontecimiento que le va a ser funesto. La actitud invasora de Estados Unidos va a formar una liga de la raza española entre sí y también con los poderes marítimos de Europa, liga que los acontecimientos traerán infaliblemente por resultado. La influencia europea traerá también consigo la protección monárquica y aristocrática, que las repúblicas de Sudamérica trabajan por exterminar. Las ideas democráticas del norte hallarán entonces una resistencia formidable en fuerza y en ideas, y aquella liga sin duda alguna romperá los lazos de la unidad que tanto han engrandecido aquel pueblo. El ejemplo sublime de la democracia del norte tan brillante para el mundo, desaparecerá, hasta que la Providencia eleve otra más clara lumbrera que guíe la humanidad de sus destinos.

Es ésta la verdadera posición en que Estados Unidos se va colocando respecto de América española y de Europa, y cuando el conflicto aparezca, es seguro que su amor propio herido no volverá atrás. El continente americano, que la libertad debía hacer el centro de regeneración para todo el orbe, se encontrará dividido y en guerra abierta por una preocupación y un error tan insensato como ridículo a los ojos de la historia, y a los del buen sentido, que verá que el privilegio de raza no es más que la diferencia que hay de un pueblo que reconoce y acepta el crédito público, y otro que lo ignora y lo rechaza. Este crédito que ha obrado tantos portentos en aquella nación, bien conducido no es hasta hoy más que un ensayo de la elevación y grandeza a que debe llevarla. El crédito siempre será una planta que fructifique en un suelo de libertad; donde el despotismo impera debe morir; es por esto que en Europa no puede aclimatarse; es por esto que en Inglaterra, donde primero nació debe también primero morir, después de una agonía horrible, que

sus abusos y excesos le han preparado. En Europa la sola lucha de lo pasado con el presente y el porvenir de la sociedad, esteriliza toda organización de crédito, lo mata al tiempo mismo de nacer. Grandes ejércitos para el desarrollo democrático, y bastante oro para corromper lo que no se puede dominar, absorben no sólo las inmensas contribuciones con que aquellos pueblos están recargados, sino también el crédito de la presente y futuras generaciones, que sin escrúpulo alguno hacen responsables los gobiernos de sus vicios y prodigalidades. No puede, pues, haber absolutamente crédito donde dominan estos famélicos gobiernos, ocupados de conjurar el momento presente, amontonando deudas públicas que formarán la pira que incendie las sociedades. Este fuego pondrá en combustión el mal y el bien, la verdad y la mentira, pero en el crisol de la civilización quedará el oro puro, lo demás se volatilizará.

Cuando Inglaterra ha pisado la última escala de su grandeza, y principia su descenso, Estados Unidos, sin subir a una igual distancia, se siente con la fuerza de desafiar al más alto poder conocido. La escala social tiene sus límites cuando el abuso y la opresión de un pueblo son la base del poder de sus gobiernos; pero cuando éste no tiene límites en el porvenir, cuando su territorio baldío es inmenso, cuando sus montañas y sus bosques están vírgenes, cuando sus caminos, sus ríos y sus lagos abren nuevos senderos a la riqueza, y que una inmensa naturaleza le queda por conquistar para las artes y la industria, podremos decir que este pueblo está en su infancia. El crédito público es la palanca con que aquella nación se levantará tan alto que no alcanzarán a comprenderlo los que desconocen su poderosa influencia. El gobierno, asiduo en amortizar todas sus deudas, no podrá exigir contribuciones para pagar intereses a los negociados con el tesoro público. La economía de sus gastos, lo considerable de sus rentas, la nulidad de su acción para imponer contribuciones, y la resistencia a pagarlas de un pueblo celoso de sus derechos, dificultan en extremo que el gobierno concentre alguna vez la acción del crédito público, lo que desnaturalizaría todas las instituciones y lo haría corruptor y déspota como ha sucedido en Inglaterra. Cuando el crédito se organice políticamente y parta de una autoridad nacional, tal como la que antes he indicado, aquella nación organizando la circulación se creará una renta que exceda todas sus necesidades, y las grandes crisis allí sufridas con un crédito tan mal asegurado, tan profusamente dividido, lo conduce irresistiblemente a esta reforma que en Inglaterra es imposible.

Esta nación, subiendo en la industria y producción hasta topar con el pauperismo, hace años retrocede. Sus exportaciones aumentan, pero también sus importaciones crecen, su población disminuye, el patriotismo se apaga, y como poder político tiene que cerrar el templo de Jano si quiere que su decadencia no se haga más perceptible. Para ella no hay más gloria militar ni más conquistas, un aumento de deuda hará declinar su crédito por más que todos sus acreedores se comploten para salvarla. La honda zanja trazada por los abusos del crédito entre los pobres y el rico y el recargo de contribuciones que gravitan sobre el productor, levantará no un O'Connell que todo lo espera de la ley, sino algún radical que destruyendo cuanto existe, cambie la condición de este pueblo de un modo absoluto. Inglaterra, más que ningún otro país de Europa, está expuesta a sufrir los fuertes

sacudimientos de una revolución social, porque los dos actores, la aristocracia y el pueblo, se han ido a colocar en los dos extremos en que los medios aparecen muy lejanos. Mientras más dure su actual condición política, mayores serán los elementos disolventes que se reúnan, mayores las pasiones, los sentimientos y los intereses que se combatan, y cuando la aristocracia se crea más cerca de un triunfo definitivo quizás esté más próxima de su ruina.

Inglaterra, contrarrestando la democracia que se había desarrollado en su seno con mayor fuerza y energía que en cualquier otra nación de Europa, tuvo que apelar a la fuerza y a la corrupción: estos dos móviles de su poder han agotado las fuerzas del pueblo, han desnivelado la sociabilidad, han hecho el trabajo improductivo y al productor de los valores y riquezas lo han conducido a la mendicidad, lo han degradado a sus propios ojos y a los de la sociedad. Esto era demasiado violento para ser permanente; su sistema político del mismo modo debía ser inconsistente arreglado a la necesidad del momento. El derecho para ella se deriva casi siempre de los hechos, reposando gran parte de su legislación, antes que en la justicia y los principios, en la tradición. Su tendencia conservadora aún de las instituciones más repugnantes a la razón, a pesar de sus luces, su progreso e ilustración, descubren siempre que todo en Inglaterra es transitorio, que su moral política es arreglada a sus necesidades, y que los principios, reglas eternas de la justicia, del deber y la conciencia, sólo son aceptados cuando en ello está su interés y conveniencia, cuando con ser justos se gana más que con la astucia o la violencia.

Los estadounidenses por muchos años han dejado obrar estos principios, que contienen la perfectibilidad humana; con ello se han engrandecido y prosperado, formando en pocos años una nación respetable y opulenta. La manía de creerse una raza superior a las demás los ha distraído y alejado del buen camino, pero este error puede ser momentáneo, puede conocerse cuánto encierra de ridículo y funesto para volver al sendero que les trazó Washington, sendero noble en que la moderación y la virtud valen más que la insolencia y la conquista. Aparte de esto en Estados Unidos el pobre trabaja para sí; cuando le falta el capital siempre halla un salario que satisface sus necesidades. La tierra no es un monopolio, el propietario no impone la ley; el capital abunda, la usura es casi nula, el trabajo de cualquier modo recibe una retribución proporcionada. El pobre que sólo tiene por riqueza su brazo y por capital su honradez e inteligencia, es allí el soberano, el que elige las magistraturas, nombra los cuerpos legislativos, al Presidente de la República y la municipalidad que arregla los intereses domésticos de cada pueblo. Siempre prefirió la virtud al brillo y a la riqueza, el mérito y los talentos, a la vanidad y la ambición. El pobre por su trabajo está al abrigo de la miseria, libre por lo tanto de la seducción del servilismo, y degradación de lo que nace la rectitud de su juicio. Puede decirse que la sociedad se gobierna por sí misma, lo que constituye la soberanía popular, que los enemigos de la democracia han querido llamar una utopía. Sin sus últimos descarríos, podríamos convenir en que tocaba ya aquella nación la perfectibilidad ideal a que pudiéramos aspirar en la vida.

Todo esto falta a Inglaterra, la que en cambio tiene una formidable marina de guerra, ejércitos numerosos y permanentes, una policía extensa, una nobleza rica y

poderosa, dueña de casi toda la tierra, un rey que gasta cinco millones al año, una nube de acreedores a los que paga 150 millones de intereses, una Iglesia soberbiamente dotada sin prosélitos, sin fieles ni creyentes, cuyos emolumentos suben a 50 millones de pesos solamente en Inglaterra, distribuidos entre nueve mil sacerdotes, los que equivalen a 5.500 pesos para cada uno. Esta es la iglesia anglicana, la iglesia de Enrique VIII, la que cobra diezmos a todas las demás sectas, que la desprecian. Esta Iglesia, que se llama nacional, tiene rentas doce veces más grandes que la Católica en Italia, España y América, y guardada la misma proporción 34 veces más que la Iglesia Galicana. La ocupación del clero anglicano es precisamente la de procurarse los beneficios bien dotados, pero comúnmente se reúnen cuatro o seis rentas en una misma persona para que ésta suba, y se premia así al hijo de un noble, de un ministro o de cualquiera que se prostituya a las miras de la política. Estos pluralistas, como allí los llaman, forman la falange ministerial y aseguran en los parlamentos el triunfo del gobierno, sean sus proyectos justos o injustos, lo que hace del sistema representativo una farsa que a nadie alucina. Hay además en Irlanda 2.027 sacerdotes de esta Iglesia, que arrancan a aquel miserable pueblo 16 millones de pesos anuales de diezmo, y tiene en fondos que les pertenecen 11 millones y medio. Entre nueve millones de habitantes hay sólo 400 mil protestantes, quizás ninguno por convicción pertenece a la iglesia anglicana, pero el diezmo es arrancado bárbaramente a aquel pueblo hambriento, cuyos verdaderos sacerdotes, aquellos que sostienen sus creencias, por ser católicos, no obtienen más que el desprecio y persecución del gobierno.

Los gastos de su lista civil y judicial están establecidos con una profusión correspondiente a la facilidad con que este gobierno improvisaba deudas y riquezas, del mismo modo su lista diplomática para representar su poder y su riqueza. Fuera de esta prodigalidad en todo sentido había pensiones exorbitantes, empleos nominales y sin función alguna, con los que se cierra la lista de estas profusiones todas arrancadas al trabajo de un pueblo laborioso que debía ser conducido al pauperismo por fruto de sus fatigas.

En Estados Unidos el ejército es nulo, no alcanza ni a cubrir la frontera; la marina reducida, y la mayor parte de sus buques desarmados; no hay clases privilegiadas; el Presidente de la República tiene por año 25 mil pesos, sus ministros la cuarta parte, y éstos son los empleos mejor dotados. La administración interior, la de cada Estado, es casi gratuita. No hay iglesia nacional: ningún sacerdote recibe renta pública; no hay diezmo, las sectas pagan los gastos de su culto. En sus gastos diplomáticos hay algo más de generosidad, porque representan la dignidad de la nación, pero todas las rentas están calculadas sobre un nivel democrático, que no sufre esa desigualdad que pudiera envanecer o crear otras pretensiones.

No se conciben mayores esfuerzos que los que Inglaterra ha hecho en sus pasadas contiendas, su deuda interior descubre los arcanos de su política, y la ciencia económica está demasiado adelantada para que en otra guerra de alguna duración no se agote el manantial de su crédito. Estados Unidos en igual situación reuniendo sus esfuerzos, hallará aquella vida, aquella exuberancia de fuerzas que revela su juventud, su opinión y su poder, y el fondo casi virgen de su crédito público. Ingla-

terra es más rica, sus capitales son inmensos, produce más que nunca y, no obstante, lo más florido de su población emigra, la caridad pública y privada tiene que ser más activa, el trabajo individual no llena las más imperiosas necesidades de la vida, el pauperismo crece. Estados Unidos se enriquece con la industriosa población inglesa que emigra, ellos reconocen al hombre como el más gran valor; su brazo es producción, es riqueza; el crédito suple a la acumulación de capital, lo reciben, le conceden los mismos derechos, y una emigración extraordinaria aumenta año por año la fuerza, la riqueza y prosperidad de esta nación. Inglaterra y su grandeza tal como hoy está, es el esfuerzo más extraordinario conocido hasta nuestros días, todo debido a la industria y producción inmensa del brazo del pueblo. Con este solo brazo ella ha levantado un imperio, cuya influencia ha sido benéfica a los progresos de la humanidad; su civilización ha penetrado por todo con su comercio, sus industrias, sus artes y sus máquinas. Que Inglaterra podía continuar su carrera de prosperidad y poder no se puede dudar, todos los elementos que pudieran impulsarla están reunidos en ella. Creadora del crédito, lo ha recorrido en todas sus fases, reúne una población la más industriosa, que sólo reclama el término de los privilegios, y que las contribuciones se limiten a los gastos de la nación y no al pago de intereses, cuyo origen en su mayor parte es impuro. Aun podría Inglaterra pagar su deuda para llenar un compromiso de honor, pero no los intereses, así en una generación, o en el espacio de 30 años, esta deuda sería casi nula. Pero sería preciso organizar todos los gastos de la sociedad democráticamente, dando término a la prodigalidad, concluyendo con una iglesia nacional que absorbe tantos millones, y en la que nadie, ni aun los beneficiados, pueden creer. ¿Sería esto posible? Lo repito, las aristocracias perecen, pero voluntariamente jamás abandonan los privilegios ni la posición que han alcanzado; la razón, la ciencia, una revolución que asoma, nada cambiará sus resoluciones: el hombre ama más su elevación, su interés y sus comodidades que la vida; el pobre, a quien todo falta, en busca de estos bienes arriesga también gustoso su existencia, y la lucha de una regeneración quién sabe hasta dónde llegue, recordando Francia de 1793.

Estados Unidos no está expuesto a esta crisis, las revoluciones que allí puedan sobrevenir no son de este carácter. El pobre que ha llegado a ocupar la posición que allí tiene, teme todo cambio que le arrebatase la soberanía y la importancia de que goza; el rico, mientras, puede disfrutar sin estorbo de su opulencia, tampoco se aventurará en invocaciones, que es seguro empeorarían su condición en medio de un pueblo tan celoso de su libertad. La revolución más cercana para Estados Unidos es la emancipación de la esclavitud; al presente es el nudo que liga a los Estados de esclavos con los Estados libres; pero roto este nudo la democracia habrá alcanzado su completo triunfo desarraigando esta planta venenosa, que tanto perjudica a su libertad e igualdad social.

Inglaterra, en fin, ocupa un alto rango por su ciencia y su literatura; Estados Unidos no podrá en muchos años en su carrera de materialismo obtener una posición igual. La acumulación de riquezas en Inglaterra ha preparado una más esmerada educación; se han cultivado las ciencias, y las bellas artes como un recreo, como un adorno de la opulencia, y esta opulencia ha sido a su vez protectora de

estos conocimientos y de los progresos de nuestra inteligencia. En Estados Unidos, donde la fortuna es el premio del trabajo, donde no se han acumulado grandes capitales, para gozar es preciso trabajar, y toda ciencia o arte que no produzca renta, no tiene quien las estudie ni protectores que las favorezcan y estimulen. La literatura americana es muy limitada, pocos escritores como Irving y Prescott la ilustran; y en las ciencias si no es la satisfacción propia, pocos hacen de ellas una profesión.

De cuanto he dicho sobre Inglaterra y Estados Unidos fácilmente puede deducirse que el crédito público sólo puede establecerse sólidamente donde hay una verdadera libertad. Inglaterra es aún la nación más productora y decae; Estados Unidos sin acercarse a la suma de aquella producción se engrandece. Los acreedores del Estado han absorbido por más de siglo y medio más de la mitad de la renta nacional, que la industria sólo pagaba; los dueños del territorio, los empresarios de fábricas, los capitalistas y el comercio absorbían quizás los dos tercios de toda la demás producción nacional, al pueblo inmenso no le quedaba por cierto con qué subvenir a sus más premiosas necesidades. Si a esto se añade la prodigalidad de pensiones, la profusión de las rentas, y el gasto inútil de una iglesia nacional en medio de la anarquía de tantas sectas religiosas ¿qué extraño es el pauperismo y la espantosa miseria que rodea a las clases trabajadoras? Sólo la política, el espíritu de dominación, el orgullo, y la facilidad de formar deudas, han podido amontonar tantos elementos de discordia en un pueblo. Si Inglaterra no fuera una isla, de donde es costoso salir, la aristocracia de la tierra y la del dinero habría sido ya abandonada de ese pueblo abrumado de trabajo y de miseria. La monarquía y aristocracia en un todo uniformadas, debían necesariamente producir esta desnivelación tan absoluta. En Estados Unidos, produciendo menos, porque sus capitales, sus fábricas, y sus máquinas no han alcanzado una igual perfección, goza el pobre como el rico: este es el fruto de las economías de su trabajo, de su inteligencia, y aquel cuando puede hacer la vida confortable, un buen techo que lo abrigue, una comida que lo satisface, un vestido que indica su bienestar. La población de uno y otro pueblo es la misma; si los estadounidenses tienen inmensos campos que cultivar, los ingleses tienen una inmensa industria con que atraer los productos que les faltan, ¿qué es pues lo que constituye tan gran diferencia en la condición de uno y otro pueblo?: nada más que en el uno impera la democracia, en que la igualdad es el principio más vital de su organización, y en el otro la aristocracia que existe sólo por el privilegio y dominación.

Me he extendido más de lo que pensaba sobre la condición de estos dos pueblos, con cuya historia se desarrolla el plan que había concebido de una reforma social, sin apelar como los socialistas a teorías más lisonjeras que ciertas, más peligrosas que útiles, desde que les faltaba no sólo la base moral y religiosa, sino la prueba por que han pasado estas dos naciones, prueba que se uniforma con el análisis más escrupuloso que pueda hacerse, y que por su evidencia quizás no necesita más que de este rápido bosquejo para producir la convicción.

CAPÍTULO XVIII

LA PROTECCIÓN AL TRABAJO Y A LA INDUSTRIA DEBE SER EL PRIMER MÓVIL DE LOS PODERES QUE REPRESENTAN LA SOCIEDAD

El género humano marcha a la unión y fraternidad, sus relaciones cada día se hacen más intensas y necesarias. Todos los progresos que ha hecho cooperan poderosamente a este resultado, cambiando por medio del comercio sus mutuas producciones, sus descubrimientos y cuanto sirve a la comodidad y engrandecimiento de las naciones. El vapor aplicado a la navegación, a los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico, todo facilita la libre comunicación de los hombres, y los encamina a formar del orbe entero una sola nación, una sola familia. La emigración de los pueblos civilizados a los desiertos, donde antes quizá no pisó planta humana, va igualmente con las artes, con las ciencias, con todos los descubrimientos que han mejorado nuestra condición. Otro tanto sucede respecto de otros pueblos, que menos adelantados en civilización se ilustran por el comercio, que hoy cambia lo mismo que las manufacturas, las costumbres, los modales, el bienestar, y hasta la moralidad misma. Todo pasa de un continente a otro con mayor rapidez que antes de una capital a una provincia, nadie hace un siglo habría imaginado la posibilidad de tan activa comunicación, ni tantos portentos, que encaminan nuestra especie a esa unidad que traerá la paz al mundo.

Los individuos como los pueblos gozarán de todos estos beneficios, pero no bajo las bases de un egoísmo mercantil e industrial, sino bajo los principios de una mutua reciprocidad, en que un cambio de productos contra productos deje expeditos los derechos al trabajo, que cada hombre y cada pueblo pueda organizar y establecer. Desde que el trabajo es el productor de la riqueza, la protección más decidida debe obtener de toda la sociedad, y los gobiernos que la representan nada deben omitir para que cada nación adopte aquellas industrias peculiares de su territorio, de su posición geográfica, del genio de sus habitantes, y de las producciones o primeras materias de su suelo. Vender en bruto estos productos indica o un país atrasado y desidioso o una población escasa, que apenas baste a las labores de la agricultura. En efecto, la exportación de las primeras materias, cuando hay

un excedente de población que pudiera beneficiarlas y darles por la industria y el trabajo un valor proporcionado, manifiesta no sólo la inercia de un pueblo sino los vicios y el desorden de su organización. Ésta es la condición triste de las repúblicas hispanoamericanas, que siendo las productoras de los materiales más ricos, y teniendo una población que no halla de qué ocuparse, no promuevan la industria por todos caminos, y hagan producir al trabajo, que es el manantial de toda riqueza. Por el contrario, derivándose las rentas públicas principalmente de los derechos de aduana que pagan las manufacturas extranjeras, estos gobiernos miran con mal ojo toda fábrica interior, que disminuye aquellos derechos. De tales errores no pueden recogerse sino las más fatales consecuencias, que afectan el porvenir de las naciones sobre su condición material, y también su moralidad, que jamás puede existir donde los vicios llenan los vacíos del ocio.

Si examinamos el vértigo revolucionario que agita a estos pueblos, lo hallaremos en sus vicios coloniales, y principalmente en la desocupación absoluta de una clase muy numerosa que cree degradarse trabajando materialmente. Los gobiernos ocupados de los intereses de las facciones que representan, no pueden atender estas necesidades imperiosas, que la civilización ha hecho nacer, y que quizá contrarían las miras de los que los han elevado al poder. Siempre giraremos sobre un solo centro cuando se trata de las mejoras sociales, y este centro es la libertad, que es preciso conquistar antes de emprender nada. Cuando la democracia se haya sobrepuesto a los intereses de aquellas facciones, y anulado la tiranía que hoy domina en la mayor parte de estas repúblicas, destruyendo la centralización que todo lo encadena, la acción gubernativa, partiendo de la opinión, dará amplitud al régimen municipal, que hoy existe entre nosotros sólo en el nombre.

Si la necesidad de proteger el trabajo obliga a cada pueblo a no exportar sus productos en bruto, si ésta es una traba accidental al comercio que hoy tenemos con los pueblos fabriles de Europa, llegará el día en que una uniformidad universal dé a cada nación su importancia relativa, y a cada trabajador la remuneración correspondiente. Que Inglaterra nos traiga el fierro, sus tejidos de hilo, sus ladrillos de fuego, Francia sus sederías, Estados Unidos sus maderas, sus algodones, nada más justo, pero que vengan a nuestro mercado la mercería de nuestros cobres, los paños de nuestras lanas, los zapatos de nuestros cueros, los tejidos de nuestros cáñamos, recargados con fletes de ida y vuelta, con las comisiones y derechos de aquí y de Europa, con los almacenajes, seguros, ganancias del capitalista, del fabricante y del trabajador, puede tolerarse hoy que todo nos falta, pero andando el tiempo y conquistando nuestras libertades, las fábricas se aclimatarán entre nosotros; todas nuestras producciones recibirán entonces hasta el último de sus beneficios. Ésta es la tendencia general de todos los pueblos: aquí sobran brazos y el crédito proporcionará los capitales para dar la última mano a todas nuestras primeras materias.

La economía política, producida por un sofisma, ha sido la causa de errores funestos, que obrando en el interés de las naciones industriales y fabriles ha erigido en dogma la igualdad de todos los valores. En éste como en sus demás errores, el haberse separado del principio que forma la ciencia, ha dado origen al más funesto y al más difundido de todos los desaciertos económicos. La producción es el traba-

jo ejecutado sobre algún objeto que nos es útil, que se puede comprar y vender, y que al precio de la primera materia reúne el salario o retribución del trabajador. Si una nación ocupa un tercio de sus habitantes en la agricultura, en las minas y otros trabajos que proporcionan las primeras materias ¿no es claro que destinando las otras dos partes al beneficio de ellas, bien sea por sus propias manos o por las máquinas, triplicará sus provechos? El trabajo se nivela por sí mismo, y tanto produce el agricultor que obtiene de la naturaleza los productos en bruto, como el industrial que los aplica a las artes, y los acomoda a las necesidades del hombre. La igualdad absoluta de los valores ha traído por consecuencia inmediata la libertad de comercio, y ambos errores han facilitado la competencia que toda industria debe hallar en su infancia, competencia que ha proporcionado a los Estados manufactureros el conservar indefinidamente sus mercados, y que las nuevas naciones se limiten a negociar con los espontáneos frutos de su naturaleza. Se ha dicho que la competencia traía por resultado la baja de los productos, y la ruina de los monopolios, y que no era justo que pudiendo una nación obtener del extranjero las manufacturas que necesitaba, se hiciese contribuyente de unos pocos fabricantes, que en el interior podrían elaborar y vender estos artículos, pero a un precio más alto.

El argumento, cierto bajo unos respectos, especioso bajo otros, es un sofisma considerado en su aplicación a la industria interior de cada país. Si el trabajo, habiendo una población ociosa que puede ejecutarlo, se mira como inútil, el argumento es cierto; pero desde que una nación tiene las primeras materias de algunas industrias, como nosotros las lanas, los cobres, los cueros, etc., y después de satisfecha la demanda de brazos que necesite su elaboración o primer beneficio, queda una población desocupada, particularmente en las ciudades, ¿no será una demencia venderlas al extranjero para que fructifiquen su comercio, para que obtengan derechos sus gobiernos y ocupación los habitantes de otros pueblos? ¿No será aún más demencia que estas mismas materias vuelvan elaboradas a nuestro mercado, y con un valor quintuplicado de su primer costo, y las compremos así cuando la población nuestra, que no halla ocupación, pudiera haberles dado aquel valor ganando así su subsistencia y su bienestar? Desde que la economía política seducida por especiosas razones abandona el gran principio que le sirve de lumbrera, precisamente se pierde en el laberinto de algunos hechos que siendo peculiares a determinados pueblos, los hace reglas generales; y que aplicados en otros deben producir las más tristes consecuencias. Si una población no tiene más habitantes que los que reclama una determinada industria, que es allí más productiva que cualquiera otra, la concurrencia y un comercio libre serían un bien inestimable; pero si hay población para dar a aquella industria su último valor, la concurrencia que deja inerte aquellos brazos es un mal, una desgracia social bien lamentable.

En un momento dado un pueblo nuevo no tiene los conocimientos necesarios para valorizar las primeras materias que produce, no tiene máquinas, carece de herramientas y de algunos otros accesorios, principalmente de capital, que es el agente más poderoso de toda producción; pero las máquinas y los conocimientos no son hoy un monopolio de alguna nación, se venden como cualquiera mercadería y los hombres peculiares que las dirigen y manejan van donde quiera que se les

estímulo con alguna mayor renta o salario. El crédito dará siempre a todo pueblo el capital que necesite; la representación de los valores que contiene será siempre muy superior a todas las industrias que él pueda necesitar y promover.

La igualdad de valores tiene también otro aspecto antisocial considerado éstos en su relación con el lujo, que ha creado la extrema desigualdad a que los pueblos cultos han llegado. Todos los productos del lujo tienen un valor efectivo, pero este no entra por nada en la comodidad y bienestar de las naciones. Unas veces es un capricho de la opulencia, que quiere deslumbrar y elevarse sobre el común de los demás hombres, otras depende de la moda, que variable e inconstante sube y baja del mismo modo estos productos; a veces pagando un precio excesivo y desproporcionado, y otras absolutamente nada, hasta hacerlos desaparecer del mercado. Este lujo es un mal epidérmico que de las clases ricas desciende a la media y también hasta el pobre, y para sostenerlo, en los hombres se hace necesario el servilismo y degradación y en las mujeres la prostitución. Las naciones donde se generaliza el lujo se corrompen, el patriotismo y la virtud desaparecen, los capitales los absorbe el comercio extranjero, y caminan a una postración absoluta si algún acontecimiento no las vuelve al buen camino. Yo no me opongo a la perfección de las artes, ni a los goces que la fortuna proporciona; el lujo está bueno en los monumentos públicos, donde las artes pueden ejercer sus primores; allí pertenece a todo un pueblo; el escultor, el arquitecto, el pintor pueden exhibir sus talentos. Las leyes suntuarias no deben encadenar la voluntad del rico, él puede gozar de todo lo positivo y confortable, pero el lujo en su condición presente es una ostentación de riqueza, desde que la riqueza es poder, y desde que este poder trae consideración social. En un pueblo donde no hay muchos ricos el lujo es una farsa, los que menos fortuna tienen son los que más lo exageran, pero no por esto deja de cundir y hacer sus estragos. Desde que la riqueza no sea poder social el lujo decaerá por sí mismo, y los gobiernos recargando de derechos la importación, los artículos que lo alimentan, disminuirán en gran parte los males de este azote social.

Entre nosotros sería una añeja preocupación disputar sobre la igualdad de los valores; de tal modo han echado raíces los errores económicos. Una blanda de Bruselas que vale una vara cuarenta pesos en nuestro mercado, sin duda trae en su trabajo hecho todo a la mano un equivalente de este valor, ¿y será igual para una nación un valor estable y permanente como el dinero que puede servir para capital de alguna industria necesaria, a una blanda que se necesita un microscopio para distinguirla de otra igual pero tejida al telar, que se vende por uno o dos pesos?

Tenemos la principal máquina y el mayor capital, que es el brazo del hombre, y es preciso libertarlo a todo trance de las competencias que el extranjero pueda hacernos en la elaboración y beneficio de nuestras primeras materias. Abrir en todos sus ramos una entrada al comercio extranjero es cerrarnos la puerta para no llegar jamás a ser fabricantes, es proteger una competencia al trabajo de nuestra población, pagando con un excesivo recargo la industria de los demás pueblos. Si no podemos establecer todas las industrias, ensayemos algunas que nos sean peculiares; al principio toda especulación de esta naturaleza tiene estorbos que vencer, y necesita de una desmedida protección para no fracasar, ya por falta de materiales

o de agentes idóneos, que se hallarán, a poco andar, marchando con constancia. Si estos especuladores obtienen ventajas, otros los siguen, se abaratan las especies, se nivelan los precios, no por competencia que debe sobrevenir sino porque se adiestran y perfeccionan los trabajadores; se tiene una industria nacional, se ocupa un número considerable de brazos, e insensiblemente nos vamos emancipando de los huéspedes que junto con sus reclamaciones, vienen con sus cañones a hacerse la justicia que la superioridad y la fuerza inspiran. No es posible sufrir el martilleo incesante de los reclamos que surgen diariamente en América española. Ha llegado a ser una especulación de muchos aventureros buscar algún conflicto en que si pierden un peso reclaman ciento. Las negociaciones de estas cobranzas se organizan en los ministerios de Europa, o de otros pueblos poderosos como Estados Unidos, y vienen con la sentencia y una escuadra para ejecutarla. Tal comercio nos degrada; se llevan nuestras ricas producciones, servimos de mercado a sus manufacturas, y hora por hora, día por día se nos insulta y se nos agobia. Jamás tendremos verdadera independencia si no podemos bastarnos a nosotros mismos, principalmente en aquellas industrias que más fácilmente podemos apropiarnos a nuestra situación. ¿Qué importa el que podamos comprar más barato del extranjero, si nuestra seguridad, nuestro amor propio, nuestro porvenir y nuestras necesidades quedan ligados a un comercio tan desigual, donde en lugar de pretendientes sólo levantamos altivos protectores, que en todo quieren intervenir, y se entremeten en la elección de nuestros magistrados sin ser ciudadanos, y hacen valer la fuerza de sus gobiernos para imponernos su interés y su política? No; busquemos en la industria y en el trabajo nuestra libertad e independencia, sacudamos el yugo oneroso de un comercio que deja inactivas y en el ocio al menos las dos terceras partes de nuestra población. Inglaterra y Estados Unidos, que en menos de medio siglo han sacado sólo de Chile más de doscientos millones de pesos en dinero, y otros tantos en los productos brutos de nuestra industria, y que a la par que explotan a toda América española de sus capitales y de los productos que podrían valorizar nuestro trabajo, nos insultan e incomodan con reclamos, cuya falsedad e injusticia es notoria, sentirán entonces el peso de sus propias faltas, viendo cerrados nuestros mercados. Estados Unidos se privó del té por no pagar derecho a la metrópoli y por esta misma causa se engolfaron en una incierta guerra, que les trajo la libertad e independencia, y muy luego trajo ésta la industria y la apropiación del crédito, que tanto lo han engrandecido. Hagamos nosotros lo mismo, emancipémonos del funesto comercio de Europa; protejamos la industria interior, y junto con la verdadera libertad conquistemos una ocupación a nuestra población, y obtendremos poder y prosperidad.

Fácilmente puede evitarse el monopolio, fijando a los productos interiores un máximo, el que pasando del precio señalado permite la libre introducción; por ejemplo, si los fabricantes del interior se uniesen para hacer pagar 25 centavos por una vara de género de algodón y el extranjero la daba por un tercio menos, se habría excedido al máximo protector, y la libre internación traería la competencia y la baja. Con una ley de esta naturaleza que pudiera proteger la industria interior con un diez o doce por ciento de derechos sobre la manufactura extranjera, no

habría temor de monopolios; los fabricantes tendrían que arreglarse a este máximo de la ley bajo la pena de ser arruinados por la competencia que refluirá de todas partes. Pero estos temores son quiméricos, desde que en un país se generaliza la industria la competencia de otros especuladores traerá la baja, o la ley tendrá que intervenir, como lo veremos más adelante.

Hay una queja de falta de trabajadores y un grito de emigración que venga a llenar este vacío. Esta necesidad es momentánea, derivada de dos causas que descubren nuestro atraso y nuestra pésima organización social. No hay una sola máquina aplicada a nuestra agricultura, y se sabe que hay muchas que reproducen el trabajo y la fuerza del hombre de un modo extraordinario. En las siegas y cosechas es esta solicitud de trabajadores, pero tan luego como terminan quedan ellos sin ocupación. La población de los campos toma esta época más bien como un tiempo de descanso que como un trabajo; todas las siembras empiezan a producir; por todo hay que comer sin necesidad de trabajar y en Chile ninguna otra necesidad estimula al trabajo. La opresión en que vive el inquilino le ha quitado ya todos los alicientes de elevar su condición, su salario es casi nulo, y en la mayor parte de las haciendas estos trabajos en un todo o en parte se hacen gratuitos. Los que no son llamados por lo que se llama la obligación de la hacienda, que se mueven por las amenazas de ser arrojados, quedan tranquilos en la casa, y en una familia en que hay seis, no teniendo más que uno aquella obligación, los otros no van a ganar 18 centavos por día y prefieren el ocio, desde que tienen que comer. Pero si hubiera un salario proporcionado al trabajo, si este inquilino tuviera alguna seguridad en su domicilio, si él pudiera hacer una casa cómoda y confortable, poner un huerto, arreglar algunas oficinas sin excitar la codicia del propietario, otra sería su ambición y también su moralidad. Pero todos tienen la seguridad de que sus obligaciones o su arriendo tendrán un recargo proporcionado a las mejoras que hagan, o que se le quitará la posesión que han organizado. Este hecho es constante y el que hace inactivos los trabajos del campo, donde sobrarían brazos para terminar pronto estas faenas, aunque no hubiera más máquina que la fuerza del brazo del pobre.

Para llegar América española a la altura a que la llaman sus destinos, para hacerse valer y respetar, para valorizar sus ricas producciones, precisa es una confederación de todas las repúblicas, confederación a que las impulsan sus mutuas necesidades, y a que se presta su identidad de origen, sus mismas costumbres, un mismo idioma y una misma religión. Hace 17 años que escribí un opúsculo sobre tan interesante asunto, y después de Bolívar y cuando de todos era olvidada esta idea, yo procuré presentarla sobre las bases que pudiera ser aceptable, y salvar a América de los infortunios que la aguardaban. Mi pensamiento no era formar una confederación que apagase la nacionalidad de cada República, como ha sucedido en la de Estados Unidos de Norteamérica; esto no era posible en América española después de medio siglo de independencia de unas y otras, y cuando su extensión casi abraza todo el continente. Erigir una autoridad que conserve la unidad en sus relaciones exteriores, y que pueda afianzar los intereses mutuos de cada República para evitar las cuestiones entre ellas y apagar la anarquía que se ha apoderado de

nuestros pueblos es cosa sencilla, y hoy más que nunca, que somos el objeto de la codicia y mala fe de los gobiernos poderosos. Ha llegado a ser una condición envidiable la de ser extranjero entre nosotros; no están sujetos a ningún servicio ni a ninguna contribución, sus cónsules y ministros reclaman contra todo lo que no les acomoda, y sus buques de guerra en nuestros puertos y sus amenazas de bloqueo son su derecho y su ley. La primera reforma que los Estados de América española deben iniciar para liberarse de estos diarios tropiezos es igualar al menos los derechos de los hijos del propio suelo con los de los extranjeros. En esto debe haber una prodigalidad y una generosidad que compense las desventajas en que nos hemos venido a colocar, y allanar los estorbos y condiciones hoy impuestos al extranjero para alcanzar un honor que todos desprecian. El extranjero que permanezca un año entre nosotros continuamente debe ser de hecho ciudadano, sujeto en todo a nuestras leyes y a todos los cargos del Estado; el que prefiera su propia nacionalidad puede irse al fin de este tiempo.

Todos éstos son medios indirectos de proteger la industria y quitar a la emigración que recibimos ese carácter de extranjera que siempre mantiene, lo que nos expone diariamente a cuestiones que es preciso concluir. Así mismo, siendo los extranjeros ciudadanos después de cierta residencia, esta población hoy incierta y vaga en todo nuestro continente quedaría fija y estable, y compondrían una familia naturalizando su trabajo y los capitales que adquieran.

Volviendo a nuestra situación interior, siempre hallaremos que el abandono, la inercia y el ocio de nuestras poblaciones vienen de un trabajo improductivo o mal retribuido. Un peón trabajando a jornal por 18 centavos mueve un brazo o un pie de un modo tan pausado y tan sin energía que causa el enojo de cuantos lo presencian; pero asígnese a este peón una tarea y su acción y actividad se cuadruplican, porque gana tiempo o más salario. Los gobiernos deben ocuparse de los medios de asegurar al trabajo un salario proporcionado a sus esfuerzos, quitar en los campos todos los servicios gratuitos, sustituir el arriendo desde luego, a todas las combinaciones en que el propietario siempre es amo y el inquilino siempre siervo, por más instituciones que proclamen la libertad e igualdad social. Abramos los arcanos del crédito público, hagamos familiares sus simples formas y sus sencillos y elásticos resortes, todo nos vendrá sin esfuerzo, y nuestros desidiosos trabajadores, mejorando su condición serán como los ingleses de otro tiempo, como los americanos del norte lo son ahora. Los fabricantes vendrán con las máquinas, el mundo marcha a nivelarse, lo mismo las naciones, ya los monopolios industriales no pueden ser la herencia de un solo pueblo, ni el privilegio de una raza de hombres. La navegación, el comercio, el vapor, el telégrafo llevan por todos los impresos los modelos, y los descubrimientos de una nación, éstos no son exclusivos, son para todo el mundo. Entre nosotros se aclimatará todo, la industria aún está virgen, y el brazo del hombre sólo encadenado para animarla y engrandecerla. Fuera y muy lejos todas las añejas instituciones y privilegios que contienen este enlace natural de nuestras fuerzas y de un suelo tan rico como el que pisamos.

En la estrechez a que nuestra legislación y nuestras costumbres nos han reducido, y que la opresión y la ignorancia se afanan en querer sostener, nada aún ha po-

dido buscarse si no es aumentar algún tanto nuestros trabajos agrícolas, impulsados por causas accidentales, como el descubrimiento del oro en California y Australia; pero siempre sin la aplicación de los nuevos métodos que en Europa han traído un aumento de producción, sin la aplicación de una sola máquina de tantas como hoy quintuplican las fuerzas del hombre. Así es como las producciones extranjeras, aun las agrícolas, pasando de un módico precio en el interior, vienen a hacernos competencia, y en esta parte, justo es decirlo, debe haber la libertad más absoluta. El monopolio de los alimentos está ya establecido en gran escala, unos cien propietarios imponen el precio a todas las producciones de la tierra, y entre nosotros no exceden de estos números las grandes haciendas limitándose la pequeña propiedad a seguirles los pasos, porque en este excesivo valor de nuestros productos agrícolas hallan su interés. Año por año han quedado considerables sobrantes y las harinas desde 3 pesos 50 centavos el saco de dos quintales, que valía en 848, las han sostenido en diez, doce y 16 pesos, sin que se pueda dar una sola razón, y los ganados desde 14 pesos en la misma época los han elevado a 34. Pero la crisis niveladora ha de llegar, y los propietarios clamarán por privilegios proteccionistas, que no necesitamos en esta industria sino en todas las demás fábricas, que aún desconocemos.

Si el mundo marcha a una nivelación, que por todo iguale las fuerzas del hombre, la competencia que la economía política ha protegido con tanto tesón es el escollo con que tropieza este resultado definitivo de la perfección social. De nación a nación habrá un cambio de productos peculiares, que su suelo o su industria no pueda elaborar; pero se concentrarán, no hay que dudarlo, en todas aquellas que pueden producirse y perfeccionarse en el interior, por medio del trabajo y de la industria. Los pueblos, bastándose a sí mismos, no pagarán entonces este enjambre de comisionistas, corredores, y otros agentes del capital, que tanto recargan los valores antes de llegar a las manos del consumidor. Cuando seamos productores a la vez seremos comerciantes y navegantes, y no como ahora subalternos agentes de las factorías extranjeras que se han establecido entre nosotros.

No hace mucho que Suecia y Alemania importaban en Inglaterra enormes cantidades de fierro que su industria elaboraba; Inglaterra ahora puede vender en la misma Suecia el fierro de sus propias minas mucho más barato. Pronto veremos decaer la gigantesca producción de tejidos de algodón que Inglaterra fabrica, y que los americanos del norte, donde el algodón se produce y abunda, lo llevarán tejido y trabajado a la misma Inglaterra. Estas revoluciones industriales por todo aparecen, y en todas partes, donde el trabajo halla la protección que le es debida, veremos sustituida al ocio la industria, y a los vicios, los estímulos más nobles y decentes de obtener un mejor pasar, y alcanzar en la vida una posición más digna que la que hoy tan tristemente cabe a la mayoría de nuestra especie.

Éstos son los resultados del libre comercio, que trae en pos de sí la competencia; éstos los defectos de multitud de hechos locales y peculiares erigidos en principios, ciertos en algunos puntos, falsos en otros, principios elevados a la altura de sistema e intercalados con gran dogmatismo en la ciencia. El campo que aún le queda por recorrer a la economía política es demasiado vasto, los errores de que es preciso purgarla no son pocos, como aparece de cuanto hasta aquí llevo dicho.

CAPÍTULO XIX

RELACIÓN ÍNTIMA ENTRE LA JUSTA APRECIACIÓN DEL TRABAJO Y LA DEMOCRACIA

*D*ejadnos obrar, decían los comerciantes franceses al ministro Colbert que los consultaba sobre la protección que podía darles. Esta libertad otorgada al capital y a la industria, y aceptada después como un principio económico, consumó una revolución social, elevando una nueva clase que debía sustituir a la decadente feudalidad, y sostener por más tiempo el carcomido edificio que las luces habían casi derribado.

Este principio económico consagrado por los brillantes resultados, que el mundo ha visto en el desarrollo de las fuerzas industriales, y en el aumento de la riqueza y capitales, es uno de estos errores que más poderosamente han influido sobre la revolución en que hoy se halla la humanidad entera. La organización del trabajo por los antiguos gremios hizo surgir la libertad, levantándose pueblos opulentos, que o tenían un sistema municipal muy extenso o se erigían en repúblicas, como las que florecieron en Italia, donde, a la par que la industria, se desarrollaron los gérmenes de la libertad e igualdad social, que era una consecuencia de la justa retribución del trabajo. Consúltese la historia y se verá que cada paso dado en la organización de los gremios o corporaciones, que organizaban el trabajo, eran otros tantos golpes que recibía el feudalismo, que haciendo al pueblo siervo se había declarado el dueño de su trabajo. Los privilegios de estas corporaciones eran no sólo una carta de emancipación sino un título que les proporcionaba, en los reyes que los otorgaban, un defensor, que los garantizaba de las violencias de los señores feudales, que no reconocían más derecho que los de su espada. Las corporaciones servían al principio monárquico en el doble sentido de debilitar el poder del feudalismo, anulando la servidumbre, y de una fuerza organizada, que rodeando al trono que las protegía, establecía esa mancomunidad, que haciendo triunfar la unidad gubernativa elevaba del mismo modo al pueblo, que no podía menos que engrandecerse, desde que su brazo era el agente con que los reyes se hicieron absolutos y poderosos. Anulado el feudalismo hasta cierto punto, el poder monárquico no llevó sus triunfos más adelante: temiendo al pueblo y colocándose

en medio de una nobleza, que dueña de la propiedad y de los honores obtenía más brillo que poder, procuró establecer un equilibrio, que ha podido por mucho tiempo formar un sistema político, pero no por eso a los ojos de los que sondean el futuro de nuestra sociedad deja de ser una mera forma, un verdadero interinato, con que dos fuerzas hoy tan activas como organizadas, procuran contener el principio democrático.

Hace más de un siglo que la democracia habría alcanzado un triunfo definitivo contra el feudalismo y la monarquía unidos; la revolución de Inglaterra que derribó la monarquía y la alta Cámara, y la guerra civil de la Fronde en Francia, eran ensayos bien enérgicos y elocuentes del poder que el pueblo había alcanzado. Las reacciones siguieron de cerca, pero el ejemplo estaba dado, y el empuje democrático había sido demasiado violento para que su fuerza pudiera anularse. La economía política vino al socorro de los poderes amenazados de una próxima ruina, el *dejadnos obrar* que los negociantes habían pedido por protección, erigido en principio económico, salvó a la tiranía de los inminentes peligros que la rodeaban.

Comenzó desde luego la competencia del trabajo, tan pronto como éste perdió la importancia que su imperfecta organización de otra vez le daba. Naturalmente el capital antes sin privilegios, y podré decir sin garantía, vistos los despojos de que frecuentemente era víctima, entró a ocupar un puesto tanto más importante cuanto era deprimida la importancia del trabajo, por la libertad absoluta que la ciencia económica proclamaba como el principio más esencial de los progresos que la humanidad debía recoger.

Quizá en el estado de desorden a que estas corporaciones habían llegado era necesaria una revolución que anulase todos sus abusos. En un principio ellos fueron una fuerza para el poder monárquico, después un manantial de contribuciones con que compraban sus privilegios de monopolizar la sociedad entera; más tarde fue la corrupción, en que el favor y el oro limitaron la industria para encarecer sus productos, persiguieron el trabajo que les hacía competencia, y la sociedad entera sufría el enorme peso de un monopolio que no refluía tanto en beneficio de los trabajadores como en provecho de los directores y maestros que habían alcanzado una alta importancia social, por su poder y su fortuna. Léanse las memorias del cardenal de Retz y se verá que sus relaciones con los jefes de las corporaciones de París habían dado a este tribuno un poder superior a la monarquía, que sin la flojedad del Parlamento la había derribado o puesto bajo su absoluta dirección. Los reyes, percatados de sus peligros, tenían que conspirar contra el poder popular, que los había elevado sobre el feudalismo, y la ruina de las corporaciones fue el golpe más decisivo, y a la vez el más popular por el desorden a que habían llegado.

Las mejores instituciones en manos del hombre degeneran, y en la corriente de las revoluciones los abusos se confunden con aquéllas; todo sucumbe a la vez, si no se sube al origen del bien que hubieran producido, si se les hubiese comunicado una mejor dirección. En aquellos tiempos quizá no era posible como hoy conocer las modernas investigaciones sobre la organización del trabajo: la economía política apenas hacía sus débiles ensayos, y no podía ver más que los abusos de la antigua organización, bajo los gremios y corporaciones, y atacarles de frente,

porque su ruina era una necesidad de la época. La economía, no pudiendo ver de otro modo, no imaginó que la reforma de aquella organización habría podido salvar a la humanidad de la desastrosa revolución a que hoy se encamina. La cuestión no podía analizarse como al presente, y quién sabe si para los designios de la providencia era preciso que nuestra especie llegase a la última escala de su desnivelación social para que su regeneración fuera completa. La riqueza pública y privada y la perfección de la industria son, fuera de toda duda, las que necesitaban de la libertad absoluta concedida al capital, para llegar a la elevada condición en que hoy se hallan; pero esta necesidad envolvía la explotación del trabajo, su nulidad, la miseria de la gran mayoría de nuestra especie, una desnivelación completa de la igualdad social, y el poder y elevación de la usura hasta colocarse más alto que la antigua feudalidad.

Estos nuevos señores que iban a dominar la sociedad, nacidos del pueblo, desdeñaban su origen, y se hacían más impiadosos disputando al pobre su salario, y al hombre industrioso los provechos que su ingenio y sus talentos debían proporcionarles. Abundando el brazo del hombre y considerado éste como mercadería, la competencia sobre el trabajo llegó a un punto en que el pobre está condenado a un aislamiento, en que todos alicientes y encantos de la familia para él han desaparecido, y si él altera esta ley de nuestra moderna sociedad, el hambre y la desesperación lo aguardan. Muchas veces el salario es insuficiente para un hombre solo, muchas veces no hay salario, porque no se encuentra ocupación, desde que el capital, calculando muy alto sus intereses, nada deja al especulador y al industrial.

Si no es el encadenamiento lógico hacia la perfectibilidad que podemos alcanzar en nuestro ser y naturaleza, es preciso ver la mano de Dios en este desarrollo de nuestras facultades y recursos, derivándose hasta de nuestros mismos errores los bienes que de otro modo no habríamos alcanzado. Como los gremios y corporaciones industriales habían servido para impulsar el principio democrático, anulando el feudalismo que había apagado las luces, y después minado la tiranía monárquica que todo lo había concentrado, del mismo modo, para establecer la industria sobre una escala gigantesca, para aglomerar los capitales, y dar nacimiento al crédito público, patentizando al mundo los prodigios que éste podía realizar, preciso era esa libertad, o más bien esa anarquía, a que se abandonó el trabajo humano, fuente de toda riqueza. En medio de la competencia que destruía no sólo la importancia verdadera del trabajo sino, también, la dignidad humana, sólo el capital y la propiedad se organizaron, y la legislación sólo se ocupó de protegerlos, pasando aquél casi inadvertido, puesto que se hallaba tan vilmente degradado. La ciencia económica aun vino a rodearlos de principios que debían dejar atrás la legislación misma. Preciso era que la industria y el capital subieran a la altura en que hoy los vemos, que el crédito apareciera en su infancia adjudicado al uno y al otro, y abriendo después el camino del trabajo, facilitase a todos el capital necesario, emancipándolos de la usura que todo lo había absorbido. El crédito público nacido entre los misterios y combinaciones de los que explotaban el trabajo, para aumentar sus capitales y usuras, debía al fin traer la gran revolución de concluir

esta plaga funesta, creando él solo una renta superior a todas las necesidades públicas, como ya lo he demostrado.

De la libertad absoluta del capital ha nacido la asociación, esta palanca que, creciendo las fuerzas individuales, ha consumado obras tan portentosas que un siglo antes no podríamos calcular, ni como ensueños de nuestra fantasía. La asociación derivada de los esfuerzos del capital para obrar materialmente ha revolucionado también al mundo en un sentido moral; por su medio todos los grandes intereses sociales se concentran, adquieren fuerzas y poder, y marchan a la realización de su regeneración; y el triunfo más o menos cercano de ningún modo puede ser incierto. Sería de no acabar el enumerar sólo los benéficos resultados que en la maquinaria, las artes, y la industria ha producido el capital y la asociación, pero entre tantos bienes, ¡qué de inmensos males no ha traído a nuestra especie la sola competencia del trabajo! ¡Qué miseria, qué hambre, qué desnudez, qué enfermedades, qué llanto, qué aflicciones, qué desigualdad social, qué humillación de un lado y qué orgullo, qué insolencia, qué lujo, qué goces, qué banquetes, qué tiranía, qué opulencia del otro! Se ha abierto una honda fosa donde es muy posible se sepulten las fuerzas contendientes de tan opuestos intereses, y a cuyo borde la humanidad llore tantos bienes perdidos con la civilización, en medio de la barbarie que las revoluciones sociales deben traer, si con el tiempo las instituciones no reforman la condición violenta en que nuestras sociedades se hallan colocadas.

La ruina de los gremios y corporaciones en el estado a que habían llegado era una necesidad, desde que se habían constituido en un verdadero monopolio, que afectaba a la gran mayoría de los ciudadanos, que tenían que pagar un excesivo valor, que estos gremios dividían con los monarcas, limitando el trabajo para sostener el precio. Pero los pueblos y las naciones arrastrados por una irresistible revolución, que el capital y la propiedad territorial debían obrar, abandonados a sus solos instintos, y protegidos por las leyes y la ciencia económica, debían volver a organizar el trabajo, una vez conocido el crédito público, que inutilizará el oro y la plata como moneda, perfeccionándose además la maquinaria y la industria por los esfuerzos individuales. Las corporaciones o gremios, para evitar la competencia a que el trabajo ha sido sometido, tienen que volver si no a lo que han sido, a lo que la experiencia y la ciencia señalan. Por cierto que su antigua organización no es posible desde que el monopolio era su base, y los gobiernos entraban a partir sus provechos por los privilegios que les otorgaban. Estos despojos o contribuciones eran insostenibles, desde que ellos los arrancaban al pueblo, fijando el precio de sus productos.

La estadística, nueva institución que todos los pueblos cultos han establecido y procuran perfeccionar, dará año por año la suma de los productos nacionales y también de los consumos. Por medio de sus investigaciones cada nación sabrá cuánto necesita de cada una de las producciones y manufacturas conocidas, y cuando la democracia haya sido realizada, cada municipalidad alcanzará un conocimiento aún más perfecto de estas necesidades, en que la civilización nos ha colocado, y repartirá el trabajo de tal manera que, desterrado el ocio y produciendo todos, la abundancia reine en todas partes. No se necesita una legislación que

atacando la libertad individual obligue a nadie a tal o cual trabajo; éste tiene un premio bastante grande en sus mismos productos y un estímulo demasiado poderoso en la independencia personal que proporciona, supremo bien sin el que no es posible concebir verdadera felicidad. Las instituciones indirectamente pueden proteger el trabajo con distinciones sociales, que en las más estrictas democracias no pueden dejar de haber y ninguno que no trabaje podrá obtener empleos, ni dirigir la política de naciones, donde él debe ser la primera virtud.

Conocido el monto de nuestros productos y consumos, y también la especificación de los diferentes artículos que los constituyen, nada es más sencillo que fijar la cantidad de trabajo que cada uno de ellos requiere, y cuántos hombres podrían llenar tal o cual industria. En una nación como Chile, por ejemplo, se necesitan por año seis millones de pares de zapatos, unos más sencillos y fáciles, como los de mujeres, y otros más fuertes y costosos, como los de hombres; un solo hombre podría hacer doscientos pares por año, y 30 mil zapateros los seis millones. La estadística está señalando este número, la ley debe autorizar un gremio que llene esta demanda distribuyéndola en los diferentes pueblos, con lo que cada zapatero recibiría el mayor bien evitando una competencia ruinosa. En cada provincia habrá una comisión municipal que cada seis meses señale el precio de los zapatos, visto el costo de los materiales, y avaluado el salario del obrero. En esta evaluación intervendrá una agencia del gremio que velará por sus intereses, y lo representará ante la autoridad, y mientras la centralización gubernativa exista, una sola comisión en la capital será bastante, hasta que desarrollado el sistema municipal los intereses locales adquieran la vitalidad y fuerza que la democracia debe darles.

Nada es más sencillo que tal reforma, que la condición a que ha llegado la humanidad hace inevitable, vista la depreciación del trabajo por la competencia de que ha sido víctima. El gremio aseguraría un salario correspondiente; no podría haber monopolio ni perjudicarse al consumidor, desde que la autoridad velaba sobre los precios. No habrían maestros ni aprendizajes, títulos ni jerarquía alguna, las manufacturas serían más perfectas y más durables, pues la competencia indefinida, siempre trabajando en la baja del producto, ha formado una escala de horribles dimensiones, en que la apariencia se busca más que la realidad, la perspectiva más que la duración, entrando en la confección los materiales más malos, y ocultándose bajo apariencias el trabajo más imperfecto y nulo, que aumenta los consumos de un modo inconcebible. Estos gremios, libres de toda contribución, no se encontrarían jamás en la condición de los que existieron en otro tiempo, que subían o bajaban sus productos según las contribuciones que les imponían los gobiernos absolutos que entonces había. En aquellas épocas estas corporaciones eran como hoy las aduanas, un medio indirecto de hacer pagar las contribuciones al consumidor subiendo o bajando el producto, según los derechos que se les imponían, y como hoy tienen éstos privilegios fiscales para hacerse pagar y perseguir el contrabando, así los gremios se constituían en monopolios armados que necesariamente debían levantar contra ellos las antipatías populares. Los tribunales no se ocupaban más que de estas querellas, y de esclarecer no sólo los privilegios que habían obtenido sino también de las preeminencias que

cada profesión reclamaba, habiendo entre ellos unas más nobles, otras más viles, medios que la tiranía inventaba para sostener la división y los celos, de los que recogía nuevos provechos y más seguridad.

La igualdad más absoluta debe ser la condición de todos los gremios; no debe haber distinción alguna de fabricantes, artistas, artesanos, distinciones aristocráticas, que la acción desniveladora de la riqueza no ha podido menos que establecer. El comercio mismo, que todos los gobiernos han procurado ennoblecer, para exportar los productos interiores y proteger el trabajo, debe formar un gremio. Cuando las tendencias que hoy impulsan a todos los pueblos sean realizadas, atrayendo las fábricas y maquinaria de las naciones industriales, el comercio exterior quedará reducido a sólo aquellos artículos peculiares de otros climas, que no se pueden producir en el interior. Fácil es calcular la disminución de esta profesión, que hoy es tan poderosa, particularmente en pueblos donde ella absorbe no sólo las internaciones, sino que por sus capitales se apropia las exportaciones, como sucede entre nosotros y en el resto de América española. Siendo fijo el precio de los productos interiores, el comercio tan luego como el sistema municipal sea perfecto será casi nulo, el mercader será el mismo productor estando arreglado el producto con la demanda. Este sistema municipal, como yo lo entiendo, es en este sentido la concentración del interés local, la protección a los individuos que la componen, fomento al trabajo, manantial de riqueza y prosperidad, adquisición y planteamiento de todas las industrias, máquinas y profesiones, que den ocupación, provecho y bienestar, y cuando llegue el mundo a esta situación, cada nación y cada pueblo se bastará a sí mismo. En efecto, hoy cada nación tiene este inmediato interés y trabaja por alcanzar su realización. No hay industrias ni máquinas ocultas, todo se descubre al momento; la publicidad es en esta parte el efecto del interés; una nación no basta a la demanda, es preciso que el mundo entero pague su contingente al inventor. Muchas veces el privilegio o patente que éste obtiene es un gravamen para la nación en cuyo seno se hace, apoderándose el extranjero de sus modelos, para fabricar los mismos artículos y venderlos a más bajo precio. Como cada nación aspira estas ventajas, más tarde cada provincia, cada pueblo, trabajarán en el mismo sentido, y el interés municipal vendrá a prevalecer.

Hoy que el principio aristocrático domina y que la propiedad y el capital se hallan aún a tanta altura, parecen quimeras estos pronósticos, que una lógica severa presentará a la filosofía y a la ciencia económica como hechos indudables, cuando más sondeados sus verdaderos principios se estudie en su base la revolución en que la humanidad se halla empeñada. Sismondi, que tanto ha trabajado en sus escritos por hacer respetable el principio aristocrático y conciliarlo con la revolución que veía venir, decía:

“El cultivador a quien rehúsan los propietarios trabajo ofrece en vano el servicio de sus brazos y de su actividad: ningún trabajo le es posible, siendo necesario que muera de miseria. Los obreros que se juntan en los grandes talleres de las ciudades se encuentran en una dependencia más inmediata de los fabricantes de manufacturas. No arriesgan como los cultivadores el ser solamente despedidos por falta de respeto

o mala conducta: arriesgan el ser víctimas de un día a otro, no sólo de los reveses de la vida, sino de los fracasos del arte, al cual han consagrado su existencia. Si la manufactura está en decadencia, si la moda no demanda ya sus productos, son despedidos, porque el fabricante no vende ya; si al contrario la aplicación de las ciencias a su arte ha enseñado que podrían hacerse las tareas con menos manos, son también despedidos, porque el dueño reserva para sí solo todo el producto de aquellas ventajas. Jamás se ha concedido poder más absoluto, ni jamás ha sido ejercido con mayor dureza. El fabricante de una industria decide en su escritorio de la vida o de la muerte de millares de hombres, mujeres y niños, sin cólera ni compasión, sin conocer a sus víctimas, sin verlas, y sin saber siquiera su número. En los tiempos de la más gran opresión feudal se han visto por parte de los señores actos de ferocidad que hacen estremecer a la humanidad; pero al menos algún motivo habría excitado su cólera o su crueldad, o alguna esperanza quedaba al oprimido de aplacar la ira de su opresor. La esposa, los hijos, el sacerdote podrían implorar gracia y la obtendrían algunas veces. Mas en la fría y abstracta opresión de las riquezas no hay injuria, ni cólera, ni ministro conocido, ni relación alguna de hombre a hombre. El tirano y la víctima no se conocen frecuentemente ni aún de nombre. El opresor lejos de ser un hombre de corazón duro, es tal vez generoso y sensible; no tenía en cuenta el daño que causa y cede él mismo a una especie de fatalidad, que parece dominar al mundo industrial, que a despecho de las promesas de libertad e igualdad, agobia con una espantosa opresión a millares de criaturas humanas”.

Éste es el lenguaje de un hombre de bien, que trabajó en sus escritos por dar un lugar prominente al principio aristocrático, atemperando la exaltación democrática, que por todo veía aparecer; pero estos pocos renglones demuestran el cáncer de nuestras sociedades, y la revolución que se elabora en todas ellas, descubren hasta dónde ha sido llevada la libertad de la prosperidad y del capital, sus constantes e invasores abusos, donde como dice Sismondi, no habrá odio ni pasión, pero donde las cifras y los números son más fuertes y poderosos que la justicia, la sensibilidad y la generosidad misma.

Un historiador tan profundo, que debía haber adquirido en sus investigaciones una idea lógica, sobre todos los acontecimientos que preparan las revoluciones de los imperios y repúblicas; un escritor que escudriñando nuestro corazón ya en su historia de las repúblicas de Italia, ya en la de la monarquía de los franceses, ha podido conocer los móviles y resortes inmediatos de los sucesos que describe, no ha alcanzado al origen filosófico de lo mismo que tan exactamente ha descrito. Sismondi establece para explicar el horror de lo que ve *una especie de fatalidad que domina al mundo*. Esta fatalidad no es más que el abandono de la propiedad y del capital a sus propios instintos; ellos deberían necesariamente absorber la humanidad entera, esclavizarla, dominarla, degradarla y ponerla en la triste condición que él la pinta. El remedio de tamaños males ya lo he indicado, y sin dar al trabajo su verdadera importancia, sin estas corporaciones, único medio de evitar la competencia a que el brazo del hombre ha sido sometido, la humanidad no saldrá de esta revolución permanente que la agita.

Algunos economistas han inventado una ley oculta del orden social, ley niveladora que arregla todos los productos a la demanda: esta ley puede explicarse como

la fatalidad de Sismondi. La nivelación viene después de la ruina, del desorden y de todas las aflictivas circunstancias que acompañan las crisis para las industrias, y del hambre y miseria para el trabajador, que no halla mercado para su producto si no es a un precio casi nulo, que el capital le fija con la certidumbre que el pobre tiene que someterse arrastrado por su violenta situación.

Una nación que limita su producto a su consumo no podrá hacerse mercantil, se me dirá; pero desde que la estadística da la cifra anual de todas las exportaciones, ¿por qué no podría aumentarse el número de los trabajadores de una corporación, hasta llenar la cantidad que podemos exportar? La balanza de comercio condenada como una quimera y un error trascendental por los economistas, era un instinto de la importancia otorgada al trabajo por los gobiernos, que tanto la apoyaban, era la creación de los valores que el trabajo imprime a los productos brutos, que siendo excesivos para una nación, procuraban éstos hacerlos pagar al extranjero exportándolos. Así dando ensanche a la industria, la exportación obtenía premios, y las aduanas y leyes restrictivas por otra parte alejaban los productos extranjeros, cuyo principal valor consistía en el trabajo con que el brazo del hombre los había enriquecido. A pesar de tantos esfuerzos de la economía política, todas las naciones han continuado su antiguo sistema, y a él deben su importancia y riqueza. Si se ven algunas reformas, son éstas sobre objetos de primera necesidad, sobre los alimentos que la propiedad monopoliza; en el interior la cuestión de los cereales en Inglaterra arrastró al mismo *sir* Robert Peel, jefe de la aristocracia, porque la revolución radical estaba encima. Si hay otras concesiones es en el interés de los derechos y contribuciones que los gobiernos recogen de las aduanas; pero jamás hay un interés nacional en pagar el trabajo ajeno, desde que se puede hacer en el interior. La balanza de comercio volverá de nuevo y los pueblos cambiarán productos brutos por otros iguales y manufacturas que llevan el valor del trabajo humano, por otras manufacturas apreciadas del mismo modo, balanceándose siempre para no pagar el trabajo exterior con perjuicio de la industria interior.

La gran libertad otorgada a la propiedad y al capitalista, sin limitarla a ninguna clase privilegiada, parece a primera vista anular el monopolio, obrando cada uno individualmente. Pero la tierra tiene un límite natural y la aglomeración del capital es el patrimonio de muy pocos, que fácilmente el interés conduce a una asociación tácita o expresa, que destruye toda competencia y deja expedito el camino al monopolio. Para hacer más efectiva su acción, el capital y la propiedad, o se han hecho poderes políticos, o se han agregado a los gobiernos despóticos para participar de su autoridad. Reunido el poder a la riqueza, los dos sentimientos más activos de toda desnivelación social, el monopolio queda constituido, aunque no haya pactos ni combinaciones que sólo servirían para alarmar la opinión y el interés de las mayorías. Tácitamente el capital y la propiedad se uniforman sobre el valor de sus productos, sobre los salarios, y sobre cuanto pueda hacer subir sus provechos, reduciendo el trabajo a una horrible competencia. La uniformidad de los valores agrícolas, que se observa en todos los países, donde las propiedades son muy extensas, y se hallan en pocas manos, y el precio siempre normal de todas las grandes fábricas por sus tejidos y productos, prueban el constante monopolio

que, precisamente llegando a cierta altura, debía producir la revolución social, que todos quisieran conjurar, pero que sin volver al punto de partida, cual es la justa remuneración al trabajo, no es posible detener.

En un tiempo en que todo es público, y en el que hasta los misteriosos escándalos de la familia son del resorte del periodismo, estas asociaciones tácitas o expresas del capital son un objeto de discusión, sobre las que recaen todos los anatemas del socialismo y comunismo con su odio exagerado. No obstante, la asociación es el primer móvil y el más poderoso resorte de todas las profesiones que, más ilustradas, no se ocupan del material trabajo, y que haciendo del pobre una verdadera máquina, lo deja aislado en medio de una sociedad que vive por él, y cuyos goces, opulencia y bienestar es la obra de la competencia de su brazo.

La asociación con que el hombre sabe hacer valer sus propios intereses y ventajas equivale para el pobre pueblo a tumulto; la ley y la fuerza de los gobiernos la rechazan. Sin duda la asociación del gran número, sin principios ni educación, sin la idea fija de sus derechos, y estimulada por sus necesidades, no puede producir sino un desorden social, tanto más temible cuanto el pueblo es la verdadera fuerza encadenada. Inglaterra acepta el derecho de asociación popular, pero la muchedumbre está disciplinada; los que la reúnen son hombres diestros, que saben dirigirla al solo objeto que tienen en mira, siempre justo y racional. La fuerza pública está al lado de ellas, se entremete cuando el entusiasmo toma un carácter violento, y acaban muchas veces por el sable de la policía. Por el contrario, las clases y profesiones más elevadas, como los abogados, los médicos, los comerciantes, los banqueros, los agricultores, etc., se asocian con determinados fines, siempre los de sus propios intereses, que aisladamente serían anulados por la competencia. Los abogados y los médicos, por ejemplo, tienen una organización, que bien podría compararse al monopolio de las antiguas corporaciones; ellos exigen un aprendizaje, que más se cuenta por los años que por los progresos e inteligencia de los que aspiran a incorporarse; los jueces que tienen unos y otros son inflexibles en esta parte, del mismo modo que sus reglamentos; y en los exámenes pueden desechar todos aquellos que aumentando su número hacen competencia a su trabajo, o disminuyesen sus provechos.

Si extendemos nuestra vista por todas las profesiones que no necesitan del trabajo material de nuestro brazo, hallaremos la asociación sosteniendo el equilibrio, que conserve su importancia, y los haga valer como cuerpos organizados, en los que el interés y la voluntad de muchos los impone en la sociedad y los hace respetables. El clero, a pesar de su misión espiritual, es una corporación cuyos privilegios, dando a su asociación un carácter imponente, aseguran su importancia material y política. Los militares, los empleados, las academias, las universidades, todos por su asociación se hacen respetar, y deben a su organización la posición que ocupan; no es posible pues que sólo el pobre pueblo quede luchando aisladamente contra la fuerza de todas estas asociaciones, que rodeadas de privilegios y protegidas por las leyes, lo explotan y esquilman, elevándose sobre su miseria y sus ruinas. Las pretensiones a la asociación han despertado las alarmas de todos los que, elevados sobre el pueblo, temen no sólo su número sino los cambios y revoluciones que

esta asociación debe traer. El comunismo y el socialismo son su grito de guerra; y la asociación popular y la fuerza aparecerán donde se oigan estos acentos, porque ellos son incentivos demasiado poderosos y levantan esperanzas de otro modo inconcebibles. Para el pueblo el comunismo es el instinto de la necesidad de organizarse; él cree sencilla su teoría, porque lo halaga y le ofrece cambiar su condición; no hay que darle lecciones para hacerle consentir que todo lo que Dios crió es común para todos los hombres, él lo acepta sin discusión, y va lleno de entusiasmo a sellar con su sangre la santidad de este dogma, que su miseria y opresión hacen más sublime y elocuente.

Las nuevas y viejas aristocracias, y los carcomidos tronos haciendo una liga compacta, y llamando en su apoyo todas las asociaciones, que elevadas sobre el pueblo reciben de él su importancia, no se creen seguros de la revolución que aquella sola palabra del pueblo ha inspirado. La idea de hacer retroceder el mundo a su antiguo estado, invocando los decrepitos errores y preocupaciones que la ilustración ha hecho desaparecer, ha sido el remedio imaginado para sostener su antigua importancia, y perpetuar la servidumbre del pueblo. La religión misma que ha preparado esta gran revolución de la igualdad humana, se ha calculado uno de los medios para reaccionar el espíritu que hoy anima a los pueblos cultos; pero depurada ésta de los errores que la mano del hombre y el fanatismo querían imponerle, es el código revolucionario de donde la gran mayoría de nuestra especie deduce sus derechos. El dogma de la tiranía que hacía bajar del cielo la autoridad, arrancada por los más espantosos crímenes, por los cadalsos, las conquistas, el veneno y la desolación, lejos de inspirar una sola idea de orden exalta nuestro espíritu, y sus recuerdos nos llenan de indignación. La autoridad así minada en sus bases, los gobiernos están ya moralmente impotentes, para dar un solo paso que no sea apoyado en la punta de las bayonetas. Ellos reclutan sus fuerzas por la corrupción, por el solo incentivo del oro que se arranca al mismo pueblo para encadenarlo. Tres millones de soldados son los que hoy en Europa contienen esta revolución, pero el remedio agrava el mal, desde que las necesidades de gobiernos sin opinión renacen y se aumentan con prodigiosa actividad. Las contribuciones son ya ineficaces; estos gobiernos tocan los desesperados recursos de los préstamos recargados de horribles usuras, que amontonando más combustibles revolucionarios, preparan la explosión que cualquier acontecimiento puede desarrollar el día menos pensado. Todos estos afanes de reyes y aristocracias, todos estos ejércitos; la corrupción premiada y radiante de gloria y autoridad, las preocupaciones y viejos errores elevados a principios, y el oro y la venalidad abriendo nuevos senderos a la desnivelación social, no podrán impedir que el pueblo se asocie y reclame sus derechos. Que esta asociación es funesta y peligrosa nadie lo puede negar; que ella, cambiando la sociabilidad presente, prepare una revolución aún más desastrosa y nos conduzca a la barbarie, es casi lógico. En esta alternativa, en este peligro inminente, la filosofía debe señalar el camino que ha de seguirse después de haber sondeado el origen y causas de esta revolución, la marcha progresiva que la acerca a su desenlace, y los remedios que tamaños males exigen. El salvar tantos progresos, tanta ilustración, y tanta grandeza, como la humanidad ha ido aglomerando, es el trabajo que nos queda, es el objeto de este escrito.

La libertad y la igualdad proclamadas en todas nuestras instituciones, y la soberanía popular aceptada como base de toda organización política, es preciso que no sean en adelante hipócritas concesiones y palabras sin sentido. Es preciso que una nueva legislación dé al trabajo una regularidad que lo libere de la competencia, y lo coloque en una posición en que ni el capital ni la propiedad territorial puedan anularlo y envilecerlo. Por cierto que el pueblo no volverá a sus antiguos gremios y corporaciones en la forma que tenían, porque limitaban los progresos de la industria humana; pero el capital y la tierra no impondrán tampoco el salario y el valor del arriendo, en el que la ley debe intervenir, y mucho menos exigirán servicios gratuitos, rezagos de una feudalidad que ya ha concluido. Esta es la ley de la naturaleza, sostenida por las inspiraciones y preceptos de nuestra religión, y por una razón ilustrada; ella encerrará todos los esfuerzos de la ciencia política y social que asegurará todos los triunfos democráticos, aceptados y reconocidos por la sociedad entera, y aún por los que hoy los rechazan y combaten. Esta ley es sin duda la obra de una providencia que perfecciona nuestro ser, nivelando entre todas sus criaturas los dones que les otorgó. La propiedad y la riqueza son también la dote del trabajo, del orden, de la economía y la virtud; el orden natural nada tiene pues de incompatible con el orden social; el monopolio y el abuso es lo que la ciencia y la ley deben exterminar.

La actual legislación reguladora y protectora de todas las clases que se elevan sobre el pueblo, a más de los privilegios que les otorga, y de la fuerza que toda asociación lleva consigo, reúne sus comunes esfuerzos una vez que la masa popular rompe las barreras que le han señalado. Esta es la tendencia natural de todas las minorías, para hacerse valer y anular las aisladas e indisciplinadas fuerzas de la mayoría. La ley y la organización suplen la fuerza que reside en el pueblo; pero a pesar de estas ventajas y de hallarse en estas minorías la ilustración, la inteligencia y las riquezas, se ha tirado tanto la cuerda que precisamente ha de reventar. Un dilema aparece como deducción de este estado social: o la reforma y la civilización, o la barbarie precursora de un nuevo feudalismo. El pueblo con las nuevas ideas y teorías ha perdido su antigua elasticidad de someterse a todo; ha agotado sus recursos y fuerzas productoras, ha tocado el último extremo, que es el pauperismo, peor que la servidumbre, igual al hambre, desnudez y desesperación: los extremos se tocan, la revolución está encima, es preciso que la autoridad la contenga. El interés es sordo, el espíritu de dominación inflexible, sólo el poder político puede salvar a los pueblos y naciones de un retroceso, que de otro modo es inevitable. Limitar la acción destructora de la usura por medio del crédito, y señalar una renta justa y natural al producto de la tierra ha sido el remedio que he indicado; pero la organización del trabajo por medio de gremios, que le aseguren un salario racional y lo liberen de la competencia, es el complemento y garantía de la gran obra a que son llamados los gobiernos ilustrados, que deben salvar al mundo de la revolución que lo agita.

Calcúlese como se quiera, trabájese en el sentido más reaccionario contra la libertad y la igualdad, la aristocracia espantada del comunismo, que mina las masas populares misteriosamente, siempre tendrá a su vista el espectro de esta revolución

que tanto la agita. Desde hace largo tiempo sus combates no son ya de frente, halaga con una mano al pueblo, le habla de libertad e igualdad, acepta la democracia, jura las instituciones que ésta proclama, y con la otra reacciona, lo fascina, lo engaña, le labra nuevas cadenas, y si del pueblo no sacara su importancia, sus riquezas, su poder y su opulencia lo estrangularía, para gozar tranquila de la posición que ha alcanzado. La revolución moralmente está consumada, los medios con que hoy se la contiene son insuficientes, son nulos, no es posible esperar su explosión para buscarle un remedio.

En la multitud indefinida de las artes y oficios que hoy constituyen el trabajo del hombre, en la subdivisión casi indeterminada de todos ellos, en las nuevas artes, que surgen por los descubrimientos y esfuerzos de las ciencias, el trabajo organizador de los gobiernos sería penoso a primera vista, pero del interés mismo de los artesanos y trabajadores saldría la organización, una vez aceptada y protegida por la autoridad. No sería posible en un solo día y con una sola ley reglamentar los diferentes gremios y corporaciones; unas tras otra sin precipitación alguna podrían organizarse, deduciendo de las estadísticas la producción que cada nación necesita, y el número de brazos que podría ocuparse de cada industria. La limitación de un número de trabajadores en un arte es un privilegio social de la ley para impedir la competencia; este límite traería el abuso, pero la misma ley, como ya lo dije, debe criar una comisión que limite su precio, y no se haga un monopolio. En la capital al principio pueden ensayarse estos gremios, luego seguirían las provincias y departamentos. En estos últimos, cuando el sistema municipal llegue, como en Estados Unidos, a la altura y poder que allí disfruta, la organización del trabajo tocará a su perfección.

Tenemos un ejemplo bien elocuente: en Valparaíso hay un gremio de cargadores, ganan un salario superior a todos los trabajadores de Chile, son más activos, más honrados y laboriosos, viven con mayor holganza y felicidad, sus precios son más módicos que los de cualquier otro jornalero y el comercio acepta gustoso sus servicios, por la regularidad de su trabajo. Han formado un fondo considerable, cuyos solos intereses pagan los gastos de sus enfermedades, médico, farmacia y sepultura, y sus viudas e hijos tienen un montepío, que los pone a cubierto de la miseria. Ensáyese esto mismo en aquellas industrias más sobresalientes y numerosas, y la sociedad recogerá el fruto de inestimables bienes, que asegurarán la paz del mundo, asignando al trabajo un premio justo y equitativo.

El libre comercio largo tiempo combatido, cierto bajo muchos aspectos, falso en otros muchos, necesita de un análisis que la economía política ha dado por terminado, erigiéndolo en principio incontestable. Sin duda lo es respecto de las internaciones alimenticias, que monopolizadas por la propiedad o recargadas de contribuciones por los gobiernos, afectan al trabajo y a la industria, que sufre las imprevistas alternativas a que los alimentos están sujetos en las naciones exclusivas, en que la aristocracia territorial domina. En este sentido la liga de Cobden y su triunfo ha traído a Inglaterra infinitos bienes, emancipándose aquel pueblo industrial del monopolio de la nobleza dueña del territorio. Esta revolución es fecunda en resultados, la liga es un hecho y también su triunfo, son dos lecciones

permanentes para aquella aristocracia, que ha tenido que ceder a la fuerza y a la justicia a la vez: no era posible resistir a estas dos palancas sin atraerse una revolución, que de un solo golpe terminase todos sus privilegios. Con sólo este hecho consumado Inglaterra ha abierto su puerta a todas las reformas que su posición reclama; la liga ha organizado al pueblo, le ha dado directores llenos de ciencia y energía, y su triunfo ha dejado señalada la huella con que seguirá adelante. En ningún pueblo ni nación faltarán, como lo haré ver más adelante, hombres de esta clase que, sin ser aristocracia ni pueblo, son arrastrados por sus propios intereses a capitanear las futuras revoluciones, que maduran en el misterio, en medio de las alarmas de los gobiernos y de las aristocracias.

CAPÍTULO XX*

LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD DE LOS ESTADOS HISPANOAMERICANOS DEPENDEN DEL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA QUE TRAERÁ LA CONFEDERACIÓN DE TODAS SUS FUERZAS, LA ARMONÍA Y EL PODER

Dos razas de la humanidad aparecen sobresalientes en el mundo, la una defendiéndose con la gloria de sus pasados recuerdos, la otra invadiendo cuanto excita su codicia: las naciones del Asia y del África tienen también que pasar por las alternativas de la política e influencia de estas dos razas, que dominan hoy la tierra.

En Europa la raza inglesa, después de haber alcanzado la mayor altura por el desarrollo del crédito público, ha quedado estacionaria, porque los demás pueblos, siguiendo sus pasos, se han hecho industriales; y sin los abusos del crédito de que aquella nación ha sido víctima, ensayan hoy esta institución, que los eleva y engrandece. En América esta raza se halla aún en su infancia, y sus fuerzas son ya prodigiosas; el crédito público ha tomado colosales dimensiones, y aún está lejos de su perfección. Esta fuerza es expansiva e invasora, y sin nada aventurar, por circunstancias que le son peculiares, procura lanzar bajo su organización, sobre todo el continente, la emigración que recibe de Europa, apropiándose con la sangre extraña los ricos países de América española.

Se ha levantado allí una secta política para rechazar la emigración de Europa, y el desarrollo natural de esta idea es invadir con ella los pueblos limítrofes, donde, si ganan ondeará su estandarte, satisfaciendo así su orgullo y su codicia; y si pierden, sólo se han sacrificado algunos miles y perecido los aventureros que invaden sus puertos. Ésta es la dirección que acepta el espíritu de aquella nación, que hace cuatro años presentaba yo como modelo, como se verá en el capítulo que le con-

* Este artículo fue escrito en la época de la invasión de Walker en Centroamérica y en los momentos que los estadounidenses intentaban apoderarse del istmo de Panamá por los sucesos allí ocurridos; como cuatro años después que los 19 capítulos anteriores.

sagro. Hoy mismo, a pesar de esta fiebre de invasiones que la agita, yo sostengo mi idea, y el mal más lo veo en la condición a que nos han arrastrado nuestros hábitos coloniales y los gobiernos militares, que han apagado el patriotismo con que alcanzamos nuestra independencia. Nuestra historia es triste, ella descubre el germen que hoy fructifica; a nuestras luchas anteriores han seguido los celos de los gobiernos entre sí, a esta desunión la debilidad, y siempre por una ley de la naturaleza, el débil al lado del fuerte tiene que sucumbir. El gobierno de Santa Ana en México, aristocrático y militar, luchando contra las luces y contra el espíritu de reforma, arruinó el principio democrático que él había impulsado, levantándose el primero contra el imperio de Iturbide. La invasión de Texas fue un ensayo que descubrió el cáncer que minaba la vida de aquella nación; un puñado de aventureros venció ejércitos, donde sólo la personalidad de Santa Ana dominaba, ejércitos sin patriotismo, sin virtudes, sin un solo principio ni idea que los dirigiese y animase. La nación miraba con indiferencia sus derrotas, quizás el ejemplo de prosperidad y grandeza de sus vecinos la hacía vislumbrar que uniéndose a ellos participarían de sus ventajas. Pero la parte móvil de aquella nación es insufrible, egoísta y exclusiva, ama el botín que no puede hacer en su propio país, y su espíritu de dominación, contenido en el interior por la gran mayoría del pueblo, en el exterior llega a la tiranía, tiene algo de brutal y bárbaro. Allí están California y los restos de la población mexicana, donde todos los pueblos de nuestra raza pueden estudiar la condición a que serán sometidos. Su amor al dinero y la preocupación de la superioridad de su raza son los resortes activos de estas invasiones, a que los convida la debilidad de gobiernos impopulares y tiránicos, que han trabajado sólo en aletargar nuestros nobles instintos, y preparar nuestros pueblos a las miserables escenas que se representan hoy en Centroamérica y últimamente en Sonora y Nueva Granada.

No es la parte sensata y verdaderamente republicana de Estados Unidos la que impulsa estas conquistas, sino esa nube de aspirantes y agentes de elecciones, que considerando largo el camino de la fortuna, por medio de la industria y del trabajo, ven con ávidos ojos los ricos países de América española, en que cada uno de ellos sueña con un imperio, arrebátándonos las ricas heredades que ya ven a sus pies por nuestra inercia y desunión. En efecto, ¿podrían calcular los americanos del norte los triunfos que los llevaron a la capital de México? El ex presidente Adams, opuesto a la guerra con México, dijo en pleno Senado, que esta nación acababa de terminar una larga guerra, que había descubierto su espíritu belicoso y atrevido, y que muy bien podría suceder que se cambiase la escena, aludiendo sin duda al levantamiento de la esclavitud en los estados del sur, que con cualquier derrota de los estadounidenses podría realizarse. Si se compara la guerra de independencia de Estados Unidos con la gloria de México, donde no sólo se combatió con España sino contra toda la aristocracia colonial, que era tan poderosa y rica, se podría decir como Lafayette: *las batallas de los Estados Unidos comparadas con las de Francia no han sido sino ataques de patrullas*. Pero las diferencias estaban en la organización social que los pueblos de América española recibieron después de la independencia. Conmovidos a nombre de la libertad, de la igualdad y de los principios refor-

madores de nuestro siglo, fueron heroicos y sublimes; rechazados después por la fuerza militar, por el fanatismo religioso, por la aristocracia, y todos los elementos coloniales que sobrevivieron a la revolución, el agotamiento, la postración y el cansancio han sobrevenido. Tras estos efectos morales, el abandono, la inercia, la nulidad, la cobardía, el vicio, la prostitución, es lo que convida a los americanos del norte a su cruzada regeneradora, para levantar de su postración a estos ricos países, haciéndonos sus esclavos en castigo de nuestros vicios y degradación, después de haberse apropiado nuestros despojos.

Pero si esto es lo ostensible de todo lo que vemos; si hay una multitud viciada y corrompida, la masa de nuestras poblaciones no necesita más que de una palanca, para elevarla a su antigua actividad y poderío; una idea, un principio pueden ser esta palanca, y ninguna tocaría con más energía su corazón que las pretensiones de los americanos del norte. Levantemos pues nuestras poblaciones, no a nombre del interés, que no toca nuestras almas, sino al de la gloria y el honor, pongamos ante sus ojos la política despreciativa de aquella nación, que sin tener nuestra inteligencia se cree más elevada por su materialismo, el que pronto alcanzaremos y podremos sobrepasar. Lo que hasta aquí ha hecho Estados Unidos es bastante para calcular lo que hará más adelante; como en la India, los ingleses absorbieron unos tras otros los Estados de aquella península, lo mismo procuran apropiarse los pueblos hispanoamericanos; no para establecer sus progresos e instituciones ni mejorar nuestra condición, sino para dominarnos, adueñarse de nuestras propiedades, y hacer efectiva la preponderancia de su raza. Sin duda esta palanca es bien poderosa; pero esclavos de los americanos o de nuestras instituciones, gobiernos y clases privilegiadas, todo es lo mismo para las masas populares, que se sientan encadenadas, a pesar de tanta gritería de libertad y reformas. El cuadro, trazado en este escrito, de nuestra actual condición social revelará a todo hombre de buen sentido, que tales poblaciones no pueden sino quedar inertes en estos grandes movimientos sociales; anuladas por el capital y el monopolio de la tierra, su vida está concentrada en el solo pensamiento de libertades del peso que las oprime, sin poder mirar más adelante ni distraerse un solo punto.

Partiendo de este hecho uniformemente observado en casi toda América española, nuestros gobiernos y aristocracias se encuentran combatidos a la vez por dos revoluciones sociales, de que no pueden escapar. El pueblo aspirando de un lado a su libertad, y del otro los americanos del norte, conspirando con armas, con dinero, y también con la propaganda de sus ideas, que insensiblemente hallarán eco en poblaciones como las nuestras, no pueden dejar de presentar escenas bien lamentables, que necesariamente hemos de ver y muy luego. La insolencia con que aquella nación nos insulta descubre sus íntimas convicciones sobre el estado de nuestra sociabilidad, en que unas clases conspiran contra otras, y se forman tan profundas antipatías, que todo arreglo parece imposible. Con estos auxiliares se encamina a la conquista América del Norte, contando con que sólo la combatirán las aristocracias, el clero y los militares, que temen perder su importancia. Esta convicción adquirida en la guerra de México la generalizan y aceptan respecto de los demás Estados del sur, adonde se dirigen con pasos de gigantes.

Si esta situación a que los acontecimientos y reaccionarias revoluciones nos han arrastrado, no conmueve y agita a América española en un sentido inverso del que hasta ahora le han trazado sus dominadores, la organización y la fuerza de América del Norte precisamente absorberán todos nuestros pueblos. Una confederación de nuestros gobiernos, que hoy se promueve como un remedio a esta invasión, es un proyecto quimérico, que aquella nación conoce complicará más nuestra situación. La primera idea de esta confederación sería asegurarse mutuamente los gobiernos, es decir, apagar toda chispa democrática, y encadenar más y más los pueblos. Si esto podía dar unidad a su acción política en el exterior, necesariamente debilitaba su acción interior; y los esfuerzos de todos ellos, más que para cortar la invasión del norte, se dirigirían a apagar la llama revolucionaria, que prendería a cada instante en el seno mismo de nuestras poblaciones. Nada difícil era que la democracia del norte hallara prosélitos considerables en medio de nuestras poblaciones oprimidas y cansadas; ella prometiendo la igualdad de condiciones y las reformas por que clamorean los hombres ilustrados, que ven los peligros que de todos lados nos rodean, allanarían el camino, y se efectuaría a la vez la conquista y la revolución social, que he bosquejado, en el seno mismo de nuestros pueblos. La conflagración caería toda entera sobre la propiedad y el capital, y las aristocracias desaparecerían junto con nuestra raza, que confundida con la de los invasores correría la suerte de las poblaciones de Canadá y Nueva Orleans, puramente francesas en su origen, perdiendo su nacionalidad, su religión, sus leyes, su idioma, sus costumbres, descendiendo siempre hasta ser los instrumentos de la grandeza de sus conquistadores. Texas y California, donde unos pocos años han sido suficientes para borrar hasta los indicios de que fueron pueblos españoles, son una lección bien elocuente de la suerte que nos aguarda. La invasión de Centroamérica, sus escandalosas pretensiones sobre Nueva Granada, sus planes sobre México, sus pasados proyectos sobre las islas de Lobos con Perú, y las de Galápagos con Ecuador, todo descubre un plan sistemático de invasión, y por cierto que en el estado de postración de nuestras poblaciones, que han llegado al colmo de la indiferencia política, las consecuencias no pueden ser sino desastrosas.

La confederación de gobiernos organizados como los de América española, si no acerca del conflicto, es al menos impotente; la confederación debe ser de pueblos libres, con los mismos derechos y ventajas que sus instituciones otorgan a los invasores. Es ésta la única barrera de nuestra raza y nacionalidad para liberarse; es preciso despertar sus nobles y generosos instintos, y sacarla del abatimiento y nulidad, en que la han sepultado la aristocracia, el poder militar, y el fanatismo religioso. Para estos poderes organizados se presenta la triste alternativa, o de abandonar la posición que ocupan y renunciar sus privilegios, o caer víctimas de un poder extranjero al que sólo impulsa la codicia de sus propiedades. Todavía hay otra alternativa incluso más desfavorable, y es la de sucumbir simultáneamente víctimas de la invasión y de los movimientos populares, que no pueden dejar de conspirar incesantemente contra un orden de cosas tan opresivo y funesto.

Por más que las clases dominantes en América española cierren los ojos, para no ver su condición y peligros, la realidad aparece en cuanto observamos esta fie-

bre inquieta, que domina nuestras poblaciones, inspiradas uniformemente en todas las repúblicas, si no por un instinto democrático, al menos por las necesidades y la absoluta desigualdad social. Ésta despierta por todos los pueblos civilizados el comunismo, que se acepta ciegamente como una ley de la naturaleza, sin estudiar nuestra condición social que exige tantos sacrificios individuales, para elevar nuestra especie al alto grado de civilización y progresos en que hoy se encuentra. A esta situación verdaderamente alarmante y triste se añade en nuestro continente el peligro de una invasión armada, que invocará en su auxilio las pasiones populares, como nosotros lo haríamos levantándoles la esclavitud, si así pudiéramos contener su ambición y su espíritu de conquista. Una sola cuestión establecerá los acontecimientos futuros que han de desarrollarse en nuestras repúblicas, y es si las masas populares ganarán más con la invasión del norte, o sometándose a su actual condición. Esta es la piedra del toque donde debemos estudiar los peligros que nos rodean, y preparar los remedios con que podríamos evitarlos.

No hay más que un solo sentimiento que pudiera conmover las masas para oponerse a la invasión, y es el de la religión; pero los que impulsan a nuestros pueblos, los que los animan y dirigen carecen de este sentimiento, o es muy débil respecto de los intereses que los agitan. La propaganda democrática, los principios de igualdad, y la convicción que la guerra es a la tiranía de los ricos, al fin será más poderosa que el influjo religioso. No podemos vacilar sobre las ventajas que obtendría el pobre en un cambio político, como tampoco la inevitable ruina de las clases privilegiadas. Un cambio político no podría realizarse sin una anexión como la de Nueva Orleans, Texas y California; las instituciones democráticas aparecerían desde luego, el crédito supliría al capital y si los invasores se apoderaran de la propiedad como debe esperarse, el salario es seguro que subiría, dando al trabajo una retribución muy superior a la que hoy tenemos establecida. Para arruinar el principio colonial y aristocrático dominante en toda América española los invasores levantarían al pueblo contra la aristocracia, dividiendo en parte con él los despojos de su conquista, y entonces una revolución social quedaba consumada por la conquista y por las masas populares. La extinción de nuestra raza sería una ley de estos imperiosos acontecimientos, preparados desde la conquista, por la tiranía y preocupaciones que le sirvieron de base, y continuadas más activamente desde la revolución de independencia, en que el principio aristocrático, desnivelador de la sociedad, tomó mayores dimensiones, porque el pueblo empezó a ilustrarse y a reconocer sus derechos. La acción revolucionaria marcha hacia los dos extremos, los ricos a absorberlo todo, los pobres a destruirlo todo, y esta situación disolvente de nuestra actual sociabilidad es la que anima a los americanos del norte a caer sobre nosotros, creyéndonos una segura presa de las garras de su águila.

Suponiendo que unos gobiernos marchen en su política directamente al principio democrático; los que tienen por norte la dominación aristocrática embarazarían la acción de aquéllos, si llegase a efectuarse una confederación de nuestras repúblicas. Nueva Granada, por ejemplo, está en lucha abierta de ideas con Venezuela; Ecuador con Perú; Centroamérica dividido en cuatro Estados, con opuestos intereses y política; Bolivia aislada como su territorio, se gobierna por las

circunstancias, sin principio ni regla; Paraguay, celoso de su independencia, mira del mismo modo a Brasil que a las provincias argentinas, de que era una parte; éstas asechan y conspiran contra Buenos Aires; nosotros sin brújula ni timón protegemos unas veces los gobiernos, otras las revoluciones, y con nadie marchamos uniformes. ¿Cómo de esta anarquía política pudiera formarse una asociación homogénea, que reuniese nuestras simpatías, organizase nuestros intereses, y nos hiciera fuertes y poderosos, para contrarrestar la insidiosa política de los americanos del norte? No puede haber unidad en una federación que no nace de la opinión, que lejos de trabajar por los intereses del mayor número, se procura comprimir y anular. Este es el afán de todos nuestros gobiernos, y el que absorbe la mayor parte de nuestras rentas, pagando ejércitos para contener la expansión natural del progreso y reforma que las luces impulsan.

La confederación imposible por la diferencia de intereses entre nosotros, lo es también por la diversidad de principios políticos, que han aceptado los varios gobiernos que tiene América española, gobiernos personales, donde las instituciones nada valen, y todo lo tenemos que esperar del carácter de los jefes, que se elevan siempre por las combinaciones y esfuerzos de los partidos, y nunca por nuestra opinión y voluntad. La única confederación posible, lo repito de nuevo, es la de pueblos libres, y es por aquí donde debemos iniciar la obra de nuestra regeneración, vigorizando nuestras instituciones hoy simples formas, sin realidad alguna, haciendo nacer todo de nuestra opinión, de nuestra voluntad e intereses, único foco que concentra nuestras fuerzas, que vigorizan nuestra sociabilidad; y que al paso que nos engrandece a nuestros ojos, nos haga temibles a los ambiciosos vecinos, a quienes daríamos bien elocuentes lecciones de moderación y moralidad. De lo contrario, no culpemos a nadie; nosotros excitamos su codicia, los hombres en todas partes son hombres, en todas partes el fuerte desprecia al débil, lo somete, lo esclaviza, lo hace el instrumento de sus goces, de su opulencia y bienestar. Las ricas posesiones, la inmensa riqueza del suelo que nos ha cabido en dote, su naturaleza virgen llena de vida, cruzada por ricos veneros de todos los metales conocidos, sus bosques, sus ríos, su fertilidad, todo excita a aquella raza materialista, que con su rifle y su revólver cree que puede escoger en nuestro continente el lugar que le plazca y suplantar la débil raza que hoy lo posee. México, el más poderoso y el más bello Estado de América española, ya sucumbe por la doble fuerza de las armas y de las ideas; aquella nación parece someterse a su destino, la organización aristocrática y religiosa ha ido abriendo las puertas a los invasores, el espíritu militar ha ayudado a esta conquista, que sin un gran esfuerzo de los otros Estados parece inevitable. México en manos de aquella raza con excelentes puertos en el Pacífico atraerá de Europa nuevas emigraciones, que lanzarán sobre nosotros, ofreciéndoles como en Texas un pedazo del paraíso, que pagarán nuestras heredades. Centroamérica cedería sin esfuerzo al torrente, Venezuela y Nueva Granada recordando sus glorias pasadas, los hechos de Bolivia, Sucre y Páez opondrían una barrera y entre tanto su marina dominando el Pacífico; a Ecuador, Perú y Chile cerraría sus puertos, quitándoles sus rentas marítimas y su comercio, y señalándoles la anexión como el término de la lucha. Anexión, democracia, libertad e igualdad, equivalen

a exterminio de nuestra raza: era preciso obrar así para asegurar su dominio; con las masas populares serían generosos, porque necesitaban de su brazo. Ésta es la marcha constante de la humanidad, éstos son los hechos uniformes que nos traza la historia, y si la ferocidad de las conquistas modernas no tiene los caracteres de otras edades, los resultados son invariables respecto de la ruina o modificación de las razas que sucumben.

Los sucesos de México y el contacto de los americanos del norte con todas las clases de aquella sociedad, donde se combaten intereses tan opuestos, donde la anarquía puede llamarse un sistema, por el fanatismo y ambición del clero, por la insolencia del poder militar; donde el dueño del territorio absorbe el trabajo del pobre, y el capital los esfuerzos de la industria, todo ha servido para desarrollar el espíritu de conquista que los anima, y para establecer la idea de que toda América española se halla en la misma condición. Así es que saltando a México que calculan una segura presa, que es un país rico y muy poblado, cuya conquista por la fuerza les ha de ser costosa, han llegado sus huestes invasoras a Centroamérica y a Nueva Granada, que han creído aún más fácil de apropiarse. Nueva Granada con su corta población, con sus mezquinas rentas, no hay que dudarle será una barrera de sus conquistas, su organización democrática, sus reformas, y la nulidad política de la aristocracia y del clero, y la carencia de un ejército permanente que sostenga una categoría militar, son antecedentes de que el pueblo es el soberano, que él ha pasado ya de lucha en lucha, de victoria en victoria a la condición a que aspiran los otros Estados hispanoamericanos. Ésta es la única de nuestras repúblicas que tendría una verdadera fuerza, porque ella parte de la opinión y la sostiene un principio. Sus contiendas pasadas la han dejado débil en riquezas y rentas, pero fuerte y compacta, porque han desaparecido los poderes estúpidos, que en el resto de América se llaman conservadores, que anulan y combaten la unidad nacional que sólo puede nacer de la libertad e igualdad social, y que es para ellos el más pesado infortunio.

Examinemos todas las cuestiones sociales que encierra este escrito, estudiemos nuestra actual condición, analicemos las causas que han traído este abandono político, esta desnivelación absoluta, los vicios y corrupción que nos rodean, y por todo hallaremos a la propiedad territorial y al capital reaccionando las victorias del progreso y de las luces, para sostener su funesto predominio y apropiarse todas las riquezas que el trabajo solamente produce. La organización que la humanidad ha alcanzado, fruto de tantos sacrificios y experiencia, mezcla de bienes y de males, si consultamos la naturaleza y la sociabilidad, no era posible estuviera en un estado permanente y estacionario, atendida la perfectibilidad de nuestra especie. La renovación es una ley del orden moral, el hombre tiene que seguir la lógica de los hechos que se desarrollan a su vista, examinar sus antecedentes y su curso, y ver si aumentan sus goces y felicidades o empeoran su condición. ¿Cómo, pues, sostener con fanatismo y crueldad el viejo edificio de una asociación cuyos vicios resaltan a primera vista? La sociedad en su actual condición es un conjunto de los más grandes bienes con unos pocos males, ¿y será posible que por conservar éstos que no se apoyan ni en la razón ni en la justicia, comprometamos todo aquel

conjunto maravilloso de la ciencia y del transcurso de los siglos? No, y mil veces no; regeneremos nuestra sociabilidad, demos al trabajo su verdadera importancia, asignémosle en nuestras instituciones el primer puesto; él abraza a todos los hombres, él es el productor de las riquezas, él soldará los vínculos hoy disueltos y despedazados por una lucha inevitable entre el pasado y el porvenir. Llamemos a la ciencia y al derecho en nuestro auxilio, investiguemos las causas de esta lucha, en que de un lado la riqueza y el privilegio, y del otro la miseria y el número se aprestan a una guerra, que no puede ser incierta viendo los elementos con que unos y otros cuentan. Si logramos resolver estas cuestiones pacíficamente, si la justicia y la razón se sobreponen al espíritu de dominio y al monopolio de la tierra y del capital, la invasión del norte no sería sino un ridículo sueño de su parte, una lección sublime de la nuestra, que arrojaría sus huestes con un soplo de nuestra unidad y energía.

En efecto, todas las fuerzas que pudiera levantar Estados Unidos, toda la emigración que pudieran lanzarnos de los aventureros de Europa, ¿qué podrían hacer contra las esforzadas tropas que pondríamos en campaña, defendiendo nuestra raza, sus libertades, sus instituciones, sus costumbres, su idioma y su religión? La confederación de hombres libres, lo repito de nuevo, sólo puede traer la fuerza y unidad que en vano invocáramos de nuestros anárquicos e impopulares gobiernos, que uniéndose sólo acelerarían la conflagración que quisiéramos evitar. Comencemos pues por organizar la democracia, por allanar los estorbos que se oponen a su desarrollo, concluyamos con los privilegios que dividen la sociedad, hagamos que el crédito público suplante al capital, y los dos tercios de nuestros males habrán desaparecido; no consintamos que la propiedad de la tierra sea un poder político y social, ni un monopolio sin regla ni ley, y nos habremos colocado a mayor altura de los que hoy nos desprecian y quisieran conquistarnos. Estas dos reformas nos pondrían a la cabeza de la civilización, y la dignidad del hombre alcanzaría el punto culminante a que en la tierra le es dado aspirar.

Hay revoluciones que ninguna fuerza ni organización podría contener, la aristocracia del capital y de la propiedad día por día, hora por hora ve debilitarse sus esfuerzos y anularse los elementos que la han sostenido. Una concentración monárquica podría dilatar por algún tiempo su existencia, ¿pero quién podrá ser este rey? ¿De dónde sacaríamos a este hombre necesario, cuyo prestigio y autoridad pudiera sobreponerse a esta marcha lógica del principio democrático? ¿Eleváramos entre nosotros alguna familia? ¿Lo pediríamos a alguna casa reinante de Europa? Ni lo uno ni lo otro jamás podrá suceder; en América ninguno sobrepasa cierto nivel muy común, que un instinto democrático, o el amor propio de la aristocracia ha señalado; nadie se eleva ni domina sino efímeramente y explotando el interés de una facción. Traer de Europa un rey sería traer amos que ya entre nosotros nadie sufre, sus paisanos obtendrían la preeminencia, quedaríamos ligados a la política europea, y tampoco ningún príncipe vendría a ser el juguete de la lucha interminable del espíritu democrático, que sólo tranquilizará su triunfo. La aristocracia y el privilegio se sostienen no por su propia fuerza y energía sino proclamando hipócritamente el principio democrático. La constitución que entre nosotros ella

considera el baluarte de su existencia es la declaración más o menos expresa de aquel principio, pero hay en este código un solo artículo, que dando al gobierno más poder que el que tiene ningún rey de Europa, anula todos los demás. La autoridad dada al ejecutivo de declarar en sitio la República lo erige en un sultán; las instituciones desaparecen, la tiranía domina, y sin las alternativas de formas democráticas, que aparecen cuando los gobiernos han anulado el patriotismo y la libertad, bien podríamos creernos bajo el cetro de algún tiranuelo del Asia.

Una existencia política de esta naturaleza es incierta y azarosa, tanto más expuesta a movimientos violentos, cuanto es mayor su resistencia y su organización más complicada, y sin una fuerza propia que la haga valer por sí misma. En 27 años esta organización ha podido existir, pero, ¿cuántas veces no han llorado su ruina como inevitable los más comprometidos en este sistema político que sólo estriba en la fuerza? En un día, en una hora, puede cambiarse la escena de todo lo que existe.

ÍNDICE

Presentación	v
¿Por qué la justa apreciación del trabajo es la verdadera democracia? <i>El porvenir del hombre</i> de Pedro Félix Vicuña por Dany Jaimovich	ix
A LA JUVENTUD CHILENA	3
INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO PRIMERO. El Cristianismo es la causa y móvil de la revolución social a que se encamina la humanidad	25
CAPÍTULO II. Las teorías y sistemas sobre el orden futuro de la sociedad humana no han podido aún fijar los verdaderos principios que le sirvan de base	35
CAPÍTULO III. La propiedad, no obstante los defectos de su actual organización, es el primer principio constitutivo de nuestra sociabilidad	43
CAPÍTULO IV. El mayor capital de la humanidad es el hombre mismo, capital permanente, menos sujeto a oscilaciones que el oro y la plata	55
CAPÍTULO V. Cómo podría reformarse la propiedad para establecer los derechos del pueblo sin producir una revolución social	65
CAPÍTULO VI. Necesidad de un cambio radical en nuestra actual organización, que establezca el valor del trabajo en su relación exacta con la propiedad y el capital	75
CAPÍTULO VII. Cómo la sociedad, o el poder político que la representa, podría establecer un arreglo entre el propietario de la tierra y el trabajador	91
CAPÍTULO VIII. Sobre los efectos de la usura en la producción de los valores y su acción desniveladora sobre los derechos que cada uno tiene en los productos o riqueza	101
CAPÍTULO IX. Necesidad de organizar el crédito público formando una institución política independiente de los otros poderes reconocidos	109
CAPÍTULO X. Historia del crédito, los abusos de que ha sido víctima, su influencia en la marcha política de las naciones que lo han aceptado	121

CAPÍTULO XI. Cuánto podría emitir un banco nacional a la circulación, calculado el estado de nuestros capitales e industria	129
CAPÍTULO XII. El solo crédito público concentrado por una autoridad nacional debe producir una renta superior a todas las necesidades de un Estado	137
CAPÍTULO XIII. A la independencia del poder supremo de la riqueza pública debe añadirse el nombramiento de todos los empleados de hacienda, siendo él solamente el recaudador y distribuidor de la renta nacional	149
CAPÍTULO XIV. El oro y la plata, cuando la ciencia económica esté más adelantada, serán reemplazados por el crédito público como moneda y agente de los cambios	157
CAPÍTULO XV. Estados Unidos de Norteamérica deben al crédito público y a la extensión de su territorio vacante la permanencia de su democracia	165
CAPÍTULO XVI. Preocupaciones sobre la raza anglosajona, causas de la prosperidad de Inglaterra, signos de su decadencia, su estado actual	173
CAPÍTULO XVII. Situación comparativa de Inglaterra y de Estados Unidos de Norteamérica. Influencia del principio democrático sobre el crédito y la industria	189
CAPÍTULO XVIII. La protección al trabajo y a la industria debe ser el primer móvil de los poderes que representan la sociedad	201
CAPÍTULO XIX. Relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia	209
CAPÍTULO XX. La independencia y la libertad de los Estados hispanoamericanos dependen del triunfo de la democracia que traerá la confederación de todas sus fuerzas, la armonía y el poder	223

